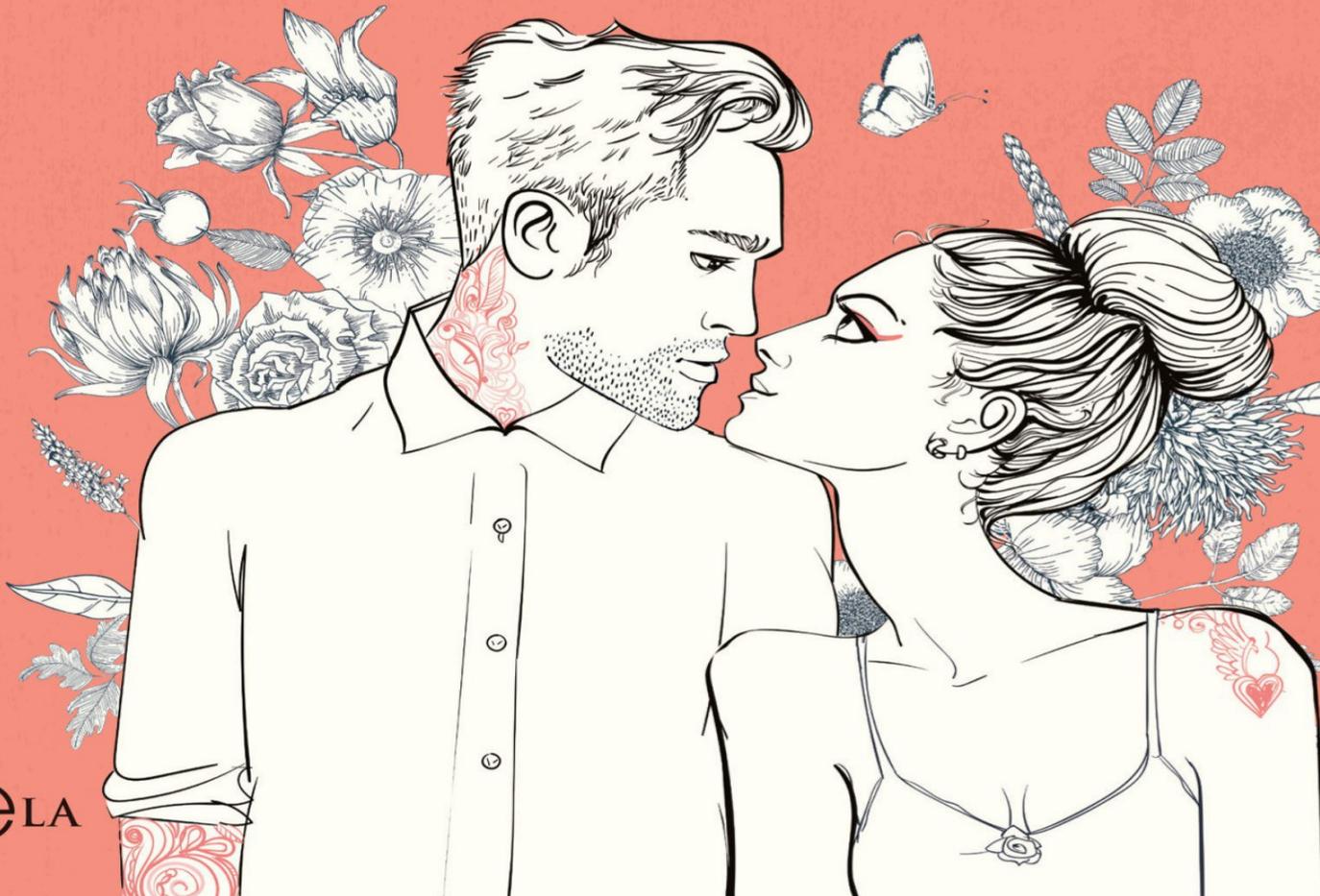


ELLA ES AUTÉNTICA Y REAL. ÉL NECESITA SU VERDAD.

LENA BLAU

I TUIT YOU



Lena Blau

I tuit you

la esfera  de los libros

Primera edición: julio de 2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Lena Blau, 2018

© La Esfera de los Libros, S. L., 2018

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel. 91 296 02 00

www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-9164-368-5

Depósito legal: M. 16.730-2018

Fotocomposición: Creative XML, S.L.

Impresión: CGA

Encuadernación: De Diego

Impreso en España-*Printed in Spain*

*Para Álex, porque desde que llegaste he descubierto
lo que realmente significa la palabra amor.*

*Para Bob,
porque me enseñas cada día lo que es querer sin condiciones.*

Playlist

La música es una parte muy importante en mis novelas. Siempre me inspiro escuchando canciones que me hacen vibrar para dar vida a las historias que quiero contar, por eso os dejo la Playlist de las canciones que serán cómplices de lo que les va a pasar a Olivia y a Adrián. Os recomiendo que las vayáis escuchando según salen en el libro porque la experiencia de lectura será mucho más intensa.)

1. «Young and Beautiful», Lana del Rey.
2. «Photograph», Ed Sheeran.
3. «Set Fire to the Rain», Adele.
4. «Pillow Talk», Zayn Malik.
5. «Sleep Like a Baby Tonight», U2.
6. «The Light at the End», Alberto Martín.
7. «Hurricane», Thirty Seconds to Mars.
8. «Where the Streets Have no Name», U2.
9. «Hypnotised», Coldplay.
10. «What about us», Pink.
11. «Miracles (Someone Special)», Coldplay, Big Sean.
12. «OK», Robin Schulz, James Blunt.

Prólogo

No hace mucho en un rincón de Twitter...

Adrián Prado @adrianpradoact

Eres un error con mayúsculas @letitorresact. Tu belleza exterior es proporcional a la mierda que llevas dentro.

Olivia Santos @oliviaandgilda

Esas palabras te hacen mucho más feo que a ella @adrianpradoact. Te admiraba; ahora solo hay decepción. Aprende a guardar tu odio en un cajón.

Adrián Prado @adrianpradoact

Qué pena decepcionarte @oliviaandgilda. Lloro mucho por perder una fan. Por cierto, no me gustan los cajones cerrados. Terminan oliendo mal.

Olivia Santos @oliviaandgilda

@adrianpradoact ni te imaginas lo afligida que estoy por haberte hecho llorar. Los cajones cerrados solo huelen mal si encierran mezquindad.

Rodeada de varios ejecutivos trajeados, me sentía como una hormiga insignificante dentro del moderno ascensor que subía a toda velocidad. De vez en cuando, se paraba en las diferentes plantas de una forma un tanto brusca haciendo que mi estómago se revoliera un poco. Cuando por fin me quedé sola, solté un suspiro antes de sonarme la nariz por enésima vez aquella mañana.

Estaba nerviosa y, encima, me encontraba fatal. Mocos, tos y fiebre; un desastre.

Pero después de lo que me había costado conseguir ese trabajo, jamás se me habría ocurrido quedarme en la cama y echarlo todo a perder por un resfriado antes de haber empezado mi nueva andadura profesional.

Brenton & Rome es una de las agencias de publicidad más importantes de este país y yo deseaba trabajar allí más que nada en el mundo.

El ascensor emitió un suave pitido que indicaba que había llegado a la planta treinta y cinco del rascacielos que a partir de ahora sería mi segunda casa. Tragué saliva y me convencí una vez más de que yo iba a ser capaz de superar ese nuevo reto.

Había llegado mi momento.

Y estaba cagada de miedo.

Las puertas metálicas se deslizaron con suavidad y obligué a mis pies a moverse.

Desde aquel recibidor con paredes de cristal se divisaba todo Madrid. La ciudad estaba a mis pies, bañada por un sol radiante que la hacía parecer una colorida maqueta infinita que se perdía en el horizonte contra el cielo azul. Los días anteriores había llovido muchísimo, así que no había ni rastro de la habitual «boina» de polución. Ese día tan limpio y lleno de luz parecía perfecto para empezar de cero. No debía asustarme.

Me repetí por millonésima vez que si había tardado casi dos años en encontrar un empleo relacionado con la carrera que había estudiado no había sido porque yo fuera mediocre, sino por culpa de la dichosa crisis. La misma

que me había obligado a trabajar durante ese tiempo en varios puestos precarios y mal pagados que no habían añadido demasiado valor a mi currículum, salvo el hecho de que, mientras encontraba mi oportunidad en el mundo de la publicidad y la comunicación, al menos no me había quedado en mi casa rascándome la barriga. Al parecer, eso le había gustado a la que iba a ser mi jefa, quien justo en ese mismo instante salió del otro ascensor.

—Buenos días, Olivia —me saludó, caminando con un aplomo y una seguridad que me dieron mucha envidia. Y también un poco de miedo.

Se notaba que Diana, con su carísimo bolso colgado del brazo, estaba acostumbrada a andar sobre las nubes. Sin embargo, yo sentía un vértigo descomunal por la altura a la que estábamos, y no hablo solo de la planta en la que se encontraba esa sofisticada oficina, sino por el hecho de pasar de trabajar en una tienda de productos para animales a ser parte del equipo ejecutivo de una de las directoras de cuentas más prestigiosas del sector de la publicidad de nuestro país.

Tragué saliva una vez más y decidí disfrazarme de la chica segura y decidida que había conseguido convencer a Diana en la entrevista que me había hecho la semana anterior.

—Bienvenida —dijo con amabilidad pero sin mirarme. La pantalla de su móvil acaparaba toda su atención—. Tenemos muchísimo trabajo, así que sígueme. Me encantaría darte tiempo para que te familiarices con la oficina y tus compañeros, pero no tenemos ni un segundo. Necesito que te pongas manos a la obra cuanto antes. Si conseguimos esta nueva cuenta que estoy persiguiendo, prepárate para empezar a vivir en este edificio.

—Es intensa, ¿verdad?

Una voz grave y amable me sorprendió a mis espaldas mientras comía un sándwich en un rincón de la cafetería que había en la planta baja de aquel ultramoderno edificio de oficinas. Levanté la vista y me encontré con un chico que tendría más o menos mi edad. Tenía un aspecto algo afeminado y me dio la impresión de que lo último que buscaba era ligar conmigo.

—¿Te refieres a Diana?

—Sí —asintió con una sonrisa—. Perdona que ni siquiera me haya presentado. Soy Juan, y también trabajo en Brenton & Rome. Te he visto esta mañana entrando con ella en la oficina. Veo que, como hizo conmigo en mi primer día, te ha secuestrado por completo y aún no te ha presentado al equipo. Así que he decidido acercarme a darte la bienvenida.

—Muchas gracias por el detalle —le agradecí de corazón.

Lo cierto es que mi nueva jefa no me había dejado tiempo ni para respirar en toda la mañana y no había podido conocer a nadie. Nos habíamos encerrado en su sofisticado despacho y me había estado poniendo al día de todos los asuntos que yo tendría que llevar a partir de ese momento. Había sido correcta y amable. No era una déspota ni nada por el estilo, pero resultaba evidente que era una mujer muy profesional, que iba directa al grano y quería que yo diera lo máximo en mi nuevo puesto. Saltaba a la vista que era muy competitiva y tenía entre manos varios retos importantes para la agencia. Y yo, ahora que iba a ser parte de su equipo, tenía que estar a la altura si no quería que ella se arrepintiese de haberme contratado.

Lo malo es que era bastante difícil concentrarse con esa fiebre y un dolor de cabeza descomunal. Ahora que tenía un pequeño descanso para comer, pensaba doparme hasta las cejas para aguantar el tipo durante el resto de la tarde. Tenía que estar con la mente despejada para no cagarla en mi primer día en la agencia.

—¿Te importa que me siente a comer contigo? —preguntó ese chico de cara risueña y ojos chispeantes.

—No, no me importa nada —respondí de buen grado. No me gusta comer sola y Juan parecía bastante agradable—. Por cierto, soy Olivia, aunque me imagino que ya lo sabes.

Se sentó frente a mí y puso la bandeja con su almuerzo sobre la mesa.

—Sí, ya sabía tu nombre. Encantado de conocerte, Olivia —dijo, sonriendo de oreja a oreja—. Espero que estés teniendo un buen primer día en la agencia. El mío fue espantoso. Estaba tan nervioso y Diana me infundía tanto respeto que lo pasé fatal. Es muy exigente, pero es justa y, si no la cagas, es agradecida.

—¿Tú también formas parte de su equipo?

—Sí, así es. Lo que quiere decir que serás mi compañera. Los primeros días te va a tener pegada a su culo para que conozcas bien los proyectos que tenemos entre manos y su forma de manejarlos. Pero luego te dejará más libre y pasarás a trabajar con el resto del equipo que ella dirige.

—¿Cuántos sois?

—Mejor di cuántos somos —me corrigió con otra sonrisa—. Contigo ahora sumamos cuatro. Luego te presento a Patricia y a Óscar, los otros dos siervos de Diana.

—¿Siervos? Ese calificativo no me gusta ni un pelo —dije, tragando saliva

por mi dolorida garganta. Aquel dichoso resfriado parecía estar convirtiéndose en una gripe en toda regla—. ¿Tan dura es?

—Sí, lo es. Más vale que estés preparada para dejarte la piel por ella. Como te he dicho, es agradecida, pero también es implacable.

—Me estás asustando un poco.

—No es mi intención. Solo quiero avisarte. Por lo que he visto en tu currículum, fuiste brillante en la carrera, pero no tienes experiencia previa trabajando en esto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque fui yo quien seleccionó a los candidatos para este nuevo puesto —me explicó entre un bocado y otro de su ensalada—. Es muy inusual pasar a ser ejecutiva de cuentas sin haber sido primero becaria, pero a mí me llamó mucho la atención la presentación que enviaste y decidí incluirte en la carpeta de currículums que le pasé a Diana. A ella le gustó mucho la actitud que mostraste en la entrevista que te hizo. Además, conoce a uno de tus profesores de la universidad, así que lo llamó y él le habló maravillas de ti, por eso decidió darte esta oportunidad.

—Me alegro de que me seleccionaras. Gracias.

—No me las des. Si te incluí entre los candidatos es porque me pareció que tienes madera para esto. Pero vas a tener que esforzarte mucho porque en este mundo hay muchas hachas que querrán hacerte astillas. Y hace falta experiencia para no dejar que te machaquen.

—¿Lo dices por los compañeros? —pregunté, sintiendo una punzada de angustia.

—No, afortunadamente nuestro equipo es muy legal y no nos jodemos unos a otros. Los hachazos suelen venir de algunos de los creativos y, sobre todo, de los clientes y proveedores. Siempre consiguen encontrar la forma de culparte de todo lo que sale mal, cuando la mayoría de las veces son cagadas tuyas porque van a la carrera. En este mundo todo es para «ayer» y hay muchísimo estrés. Pero tranquila, es cuestión de mantener la calma y ser más inteligente que ellos —dijo, guiñándome un ojo.

La breve comida en compañía de Juan me había hecho sentirme menos desamparada. Parecía un buen tipo y me dio bastantes consejos para capear con éxito mi primer día en la agencia. Después de pasarme la tarde tomando notas sobre todo lo que me explicó Diana, por fin me dejó libre a las ocho de la tarde.

Salí de aquel moderno rascacielos con la cabeza como un bombo y más mocos que un bebé acatarrado, pero muy feliz al tener un trabajo que era justo para lo que me había preparado durante mis años de universidad.

Se acabaron las clases particulares a niños mimados y desagradecidos. Ya no prepararía más capuchinos con leche de soja y extra de sacarina a las pijazas estiradas en un Starbucks del barrio de Salamanca. Y lo mejor de todo, se había acabado atender en la tienda para mascotas más cara de Madrid a señoras insufribles que llevaban en brazos a sus pobres chihuahuas y yorkies disfrazados.

Estaba agotada y seguía con fiebre, pero caminé hacia la parada de autobuses interurbanos orgullosa y llena de ilusión. Ahora trabajaba en Brenton & Rome y ningún latoso catarro podía ensombrecer mi alegría. El sueldo no era para tirar cohetes, pero por fin estaba donde yo quería y podría luchar por ir labrándome poco a poco un futuro estable en el ámbito profesional para el que me había formado.

Mientras esperaba al autobús que me llevaría a mi barrio de las afueras, me fijé en la marquesina y me quedé como una boba admirando la foto de Adrián Prado, cuyo cuerpazo de infarto lucía increíble con unos vaqueros caídos sobre sus caderas y esa camisa de lino blanca sin abotonar que dejaba entrever su esculpido pecho.

Unos increíbles ojos verdes miraban con picardía a la cámara y te hipnotizaban.

Y no digamos esos labios carnosos entreabiertos; ¡eran una tentación absoluta!

Si no hubiese sido porque ya no soy una adolescente, me habría lanzado como una idiota a besar aquella foto. ¡Qué guapo era, por Dios!

Pero no, soy una chica responsable y adulta, y también con cierto sentido del ridículo, así que no iba a tirarme como una fan enloquecida encima de aquella marquesina publicitaria. Yo me había formado para crear anuncios, no para reaccionar a uno de ellos como una boba. El espejismo de perfección y *sex appeal* con el que aquella colonia masculina estaba representada por ese actor tan *sexy* no iba a nublar mi buen juicio.

Además, también soy muy escrupulosa y, por mucho que Adrián Prado resultara tan tentador en aquella sugerente foto, no iba a besar el cristal que la protegía. ¡A saber cuándo había sido la última vez que lo habían limpiado! Supongo que mi obsesión con los gérmenes y las bacterias se debe a tener una madre enfermera que desde niña me ha insistido en lo importante que es

mantenerse a salvo de las infecciones. Y ya tenía una en mi garganta dándome bastante la lata; ni de coña iba a pillar nada más.

Así que no, no me pegué como una ventosa a esa imagen del actor más *sexy* del momento. Y mucho menos después de la decepción que me había causado nuestro encontronazo en Twitter.

Esos tuits que habíamos intercambiado Adrián Prado y yo hacía unas semanas habían complicado un poco mi vida virtual. No sé la razón por la que, entre los miles de respuestas que tuvo a esas palabras tan feas que le dedicó a su ex en esa red social, solo me contestó a mí. Supongo que dio la casualidad de que justo leyó mi tuit y decidió responderme como si fuera un mensaje general a todos los que habíamos criticado su gesto.

Durante un par de días no paré de recibir menciones. En unas, sus detractores me felicitaban por haberle puesto en su sitio y, en otras, sus fans incondicionales me criticaban enloquecidas. Es increíble el follón que se puede montar con una simple frase. De repente, mi número de seguidores creció como la espuma. Mi humilde cuenta de Twitter, que tan solo seguían mis amigos y algunas personas que tenían intereses afines a los míos como la literatura, la música y los animales, pasó de tener sesenta seguidores a varios miles. Y todo porque había tenido la osadía de cuestionar al actor más venerado del momento.

Si yo seguía a Adrián en Twitter no era por lo guapo y famoso que era. Había visto algo mucho más seductor en él que ese aspecto perfecto y pícaro. No soy mitómana, pero en esa ocasión me había dado bastante fuerte con este tipo. Después de toparme una tarde por casualidad con una entrevista que le hicieron en la tele, me quedé absolutamente prendada de su amor por los animales y su compromiso con el medioambiente. A pesar de haberse hecho famoso de la noche a la mañana debido al exitazo que estaba teniendo la serie policiaca que protagonizaba, parecía un chico encantador que seguía con los pies en la tierra.

Cuando comenzó a hablar con la periodista sobre la protectora de animales con la que colaboraba lo hizo con una pasión tan contagiosa que se ganó mi admiración. Ahí fue cuando empecé a seguirle en las redes sociales y descubrí la relación tan especial que tenía con Bono, su perro mestizo. El nombre se lo había puesto en honor al cantante de U2, su grupo de música favorito, con lo que ahí ya me tuvo en el bolsillo por completo. Mi madre es una loca absoluta

de ese grupo irlandés y yo crecí con su música siempre sonando en casa, así que sus canciones son parte de mi ADN. Aunque no sean unos músicos de mi generación, U2 forman parte de mi identidad y los adoro tanto como lo hace mi madre.

Mi obsesión con Adrián había ido en aumento hasta que empezó a comportarse de una forma mucho más soberbia y superficial en sus cuentas de Twitter e Instagram, al igual que lo hacía en las ocasiones que aparecía en los programas de cotilleos sufriendo la persecución de los reporteros. Desde que había empezado su relación con la guapísima modelo Leticia Torres, parecía haberse transformado en un tipo muy distinto al que yo había descubierto en aquella entrevista en la que se había ganado mi corazón unos meses atrás. Supongo que el éxito cada vez mayor que tenía *La jaula*, la serie que le había lanzado al estrellato, y su relación con esa tía que parecía subnormal perdida, le habían convertido en un famoso más de esos que se creen que están por encima de todos los demás mortales.

Viven en su nube, cada vez más arriba y más alejados de la gente normal, y él había despegado los pies del suelo para unirse a ese club de faranduleros para ir de fiesta en fiesta y salir en todos los programas del corazón.

Y cuando lo dejó con esa pederza recauchutada, le puso la guinda al pastel escribiendo en Twitter ese comentario tan duro y poco elegante en el que la llamaba sin miramientos pedazo de mierda. Me sentí tan defraudada que por eso me decidí a escribirle al respecto.

Como él (vete tú a saber por qué) decidió responder a mi crítica, durante unos días tuve que aguantar ser *trending topic* con el *hashtag* #lavalientedeolivia. Y un chaparrón insoportable de menciones en Twitter me amargaron bastante la vida. En muchos de esos comentarios me llamaban de todo menos bonita.

Gracias a Dios, la cosa se calmó y pronto salieron otros temas más jugosos que alejaron la atención de las masas de mi humilde persona.

Yo no estaba para esas tonterías, la verdad. Nunca he querido tener protagonismo en las redes sociales y no me gustó ni un pelo que incluso hablaran sobre mi tuit a Adrián en la tele. Fue un coñazo. Después de aquella experiencia, decidí pasar bastante de opinar sobre los pocos famosos a los que seguía, no fuera a ser que a otro de ellos le diera por contestarme y se organizara otro revuelo semejante.

Menudo sofoco tan tonto me había llevado por reaccionar a ese comentario tan humillante que él le había dedicado a su ex, ¡por Dios!

¿Qué coño me había pasado para ponerme a defender a una tía con pinta de ser estúpida perdida a la que no conocía de nada y que ni siquiera me había dado las gracias por salir en su defensa?

La decepción y los principios. Eso era lo que me había pasado. Había llegado a admirar tanto a ese gilipollas engreído que, al ver lo bajo que había caído con ese tuit, sentí que las yemas de los dedos me quemaban y tuve que opinar por escrito. Por muy mal que me cayera Leticia Torres, mis principios no me habían permitido guardarme mi opinión en el bolsillo.

Ningún hombre tiene derecho a insultar a una mujer. Y menos a ridiculizarla en sus redes sociales cuando sabe que le siguen millones de personas.

Nunca volvería a hacer algo así porque no me apetecía estar en el punto de mira de nadie. Pero no me arrepentía de haberle demostrado que no todos los fans somos incondicionales. Si seguimos a alguien famoso (por lo menos en mi caso), es porque son dignos de admiración.

Y él había perdido por completo la mía.

En fin, eso ya era agua pasada. Ahora que ya habían transcurrido varias semanas, nadie se acordaba de lo sucedido y yo ya no era importante en el mundo tuitero. Aunque algunos de los que habían empezado a seguirme por el follón que se había montado al ser mencionada por Adrián estaban todavía entre mis fans, mi cuenta había vuelto a tener muy pocos seguidores. Llevaba tiempo sin tuitear nada, ni sobre ese asunto ni sobre nada más, y eso había ayudado a que la mayoría de los que habían empezado a seguirme por la respuesta que él me había dado perdieran por completo el interés en mi cuenta. Gracias a Dios, todo aquello había quedado como una mera anécdota en mi vida social virtual. Volvía a ser una hormiguita insignificante en el loco mundo de Twitter y ya no volvería a interesarle a casi nadie.

O eso creía yo.

3

No hay nada como el recibimiento que te da tu perro cuando llegas a casa. Te sientes como si fueses la persona más especial del mundo y todo el universo girara en torno a ti. Gilda estaba loca de contenta mientras yo dejaba el abrigo y el bolso en el perchero que había en el recibidor de nuestro coqueto piso de las afueras. Me siguió hasta el baño y se quedó esperando mientras gimoteaba al otro lado de la puerta.

Aunque me daba pena, era un poco caótico dejarla entrar mientras hacía pipí. Su gran tamaño y nuestro cuarto de baño no resultaban compatibles. Si la dejaba entrar, yo siempre terminaba empotrada contra la cisterna del inodoro mientras ella daba vueltas a mi alrededor moviendo su peluda cola a toda velocidad.

Una vez que me hube lavado las manos, fui a mi habitación con Gilda pegada a mis talones y me puse unas botas bien abrigadas. Con el frío que hacía fuera y el pedazo de catarro que tenía no podía arriesgarme a pasar frío, así que también forré mi cuello con una bufanda de lana gorda y me puse un gorro.

Por último cogí un plumífero, sin olvidar su adorada pelota de tenis. Poco después ambas salimos en dirección al parque.

Lo bueno de vivir en un barrio tan alejado del centro es que había un montón de espacios verdes. El parque que quedaba a un par de manzanas de mi casa era inmenso y colindaba con una preciosa dehesa salpicada de encinas desde la que se divisaba la sierra de Madrid. Cuando salía a pasear con Gilda de día siempre íbamos a andar por allí. Recorriamos los caminos que se adentraban en aquellas tierras hasta llegar a un riachuelo flanqueado por una espesa arboleda.

Después de dejar el viejo y céntrico piso de alquiler que había sido nuestro hogar desde mi infancia, mi madre decidió pedir una hipoteca y comprar aquel moderno piso de dos habitaciones situado en las afueras. Nos habíamos aventurado a empezar una nueva vida en una zona donde la luz y el aire puro parecían darnos una nueva oportunidad. Aquella vivienda era más pequeña

que la anterior, pero era nueva y muy alegre, por lo que ambas estábamos muy contentas con el cambio. Era más que suficiente para nosotras dos y Gilda.

Mi madre no pasaba mucho tiempo en casa. Su puesto de enfermera en un hospital le exigía hacer muchas horas extra para poder salir adelante. Ahora que yo había conseguido un trabajo a tiempo completo, esperaba que ella pudiera hacer menos guardias. Ya era hora de que empezara a disfrutar un poco después de toda una vida dejándose la piel por mí.

A mi padre nunca lo conocí, pero tampoco significaba un trauma para mí. Mi madre se había quedado embarazada cuando tan solo tenía diecinueve años. En una noche de desenfreno se acostó con un chico que acababa de conocer y del que apenas se acordaba al día siguiente. Tres semanas después se dio cuenta de que yo estaba en camino y, a pesar de que no entraba en sus planes ser una madre joven y soltera, decidió seguir adelante con el embarazo.

Siempre la he admirado por ello. Lo más fácil habría sido deshacerse de mí.

Pero no lo hizo.

Como ella siempre dice: «Hay que ser valiente, aunque la vida te ponga retos que tú no estabas buscando».

Dice que soy el mejor regalo que la vida le ha dado y siempre ha hecho que me sienta muy querida y comprendida. Su amor es tan infinito y contagioso que, por eso, nunca he echado de menos la figura de un padre. Ella ha sabido quererme y cuidarme por dos.

Mi madre, Gilda y yo somos inseparables. Y junto con mis abuelos, quienes me cuidaron cuando era pequeña mientras mi madre trabajaba sin descanso para sacarme adelante, somos una familia muy unida.

Quizá me hayan faltado algunas cosas materiales, pero jamás el amor de los míos. Y gracias a eso nunca me he sentido desamparada por el hecho de no saber de dónde viene la otra mitad de mis genes.

Mientras Gilda correteaba con su pelota de aquí para allá, saqué el móvil del bolsillo del anorak y vi que tenía un mensaje de Paula:

«¿Qué tal ha ido tu primer día en esa superagencia de publicidad?».

Tecleé a toda velocidad una respuesta a mi mejor amiga. Esto de que cada vez nos comuniquemos más por medio de WhatsApp, Facebook y Twitter, ha dotado a nuestros dedos de una capacidad increíble para escribir sobre la pantalla del móvil.

«Ha ido bien, pero ha sido agotador, sobre todo porque mi catarro ha decidido pasar a la

siguiente fase y ahora los mocos ya son ingobernables».

«¡Me alegro de que haya ido bien! En cuanto tenga un momento te llamo y me cuentas con más detalle. Y aunque estés cansada y griposa, eso es mejor que estar aburrida como una mona. (Sigo en la ofi porque hay una reunión muy importante y quieren que esté aquí como una estatua para dar buena imagen y llevarles café. ¡Estos abogados de postín son unos explotadores!».

«Yo he acabado con la cabeza como un bombo. Así que creo que preferiría estar aburrida».

«¡No digas eso! Has esperado mucho tiempo para tener ese trabajo. No te quejes, ¡petarda!».

«No me quejo. Estoy muy contenta de tener por fin un empleo en lo mío. Es solo que hubiera preferido encontrarme bien porque mi jefa me ha bombardeado. ¡Demasiada información para mi pobre cabeza saturada por este catarrazo!».

«Tómate toda la caja de paracetamol y ya verás como mañana estarás mejor. Te dejo, que viene uno de mis jefes y si me pillan con el móvil se me va a caer el pelo. ¡Hablamos luego!».

«Ok. Espero que te puedas salir pronto de la ofi. ¡Un beso!».

Unas gotas de lluvia comenzaron a caer justo cuando guardaba el móvil de nuevo en el bolsillo. Llamé a Gilda y ella, tan obediente como siempre, vino al instante y retomamos el camino a casa.

¡Dios! Necesitaba un caldo caliente y dormir mil horas para recuperarme.

El paracetamol y haberme acostado temprano la noche anterior habían surtido efecto. Al día siguiente, me encontraba bastante mejor y pude rendir mucho más en mi segundo día de trabajo. Diana me retuvo toda la mañana en su despacho, pero como por la tarde ella tenía varias reuniones importantes, por fin me presentó al resto del equipo que ella dirigía. A Juan ya lo había conocido el día anterior, pero él fue discreto e hizo como si no hubiera sido así. No sé si a Diana le habría molestado que él se le hubiera adelantado presentándose a sí mismo en la cafetería e incluso hubiera comido conmigo. Yo le seguí la corriente y actué como si fuera la primera vez que lo veía.

Patricia era una chica menuda y poco habladora, con pinta de ser muy eficiente pero también un poco borde. Óscar era más abierto y se mostró más receptivo conmigo. Pasé la tarde con los tres preparando el presupuesto de un importante anuncio de televisión que la agencia iba a hacer para una marca de coches.

Había que hablar con la productora sobre el *casting* de los actores, reunirnos con el director creativo para decidir cuál era el mejor escenario para rodar el anuncio, buscar todo lo necesario para el atrezzo y gestionar con el cliente mil detalles.

¡Y todo era para ya!

Me parecía tan alucinante estar por fin inmersa en todo el proceso de crear una campaña publicitaria que, aunque todos parecían muy estresados, a mí la

ilusión de vivir por fin de cerca el tinglado que supone organizarlo todo me tenía la mar de contenta.

Pasadas las nueve de la noche Juan y yo salimos juntos de la oficina.

—Cómo se nota que estás empezando —comentó mientras esperábamos a que llegara alguno de los ascensores supersónicos de aquel rascacielos. Ya era de noche y, desde aquel piso tan alto, las luces del tráfico que recorría la Castellana titilaban pequeñas entre rojos y blancos.

—¿Tan poco profesional soy? —pregunté preocupada.

—Qué va, no lo digo por eso —dijo con una carcajada—. De hecho, parece que ya llevaras tiempo trabajando en esto. Lo que te delata como novata es la motivación y las ganas que tienes. Estás con el subidón del principio.

—¿Tan malo se vuelve con el tiempo?

—No, no es malo. Este trabajo siempre es interesante y dinámico. Cada campaña es distinta y eso lo hace divertido. Pero sí es cierto que el ritmo de esta agencia es muy exigente y hay temporadas en las que ya no puedes con tu alma. Yo llevo varias semanas seguidas que no paro y estoy a punto de tener un cortocircuito mental. En cambio, tú estás fresca como una lechuga y se nota.

El timbre del ascensor nos anunció que ya había llegado a nuestro piso y ambos entramos en el moderno cubículo de cristal y metal.

—La Navidad llegará antes de que nos demos cuenta. Las vacaciones te sentarán muy bien.

—¿Vacaciones? —Una sonora carcajada de Juan retumbó dentro del ascensor, que bajaba a toda velocidad hacia la planta baja—. La Navidad es terrorífica para nosotros. Aunque ya estemos trabajando en esas campañas bastante tiempo antes, siempre hay cosas de última hora antes de que empecemos a bombardear a los consumidores. Hay mil acciones en punto de venta y siempre nos toca pringar hasta el último minuto.

—Vaya, veo que aún no estoy muy familiarizada con todo esto.

—Tranquila, no tardarás en conocer al dedillo cómo funciona Brenton & Rome. —Me animó con un simpático guiño de los suyos. Tenía unos ojos azules para morir. Era una pena para el sexo femenino que fuera gay—. Lo bueno es que después de las fiestas solemos tener un poco de calma y es posible pillar unos días libres para recargar las pilas.

—¡Qué bien!

—Aunque este año puede ser diferente. Como Diana consiga la megacampaña que está persiguiendo para The Wave, no vamos a poder respirar.

—Es una marca de ropa de surf, ¿verdad?

—Sí. En Estados Unidos y los países del norte de Europa es muy popular. Y ahora quieren conquistar nuestro territorio. Tienen en mente hacer una campaña gigante en tele, prensa e internet. También quieren trasladar el mensaje de los anuncios a puntos de venta y organizar mil eventos —me explicó cuando salíamos ya hacia el enorme vestíbulo del edificio—. Si ella consigue esa cuenta, va a ser la bomba. ¡Vamos a tener curro para meses!

—¿Y cuándo lo sabremos?

—Probablemente en unos días —respondió Juan—. Esa reunión tan importante que tenía hoy Diana era con ellos. Iba con el director creativo de la agencia para presentarles nuestra propuesta.

—Cruzaré los dedos —dije, entusiasmada ante la idea de formar parte de un proyecto para esa marca tan potente.

—Mejor no los cruces mucho. Si nos la dan, ¡nos vamos a cagar! —exclamó de forma exagerada—. Será nuestro adiós definitivo a la calma posnavideña.

¡Qué razón tenía Juan! Si hubiera sabido la que me venía encima, no me habría ido hacia mi parada de autobús rezando para que Diana consiguiera esa cuenta.

Mi vida entera estaba a punto de cambiar y yo no tenía ni la más remota idea.

—Chicos, venid todos a mi despacho, por favor.

La imperativa voz de Diana nos sacó a todos de nuestras mesas de trabajo y acudimos obedientes a su llamada.

—Tengo que daros una noticia muy importante —anunció una vez todos estuvimos sentados alrededor de la enorme mesa de reuniones de madera tropical que ella presidía.

El despacho de Diana era una pasada. Era grande y luminoso. A través de los enormes ventanales se divisaba todo Madrid. Había encargado a uno de los interioristas más renombrados de la ciudad que lo diseñara y este lo había bordado. El espacio tenía un estilo un tanto ecléctico, mezclando un aire industrial con un estilo asiático sencillo. El conjunto resultaba muy fresco y exótico. Todo estaba ordenado y combinado a la perfección, pero al mismo tiempo tenía un toque muy cálido y personal. Diana era una de las dueñas de la sucursal de Brenton & Rome en Madrid, así que había hecho lo que le había dado la real gana con su espacio de trabajo personal. Y era de entender; pasaba muchas horas allí. No me extrañaba que, ya que podía permitírselo, se hubiera dejado una pasta en que estuviera decorado a su gusto.

—Me ha llamado hace unos minutos la directora de *marketing* de The Wave —comenzó a decir.

—¿La cuenta es nuestra? —la interrumpió Patricia impaciente.

—Sí. La hemos conseguido —respondió Diana con una mirada de satisfacción y seguridad apabullantes—. Solo hay un requisito que debemos cumplir.

—¿Y cuál es?

—Quieren a un personaje en concreto para que protagonice los anuncios que vamos a hacer. No quieren que hagamos un *casting*. Ya tienen decidido quién tiene que hacer la campaña. Y hay que conseguir a ese chico cueste lo que cueste. Es la condición que han puesto para darnos la campaña. Sin él no hay negocio.

—Pues dinos quién es y nos pondremos a mover hilos cuanto antes —le

pidió Óscar con un brillo de impaciencia en su mirada. Era evidente que le gustaban los retos.

—No hace falta que los cuatro os ocupéis de este asunto —dijo Diana con calma—. Quiero que Patricia vaya coordinando con los creativos todo lo que hay que hacer. Óscar y Juan, os encargaréis de ir preparando presupuestos. Y tú, Olivia, tienes que contactar con el *mánager* de ese personaje. Tienes mucho don de gentes y creo que eres la más adecuada para tratar con él. Y necesito que lo hagas cuanto antes. De ti va a depender que los demás miembros del equipo puedan seguir trabajando en esta campaña.

Sentí un nudo en la garganta. Me halagaba que Diana pensara que yo era la persona adecuada para conseguir ese requisito que exigían los de *The Wave*, pero también ponía un peso gigantesco sobre mis hombros. ¡Joder! Solo llevaba trabajando allí dos semanas y me hacía responsable de que no se jodiera el asunto.

Tragué saliva y disimulé mi nerviosismo lo mejor que pude.

—Me pondré con ello inmediatamente —dije de la forma más profesional que pude.

—Muy bien —asintió Diana satisfecha—. Pues lo primero que tienes que hacer es mover Roma con Santiago para contactar cuanto antes con el *mánager* de Adrián Prado.

«¡Madre. Del. Amor. Hermoso!».

No podía dejar de repetir aquellas palabras en mi mente. Estaba completamente en *shock* por lo que me había dicho Diana. Encerrada en el baño de mujeres de la oficina, trataba de calmar la taquicardia que me había entrado al escuchar ese nombre.

Adrián Prado.

El tío que me había tenido atontada durante meses, como a una pobre quinceañera en plena ebullición hormonal. El mismo que había provocado mi indignación con aquel comentario en su cuenta de Twitter, que me había respondido y al que había terminado detestando. Aunque, si soy sincera, una pequeña parte de mí había seguido babeando cada semana al verle en *La jaula* y no había sido capaz de dejar de seguirle en Twitter y en Instagram.

Llamadme morbosa y alelada, pero no, no había dejado de seguirle la pista. Adrián era una pequeña adicción que tenía una menda. Y como todas las adicciones, aunque supieras que era absurda, no era fácil librarse de ella.

Y resultaba que ahora tenía que conseguir el teléfono de su *mánager* para

proponerle que viniera con él a la agencia para hablar con Diana sobre la megacampaña de publicidad que quería hacer The Wave para ese verano.

Sí, sí, estoy hablando del mismísimo Adrián Prado.

¡Ay, Dios, que me volvían los sudores!

¿Cómo me podía estar pasando esto?

¿Por qué tenía que dar la maldita casualidad de que este cliente estuviera empeñado en que fuera precisamente él quien protagonizara todos sus anuncios?

¿No había otro bombonazo por ahí que les gustara y no amenazara mi breve recorrido profesional en el mundo de la publicidad?

Porque no nos engañemos; si Adrián Prado aparecía en la oficina me iba a costar mucho, por no decir muchísimo, no parecer una lerda en cuanto lo viera llegar y lo acompañara hasta el despacho de mi jefa.

¡Ay, madre! Aquello iba a salir fatal y me iban a poner de patitas en la calle.

Que quisieran a ese tío, y solo a ese, para convencer a todo hijo de vecino del sexo masculino de que comprara su ropa de estilo surfero tenía que ser alguna broma pesada del destino. Alguien ahí arriba me estaba mandando señales para que me diera cuenta de que aquel trabajo era demasiado para mí. Quizá era un aviso para que lo dejara a tiempo, antes de ponerme en evidencia y Diana me despidiera por mema. O mucho peor, por ser tan gilipollas como para meterme con el actor más popular del momento cuando buscaba trabajo en un sector que trabaja con grandes estrellas continuamente.

Pero claro, ¿cómo iba a imaginarme cuando envié ese tuit que, después de dos años buscando curro en lo mío, iba a terminar encontrando ese puesto en Brenton & Rome? Estaba convencida de que, como la mayoría de los jóvenes, iba a tener que conformarme con saltar de un trabajo temporal a otro, y ninguno de ellos relacionado con lo que había estudiado en la universidad.

Me obligué a tranquilizarme.

Él no me iba a reconocer. Ni de broma iba a relacionarme con la Olivia que le había enviado esa crítica. De hecho, seguramente ni se acordaría del asunto. Con la cantidad de locas que le mencionaban en Twitter, habría olvidado por completo mi comentario.

Ahora lo que importaba era hacer mi trabajo.

¿Quién podría tener el contacto de su mánager?

Juan me dio la respuesta poco después de que saliera de mi encierro en el cuarto de baño.

—Habla con esta productora —me indicó tras escribir unos datos en un

pósit—. Ellos rodaron la campaña de tele del perfume que él anuncia.

—¿Qué campaña? —dije, haciéndome la tonta.

—Olivia, por Dios, ¡si está en todas partes! —Juan puso los ojos en blanco e hizo un aspaviento—. Si quieres dedicarte a esto, vas a tener que fijarte un poco más en lo que hace la competencia, nena. No solo está en la tele todo el rato, sino que hay fotos de Adrián Prado en plan pecho lobo en todas las paradas de autobús, revistas y demás.

—¿Ah, sí? No me había fijado —mentí lo mejor que supe. ¡Qué va! No me había percatado en absoluto de lo guapísimo y encantador que salía Adrián en esa campaña—. Te haré caso y empezaré a prestar más atención a los anuncios que hay en todas partes.

—Chica, no hay que esforzarse mucho. Es deformación profesional. A mí no se me pasa ni uno. ¡Y menos si tienen como protagonista a un tío tan bueno como ese!

—Bueno, tú eres gay, y eres más observador que yo.

—Y tú mujer. Y a no ser que seas lesbiana, también deberías andar como loca con ese portento de la belleza masculina que no para de salir en todas partes.

—Juan, no exageres —dije con la mayor naturalidad y despreocupación de las que fui capaz—. Adrián es guapo, pero tampoco es para tanto.

—¿Tú de qué planeta has venido, chica? —exclamó, con los ojos como platos—. Eres más rara que un piojo verde. No puedes ser humana.

—Venga, déjate de tonterías y dime con quién tengo que hablar en esa productora para que me den el teléfono de su agente.

Ya estaba hecho.

Alejandro, el mánager de Adrián se había mostrado muy interesado en la propuesta y se quedó con mi número de teléfono para decirme algo al respecto cuanto antes. Me aseguró que se lo comentaría esa misma tarde a Adrián. Un par de días más tarde me llamó al móvil que me habían dado en la agencia para comunicarme que su cliente quería saber más sobre el proyecto, así que concertamos una reunión a primera hora del día siguiente para que hablaran con Diana.

Creía que me iba a librar de estar presente en la misma cuando ella me interceptó en el vestíbulo de los ascensores.

—Olivia, mañana ven un poco antes para prepararnos para la reunión con Adrián Prado y su mánager.

—¿Me vas a necesitar? —pregunté perpleja.

—Por supuesto —respondió ella muy convencida—. Si cerramos el trato con ellos vas a ser tú la que se ocupe de organizarlo todo con Adrián, así que claro que quiero que estés en la reunión. Eres una chica con muy buena presencia pero no despampanante. Eres seria, fiable e inteligente. Sé que no te vas a dejar impresionar por él, algo que no todo el mundo en la oficina sabe hacer con estos actores. Y, no te lo tomes a mal, pero el hecho de que no destagues por tu físico es un plus en este mundo. Estos chicos famosetes están hartos de tener a tías buenas a su alrededor y se toman más en serio a la hora de trabajar a una mujer que no va a suponer una distracción. Eres el perfil de chica perfecto para tratar con él.

¡Joder!

¿Acababa de llamarme fea? Eso dolía, y mucho.

No soy un bellezón, eso ya lo sé. Pero que tu jefa te describa como «chica normalita» que no va a distraer al actor más guapo del momento es bastante chungo.

Me importaba más mi trabajo que mi orgullo, así que, simplemente, me lo tragué.

—Gracias por confiar en mí —dije con diplomacia—. No sabía que quisieras que yo fuera a hacer de mediadora entre él y la agencia en caso de que acepte protagonizar la campaña. Estaré aquí antes de que ellos lleguen para ayudarte a preparar la reunión.

—¡Perfecto! —exclamó satisfecha—. Ya verás, vamos a bordarlo. Mañana va a ser un gran día. Buenas noches, Olivia.

—¡Madre mía, Oli! Es realmente alucinante —dijo Paula con un grito emocionado—. Mañana vas a conocer al hombre de tus sueños.

—Mejor di de mis pesadillas —refunfuñé, comiendo otro cacahuete.

¡Qué manía tienen en los bares de ponerte frutos secos cargados de sal y calorías! Te dan una sed que alucinas (así los muy cabrones consiguen que bebas más) y engordas una talla de culo en menos de una hora.

—No seas tan melodramática, chica —me regañó—. En lugar de verle el lado positivo a todo esto estás ahogándote en un vaso de agua.

—Pero, Paula, ¿cómo quieres que me lo tome? Si se da cuenta de quién soy y comenta algo, a Diana no le va a gustar ni un pelo. Puede que incluso me despida.

—No se va a dar cuenta ni de coña de que tú eres la que le criticó en Twitter. ¿Tú sabes la cantidad de tonterías que deben de escribirle cada día?

—Sí, pero a mí me respondió.

—Y responderá a otros fans de vez en cuando. Quizá ni sea él mismo quien lo haga. Puede tener a un *community manager* que le lleva las redes sociales.

—Bueno, vale. Aunque no se dé cuenta de quién soy y ni siquiera lleve él mismo sus cuentas de Twitter e Instagram, no tengo ni idea de cómo voy a reaccionar cuando lo vea en persona. Quizá hasta me desmaje, lo que sería un auténtico desastre, ya que quedaría en ridículo y mi jefa me fusilaría. Ella cree que soy muy profesional y que no soy el tipo de chica que se dejaría impresionar por un guaperas famoso. Y también opina que, como soy «fea», él me tratará con más respeto.

—Huy, menuda gilipollas —protestó mi amiga con una expresión de total indignación en su cara—. ¿En serio te ha llamado fea?

—No con esas palabras. Lo ha dicho de forma más elegante: que no destaco por mi físico.

—Hija, eso es diferente. Es evidente que no eres Angelina Jolie. Ni yo tampoco. Somos normales en apariencia, pero extraordinarias por dentro, y eso es lo que cuenta —dijo muy convencida—. Y tú tienes algo mucho más

magnético que ser perfecta físicamente.

—¿El qué, si puede saberse?

—Tu personalidad —dijo con vehemencia—. Oli, eres apasionada, profunda, divertida, inteligente y sensible. No necesitas ser guapísima. La belleza exterior es lo que necesitan las personas que no tienen mucho más que ofrecer y suele atraer a aquellos que no buscan nada más.

—Pues yo debo de ser más superficial de lo que crees, porque mira lo fuerte que me dio con este tío, que me puse a seguirle como una adolescente —dije riendo, antes de atacar de nuevo los cacahuetes.

—No fue su físico lo que te obsesionó —me rebatió—. Cuando te dio por empezar a cotillearle fue después de ver esa entrevista en la que descubriste a un tío muy interesante y con gustos muy afines a los tuyos. Y si encima eso va aliñado con que está de mojar pan, pues chica, ¡a nadie le amarga un dulce!

—Pues me da a mí que este «dulce» me a va dar muchos quebraderos de cabeza —suspiré, llevándome la mano a la frente—. Paula, necesito otro mojito.

No había sido muy buena idea emborracharme la noche anterior. No sé cuántos cócteles me tome, pero al menos fueron cinco. A pesar de haber dormido como un tronco, mis neuronas seguían empapadas en alcohol y mi cerebro estaba en huelga.

¿Cómo se me había ocurrido beberme hasta el agua de los floreros justo la noche anterior a esa reunión? Ahora me encontraba sentada en la mesa de reuniones de Diana intentando concentrarme en lo que ella me decía sin mucho éxito. Cuando por fin salió de su despacho para ir a por unos papeles, aproveché para correr a prepararme un café. Tenía la esperanza de que aquel aromático brebaje me ayudara a despejarme.

La cafeína me vino bien, pero lo que terminó de espabilarme por completo fue lo que vi al final del pasillo cuando regresaba al despacho de mi jefa.

En ese preciso instante un hombre alto de unos cuarenta y pico caminaba acompañado de Sofía, la recepcionista y, justo detrás de ellos, el actor más famoso del momento los seguía sin prestar mucha atención a lo que le rodeaba. Iba tecleando algo en la pantalla de su iPhone. Llevaba unos vaqueros desgastados y una sudadera con capucha que le cubría la cabeza y parte del rostro. Era evidente que quería pasar desapercibido, pero tenía un porte tan impresionante y un estilazo tan bestial que llamaba la atención de todas formas.

Sofía los guio hasta el despacho de Diana, quien les dio la bienvenida en la puerta con una sonrisa que hasta entonces yo no había visto. Al parecer, mi jefa guardaba su lado más risueño para las ocasiones importantes.

Me terminé el café de un solo sorbo, tiré el vaso de plástico en una papelera que encontré en mi camino y, respirando profundamente, entré hecha un manojo de nervios a ese despacho tan exquisitamente decorado.

Diana les estaba enseñando las impresionantes vistas que se apreciaban desde el enorme ventanal que recorría el espacio de lado a lado, por lo que tuve un segundo para intentar calmar mis nervios. Contemplé el impresionante cuerpo de Adrián que, de espaldas a mí y con la capucha cayendo sobre su espalda, comentaba con su voz profunda y rasgada lo increíble que resultaba la altura del rascacielos donde nos encontrábamos.

—Buenos días —conseguí decir al fin.

Diana se dio la vuelta y, unos instantes después, sus dos acompañantes la imitaron. Unos ojos verdes, mucho más bonitos y cristalinos que los que hasta ahora solo había visto en fotos y en la televisión, me observaron con curiosidad.

—Os presento a Olivia —dijo Diana—. Forma parte de mi equipo de confianza. En caso de que aceptes la oferta de The Wave, trabajará mano a mano contigo. —Esto último lo dijo dirigiéndose a Adrián, quien asintió levemente—. Ella se encargará de ayudarte en todo lo que necesites.

—Encantado de conocerte, Olivia —dijo él, esbozando una leve sonrisa de cortesía al tiempo que estrechaba mi mano. Sus ojos no me prestaron demasiada atención, pero sí pareció percatarse del pequeño tatuaje de mi muñeca derecha. Su mirada se detuvo unos segundos sobre esos finos trazos azules de tinta que dibujaban mi piel cuando nuestras manos comenzaban a separarse.

¡Ay, madre!

¡¡¡El mismísimo Adrián Prado acababa de cogerme la mano!!!

¿Se habría dado cuenta de lo temblorosa que estaba?

Tenía que buscar una excusa cuanto antes para encontrar un segundo y reponerme del *shock* que aquella situación suponía para mí.

—¿Os apetece un poco de café? —ofrecí lo más tranquila que pude, rezando para que aceptaran, dándome así la oportunidad de dejar ese despacho durante un rato.

—Es muy amable de tu parte, Olivia —comentó Diana, satisfecha por mi ocurrencia—. Me apetece mucho un capuchino. ¿Vosotros qué queréis?

—Para mí un café solo, por favor —dijo Adrián, volviendo a mirarme. Y esta vez lo hizo clavando directamente sus ojazos verdes en los míos.

¡Qué sofoco, por Dios!

—Yo voy a imitar a Diana —dijo con un tono muy simpático Alejandro, el mánager del actor—. Te agradecería mucho un capuchino.

—Y trae también algunas pastas, por favor —me pidió Diana.

Aliviada por que hubieran aceptado mi oferta, salí derechita de nuevo a la pequeña cocina que había al final del pasillo, donde teníamos una maravillosa cafetera Nespresso que hacía unos minutos me había regalado un café estupendo.

—¿Qué? ¿Ya está aquí la megaestrella del momento?

La voz de Juan a mis espaldas me hizo pegar un brinco.

—¡Qué susto me has dado!

—Perdona, creía que me habías oído entrar —se disculpó, cogiendo un zumo de la nevera.

No, no me había dado cuenta de que él estaba en la cocina. Y no porque fuera silencioso como un gato, sino porque estaba tan nerviosa que andaba sumida en mi propio mundo.

—Sí, Adrián y su agente ya están reunidos con Diana —respondí mientras buscaba unas tazas limpias.

—¿No tenías que estar tú con ellos?

—Sí, pero Diana me ha pedido que les lleve unos cafés.

—¿Quieres que lo haga yo y así no te pierdes nada de lo que hablen?

—No, gracias. Necesito este rato a solas. Tengo una resaca de flipar y no estoy en mis mejores condiciones. Voy a aprovechar para tomar mi tercer café de esta mañana a ver si así entro allí un poco más espabilada.

—Qué pena que no ha colado —se lamentó riendo—. Quería tener una excusa para entrar a darle un repaso en vivo y en directo a ese bombón.

—Mejor que no lo hagas —le avisé—. Ese chico es demasiado para estas horas de la mañana.

—Mírala. La que decía que Adrián no era para tanto. Te ha dejado tan nerviosa que no atinas con las tazas —observó, muerto de risa.

—Vale, lo admito: tenías razón —dije, echándome a reír yo también—. Es tan endemoniadamente guapo que entre la resaca y sus ojos me he quedado como un flan.

—Venga, te ayudo a preparar el pisco-labis mañanero para ese guaperas —se ofreció, dejando el zumo sobre la encimera.

—Gracias. ¡Eres un cielo!

Juan preparó en un pispás una bandeja con las tazas mientras yo ponía en un plato unas pastas y unos pequeños cruasanes que tenían una pinta estupenda. Aproveché su ayuda para meterme en vena otro café de la variedad más potente que había en la selección que teníamos en la oficina. Necesitaba estar bien despierta, aunque mucho me temía que ese café también me iba a poner más nerviosa de lo que ya estaba.

—Esto está listo —anunció Juan, pasándome la bandeja.

Volví a darle las gracias y me encaminé hacia el despacho de Diana sintiéndome algo más preparada para la reunión. Ya no sentía que mi cerebro estaba apagado y los nervios se habían disipado un poco gracias a las bromas que mi ocurrente compañero había ido soltando mientras me ayudaba. Juan era un maestro a la hora de sacar el lado más gracioso de cada situación. En las escasas tres semanas que llevaba en Brenton & Rome él ya se había ganado mi corazón. Aunque a veces era un agonías y se agobiaba en exceso, cuando eras tú la que estaba al borde del colapso siempre te soltaba alguna tontería ocurrente para animarte.

Cuando entré con la bandeja, los tres estaban ya sentados alrededor de la mesa de reuniones y Diana les explicaba los detalles de la campaña que teníamos en mente para *The Wave*.

—Adrián tiene todavía que rodar algunos episodios de la serie y tiene varios compromisos en eventos —dijo su mánager, antes de dar un sorbo a la taza de café.

—Bueno, creo que podremos esperar a que esté disponible para empezar a rodar el anuncio. El cliente está muy interesado en que él sea la imagen para la campaña de verano —explicó Diana.

—¿Cuál es la fecha límite para que haga el trabajo? —preguntó el actor. No se dirigió a mi jefa, sino a mí.

Tragué saliva y me convencí de que en aquella situación yo era una ejecutiva de cuentas y no una fan enloquecida.

—Tendríamos que empezar a rodar como mucho en mes y medio —respondí con una tranquilidad que a mí misma me sorprendió—. Y necesitaríamos que estuvieras a nuestra disposición durante al menos dos semanas.

—¿Dos semanas? —preguntó sorprendido, antes de comenzar a beber el café que aún no había probado. La taza rozó aquellos labios perfectos y tentadores. Tuve que esforzarme mucho por no ponerme a babear como una gilipollas. Esa barba de dos días que le daba un aire algo desaliñado a su

rostro de facciones marcadas no me lo puso demasiado fácil.

—La mayor parte de la campaña se va a rodar en algún lugar exótico con playas de ensueño. El equipo de rodaje tendrá que viajar lejos, y como hay que hacer varios anuncios y sesiones de fotos, si aceptas, tendrás que estar allí con ellos durante todo ese tiempo —le expliqué de forma muy profesional.

—Diana nos ha comentado que esta marca de ropa de surf quiere llegar a un público más amplio y no solo a los que somos aficionados a ese deporte. Creía haber entendido que querían darle un aire más urbano para hacer ver a la gente que sus prendas también son perfectas para llevarlas en el día a día —me explicó Adrián. Al parecer, mientras yo había estado hiperventilando en la cocina ella les había puesto al corriente del objetivo de la campaña.

Diana me miró indicándome que me ocupara yo de responderle.

—Sí, así es —asentí—. Una parte de la campaña se rodará aquí en Madrid, en escenarios urbanos y que le serán familiares al público objetivo. No obstante, nuestra idea es que, al ver los anuncios, los clientes potenciales capten la idea de que llevando esa ropa sentirán el espíritu de libertad que te da la ropa de The Wave y ahí es donde entran las imágenes de parajes exóticos. Haremos una mezcla de ambos lugares en los anuncios para que entiendan lo que significa el *claim* que nuestro equipo creativo les ha presentado.

—¿Y cuál es ese «*claim*»? —preguntó Adrián con curiosidad.

—Eso no te lo puedo contestar por ahora —dije con rapidez.

—No te podemos desvelar nada más sobre nuestro proyecto hasta que aceptes —intervino Diana—. No es que no confiemos en ti, pero es una información muy valiosa y que nadie fuera de la campaña puede conocer.

—Sois muy listas —observó, dedicándonos a ambas una fugaz sonrisa que le derretiría el corazón hasta al ser más frío del planeta—. Me habéis dejado con la intriga de cuál es la frase de oro para engatusar a la gente.

—Vamos a estudiar la propuesta. Tenemos que ver si es posible encontrar fechas libres en el calendario de Adrián en un mes y medio —concluyó Alejandro, tomando unas notas en su agenda—. Como sabéis, él es ahora el actor más popular del panorama nacional y tiene muchísimas solicitudes. Tenemos que cuidar su imagen y no podemos aceptar todo lo que le proponen. Esta oferta suena bien, pero me preocupa que pueda interferir con el rodaje de los capítulos finales de *La jaula*.

—Estudia la propuesta y dinos cuándo sería posible dedicarnos esas dos semanas —dijo Diana muy tranquila y segura—. No puedo posponer mucho el

rodaje, pero puedo hablar con el cliente para ver si tenemos algo más de flexibilidad en cuanto a nuestras fechas.

—Me parece bien —dijo el mánager, complacido.

—¿Queréis saber algo más? —les preguntó mi jefa.

—Sí, hay una cosa que para mí es importante —dijo el actor, volviendo a mostrarse serio—. ¿Tendré que rodar con alguna chica o seré yo quien lleve el peso de la campaña?

—Serás tú solo —respondí—. Esta campaña en concreto se dirige al público masculino. The Wave aún no se ha lanzado a traer a España su línea de ropa femenina.

—Eso suena bien.

Mi respuesta parecía haberle convencido un poco más. Incluso me atrevería a decir que estaba aliviado; por primera vez apoyó la espalda de forma relajada en el respaldo de la silla de diseño en la que estaba sentado.

—Perdona la pregunta, pero, ¿por qué sería un problema que tuvieras que compartir el protagonismo con una modelo o actriz? —inquirió Diana sorprendida.

—Porque prefiero evitar cualquier distracción innecesaria —se limitó a responder Adrián, sin mirar a nadie en concreto.

Aquella respuesta me había dejado intrigada.

¿Se refería a que pasaba de compartir la responsabilidad del trabajo con una mujer porque era un pedazo de misógino? ¿O se debería a que no quería que nadie le robara el protagonismo? Probablemente estaba acostumbrado a ser siempre el centro de atención y prefería no tener a nadie al lado que pudiera hacerle sombra. Y una mujer guapa y exuberante sin duda acapararía las miradas de todo el mundo.

La sensación que me había dejado Adrián una vez hubo terminado la reunión fue que se trataba de un tipo correcto pero bastante distante. Parecía marcar constantemente una barrera difícil de traspasar. No había visto en ningún momento al tipo encantador y apasionado de aquella entrevista en televisión que me había dejado loquita por sus huesos hacía unos meses. En persona resultaba mucho más guapo e imponente, pero también mucho más borde.

Sí, la verdad era que me había desilusionado bastante su actitud.

Pero, al mismo tiempo, me había dejado intrigada. Había algo en esos ojos verdes que ocultaban un cierto dolor. Algo que solo se podía apreciar cuando

lo tenías frente a frente.

Pero eso no era asunto mío. Lo que pasara por la cabeza de aquel actor ultraadorado por todos no era de mi incumbencia. Ahora lo único que importaba era que se decidiera a aceptar la oferta para que así yo pudiera formar parte de un proyecto tan gordo y ambicioso. Si conseguíamos que The Wave nos diera a nosotros la campaña más importante que habían hecho hasta el momento en nuestro país, ¡mi currículum mejoraría de una forma increíble!

Y eso me importaba bastante más que intentar averiguar qué narices sucedía detrás de aquella mirada inquietante y áspera.

Ahora mi carrera profesional era lo primero para mí.

Tenía que dejar atrás cualquier tipo de fascinación por él. Eso era cosa de mi yo anterior. Ese yo que tenía trabajos aburridos y precarios y que se entretenía soñando despierta con un tipo como él.

Si Adrián finalmente nos decía que sí, iba a tener que trabajar codo con codo con él, así que más me valía irme haciendo a la idea de que era un simple mortal y punto. Tenía que olvidar la tonta obsesión que había sentido hasta ahora por el protagonista de *La jaula*. Él no era el valiente, apasionado y seductor personaje que interpretaba en la serie.

Más bien parecía ser todo lo contrario.

6

El viernes llegó y aún no habíamos tenido noticias suyas. Diana andaba nerviosa, pero dijo que habría que esperar un poco más. No pensaba perseguir al agente de Adrián. Si notaban lo desesperados que estábamos por cerrar el trato, nos torearían a su antojo y ella no estaba dispuesta a que nadie se creyera imprescindible.

Juan, Patricia y Óscar opinaban que se estaban haciendo los interesantes pero que finalmente dirían que sí. Ya habían visto a otros famosos hacer lo mismo y, aunque pelearan un poco los honorarios y los tiempos, si el cliente era tan gordo como The Wave, siempre terminaban aceptando.

Necesitaba como agua de mayo ese fin de semana que estaba a punto de comenzar. Estaba agotada por la intensa carga de trabajo que había tenido en los últimos días. Por fin había pillado el mismo ritmo que llevaban mis compañeros y estaba inmersa en ayudarles con la organización de otras campañas que tenía la agencia en marcha.

Cuando por fin pude escaparme de la oficina eran casi las diez de la noche. Subí al autobús arrastrando los pies y di las gracias al cielo de que quedaran sitios libres para aposentar mi trasero. Me atrincheré junto a una ventana y busqué en el bolso mis preciados auriculares Beats. Había estado ahorrando durante meses para poder comprármelos y eran como una varita mágica que me ayudaba a alejarme del mundo real. Una vez que me los ponía, su alucinante calidad de sonido me envolvía y desconectaba por completo de todo lo que me rodeaba. Ya que tenía un trayecto bastante largo entre mi casa y el trabajo, aprovechaba esos momentos para relajarme con mi música favorita.

Conecté el cable a mi móvil y busqué una canción de Lana del Rey que me chiflaba.

La magia empezó unos instantes después y, cerrando los ojos, apoyé mi cabeza en el cristal y me dediqué a soñar despierta.

Como si de un videoclip se tratara, imaginaba escenas en las que yo era la protagonista de situaciones maravillosas. Veía una playa al atardecer mientras Gilda chapoteaba feliz en el agua. Mi madre disfrutaba tumbada sobre la arena

de unas merecidas vacaciones y mis abuelos caminaban por la orilla cogidos de la mano. Son una pareja tan entrañable que siempre los tengo presentes en mi ensoñaciones. Los quiero con locura.

Una canción de Ed Sheeran sonó después. Era más romántica que la anterior y mi imaginación pasó a modo pasteloso. El rostro de Adrián apareció en la película a todo color que me estaba montando sin que pudiera evitarlo. Me regañé a mí misma por dejar que ese individuo se colara en mi cabeza con tanta facilidad.

Busqué otro tema más movido que me ayudó a dejar de fantasear con tonterías y me visualicé bailando como una posesa junto a Paula al borde de un impresionante acantilado.

Varias canciones después, por fin llegué a mi parada. Guardé los auriculares en el bolso y regresé a la realidad. Seguía agotada, pero haberle puesto banda sonora a mi vida durante los cuarenta y cinco minutos que había pasado en el autobús me había relajado mucho.

A pesar de estar cansada, en cuanto llegué a casa salí con Gilda a dar un paseo. Esa noche mi madre tenía guardia en el hospital y mi adorada perra llevaba desde la hora de comer sola en casa. Necesitaba airearse un poco y corretear a sus anchas por el parque.

Para cuando volví a casa, solo me quedaban fuerzas para cenar un improvisado sándwich y meterme en la cama.

Al día siguiente el sol lucía sin reservas, así que en cuanto mi madre llegó de su guardia, le pedí que me dejara su viejo utilitario y me llevé a Gilda al Retiro.

La temperatura no era tan fría como en los días anteriores. Tras haber dado un largo paseo por el parque, me hice con un café para llevar y me senté a saborearlo en una explanada de césped desde la que se contemplaba el Palacio de Cristal. Gilda, cansada tras lo mucho que habíamos caminado, se tumbó a mi lado a disfrutar del sol y observó con parsimonia el panorama que nos rodeaba. Es una perra muy tranquila, y cotillear lo que sucede a su alrededor es uno de sus pasatiempos favoritos.

Observé la forma en que la luz vespertina de invierno atravesaba aquel edificio de hierro y cristal, proyectando una serie de traviosos matices sobre las ramas de los árboles que lo enmarcaban. Aquel precioso pabellón tan transparente y ligero parecía flotar sobre el lago que tenía delante. Unos cisnes surcaban el agua dejando una estela a su paso. La escena era tan bonita que no pude resistirme a sacar una foto con el móvil.

Olivia Santos @oliviaandgilda
Silencio y luz en el parque del Retiro...

Escribí aquellas palabras en mi cuenta de Twitter y adjunté la foto. Lo tuiteé y no tardé en recibir varias notificaciones de gente que le había dado a «favorito». Entre ellas estaba Paula, quien también era una fan incondicional de ese famoso parque madrileño.

Me disponía a leer un libro cuando recibí un WhatsApp de mi amiga.

«Veó que te has escapado al paraíso. ¿Vas a estar un rato más?».

«Sí, hace una tarde magnífica y creo que me quedaré aquí hasta que se vaya el sol».

«Esa foto me ha dado mucha envidia. ¡Salgo para allá! No te vayas sin mí. Tardo media hora ;»».

«Ok. Aquí te esperamos Gilda y yo».

Me alegré de que mi amiga hubiera decidido apuntarse al plan. Había planeado pasar la tarde con la única compañía de Gilda y aquella preciosa novela de Susanna Tamaro. Pero Paula era siempre bienvenida y no me importaba en absoluto que se uniera a mi relajante plan de ese sábado.

Mientras ella llegaba, aprovecharía para retomar la lectura de *Donde el corazón te lleve*. Había encontrado ese ejemplar hacía unos días en una antigua librería donde vendían libros usados. Aquel libro tenía más de veinte años, pero estaba en muy buen estado.

Mi madre me había hablado de esa novela muchas veces. Ella la había leído en su juventud y siempre lamentaba haberla dejado olvidada en un viaje que había hecho con sus amigas poco antes de que yo naciera. Se llevó una alegría tremenda cuando se la dejó en su mesilla como una sorpresa. Se empeñó en que yo la disfrutara antes de volver a releerla ella tantos años después.

Aunque ese día estaba sumida en un estado de ánimo algo solitario y reflexivo, perfecto para enfrascarme en la historia de ese libro, no me importaba en absoluto que mi amiga estuviera de camino. Su compañía nunca sobra. Tenemos tanta confianza que si ella llegaba y me encontraba enfrascada en la lectura, se encendería un cigarro y esperaría en silencio a que yo terminara de leer. Paula no es una persona que necesite ser el centro de atención y muchas veces solo quiere tenerme cerca, aunque cada una estemos pensando en nuestras cosas.

Es una amiga más allá de las palabras.

Y nunca se enfada por nimiedades.

Busqué la página donde me había quedado dos días atrás. Apoyé la espalda sobre el tronco de un árbol y me sumergí de lleno en aquellas cartas que una

abuela le escribía a su nieta, a través de las cuales le abría su corazón de par en par y le contaba cómo había sido en realidad su vida.

Había algo mágico en que aquel ejemplar no fuera nuevo. A juzgar por algunas anotaciones a lápiz que me iba encontrando en los márgenes, y cómo algunos párrafos estaban subrayados con boli rojo, ese libro había pasado al menos por dos personas antes de mí. Eso le daba un toque muy romántico y me hacía pensar en cómo les habría influido aquella profunda historia a sus anteriores lectores. Nunca sabría quiénes habían sido esas personas, pero me sentía conectada a esos desconocidos al tener en mis manos las mismas páginas que ellos habían leído con anterioridad.

¡Dios! Ya estaba divagando. Siempre tengo esa tendencia a perderme en mis propios pensamientos y a dejar que mi mente tome caminos de lo más inesperados. Me obligué a centrarme en el libro y, por fin, me concentré en la lectura.

Llevaba un rato enfrascada en la historia cuando Gilda me sobresaltó ladrando de alegría. Paula había llegado y mi perra estaba loca de contenta. Como me vio tan concentrada, me avisó de que iba a por algo de beber y que se llevaba a Gilda con ella. Asentí distraída y mis ojos volvieron a perderse entre las increíbles líneas de aquella historia que me estaba atrapando por completo.

Un rato después de que Paula regresara con unas cervezas y unas patatas fritas y yo dejara el libro a un lado para charlar con ella, el sol comenzó a esconderse tras las ramas desnudas de los altísimos árboles y empezó a refrescar. Recogimos nuestras cosas y, con Gilda pisándonos los talones, paseamos hasta salir del céntrico parque madrileño. Enfilamos la calle donde había tenido la suerte de encontrar un hueco para el coche. Llevamos a Gilda hasta mi casa y después nos fuimos a tomar algo a un bar cercano donde daban las mejores patatas bravas del mundo. Siempre que Paula venía por mi nuevo barrio me arrastraba impaciente hasta aquel lugar.

—Bueno, ya veo que después de casi dos meses sin decir ni mu te has animado a poner algo en Twitter —observó, guiñándome un ojo.

—Sí, la tarde estaba tan bonita, y esa foto ha quedado tan bien, que no he podido resistirme. Además, hace tiempo que se calmó el tema y ninguno de los seguidores o detractores de Adrián se acuerda de que existo. Tenías razón, era cosa de dejar que otros temas acapararan la atención de los tuiteros.

—Algo tan poco trascendental como que un actor se meta con su ex y

responda a la crítica de una seguidora no es para que la cosa dure mucho. Sería preocupante que, con la que está cayendo en el panorama nacional, vuestro breve rifirrafe siguiera siendo lo más comentado en este país —dijo, poniendo los ojos en blanco mientras colocaba uno de sus rebeldes rizos detrás de la oreja—. A veces es muy patético ver las cosas que le interesan a la gente.

—Supongo que con la cantidad de dificultades que hay en la vida diaria de la mayoría, hay gente que prefiere desconectar un poco de lo importante y por eso se fijan en ese tipo de chorradas. Es una distracción.

—Sí, creo que has dado en el clavo. La gente necesita un poco de morbo para seguir con su rutina sin deprimirse. La verdad es que, tal y como está todo, hace falta distraerse un poco y algunas megaestrellas como Adrián nos lo ponen en bandeja. Es un tío guapísimo y se sale en el papel que interpreta en *La jaula*, eso he de admitirlo, y aunque me parece que la popularidad le ha vuelto un engreído, es divertido seguirle la pista.

—Lo que no es tan divertido es que ese engreído acabe siendo responsabilidad mía —solté con un suspiro—. Si acepta protagonizar la campaña para *The Wave* lo voy a tener hasta en la sopa.

—¿Y no es eso un sueño hecho realidad?

—Paula, lo habría sido antes. Pero después de lo que pasó en Twitter, ha perdido mi respeto y mi admiración.

—No sé yo si eso es del todo cierto —me contradijo con un mohín—. A pesar del chasco que te llevaste al descubrir su lado más vengativo, a ti ese tío te sigue fascinando en cierto modo.

—No, para nada —mentí descaradamente—. Se ha convertido en trabajo, nada más. Y si no fuera porque esa campaña supondría una oportunidad increíble para mi carrera, preferiría no tener que volver a verle.

—Mira, Oli, engáñate a ti misma si eso te hace feliz. Pero yo sé muy bien que como tengas que trabajar mano a mano con él, tu corazón va a tener que mantenerse muy alerta. No me gustaría que si saca su lado encantador acabes enamorada como una idiota de un tipo que vive en un mundo de fantasía, totalmente ajeno a tu realidad.

—Sí, estuve muy obsesionada con él, pero ya lo he superado.

—Estabas obsesionada con un personaje lejano e inalcanzable. Pero si trabajáis mano a mano, será alguien de carne y hueso a quien verás muy a menudo. Y si te pirras por el Adrián real, vas a sufrir mucho.

—Eso no va a pasar. Ya te conté que me pareció bastante áspero y distante

en las distancias cortas. Si esto sale adelante, mi fascinación se disipará por completo porque creo que todas esas virtudes que él muestra en público son parte de una estrategia muy bien estudiada.

—O sea, según tú, es un experto en *marketing* personal.

—Sí, lo es. Se vende como un tío sensible, preocupado por el medioambiente, los animales y el bienestar social. Va de que a él la fama no le ha cambiado, que solo la aprovecha para reivindicar cosas importantes, pero ahora que lo he conocido personalmente creo que todo eso es pura fachada.

Adrián Prado @adrianpradoact

La sutura no cerraba porque la herida estaba hecha de puntos suspensivos...

Lo malo era que se trataba de una fachada muy inteligente e interesante, ¡joder!

Apoltronada en el sofá de casa después de haberme tomado unas copas con Paula me dio por cotillear la cuenta de Twitter de Adrián. Lo último que había en su *timeline* era esa frase tan increíble de Noche de Letras, una cuenta que yo también seguía de cerca y que él había retuiteado hacía un par de horas.

Eran ese tipo de cosas las que me habían hecho engancharme a él. Frases preciosas, fotos con su fiel amigo Bono y un constante apoyo a la protectora de animales con la que colaboraba. También denunciaba a menudo temas de interés social y pocas veces cometía el desliz de poner algo desagradable como lo que le había dicho a su ex.

Debido a que iba algo achispada, mi buen juicio estaba adormecido y le di al símbolo que indicaba que me gustaba ese tuit, como una gota más en la marea de seguidores que habían decidido hacer lo mismo que yo.

Unos segundos después mi móvil emitió un sonido que indicaba que había recibido una notificación.

Lo miré perezosa y adormilada, pero no tardé en despejarme al instante.

Tenía un nuevo seguidor.

Y era nada más y nada menos que Adrián.

—¿Qué pasa? —preguntó Paula desde el otro extremo del sofá al ver mi cara. Se había hecho tarde para volver a su casa y se iba a quedar a dormir.

Como yo seguía mirando incrédula la pantalla de mi móvil, ella me lo arrebató de las manos y le echó un vistazo.

—¡Esto se pone interesante!

—No, no se pone interesante, se pone peligroso —dije nerviosa—. Mierda, esta es su forma de decirme que sabe quién soy. En cuanto ha visto que me ha gustado lo último que ha puesto se ha fijado en mi cuenta y ha adivinado que yo soy la que le puso verde hace unas semanas.

—¿Pero cómo puede saber que la Olivia que conoció en la agencia hace

unos días es la misma que la que intercambié esos tuits con él hace ya más de un mes?

—Por esto.

Cogí mi móvil de nuevo y le enseñé la pantalla. Acababa de darme cuenta de ese detalle. La foto que yo tenía en mi perfil era mi tatuaje. Una diminuta huella de perro delineada con tinta azul oscura. Me la había hecho en honor a lo que significaban esos animales para mí. Inteligencia, fidelidad y amor incondicional.

Y él se había quedado mirando la piel de mi muñeca con mucho interés cuando estrechamos nuestras manos el día de la reunión.

Mi cuenta de Twitter mostraba mi nombre real con apellido incluido. Y Diana le había dado mi tarjeta de visita del trabajo por si tenía alguna duda y quería contactar conmigo.

No hacía falta ser Einstein para atar los cabos.

¡Dios! Ahora sí que estaba metida en un buen lío.

Ir a casa de mis abuelos siempre es motivo de alegría. Y desde que nos habíamos mudado apenas los veíamos durante la semana porque teníamos un trayecto de más de media hora en coche hasta su casa, así que intentábamos comer con ellos todos los domingos.

Mi madre había procurado convencerlos por todos los medios para que vendieran su céntrico piso y buscaran algo en nuestro barrio para así estar más cerca y vernos más a menudo. Pero ellos no tenían intención alguna de dejar ese hogar lleno de recuerdos, así que ella había tirado la toalla. Decían que si se iban perderían gran parte de su vida y ambos se ponían de muy mal humor si les insistíamos. Según ellos, su barrio tenía alma, no como el nuestro, el cual describían como un conjunto de edificios modernos en medio de la nada.

A ellos les gusta callejear y saludar a sus vecinos de toda la vida. Ambos tienen mucha vitalidad, apenas llegan a los setenta y aún disfrutan de una activa vida social. Ahora que están jubilados, dicen que están en un momento dorado y que no lo van a desperdiciar mudándose a un barrio donde todo lo que les interesa les queda lejos. Tienen muchas aficiones interesantes y la mayoría de las actividades culturales que les mantienen entretenidos se organizan en el centro de la ciudad.

Mi abuela no para quieta; que si yoga, que si talleres de teatro, que si jugar a las cartas con sus amigas, que si un curso de cocina japonesa... Siempre tiene algo nuevo que hacer y todo le interesa y le ilusiona. Mi abuelo es más

tranquilo, pero también disfruta mucho con sus libros de historia, los conciertos de música clásica a los que va cada semana y esos partidos de tenis que le mantienen en forma. Y lo mejor de todo es que le encanta cocinar y siempre nos sorprende con alguna receta nueva.

Entrar en su casa es contagiarse de alegría y buenas vibraciones. Allí la negatividad no tiene cabida. Y como yo soy un poco melodramática y a veces un tanto pesimista, siempre me sienta de maravilla ir a visitarlos. Ellos son el vivo ejemplo de que la edad no es importante. Si tienes ganas de vivir, eres eternamente joven.

Me iba a sentar de maravilla estar en familia. Necesitaba distraerme y olvidar la indirecta que me había lanzado Adrián la noche anterior. Estaba claro que se había dado cuenta de quién era yo. Solo esperaba que ese detalle no influyera en su decisión sobre si aceptar o no el trabajo que le habíamos ofrecido para The Wave.

—¿Sabéis que Olivia puede que tenga que trabajar en una campaña con ese actor al que puso en evidencia hace unas semanas? —comentó mi madre durante la comida.

—Huy, qué casualidad —dijo mi abuela sorprendida—. ¿Y cómo es eso?

—Hay una marca de ropa que lo quiere a toda costa para que protagonice sus anuncios —respondí—. Y si acepta, voy a tener que aguantarle.

—¿Pero a ti no te chiflaba ese actor? —preguntó mi abuela, confundida ante mi tono malhumorado.

—Sí, abu, tú lo has dicho: me chiflaba. Tiempo pretérito. Después de lo que dijo sobre su ex y cómo me puso en evidencia en Twitter, le he cogido bastante manía.

—Bueno, pues si al final tienes que trabajar con él, deberás ser profesional y no dejar que tus sentimientos se interpongan —me aconsejó mi abuelo—. En el trabajo siempre te terminas topando con situaciones que no te gustan, pero hay que sobrellevarlas. Y ahora que por fin estás donde tú querías, tienes que ser positiva y sacarle a esa experiencia el máximo partido.

—No, si yo estoy dispuesta a sacar esta campaña adelante. Significa mucho para mí, así que no pienso dejar que mi opinión personal sobre él interfiera en mi trabajo. Lo que pasa es que tengo mis dudas sobre que vaya a aceptar protagonizar esos anuncios. Y más ahora que creo que se ha dado cuenta de que yo soy la que le puso verde. No creo que quiera trabajar conmigo.

—¿Cómo que se ha dado cuenta? —preguntó mi madre, abriendo los ojos de par en par.

—Anoche hizo algo que me hace pensar que así es. De repente, justo unos días después de que mi jefa y yo nos reuniéramos con su agente y con él, se puso a seguir mi cuenta.

—¿Y eso es tan raro? —Mi abuela, la pobre, no entendía muy bien el funcionamiento de las nuevas tecnologías y las redes sociales.

—Sí, mamá, eso es bastante inusual —le respondió su hija—. Estos famosos tienen millones de seguidores y no hacen mucho caso a lo que les dicen. No tienen tiempo de leer todos los mensajes en los que los mencionan. Y mucho menos seguir de vuelta a todos sus fans. Ya fue bastante inusual que se fijara en lo que Olivia le dijo aquella vez y le contestara. Que ahora se haya puesto a seguirla es ciertamente sospechoso.

—Creo que esa ha sido su forma de decirme que me ande con cuidado —dije angustiada—. Es evidente que después de la reunión se dio cuenta de que soy la autora de ese tuit que le molestó tanto.

—Bueno, puede que sea así —dijo mi abuelo—. No obstante, también cabe la posibilidad de que no sea una forma de amenazarte. Quizá le hayas picado la curiosidad y por eso quiera seguir tus pasos en Twitter.

—¿Picarle la curiosidad? —repetí riendo—. Lo que piqué seguro fue su orgullo. No le interesa lo más mínimo lo que yo tenga que compartir con el mundo en Twitter. Solo pretende dejarme claro que se dio cuenta de quién soy y quiere atormentarme. No es idiota; sabe lo importante que es esa campaña para la agencia. Diana les comentó a él y a su agente que yo era una nueva y valiosa incorporación a su equipo, así que se imaginará que si no acepta el trabajo estará perjudicando seriamente mi trayectoria en Brenton & Rome. Como diga que no acepta porque no quiere trabajar conmigo me va a hacer polvo.

—Oli, ¡por Dios! —me regañó mi abuelo—. Estás montándote una historia muy rocambolesca en tu imaginativa cabeza. A veces pienso que en lugar de estudiar publicidad deberías haberte dedicado al cine. ¡Serías una fabulosa guionista de películas dramáticas!

Después de que mi abuelo consiguiera que me riera de mí misma y de mi tendencia a exagerar, volví a casa menos preocupada y con la firme intención de disfrutar de lo que me quedaba de la tarde de ese domingo.

Mi dormitorio era mi paraíso privado. No destacaba por ser ni lujoso ni grande, pero era muy luminoso y desde la ventana se divisaban unas vistas preciosas de la sierra.

Cuando mi madre y yo nos mudamos a nuestra nueva casa dediqué mucho tiempo a convertir ese espacio en un lugar que reflejara quién soy. Lo primero que hice fue pintarlo de un tono gris cálido porque ese color me transmite mucha serenidad. La cama y el escritorio blancos eran nuevos, pero los demás muebles los había reciclado de mi anterior dormitorio.

Le tenía un especial cariño a la antigua estantería que había encontrado hacía unos años en el Rastro. La había atiborrado con todos mis libros que, a excepción de algunos tochos sobre publicidad y diseño gráfico de mi época universitaria, la mayoría eran novelas. Me chiflaba que en esas baldas hubiera tantas historias encerradas.

Amores atormentados que me habían emocionado.

Thrillers que me habían mantenido en vilo.

Y algunas historias épicas de caballeros medievales que me habían transportado a otro tiempo.

Apoyadas sobre los cantos de los libros, tenía algunas fotografías de mi niñez, de mi madre, de mis abuelos y de Paula. Me gustaba la escultura, y aunque últimamente la había dejado un poco de lado, tenía algunas piezas muy chulas que había creado durante un curso que había hecho en una escuela de arte.

Entre la cama y el escritorio tenía una alfombra muy mullida de color violeta sobre la que me encantaba tumbarme a escuchar mi música favorita mientras acariciaba a la peluda de Gilda y fantaseaba con un futuro prometedor, feliz y lleno de momentos memorables.

En las paredes había colgadas fotos en blanco y negro de muchos de los lugares que me gustaría visitar algún día.

Se podía decir que mi habitación unía a la persona que había sido hasta el momento, con sus recuerdos y experiencias vividas, con aquella otra mujer que quería llegar a ser. La realidad y los sueños convivían en perfecta armonía en aquel dormitorio. Todo lo que daba forma a mi espacio personal y privado rendía homenaje a mi pasado, a mi presente y, sobre todo, a mi futuro.

Allí me refugié esa tarde con la fiel compañía de Gilda que, tumbada justo detrás de mí sobre la alfombra, se convertía en la mejor almohada del mundo, y la maravillosa historia escrita por Susanna Tamaro. Me metí tanto en la novela que, sin darme cuenta, leí del tirón las ciento y pico páginas que me quedaban para terminarla. No era un libro muy largo y era tan intenso que lo devoré. Las cartas de aquella abuela dirigidas a su nieta estaban llenas de valiosas enseñanzas y reflexiones. Ahora entendía por qué mi madre adoraba

ese libro y la había marcado tanto en su adolescencia.

Cerré las tapas, pensativa, con la última frase de la novela repitiéndose sin cesar en mi cabeza. No pude reprimir la necesidad de compartir esas palabras y busqué mi móvil. Me habían calado profundamente y estaba sumida en un estado de ánimo de lo más contradictorio. La tristeza y la esperanza se mezclaban dentro de mí a partes iguales.

Olivia Santos @oliviaandgilda

Aguarda y aguarda más aún. Quédate quieta, en silencio; y escucha tu corazón. Y cuando te hable, levántate y ve donde él te lleve. Susanna Tamaro.

—*Feel The Wave...* —repitió Adrián con entusiasmo—. ¡Me parece un eslogan muy bueno! Parecía estar de mejor humor que la semana anterior. La actitud contenida y distante que había mostrado cuando vino por primera vez a la oficina había desaparecido.

Diana y yo habíamos quedado con él una vez más y volvíamos a estar reunidos en el despacho de mi jefa. Esta vez vino solo. Ahora que ya había decidido aceptar nuestra propuesta y habíamos conseguido encontrar las fechas perfectas para que él estuviera a nuestra disposición, su mánager se estaba encargando de cerrar con el cliente los detalles legales y económicos del contrato. Nosotras teníamos que ocuparnos de la parte más interesante: concretar con él lo que necesitábamos que transmitiera la campaña.

No hizo ni dijo nada que indicara que supiera quién era yo. Se mostró amable y educado, y muy profesional, escuchando con atención lo que Adolfo, el director creativo de la agencia, le decía sobre las sensaciones que debía transmitir cuando se rodara el anuncio.

—Esa ropa es libertad. La llevas en la ciudad, pero te sientes como un alma libre que se ha perdido en un paraíso lejano —explicó Adolfo con pasión—. Sientes la ola, te sumerges en ella y esta te transporta a otro estado de ánimo. Con las prendas de *The Wave* te transformas y dejas los convencionalismos atrás. Tenemos que conseguir que todos los hombres de este país caigan en la tentación de comprar esa ropa este próximo verano.

—No creo que me cueste transmitir ese mensaje. De hecho, soy cliente de la marca. Tengo varias prendas de su colección y me siento muy cómodo con ellas.

—¡Eso es genial! —dijo nuestro director creativo complacido—. Queremos que haya un gran contraste entre la actitud que muestra el personaje del anuncio cuando lleva ropa de oficina, aburrida e incómoda, y la transformación que sufre al ponerse las prendas de este cliente. Esclavitud vs. libertad, eso es lo que queremos dejar claro al público objetivo.

Mientras Adolfo le explicaba a Adrián la idea con la que él y su equipo

habían convencido a la directora de *marketing* de The Wave para que nos dieran la campaña, yo no podía dejar de pensar en lo surrealista que era todo aquello. Hacía tan solo unas semanas ese chico era un ídolo inalcanzable que me había defraudado y ahora lo tenía sentado a unos palmos. Podía escuchar su respiración y deleitarme con el penetrante aroma que desprendía el fresco perfume que utilizaba.

—Por eso quieren que seas tú quien se ocupe de vender la idea de forma creíble. De la noche a la mañana pasaste de ser un desconocido a ser el tío más deseado de este país —concluyó Diana—. Estás en la cresta de la ola y muchos hombres desean parecerse a ti. Para ellos eres sinónimo de éxito y libertad.

—No sé si soy precisamente el mejor ejemplo de libertad —murmuró Adrián en voz baja. Creo que solo yo, que estaba sentada a su lado, pude oír aquellas palabras cargadas de amargura.

—Perdona, no te he escuchado —dijo Diana—. ¿Qué decías?

—Que han sido muy listos al elegirme —comenzó a decir Adrián, recuperando la fuerza en su voz—. Soy el tipo perfecto para ese trabajo y estoy deseando empezar a rodar.

Diana se mostró muy satisfecha con el entusiasmo que él acababa de mostrar y dio la reunión por finalizada.

Adrián se despidió de nosotros y, después de calarse esa gorra verde de estilo militar que le quedaba tan endiabladamente bien, salió con su andar pasota y despreocupado del despacho de Diana.

Al parecer, solo yo me había dado cuenta de lo buen actor que era.

—¡Hay que ponerse manos a la obra cuanto antes! —nos ordenó Diana a Juan y a mí mientras se despedía de nosotros andando con absoluta seguridad sobre sus taconazos. Tenía otra de sus numerosas reuniones fuera de la oficina y se llevaba a Patricia y a Óscar con ella, así que nos tocaba a nosotros dos poner todo en marcha.

—Al final, ¿cuándo empezamos con lo The Wave? —preguntó Juan confundido—. ¿No se iba a retrasar porque Adrián Prado no podía hasta dentro de casi dos meses?

—Lo hacemos en dos semanas. Es cuando ha encontrado un hueco en su agenda —le aclaré—. La parte de Madrid solo nos llevará un par de días de rodaje. Luego tendremos que esperar un poco más para seguir con lo de la playa porque él tiene que centrarse en terminar el último capítulo de *La jaula*.

—¿En dos semanas? —repitió Juan histérico—. Dios mío, me voy a traer el saco de dormir a la oficina porque me parece que no vamos a salir de aquí. Tendremos que dejarnos la piel para tener todo listo en tan poco tiempo. ¡Y los de la productora nos van a matar! Normalmente vamos pillados con las fechas, pero esto ya es pasarse.

—Ya sabes, es Adrián Prado, y el cliente solo lo quiere a él. No nos queda otra que adaptarnos a su disponibilidad.

—Sí, Oli, ya sé quién es —dijo mi compañero, poniendo los ojos en blanco—. Y como es el tío perfecto para esta campaña y no se puede buscar a otro que tenga un calendario más libre, no nos queda otra que dejarnos la vida. Diana nos mataría si esto no sale bien, pero siempre después de habernos despedido. ¡Más nos vale ser capaces de tener todo listo o pasaremos a formar parte de las listas del INEM!

Yo podía ser melodramática, pero lo teatral que podía llegar a ser Juan me superaba con creces. Y lo malo era que tenía que hacer un gran esfuerzo para no dejar que me contagiara con sus agobios, porque si los dos nos poníamos histéricos no íbamos a conseguir ser eficientes y sacar aquel proyecto adelante.

«¿Sigues afligida por lo que me dijiste?».

No me lo podía creer.

Eran casi las doce de la noche y, al salir de trabajar, me encontré con aquella pregunta que Adrián me había enviado por el sistema de mensajes privados de Twitter.

Claro, como ahora nos seguíamos mutuamente, él podía hacer uso de esa herramienta para comunicarse conmigo sin que nadie lo supiera.

Pero eso no era lo que más me sorprendía. Lo que me alucinaba es que hiciera referencia a lo último que yo le había dicho en nuestro intercambio de menciones hacía varias semanas.

Refresquemos la memoria y pongámonos en contexto.

Esto es lo que había sucedido en Twitter antes de que yo imaginara siquiera que iba a trabajar para Brenton & Rome y que iba a dar la puñetera casualidad de que él iba a aparecer por allí:

Adrián Prado @adrianpradoact

Eres un error con mayúsculas @letitorresact. Tu belleza exterior es proporcional a la mierda que llevas dentro.

Olivia Santos @oliviaandgilda

Esas palabras te hacen mucho más feo que a ella @adrianpradoact. Te admiraba; ahora solo hay decepción. Aprende a guardar tu odio en un cajón.

Adrián Prado @adrianpradoact

Qué pena decepcionarte @oliviaandgilda. Lloro mucho por perder una fan. Por cierto, no me gustan los cajones cerrados. Terminan oliendo mal.

Olivia Santos @oliviaandgilda

@adrianpradoact ni te imaginas lo afligida que estoy por haberte hecho llorar. Los cajones cerrados solo huelen mal si encierran mezquindad.

Al parecer, mi irónico comentario no le había pasado desapercibido y aún se acordaba de lo último que le había dicho antes de que decidiera no volver a mencionarle en Twitter y mantuviera mi cuenta inactiva durante semanas. Había tenido que alejarme del revuelo que se había organizado con nuestro intercambio de tuits porque me estaba volviendo loca.

Al menos esta vez me escribía de forma privada, con lo que no se volvería a formar ningún follón ingestionable. Pero lo que estaba claro era que, si de repente se interesaba en hacerlo, se debía a que se había dado cuenta de que la chica que había conocido en el despacho de Diana era la misma que le había criticado en Twitter.

Lo curioso era que en las dos ocasiones que nos habíamos visto no había dicho ni hecho nada que indicara que así fuera. Con un simple guiño o mirada cómplice habría bastado para que yo le entendiera, pero él había mantenido una actitud muy profesional.

Sentada en el solitario autobús, tamborileaba con mis dedos sobre la pantalla de mi móvil dudando si responder o no. Lo más prudente era pasar del tema. Sin embargo, me moría de ganas de darle cera. Él había separado a la Olivia virtual de la real al no decirme nada al respecto cara a cara. Quizás quería torturarme y por eso empezó a seguirme en Twitter para luego enviarme ese mensaje. Si creía que de esa forma me iba a intimidar, estaba muy equivocado.

«Sí, fíjate, todavía estoy llorando. No sabes lo culpable que me siento por herir tus sentimientos».

¡Hala! Ya lo había hecho.

Y me había quedado más ancha que larga.

Si pensaba que porque él fuera una megaestrella indispensable para nuestro cliente podía jugar conmigo de esa forma, iba de ala. Lo más profesional y diplomático habría sido ignorarle, pero aquella guerra había empezado antes de que el destino hubiera cruzado nuestros caminos en Brenton & Rome, así

que ese inusual rifirrafe en Twitter no formaba parte de nuestra relación laboral.

«Eres una fan muy considerada. Pero todavía no me has pedido perdón».

¡Joder! Estaba conectado en ese mismo momento y había tardado cero coma en responderme.

«Y no pienso hacerlo. Por cierto, te aburres mucho, ¿no? No son horas de escribir a una desconocida».

«Vaya, veo que eres adivina. Tengo insomnio y estoy muy aburrido».

«Pues ponte a contar ovejas. Estoy cansada y paso de ser tu entretenimiento de esta noche».

«¿Y lo de pedirme perdón?».

«¿Pedirte perdón por haber insultado públicamente a una mujer a quien se supone que quisiste? ¡Ni lo sueñes!».

«¿Tan bien te cae ella?».

«¿Leticia Torres? ¡Me cae de culo! Es una petarda y una soberbia. Pero eso no quiere decir que crea que está bien que la llamas pedazo de mierda».

«Ella lo empezó todo aireando temas personales en ese programa de cotilleos a cambio de un cheque».

«Eso no estuvo bien. Pero, ¿no habría sido más elegante obviarlo por completo?».

Ya era suficiente.

No podía seguir con aquello. Era extraño y surrealista a más no poder.

Guardé el móvil en mi bolso y, a pesar de la tentación, conseguí no volver a sacarlo en todo el trayecto hasta casa.

Durante los días siguientes no volví a saber nada del Adrián de Twitter. No había respondido a lo último que yo le había escrito y traté de no darle más vueltas al asunto. Ni siquiera se lo comenté a Paula O a mi madre. Si hacía como si no hubiera ocurrido era más fácil olvidarlo. Quizá, con un poco de suerte, el tema ya estuviera zanjado. Ya le había dejado muy clara mi opinión sobre su actitud y, probablemente, con eso bastaba.

Lo bueno es que estaba tan ocupada preparando con el equipo todo lo necesario para poder empezar a rodar la parte del anuncio de The Wave que debía hacerse en Madrid, que no le di demasiadas vueltas al tema. Y cuando llegaba a casa estaba tan cansada que, después de pasear a Gilda y cenar algo a toda prisa, caía en la cama como un leño.

Esas dos semanas pasaron volando y llegó el primer día de rodaje.

La primera parte del *spot* publicitario se iba a rodar en el interior de un estudio que se había decorado como una oficina. Adrián iba a interpretar a un ejecutivo estresado que trabajaba sin descanso delante del ordenador en un despacho frío y anodino.

Tal y como yo le había indicado en el último correo que le había enviado unos días antes, llegó temprano, con sus vaqueros desgastados y esa gorra militar que le daba ese aire tan desenfadado y atractivo. Me saludó muy cortés, pero una vez más no hizo nada fuera de lo común. No había ni rastro en su mirada o en sus actos que indicara que hubiéramos mantenido aquella conversación privada por Twitter.

Allí yo era Olivia Santos, la curranta de la agencia con la que había intercambiado varias llamadas y una reunión con los del departamento de *marketing* de The Wave sobre el comienzo del rodaje. La Olivia de Twitter, a la que parecía haber olvidado, no existía en aquella situación.

Y menos mal que era así. Si él hubiera dicho algo al respecto delante de todo el equipo, habría dejado mi reputación profesional a la altura del betún.

Le acompañé hasta la zona de vestuario y maquillaje. Al ver lo pálido y ojeroso que estaba, decidí ser amable. Sentí un cierto placer ante el hecho de

que hasta un tío tan bueno como él pudiera tener mala cara.

—¿Quieres un café? —le ofrecí.

—Sí, gracias. Ayer tuve un evento que duró hasta las mil y estoy sobado —respondió sin mirarme, lo que me cabreó bastante.

—¿Cómo lo quieres? —pregunté, tragándome el orgullo. Aquello era trabajo, así que lo mejor era guardarme la opinión sobre su actitud de superestrella.

—Como siempre. Solo, bien cargado y sin azúcar.

Su tono era educado, pero sugería que después de haberle servido café en nuestra oficina yo ya debía conocer sus gustos. ¡Ni que fuera su esclava!

Fui hasta la mesa donde el *catering* había dispuesto un variado desayuno y preparé lo que me había pedido. También cogí un bollo de crema por si tenía hambre. La verdad es que me habría encantado estampárselo en esa cara perfecta, pero fui sensata y no lo hice.

—Aquí tienes. También te he traído algo de comer.

—Gracias, pero no como ese tipo de porquerías —dijo, aceptando solo el vaso de café—. No puedo permitírmelo.

—Mejor para mí. ¡Estoy hambrienta! —contesté con una sonrisa encantadora para que mi siguiente comentario no le sentara tan mal—: Es lo bueno de no tener que vivir de mi cuerpo.

—Disfrútalo —se limitó a decir entre dientes antes de darle un sorbo a su triste y amargo café.

La maquilladora y la estilista llegaron justo en ese momento y el muy cabrón fue encantador con ambas. Claro, de ellas dependía que su aspecto se correspondiera con el papel de ejecutivo agresivo que debía interpretar, así que más le valía ser simpático.

Menudo. Pedazo. De. Imbécil.

Adrián, enfundado en un traje de chaqueta oscuro y con una corbata muy elegante, se mostraba muy agobiado en ese falso despacho que los de la productora habían construido con esmero. Miraba la pantalla del ordenador y hacía que atendía una llamada con una expresión tan estresada que hasta yo misma me creí que la situación era real. Cuando cortaban para luego volver a repetir la toma, él cambiaba su actitud por completo y bromeaba con el equipo de rodaje.

Tenía talento. No era solo un exmodelo cañón. Tenía que admitir que detrás de su físico existía un don para la interpretación. Esa capacidad para meterse

en la piel de un personaje y convencer al personal de que realmente se sentía de esa forma me dejó alucinada.

Tomé una nota mental: no fiarme jamás de ninguno de los actores y actrices con los que tuviera que toparme en ese trabajo, porque si eran capaces de seguir el guion de una forma tan creíble, en la vida real también te la podían dar con queso.

Al día siguiente continuamos rodando la parte del anuncio que sucedía en un ambiente urbano. Habíamos alquilado durante unas horas un piso superchulo del centro en el que se suponía que vivía nuestro personaje, que llegaba a su casa después de la escena de la oficina. Adrián, de nuevo trajeado y fingiendo estar cansado, se despojaba de su atuendo luciendo un tipazo de infarto. Vestido tan solo con unos calzoncillos que realzaban un culo que incitaba a cometer todo tipo de pecados (y de los gordos), dio unos pasos hacia un vestidor de ensueño donde se vestía de nuevo con unas bermudas informales de color claro y una camiseta azul con el logo de The Wave estampado en blanco. Las letras hacían un efecto de degradado que quedaba genial en ese pecho tan imponente.

Según se fue vistiendo la expresión de su cara se transformó, recobrando la frescura y un color de piel mucho más saludable. Las de maquillaje intervinieron varias veces para conseguir ese efecto de forma gradual, para que pareciera que con cada prenda que se ponía de esa marca su cansancio se disipaba un poco más. Una vez que se calzó unas zapatillas y una gorra, ambas también de la colección que lanzarían ese verano, se asomó a la enorme terraza de ese ático para que una de las cámaras captaran la expresión de felicidad y relax que ahora sentía.

Su día de mierda, lleno de estrés y presión, había mejorado de repente con tan solo cambiarse de ropa. La vida real no es así. El cansancio y las preocupaciones no desaparecen por arte de magia. Pero eso era justamente para lo que estábamos allí. Para convertir en mágicas unas simples prendas de algodón que, por muy estilosas y cómodas que fueran, no eran más que ropa.

Nuestro trabajo consistía en vender la idea de que The Wave te podía transformar en alguien libre y feliz. Y Adrián conseguía expresar ese concepto que había ideado nuestro departamento creativo a la perfección.

Repitieron esa escena varias veces y cuando el director dio por perfecta la última toma, el rostro de Adrián cambió por completo y, con una expresión muy seria, desapareció para cambiarse.

En cuanto salió de su papel esa falsa felicidad se esfumó.

Ese chico tenía algo muy oscuro.

No pude evitar preguntarme por qué alguien como él, adorado y envidiado por todos, no parecía disfrutar del éxito que le rodeaba.

Pero no tendría más oportunidades para tratar de descifrar el enigma que él suponía para mí.

La parte del anuncio que se rodaba en Madrid había concluido y mi trabajo a su lado también. Yo no iba a viajar a las Seychelles para completar el *spot* en esas playas de ensueño. Diana y Juan serían los afortunados que en unos días volarían hasta Mahé con el cliente, los de la productora y Adrián.

Yo me quedaría en la oficina trabajando en otras campañas que debíamos preparar. Y, aunque me daba envidia el planazo que ellos tenían, era lo mejor. De esa forma mi breve relación profesional con Adrián tocaba a su fin por el momento y podría concentrarme en seguir aprendiendo en la agencia. Cuantas más campañas organizara y más clientes conociera, mejor manejaría ese mundo en el que, básicamente, nos encargábamos de vender sueños y crear necesidades.

«¿Por qué oliviaandgilda?».

Adrián me acababa de mandar un nuevo mensaje privado por Twitter. Y al verlo dejé de divagar sobre mi futuro profesional y sentí un tonto cosquilleo en el estómago.

No había recibido nada de él desde que le lancé esa última sugerencia sobre su actitud hacia Leticia Torres. Creía que con eso había quedado zanjada nuestra breve relación virtual, pero, por lo visto, él seguía interesado en marearme.

Decidí contestar con otra pregunta.

«¿Por qué siempre me escribes por la noche?».

«Ya te lo dije; tengo insomnio».

«Será que los remordimientos por ser un cretino no te dejan dormir».

«Eres demasiado dura conmigo. Cometí un error, y ya dejaste clara tu postura. ¿Es necesario que me lo recuerdes siempre?».

«Vale. Daremos por zanjado el tema de tu desafortunado comentario hacia tu ex».

«Me parece bien. ¿Me vas a responder a mi primera pregunta de esta noche?».

¿Por qué narices ese tío estaba empeñado en comunicarse conmigo a través de esa red social? Puse los ojos en blanco. Aquella situación era extraña a más no poder. Estaba segura de que él sabía que la persona que estaba detrás de

@oliviaandgilda era la misma chica que había conocido en Brenton & Rome. Y por la que, la verdad sea dicha, no había mostrado demasiado interés. Durante la breve relación profesional que habíamos mantenido se había limitado a ser correcto, pero para nada excesivamente amable.

Era como si Adrián tuviera dos caras, la real y la virtual. Y aunque suene absurdo, no podía evitar querer continuar con aquella aventura tuitera tan surrealista.

«Gilda es mi perra. Llegó a mi vida en un momento muy difícil y me ayudó a salir adelante. Significa mucho para mí».

«A mí me sucede lo mismo con Bono. Sé muy bien de lo que hablas».

«Ya me he dado cuenta de lo importante que es él para ti. Esa es una de las razones por las que comencé a seguirte».

«Parece que, a pesar de lo decepcionada que estás por lo que dije sobre mi ex, hay cosas que sí te gustan de mí».

«Digamos que hay cosas que dices en tu cuenta que me gustan bastante, lo que no significa que me gustes tú».

«Lo que comparto con mis seguidores es un reflejo de quien soy».

«Eso es válido, siempre y cuando sea auténtico. Es muy fácil hacerse *marketing* personal en las redes sociales poniendo cosas que sabes que son interesantes».

«¿Estás insinuando que no soy sincero con lo que digo o comparto?».

«Lo que digo es que muchos famosos seducís al público con buenas palabras e intenciones. Pero eso no significa que mostréis vuestra verdadera personalidad. Hay un lado real y un lado virtual. Por eso solo puedo decir que me gusta lo que dices, no tu yo real».

«Lo que digo es lo que soy. Para lo bueno y para lo malo».

«¿Me vas a negar que siendo famoso no estudias con mucho cuidado lo que te interesa mostrar en Twitter?».

«A veces sí, pero hay ocasiones en las que lo que digo es fruto de un acto impulsivo y no mido las consecuencias».

«¿Jugar con una fan tuya (que ya no lo es tanto) es una de esas cosas impulsivas que haces?».

«No estoy jugando a nada».

«Entonces, ¿por qué te interesa hablar conmigo?».

«Me cuestionaste y me retaste. Y los retos me seducen».

«No fui la única».

«No en criticarme, pero sí en causarme curiosidad».

«Yo no te causé curiosidad. Si acaso lo hizo lo que pongo en mi cuenta».

«Ah, es verdad. Según tú, eso no refleja quién eres».

«En mi caso sí».

«¿Porque tú sí tienes derecho a ser real en Twitter y yo no?».

«Porque yo no tengo una imagen pública que cuidar ni necesito millones de seguidores para seguir en la cima».

«A ver si lo estoy entendiendo bien: dices que tu cuenta es más auténtica y sincera que la mía porque no eres famosa».

«¡Chico listo!».

«Te equivocas. Mi cuenta refleja quién soy y qué me interesa. Lo que nos diferencia es que lo que yo publico tiene más repercusión».

«Me estás dando la razón. Al tener tantísimos seguidores eres más responsable de tus palabras porque influyes mucho en la sociedad. Así que debes medir las consecuencias y eso te hace menos libre que a mí. Fin de la discusión».

«Eres dura de roer. Y encima tienes razón».

«Buenas noches, Adrián. Tú sufrirás de insomnio, pero yo me muero de sueño y mañana tengo que madrugar».

«Buenas noches, Olivia».

—Oli, ten mucho cuidado con este tío.

Paula, con sus profundos ojos negros, me miraba alarmada a la par que sorprendida. Había conseguido salir a una hora decente de la agencia y habíamos quedado a tomar algo en un bar muy animado del centro. Entre sorbo y sorbo a mi cerveza, le había ido contando los detalles de la conversación privada que había mantenido en Twitter con Adrián la noche anterior y ella se mostraba muy suspicaz al respecto. Yo sabía que era extraño, pero no podía evitar sentirme halagada por el interés que él mostraba por mí a través de esa red social.

—No te preocupes. No voy a dejar que estas conversaciones se repitan —dije, intentando no solo convencerla a ella, sino también a mí misma—. Es lo más raro que me ha pasado nunca.

—Cuando has estado con él en persona por lo de la campaña de esa marca de ropa, ¿nunca ha hecho o dicho algo sobre que sabe que eres tú la de Twitter?

—No, nada en absoluto.

—Pues la verdad es que es rarísimo. Quizá estemos equivocadas y no se haya dado cuenta.

—Si es así, mucho mejor.

—Tienes que pasar de él. En serio —me aconsejó muy seria—. Este tío vive en un mundo muy diferente al tuyo y con lo romántica que eres, miedo me da que te termines chiflando demasiado con este juego tan inusual que él ha empezado.

—Ya te lo he dicho. No voy a escribirle más —dije categórica—. Y además, como yo ya no voy a volver a trabajar con él directamente porque no iré a rodar a Seychelles, tampoco existe el peligro de que me embelese demasiado con su presencia.

—¿No me dijiste que más adelante tendrías que estar con él en esos eventos que vais a organizar para la promoción de The Wave?

—Huy, pero para eso falta mucho. Será al principio del verano. Para entonces seguro que he conocido al hombre de mi vida y Adrián ya no

supondrá una tentación en absoluto —dije riendo.

—¡Me encanta esa actitud! —celebró mi amiga, dando unas palmadas de júbilo—. Ya es hora de que abandones tu madriguera y vuelvas a salir al mundo. Hace casi dos años de lo de Hugo. La noche de Madrid te está esperando, nena. Te dio por pirrarte por Adrián porque no entrañaba ningún riesgo y podías soñar despierta en el refugio de tu dormitorio.

—Sí, tienes razón. Jamás pensé que terminaría trabajando con él. Y mucho menos que me iba a escribir, por eso me dio tan fuerte con él. Fantasear con Adrián colmaba mi necesidad de sentir, pero no entrañaba ningún riesgo. Nadie puede romper tu corazón si no te conoce —reflexioné en voz alta—. Hugo fue muy real y me hizo polvo. Sin embargo, Adrián Prado era algo absolutamente inalcanzable ya que yo era una gota en el océano de las millones de seguidoras que le idolatran.

—Pues parece que esa gota le salpicó —observó mi amiga con un mohín—. Y más vale que no dejes que se convierta en algo real para ti. Te conozco y sé que podrías sufrir mucho como te ilusiones con sus mensajes. Y más sabiendo que antes o después volverás a verle en persona por cuestiones de trabajo.

—Si vieras lo distante que es en persona no tendrías ningún miedo —la avisé—. Sabe venderse muy bien en la tele y en las redes sociales. Pero cara a cara desprende un halo sombrío. Es muy distinto de lo que aparenta.

—Más miedo me da eso que dices.

—¿Por qué?

—Porque a ti te encantan los dramas. Como detectes un alma triste dentro de ese bombón, te pirrarás aún más por él.

—Paula, no digas tonterías. Eso no va a pasar. Además, ya te he dicho que tardaré mucho en volver a verle en persona. Y si me escribe por Twitter ya no voy a contestarle —dije con decisión—. Es más; voy a desactivar ahora mismo las notificaciones para no enterarme si lo hace.

Saqué mi móvil del bolso para que Paula viera que lo decía muy en serio.

En la pantalla había un WhatsApp de Juan con miles de signos de exclamación que tiró por tierra todos mis planes.

Diana había tenido un cólico nefrítico bestial y estaba ingresada en un hospital.

Tenía que hacer las maletas y estar en el aeropuerto a primera hora del día siguiente.

Me acomodé en el asiento y le di al *play*. Los primeros acordes de «Set Fire to the Rain» empezaron a sonar en los auriculares y me dejé transportar por la magia de aquella canción de Adele. Sentí cómo aquel enorme pájaro de acero aceleraba al máximo para iniciar el despegue y observé las gotas de lluvia que resbalaban por el cristal de la ventanilla, dibujando caprichosos patrones.

Paula, sin ninguna mala intención, había desenterrado el fantasma de Hugo. Y esa mañana yo también sentía que aquel precipitado viaje me iba a ayudar a prenderle fuego a la lluvia que había vuelto de improvisto a mi corazón.

Habían pasado ya dos años y creía haberlo superado. Pero esa noche, después de despedirme precipitadamente de mi amiga, al llegar a casa me puse a hacer la maleta. Mientras rebuscaba entre la ropa veraniega que tenía que llevar, ya que en las Seychelles la temperatura era bastante cálida, me topé con una bolsita en la que había una pulsera que Hugo me había regalado cuando salíamos juntos. Creía haberme deshecho de ella en la mudanza, pero no había sido así. Era como una broma del destino que ella lo hubiera mencionado y ahora ese regalo de mi ex saliera a la luz. Con rabia y dolor, la guardé en uno de los bolsillos interiores de la maleta. No la iba a volver a esconder; me la llevaría conmigo a la otra punta del mundo y ya vería qué hacía con ella. Traté de no pensar más en ese tema por el momento y me esforcé en terminar de preparar el equipaje sin darle más vueltas, pero no pude esconder los dolorosos sentimientos que habían aflorado a la superficie. Hugo me había desgarrado el corazón, y aunque lo había ido remendando con mucho esfuerzo, las puntadas no eran lo suficientemente fuertes para conseguir cerrar la herida por completo.

Me dormí llorando y apenas pegué ojo.

Inspiré con fuerza y cerré los ojos. No temía viajar en avión y la adrenalina que corría por mis venas en ese preciso instante se acentuó al sentir cómo los potentes motores de aquel Airbus hacían que nos eleváramos sobre el suelo. Dejábamos Madrid atrás al tiempo que la canción llegaba a su momento álgido.

Y lo hacíamos con estilo, porque viajábamos en primera clase rumbo a Dubai. Donde, tras unas horas de escala, cogíamos otro vuelo hasta Mahé, la isla principal del archipiélago de las Seychelles. Adrián, Juan y yo éramos los únicos del equipo que volaban ese día. Adolfo y los de la productora se habían adelantado para ir preparando todo lo necesario para el rodaje.

Nunca había tenido el placer de ir en un avión rodeada de tantas atenciones. Las pocas veces que había volado había sido en compañías aéreas de bajo coste donde te trataban como a ganado. Me habría encantado disfrutar de todos los caprichos que nos brindaban las solícitas azafatas de Emirates, pero estaba tan cansada y ese asiento (que era casi como una cama) era tan comfortable que no tardé en quedarme frita.

Me desperté una hora antes de aterrizar en Dubai.

Juan, que estaba sentado en el asiento de delante, se levantó en ese momento para ir al baño.

—La bella durmiente se ha despertado —dijo de muy buen humor—. ¡Te has perdido una comida de guía Michelin, nena!

—Vaya, ¡qué rabia! —me lamenté—. Pero es que estaba tan cansada que no he podido evitar caer como un leño.

En ese preciso instante una guapa azafata de rasgos árabes se acercó sonriente y me dijo en inglés que esperaba que hubiera descansado. Me ofreció una copa de champán y me preguntó si quería comer en ese momento, a lo que respondí que sí encantada.

—Parece que no me voy a bajar de este avión sin probar ese menú —dije, levantando mi copa hacia Juan, que volvía del baño.

—Me alegro mucho. ¡Tienes que aprovechar el lujo de viajar como una diosa! —dijo sonriendo—. De vez en cuando este trabajo nos da unas buenas alegrías. ¡No me puedo creer que vayamos a pasar una semana en las Seychelles!

—Siento mucho que Diana se haya puesto enferma —dije, antes de darle un sorbo al champán—, pero esta escapada no ha podido llegar en mejor momento. Aunque sea por trabajo, va a venirme genial alejarme de Madrid.

—Olivia, tus ojos están tristes —observó Juan con dulzura—. ¿Te ha pasado algo?

—Sí, lo que me ha pasado es justo eso: el pasado.

Adrián nos guio a Juan y a mí por la lujosa terminal del aeropuerto de Dubai como si fuera su segunda casa. En su época de modelo había hecho muchas

escalas allí y se la conocía al dedillo. Nosotros éramos unos simples currantes que habíamos viajado algo por Europa, pero él ya conocía medio mundo y se movía con una soltura envidiable por aquel edificio lleno de gente de lo más variopinta. Además de los emiratíes que deambulaban por allí, ellos con sus largas túnicas de lino blanco y ellas con las exóticas abayas negras que tan solo dejaban al descubierto su rostro, había un crisol de personas muy variado. Occidentales, asiáticos e hindús pululaban por el ultramoderno edificio de acero y cristal repleto de tiendas de lujo. El ambiente era tan internacional y cosmopolita que nosotros tres, con nuestro atuendo informal y juvenil, no destacábamos en absoluto entre la gente local.

Bueno, rectifico: Juan y yo no destacábamos demasiado. Adrián con su altura y su estilazo provocaba que más de una mujer se quedara embobada mirándole y debió de provocar más de una tortícolis; muchas de ellas giraban la cabeza hacia él hasta casi parecer la niña del exorcista.

No pude evitar reírme para mis adentros pensando en que como alguno de esos machistas vestidos a lo Lawrence de Arabia se percatara de lo loquísimas que se volvían sus mujeres árabes al ver pasar a nuestro chico, el pobre se iba a terminar llevando un mamporro.

Me lo estaba pasando tan bien observando el panorama que nos rodeaba que el recuerdo de Hugo se fue disipando poco a poco. No hay nada como un mundo nuevo para distraerse y que el fantasma del pasado vuelva a desdibujarse.

En el vuelo de Dubai a Mahé volví a dormir, así que cuando llegamos finalmente a nuestro destino estaba más fresca que una lechuga. Parecía mentira que llevara quince horas de viaje a mis espaldas. Viajar en primera mejoraba, y mucho, la experiencia de estar tanto tiempo a miles de metros de altura.

Cuando estábamos a punto de aterrizar en el aeropuerto de Mahé subí la persiana de plástico de la pequeña ventana del avión. Observé maravillada el contraste del intenso verde de la exuberante vegetación sobre ese mar tan azul e intenso.

No tardamos demasiado en pasar el control de pasaportes y recoger nuestro equipaje. La terminal de aquel diminuto aeropuerto ya me dio una idea de lo diferente y exótico que era ese lugar. Los ventiladores de techo giraban perezosos, removiendo el cálido y húmedo aire de la mañana.

Una vez que estuvimos en el exterior del sencillo edificio me quedé

embobada contemplando una exuberante montaña que se veía al otro lado del aparcamiento.

¡No me podía creer que estuviera allí!

—Es bonito, ¿verdad? —comentó Adrián con un tono más amable de lo habitual en él. Durante todo el trayecto se había limitado a ser educado con Juan y conmigo, pero no había traspasado esa línea de cortesía contenida que siempre marcaba.

—Sí, es increíble —asentí.

—Pues esto no es nada. Espera a que llegemos al resort donde nos vamos a alojar.

—Doy por hecho que ya has estado aquí antes.

—Sí, he venido aquí varias veces. La primera fue por trabajo y me gustó tanto que decidí volver.

Juan, que se había adelantado a nosotros para buscar al chófer del hotel que nos tenía que recoger, nos hizo un gesto con la mano para indicarnos que ya lo había localizado.

Un flamante X5 con el logotipo del Tortoise Resort nos esperaba para llevarnos a nuestro destino. Nos subimos en el lujoso todoterreno y dejamos atrás el aeropuerto. Adrián iba sentado delante junto al conductor y le pidió que pusiera algo de música. En pocos segundos el habitáculo se llenó de una alegre melodía que parecía ser de algún grupo local, a juzgar por el toque criollo de su estilo.

El vehículo tomó una estrecha carretera que se dirigía al sur de la isla.

Juan se quedó frito en el acto. No había dormido mucho en el avión porque se había dedicado a ver varias películas durante el segundo vuelo y estaba agotado. Y Adrián estaba charlando en inglés con el simpático conductor, así que giré la cabeza hacia la ventanilla y me dediqué a observar aquel universo tan exótico y lleno de color al que la mala suerte de Diana me había llevado.

El avión había aterrizado muy temprano y ahora las calles estaban llenas de chiquillos de piel de ébano que, a juzgar por sus uniformes escolares, se disponían a entrar al colegio. A su vez, vi a pescadores preparando la mercancía que acababan de capturar sobre unos improvisados tenderetes mientras un grupo de clientes se arremolinaba alrededor de los mismos, impacientes por llevarse la mejor pieza. Entre palmeras y árboles se adivinaba el azul intenso del mar. Bajé el cristal de la ventanilla y dejé que el fresco aroma de la mañana me acariciara el rostro.

Cuando llegamos a una concurrida intersección, el coche giró a la derecha y

dejamos la costa atrás. Comenzamos a ascender por una estrecha carretera que se perdía en medio de una densa y verde selva tropical. Las curvas eran muy pronunciadas y sentí que me mareaba.

Aguanté el tipo como pude para no vomitar. Por fin llegamos a otra intersección en la que giramos a la izquierda y la carretera se volvió más recta. El mareo fue desapareciendo y la visión de aquellas playas de arena blanca y aguas de color turquesa me hizo sentir mucho mejor. Habíamos cruzado al otro lado de la isla y en esa zona los parajes eran aún más increíbles.

—En cinco minutos estaremos en el resort —anunció en inglés el conductor con un fuerte acento local.

Poco después, nos aproximamos a una entrada delimitada por un muro pintado de un cálido tono avellana sobre el que destacaba una placa que anunciaba que habíamos llegado al Tortoise Resort.

El conductor nos explicó que habían decidido llamarlo así por las enormes e inofensivas tortugas que se podían encontrar en las Seychelles.

Una vez que el coche se adentró en la propiedad, descendimos hacia la increíble bahía donde se encontraba ubicado aquel hotel de ensueño. El sol comenzaba a brillar con fuerza, haciendo que el verde de la frondosa y variada vegetación luciera en todo su esplendor. La playa descansaba a los pies de la colina bañada por un agua de un precioso e intenso tono azul que se iba aclarando hasta convertirse en fina película transparente a través de la cual se veía la arena casi blanca. Una hilera de palmeras la enmarcaban y en los extremos de la pequeña bahía había unas rocas de granito de formas suaves y redondeadas que te invitaban a tumbarte sobre ellas.

Desde luego, si existían lugares para aislarse y no sentir las heridas del pasado, ese era sin duda uno de ellos.

Una vez que los tres nos hubimos registrado en la recepción del hotel, nos dirigimos cada uno a su bungalow para instalarnos. A pesar del cómodo viaje en primera clase nos vendría de perlas descansar un rato.

Allí no había habitaciones en un gran edificio, sino pequeñas casitas absolutamente ideales que se repartían por toda la propiedad. Las nuestras daban directamente a la increíble playa. Ese primer día no teníamos nada más que hacer que recuperarnos de los miles de kilómetros que habíamos recorrido y reunirnos por la noche en una cena con el resto del equipo de rodaje. Al día siguiente empezaría el trabajo de verdad, pero ahora tenía todo el día para disfrutar de ese lugar de ensueño.

Lo primero que hice fue deshacer las maletas. Después salí a dar un paseo por la playa y me senté bajo una palmera a admirar la vista del mar. Tuve que pellizcarme para convencerme de que me encontraba, literalmente, en el paraíso.

Una cálida brisa rozó mi cara al tiempo que el cántico de unos pajaritos me rodeaba.

Aquello era sencillamente indescriptible.

Me deleité durante un buen rato con las vistas. Después volví a mi bungalow y busqué el móvil. Había wifi gratuito, así que con el teléfono en la mano volví a salir y me senté en una de las butacas de mimbre del porche.

Contacté por WhatsApp con mi madre y con Paula para avisarles de que estaba bien y les adjunté un *selfie* en el que se veía detrás de mí el maravilloso paraje que tenía a mis espaldas. Ambas respondieron con emoticonos de lo más expresivos al ver mi cara de felicidad.

Cuando terminé de chatear con ellas me acerqué al bar de la piscina y comí una ensalada. No vi a nadie más del equipo por allí, así que pasé la tarde a solas tomando el sol en una tumbona hasta que llegó la hora de adecentarme para reunirme con el resto del equipo.

La cena con todos los que estarían involucrados en el rodaje y las sesiones

fotográficas para la campaña tuvo lugar en el comedor del chalé principal de estilo colonial.

Estaba situado en lo alto de la colina arbolada en la que habían construido el resort. Las vistas desde aquel porche eran impresionantes y, por enésima vez aquel día, tuve que pellizcarme para creer que me encontraba realmente allí y que lo que admiraban mis ojos no era producto de un sueño.

Aquel edificio de madera abierto al aire libre, sin ventanas ni muros que lo delimitaran, albergaba la recepción, un salón, una biblioteca y un restaurante tan solo protegido por un porche con techo de cañizo desde el que se divisaba la pequeña y preciosa bahía de Petit Anse.

Como la propiedad era tan escarpada y estaba llena de empinadas cuestas, Juan y yo llegamos hasta el sencillo edificio principal en un *boogie* eléctrico que teníamos a nuestra entera disposición. Ese lugar no estaba pensado para que te dejaras la vida y el sudor recorriéndolo; era un pequeño paraíso privado que le daba a sus huéspedes todas las facilidades y caprichos que fueran necesarios para que la experiencia resultara perfecta.

¡Dios! Cómo me alegraba que los de The Wave quisieran hacer un anuncio de ensueño y no estuvieran escatimando en absoluto con los gastos de esa campaña. Lo sentía por Diana, pero mientras mi vista se perdía en el reflejo plateado de la luna sobre el agua, pensé en lo bien que me había venido a mí su latoso cólico nefrítico. Si ella no se hubiera puesto enferma jamás habría tenido la oportunidad de ir allí. Las novatas sin experiencia no solían volar en primera clase al otro lado del mundo para asegurarse de que el anuncio de una campaña tan importante quedara perfecto. Y ella ya se encontraba mejor, a juzgar por cómo me estaba friendo a correos dándome instrucciones desde la cama del hospital.

La cena fue muy agradable y resultó ser una oportunidad para conocer mejor a los dos tipos de *marketing* que trabajaban para el cliente, a los de la productora, a nuestro director creativo de la agencia y a varias personas más que formaban parte del tinglado que íbamos a montar al día siguiente en la playa del Tortoise Resort. Con Adrián apenas intercambié unas palabras durante el aperitivo. Cuando llegó el momento de sentarnos a cenar, él eligió un sitio en el extremo opuesto al que yo ocupaba en la larga mesa de madera tropical.

Pero no me importó en absoluto. Él me intimidaba demasiado y tenía que centrarme en ser la encantadora, educada y profesional mujer que debía ocuparse de que todo saliera como mi jefa tenía en mente. Juan iba a gestionar

los asuntos relacionados con la logística y yo me iba a encargar de sustituir a Diana. Tenía que apañármelas para supervisar que las diferentes piezas del puzle encajaran para que reinara la armonía entre todos. Mi jefa ya me había avisado de que la mayoría de las veces era difícil porque había muchos choques de egos. Y yo debía ocuparme de que eso no perjudicara el resultado final de la campaña.

Decidí irme a dormir cuando la mayoría seguía de cháchara en aquel maravilloso porche disfrutando de unos cócteles. Estaba cansada y algo nerviosa por la responsabilidad que tendría al día siguiente sobre los hombros, así que preferí retirarme temprano y tratar de dormir como un leño para estar como nueva al empezar la jornada.

Les di las buenas noches a los que aún seguían por allí. Adrián ya no estaba entre la gente, lo que me llamó la atención porque hacía tan solo unos instantes le había visto charlar animadamente con una de las chicas que trabajaban en la productora. Ahora que me fijaba bien, ella tampoco estaba.

Huy, al parecer, esos dos se habían escabullido juntos.

Desde luego, el chico no perdía el tiempo.

Sentí una absurda punzada de celos y me fui rápidamente a coger el *boogie* para ir a mi bungalow. Juan tendría que buscarse otro para volver, porque no pensaba esperarle.

—¿Ya te vas a dormir? —La voz de Adrián me sobresaltó y di un respingo.

Me giré y le vi sentado a solas sobre una jardinera de piedra, rodeado de un montón de plantas exóticas, fumando un cigarro con mucha parsimonia. Me había equivocado de medio a medio. No estaba con aquella chica.

—¡Qué susto me has dado! —protesté.

—Siento que no me hayas visto. Vas con demasiada prisa para estar en el paraíso —comentó con un rastro de malicia antes de dar otra calada—. Yo me tomaría la vida con más calma.

—No estoy aquí de relax —respondí con un tono seco—. Esto será un paraíso, pero yo he venido a trabajar. Te recuerdo que mañana madrugamos.

—Sí, lo sé —dijo, encogiéndose de hombros—. Lo que ocurre es que como a mí me cuesta conciliar el sueño no tengo prisa por irme a mi bungalow.

—Pues disfruta de la noche —le deseé, subiéndome de una vez por todas al pequeño vehículo eléctrico—. Siento mucho que te cueste dormir, pero yo soy una marmota, así que me voy a la cama.

—También eres un poco borde, ¿no?

—No, Adrián, no soy borde —le respondí con un tono neutro y educado—.

Lo que pasa es que estás demasiado acostumbrado a que todo el mundo te siga el juego.

Dicho esto, arranqué el *boogie* y me fui de allí más ancha que larga.

Cuando el despertador sonó a las seis de la mañana me costó Dios y ayuda conseguir levantarme de la cama. Me di una ducha para despertarme del todo y, después de vestirme, pedí un café bien cargado al servicio de habitaciones.

Cuando llegué con Juan al lugar donde íbamos a rodar esa mañana flipé con las vistas que se divisaban desde allí arriba. Era una de las *suites* más lujosas del resort y estaba situada en una de las partes más altas de la colina. Se veía una espesa y verde arboleda a sus pies y, al final, la pequeña bahía iluminada por una suave luz matinal. El azul del mar tenía una tonalidad más clara a esas horas tan tempranas.

Ese bungalow tenía una terraza gigantesca con una piscina privada a la que nuestro protagonista se iba a asomar, retomando la última escena que habíamos rodado en el ático de Madrid. Adrián iba vestido con la misma ropa que entonces; íbamos a simular que de repente su piso de la ciudad se había convertido en aquella exótica cabaña. Adrián, en lugar de asomarse a un ambiente urbano y agobiante, se quedaba maravillado contemplando ese bosque tropical con el mar de fondo.

De eso se trataba el eslogan. «*Feel The Wave*» quería ser un grito a la libertad y teníamos que conseguir que el anuncio expresara esa sensación sin necesidad de palabras. Una sucesión de imágenes, música sugerente y una actuación impecable de nuestro actor serían los responsables de que esa colección de ropa masculina, cómoda y fresca, fuera lo más vendido el próximo verano.

Como Diana ya me había avisado, tuve que enfrentarme por primera vez a una diferencia de criterios. Adolfo quería rodar la escena desde un ángulo que no le gustaba a Tomás, el director del anuncio. Nuestro director creativo se enfrascó en una acalorada discusión con el segundo y tuve que terminar interviniendo.

—Adolfo, creo que deberías tener en cuenta el criterio de Tomás. A mí me parece buena idea su propuesta —dije con la mayor diplomacia de la que fui capaz porque me estaba poniendo de los nervios su actitud autoritaria con todos.

—Tú mejor no te metas, que eres demasiado novata para entender lo que estamos discutiendo.

Aquella actitud tan condescendiente y altiva de Adolfo me cabreó muchísimo, pero me mordí la lengua para no decir lo primero que me vino a la cabeza. Me tomé mi tiempo para responderle.

—Adolfo, soy nueva en la agencia, pero Diana me ha confiado a mí la tarea de poner orden —dije muy calmada—. Así que, por favor, deja tu ego a un lado y escucha a Tomás, que para algo es el director del anuncio. Es mejor llegar a un acuerdo que hacernos perder el tiempo a los demás queriendo imponer tu criterio a toda costa.

Nuestro director creativo me miró muy serio. Cuando iba a replicarme alguien le interrumpió:

—Deberías escuchar a Olivia. Ella tiene la sartén por el mango, te guste o no —dijo Adrián dando un paso hacia nosotros—. No tenemos todo el día y con tu actitud nos estás retrasando muchísimo.

Me dejó muy sorprendida que saliera en mi defensa. Sus palabras surtieron efecto, porque Adolfo se tragó lo que iba a decir y terminó llegando a un acuerdo con Tomás.

Miré a Adrián y le di las gracias en silencio, a lo que él respondió con un simpático guiño que me dejó algo descolocada.

Por fin habíamos conseguido empezar a grabar la escena de esa mañana cuando unos dichosos pájaros enormes se posaron en la rama de uno de los árboles que salían en el plano. Hacían un ruido insoportable y no eran precisamente bonitos, así que hasta que no les dio la gana de marcharse no pudimos continuar.

Hacía calor y Adrián, por muy guapo y perfecto que fuera, sudaba como el resto de los mortales, por lo que hubo que cambiarle la ropa varias veces y retocarle el maquillaje.

La luz iba cambiando, volviéndose más intensa, lo que puso muy nervioso a Adolfo, porque según él esa escena tenía que destilar frescura y ser una metáfora del comienzo de un nuevo día. La noche de Madrid desaparecía y nuestro protagonista se asomaba a un amanecer. Si la luz era demasiado fuerte, la escena se jodía.

Por fin, tras muchos nervios y repeticiones, conseguimos grabar lo que queríamos justo antes de que el sol luciera implacable. Para mi alivio, la armonía y el buen rollo regresaron. Teníamos el resto del día para descansar porque la siguiente escena, que sería en la playa, no se rodaría hasta la mañana siguiente.

Después de comer me fui con Juan, Paloma y Alicia a la piscina. Paloma era la estilista y Alicia se ocupaba de que el pelo y el maquillaje de nuestro guapo actor estuvieran impecables. Las dos eran muy simpáticas y tenían mucha experiencia, por lo que me contaron un montón de anécdotas muy divertidas sobre varios famosos con los que habían trabajado.

—Creo que la peor con la que me he topado ha sido la ex de Adrián —comentó Paloma mientras bebía un sorbo de su piña colada.

—¿De cuál hablas? —preguntó Juan—. Porque ha salido con varias.

—De la última. Leticia Torres es una diva insufrible —respondió, poniendo los ojos en blanco.

—Esa es a la que llamó pedazo de mierda en Twitter, ¿verdad? —preguntó Alicia.

—Sí, esa es —respondí yo, rezando porque no sacaran el tema de la persona que le criticó y a la que él respondió.

—Hizo bien en ponerla en su sitio. Ella iba hablando fatal por ahí de él y contando cosas demasiado personales —explicó Paloma—. Estaba tan cabreada porque la hubiera dejado que la tía empezó a portarse como una auténtica cretina. Conozco a varias personas que trabajan en este mundillo y me han contado que es una zorra.

—No está bien que hiciera eso —opinó Juan—, pero seguramente estaba tan destrozada que no supo estar en su sitio. Cuando te rompen el corazón, el despecho puede convertirte en una persona despreciable.

—No seas ingenuo. A esta Adrián no le rompió el corazón, sino el bolsillo —aseguró Alicia—. Dejar de ser su novia le quitaba del candelero y es eso lo que le tenía bien jodida. Es una modelo muy mediocre y, sin él a su lado, ya no iba a interesar tanto ni a los medios ni a los clientes.

—Vaya —musité—. Este mundillo es más sucio de lo que creía.

—No lo sabes tú bien, Olivia. Si yo te contara las cosas que he visto y oído... —dejó caer Paloma antes de levantarse de la tumbona para ir a darse otro chapuzón.

Olivia Santos @oliviaandgilda

Perdida en un lugar donde estoy a salvo del caos que dejaste en el trastero de mi corazón.

Escribí aquel tuit una vez que estuve tranquila de vuelta en mi habitación. Estaba un poco cansada del sol y, aunque los demás se habían quedado en la playa, preferí retirarme antes de acabar roja como un cangrejo.

Poco después, una notificación de Twitter apareció en la pantalla de mi móvil. Adrián acababa de indicar que mi último tuit le gustaba. No le había pasado desapercibida esa poética frase que le había dedicado a Hugo. Mi ex no me seguía en esa red social, pero aun así sentí la necesidad de expresar ese pensamiento en mi cuenta.

Pensé, por enésima vez, en lo raro que era que Adrián y yo nos comunicáramos por Twitter de diferentes formas y que cuando estuviéramos en persona ninguno dijera ni pío al respecto.

«¿Quién te dejó ese caos?».

El mensaje privado de Adrián llegó poco después. Estaba alojado a unas pocas cabañas de la mía, así que alcé la vista para ver si él también estaba en el porche de la suya. Pero no vi a nadie. Debía de estar dentro.

«Nadie que te importe».

«Me ha gustado tu frase. Creo que todos tenemos en nuestro corazón un trastero lleno de recuerdos empolvados».

«Yo preferiría no tenerlo».

«Ya, pero los trasteros existen y todos tratamos de no abrir demasiado a menudo la puerta que nos separa de lo que esconden dentro».

«Ahora mismo estoy en un lugar donde no creo que necesiten acumular objetos inservibles ni recuerdos dolorosos».

«¿Y qué hay en ese lugar?».

«Luz, agua, árboles, alegría y aire puro. Y mucha distancia con mi caótico trastero».

Seguí tecleando y mandé inmediatamente otro mensaje.

«También hay un actor por aquí que es bastante engreído».

Ya estaba harta. Quería dejar muy claro que ya estaba empezando a

cansarme de ese juego. Durante unos minutos no me respondió. Di por hecho que al haber roto esa especie de acuerdo tácito que teníamos de no hacer referencia a quiénes éramos realmente, a él había dejado de divertirme nuestro juego.

«¿Aceptarías salir a hacer un poco de esnórquel con ese engreído?».

Dios. Mío. De. Mi. Vida.

¿Pero cómo me había podido meter en ese lío? ¿Cómo se me había ocurrido aceptar?

Aunque me había depilado en plan urgente al llegar a aquel paraíso, ya empezaba a parecer un cactus y tuve que asegurarme de que los pelos que ya volvían a crecer no se notaran. Les di un apresurado repaso a mis piernas con unas cuchillas de afeitar que encontré entre los *amenities* que había en ese baño de ensueño y luego me planté enfrente del espejo de la habitación observando mis pintas en biquini.

Aunque había tomado un poco el sol, seguía blanca como la leche, y encima ahora tenía algún que otro corte en mi piel por lo rápido que me había pasado la maquinilla de afeitar. Y mejor ni hablemos de mi querida celulitis, que asomaba sin disimulo, encantada de ver la luz del día.

¡Ay, madre! Tenía que echarme atrás. Debía encontrar una excusa para no ir. Tenía que...

Toc. Toc. Toc.

Unos golpes en la puerta me sobresaltaron. Ya no había vuelta atrás.

Busqué un pareo que, gracias a Dios, se me había ocurrido meter en la maleta y me tapé lo mejor que pude.

Inspiré profundamente y abrí la puerta.

—¿Lista para enterrar el pasado en el fondo del mar? —me preguntó Adrián con esos ojazos verdes y una sonrisa digna de un Óscar. ¿Por qué se mostraba tan amable? ¿Habría estado bebiendo?

—No lo sé, la verdad. No he hecho esnórquel en mi vida y no soy una gran nadadora —respondí angustiada—. Creo que me he precipitado al decirte que sí. Muchas gracias por el ofrecimiento, pero me parece que me rajo.

Dicho esto hice el ademán de cerrar la puerta, pero él me lo impidió.

—No voy a dejar que te pierdas una de las maravillas de estas islas. Venga, vamos. —Al decir esto tomó mi mano y tiró de mí con suavidad.

El contacto de su piel me dejó noqueada durante unos instantes.

—Vale, está bien —acepté finalmente, soltando su mano—. Pero dame un

minuto. Hay algo que quiero coger.

Me apresuré al interior del bungalow y busqué la puñetera pulsera de Hugo en la maleta. La metí en una cesta de playa, añadí una toalla y varias cosas más que había en el lujoso baño y salí de nuevo a encontrarme con Adrián.

Caminamos en silencio hacia la orilla, hasta que decidí hacerle una pregunta.

—Adrián, ¿se puede saber a qué viene esta actitud tan amistosa? Siempre has marcado bastante las distancias conmigo.

—Sé que suelo ser un poco áspero en las distancias cortas —respondió antes de quitarse la camiseta y dejarla sobre la arena. ¡Madre mía! Tenía un torso de infarto—. Pero aquí me siento diferente. Mi trastero está muy lejos y eso me ayuda a relajarme. Y a juzgar por lo que has dicho en tu último tuit, tú te sientes de forma parecida. Al contrario de lo que crees, no soy un diablo, y he pensado que te vendría bien disfrutar de un momento de desconexión total de la realidad.

—Pues este lugar sí que saca tu lado bueno. En Madrid has sido siempre bastante distante conmigo.

—En Madrid todo es diferente —se limitó a contestar.

Me tendió unas aletas y unas gafas de esnórquel y me indicó que me adentrara con él en el agua. Puse los ojos en blanco, pero no dije nada. Armándome de valor, me quité el pareo que cubría mi biquini. No tenía el cuerpo de las modelos a las que él estaba acostumbrado. Yo era una chica como la mayoría, tirando a rellenita y con un buen trasero. Era una mujer real y no iba a dejar que Adrián me intimidara. Lo que él pensara sobre mi aspecto debía darme igual. Tenía personalidad y no me iba a acomplejar por no ser perfecta. Acto seguido, me calcé las aletas y me puse las gafas sobre la cabeza. Me sentía como un pato mareado al caminar con aquellas enormes cosas en mis pies y no me tropecé de milagro. Al meternos en el agua transparente sentí un alivio inmediato. Estaba a la temperatura ideal; te refrescaba pero no estaba helada.

Nadamos hacia la zona de rocas que había en el extremo y cada vez me sentía más a gusto. Aquel chapuzón me estaba sentando de maravilla y estaba despertando mis cinco sentidos.

—Ya he estado antes en esta playa y te aseguro que esta es la mejor zona de la bahía para hacer esnórquel —anunció Adrián, que, con el pelo mojado y esas gotitas de agua salada resbalando por su cara, estaba irresistible. Se colocó el tubo en la boca y comenzó a nadar con la cabeza sumergida en el

agua.

Yo lo imité. Tras unos primeros problemas de principiante con el maldito tubo, me acostumbré a respirar a través de él y empecé a nadar sintiéndome más relajada, mientras mantenía mi cabeza debajo de la superficie, pero asegurándome de que el extremo del tubo estuviera fuera para poder recibir oxígeno.

Entre las rocas y las algas aparecieron unos diminutos peces rayados que se movían con una rapidez increíble. Poco después, otros ejemplares marinos un poco más grandes de colores azules y amarillos me rodeaban juguetones. Cuando traté de tocarlos salieron huyendo a toda velocidad.

No podía dar crédito a lo que veía. Era todo un espectáculo de colores y vida submarina. Y solo escuchaba mi rítmica respiración, nada más.

El mal rollo que me había causado el recuerdo de Hugo se me había pasado por completo y ahora estaba disfrutando como una niña de todo lo que veía bajo el agua.

Verdes, turquesas, rosas, azules y naranjas. Todos muy intensos.

Rayas, motas y patrones atigrados.

Corales de textura esponjosa.

Estaba en un mundo silencioso y perfecto. Allí no existía nada más que la belleza de lo que contemplaba. Los recuerdos dolorosos no tenían cabida.

Allí no había ni pasado ni futuro. No había dudas; tampoco arrepentimiento ni miedos. Lo único que importaba era disfrutar de la calma y el amplio abanico de colores que reinaba bajo el agua. Los peces parecían felices en aquel mundo acuático y sentí que me transmitían su paz.

Aquel día me di cuenta de que acababa de descubrir una parte de este mundo que no solemos ver. Y, mecida por el vaivén del agua del océano Índico, supe que Adrián me acababa de regalar un refugio perfecto al que podría escaparme cada vez que tuviera un momento libre durante la semana que pasaríamos en aquel lugar.

Aquel mundo submarino consiguió que, por primera vez en mucho tiempo, me olvidara por completo de todo y me sintiera libre.

Flotaba en el agua, observando maravillada cómo la fina pulserita de plata, que había escondido en mi biquini antes de salir a nadar, se quedaba enganchada en una de las ramificaciones de un esponjoso coral rosado.

Una vez fuera del agua me sentí como una persona nueva. Y aunque me costara admitirlo, Adrián había estado en lo cierto: lo que había visto durante nuestra

sesión de esnórquel había sido una pasada y realmente había merecido la pena. No había sido una actividad demasiado cansada ni peligrosa y me alegraba mucho de que me hubiera arrastrado a acompañarle.

Tumbada sobre la arena junto a la orilla con las suaves olas rompiendo a mis pies, dejé que el calor del sol del final de la tarde pusiera el broche de oro a aquella experiencia. Adrián se había tumbado a mi lado y podía escuchar su rítmica respiración.

¿Podía haber algo más sorprendente que aquello?

El hombre inalcanzable por el que había suspirado durante meses acababa de darse un largo y agradable chapuzón conmigo en el mar. Me había guiado por los mejores rincones de aquella bahía y ahora se tostaba al sol a pocos centímetros de mí.

—Gracias —musité con los ojos cerrados, sintiendo el calor del sol sobre mi piel.

—De nada. —La voz de Adrián sonó muy relajada—. ¿Te ha servido?

—Sí. El trastero se ha cerrado a cal y canto y ya ni me acuerdo de qué había ahí dentro.

—Me alegro mucho. Ese era el objetivo.

—También te daba las gracias por haber salido en mi defensa esta mañana. No tenías que hacerlo.

—Ya he visto que sabes apañártelas sola. Le has puesto en su sitio con mucho acierto, pero de todas formas me apetecía darle un poco en las narices. Adolfo tiene demasiado ego y no le venía mal que alguien más, aparte de ti, se lo recordara. Ha sido un placer intervenir.

No dijimos nada más y ambos continuamos disfrutando en silencio de aquella increíble sensación. Adrián no mencionó nuestras conversaciones en Twitter. Y yo tampoco hice referencia a ellas porque en aquel instante solo quería disfrutar de ese momento de paz en el paraíso. Si haber conseguido encontrar trabajo en mi campo ya me había parecido el no va más, que este me hubiera llevado a un lugar como aquel era ya la bomba. ¡No me lo podía creer!

—Chicos, siento romper vuestro momento de paz absoluta.

La aguda voz de Juan me hizo pegar un respingo y abrí los ojos de par en par. La luz, aunque más suave que antes, aún era bastante cegadora, por lo que tuve que buscar mis gafas de sol en la cesta de mimbre que había cogido prestada del baño de mi bungalow. Una vez que sus cristales oscuros protegieron mis ojos, me senté y pude ver al que ya consideraba mi amigo observándonos con una expresión muy risueña. También adiviné un rastro de

cierta envidia sana al ver que yo estaba pasando mi tarde libre en compañía de Adrián.

—Juan, ¿cuántos cócteles te has tomado? —pregunté, aguantando la risa. Tenía esa mirada achispada que lo delataba.

—Mmm... ¡He perdido la cuenta! —respondió, echándose a reír—. Pero aún estoy lo suficientemente sobrio para venir a recordaros que, en breve, tenemos que reunirnos con el resto del equipo para organizar lo de mañana.

—¡Es verdad! —exclamé, incorporándome en el acto—. Se me había olvidado por completo.

Me puse el pareo a toda prisa y cogí mi bolsa de playa. Tenía que ducharme y arreglarme para la reunión. Y al comprobar la hora en mi reloj me di cuenta de que no tenía mucho tiempo.

Los tres nos dirigimos hacia la hilera de palmeras y frondosos árboles que protegían nuestras cabañas de madera tropical. De repente, vi un extraño tipo de ave de grandes alas negras volar hacia lo alto de uno de estos árboles. Cuando llegó a su destino no se posó sobre ella, sino que se colgó boca abajo y emitió un extraño sonido.

—Qué pájaro tan extraño... —comenté sorprendida.

—Eso no es un pájaro —dijo Adrián con una media sonrisa algo traviesa—. Es un murciélago.

—¿Qué?! —grité horrorizada.

—Ay, Dios, ¡qué asco! —exclamó Juan, igual de asustado que yo.

—No os alteréis. Son inofensivos —nos explicó Adrián, aguantando la risa—. Se llaman murciélagos de la fruta, porque son los encargados de repartir sus semillas. Son autóctonos de las Seychelles y te terminas acostumbrando a verlos y escucharlos a todas horas.

—No sé yo si me voy a acostumbrar a tener un roedor gigante con alas suelto por ahí. No me hace ninguna gracia la idea, la verdad —declaré, aún espantada por la explicación que nos había dado Adrián.

—¡Yo me piro a mi cabañita a la de ya! —gritó Juan de forma teatral al tiempo que se alejaba a toda prisa mientras hacía unos aspavientos muy exagerados y afectados.

Adrián y yo nos miramos. Sin decir una palabra ambos nos empezamos a reír a carcajada limpia ante el gracioso espectáculo que mi compañero acababa de protagonizar.

Olivia Santos @oliviaandgilda

Lo último que me unía a ti se ha quedado hoy enredado en el fondo del mar.

La reunión de aquella noche con el resto del equipo no duró demasiado. Una vez en mi habitación, feliz y relajada después de haber superado con éxito mi primer día como coordinadora del rodaje, decidí dejar aquel mensaje para Hugo en mi cuenta de Twitter. Él no lo iba a leer, pero aun así dejar esa sensación por escrito en el ciberespacio me ayudó a sentirme mejor.

Aquella sesión de esnórquel había sido como una catarsis. Y librarme para siempre de esa pulsera me había sentado de maravilla.

Tumbada ya en la cama y con la mosquitera rodeándome, me arrojé con la suave sábana y cerré los ojos. Pero no tardé en volver a abrirlos.

«Me alegro de que hoy te hayas desprendido de algo que te hacía daño».

Adrián había vuelto a la carga.

«¿Ya estamos con el insomnio?».

«Sí».

«Pues yo, después de todo lo que hemos hecho hoy, estoy agotada. Y mañana tenemos que volver a madrugar. Me gustaría dormir».

Se limitó a contestar:

«Buenas noches».

Dejé el móvil de nuevo en la mesilla y solté un suspiro. ¿Qué demonios le pasaba a ese chico para ser tan charlatán por Twitter? En persona era bastante callado. No entendía su empeño en comunicarse conmigo por escrito.

Volví a cerrar los ojos, pero entre los característicos sonidos que emitían los murciélagos fuera de mi cabaña y un extraño sonido agudo que me hizo volver a encender la luz, no conseguía dormirme. El gritito se repitió de nuevo más cerca y pegué un respingo. Miré a mi alrededor asustada y descubrí una lagartija de un color verde chillón trepando por el decorativo papel de lino que cubría la pared que había junto a la cama.

Cogí el móvil en el acto.

«¿Sigues despierto?»
«Sí. ¿Ahora te han entrado ganas de charlar?»
«No, no quiero charlar. Intento dormir, ¡¡¡pero hay una lagartija al lado de mi cama!!!».
«No te preocupes. Son inofensivas».
«¿Y si le da por trepar por mi piel mientras duermo? ¡Ay, qué angustia!».
«¿No te encantaban los animales?»
«Sí, pero no los reptiles y los murciélagos. ¡Y esto está plagado!».
«Los murciélagos no se van a acercar a tu bungalow. Y la lagartija no te va a hacer nada».
«Ahora la que se ha desvelado soy yo. Con tanto bicho no voy a pegar ojo».
«¿Y qué quieres que haga yo?»
«No sé, distraerme, por ejemplo. Te encanta escribir mensajes privados. Cuéntame algo».
«Una oveja. Dos ovejas. Tres ovejas...».
«¿Qué haces?»
«Contar ovejas para ayudarte a dormir. Y así de paso quizá yo también consiga hacerlo».
«¿Por qué eres mucho más comunicativo y divertido por escrito? En persona hablas muy poco».
«Se me da mejor expresarme de esta forma. Digamos que cara a cara me vuelvo más introvertido».
«Es curioso que digas eso cuando tu trabajo consiste en expresar lo que siente un personaje y sales a menudo hablando en los medios de comunicación».
«Tú lo has dicho. Eso lo hago por trabajo. No soy yo quien habla, sino mi personaje o mi lado público. Mi yo real es muy reservado».
«¿Qué lado me ha llevado a hacer hoy esnórquel?»
«El que la mayoría no conoce».
«¿Y por qué te has molestado en compartir ese momento conmigo?»
«Porque he intuido que te iba a sentar muy bien. Y no me he equivocado, a juzgar por tu último tuit».
«Adrián, en serio, no termino de entender muy bien de qué va todo esto».
«¿De qué va el qué?»
«No te hagas el idiota. Este extraño interés que tienes en conversar conmigo por escrito».
«¿Tan raro te parece?»
«Pues sí, me parece muy raro. No me conoces de nada. Critiqué tu tuit, tú me respondiste. Punto».
«Pero ahora trabajamos juntos. Y tu tatuaje y tu nombre te delataron».
«Y decidiste torturarme».
«¿Torturarte? Qué va. Simplemente me pareció una casualidad interesante».
«¿Y empezaste a mandarme mensajes privados solo por eso?»
«No, no fue solo por eso. Hay otra razón, pero se me están cerrando los ojos, así que ya te lo contaré otro día».

Me quedé intrigada con aquel último mensaje de Adrián, pero finalmente el sueño me venció y conseguí dormirme.

El rodaje del día siguiente fue más fácil. Gracias a Dios, no hubo tantos roces entre Tomás y Adolfo, lo que hizo que no me pusiera tan nerviosa. La escena sucedía en la playa, con Adrián corriendo libremente por la arena con esa ropa de The Wave que había transformado al personaje que interpretaba en un

ser libre y feliz. Chapoteaba en la orilla y sonreía mirando al cielo tras haberse mojado la cabeza con el agua de mar. Unas gotas resbalaban por su rostro y caían sobre la camiseta azul que le sentaba tan endemoniadamente bien.

Cuando por fin se la quitó, su torso perfectamente esculpido quedó al descubierto. A continuación, se zambulló de lleno en una ola que rompía con fuerza en la orilla con esas bermudas de lino que tenían un toque surfero.

El agua de la bahía estaba más agitada que el día anterior y eso nos vino de perlas para rodar la escena en la que nuestro protagonista tenía que disfrutar al máximo jugando con el mar.

La sesión de esa mañana duró bastante menos de lo esperado porque el director consideró que con las tomas que habíamos hecho el trabajo había quedado perfecto. Adolfo coincidió con él, así que tras una breve reunión sobre lo que había que organizar para la siguiente escena, que sería la última y rodaríamos en un par de días en otra isla, me encontré con un día y medio para descansar.

Esa tarde, después de una larga sesión de sol, agua de mar, charla y cócteles con algunos de mis compañeros, volví a mi bungalow muy relajada y con la piel algo quemada. No había que madrugar de nuevo al día siguiente, pero ya había bebido suficiente, así que pasé por completo de unirme a sus planes para cenar en el restaurante que había junto a la piscina. Prefería tomar algo a solas en el porche de mi cabaña, así que pedí un sándwich y algo de fruta y llené la bañera de ensueño desde la que se veía el mar.

Rodeada de espuma y sumergida en agua templada, cerré los ojos y me quedé medio dormida. El sonido de mi móvil me reanimó y salí de la bañera para contestar la videollamada que me estaba haciendo mi madre.

Cuando la vi en la pantalla con Gilda jadeando a su lado, una enorme sonrisa se dibujó en mi cara. Pasé un buen rato contándole a mi madre todo lo que estaba viviendo. La cena que había pedido llegó un poco después, así que me despedí de ella y salí al porche.

Justo cuando estaba pensando en que no había visto a Adrián en toda la tarde, recibí una notificación en Twitter.

Vaya, el *señor mensajes* volvía a la carga.

«¿Qué haces?».

«Cenar».

«¿Qué cenas?».

«Un sándwich».

Qué conversación tan interesante.

«Deberías probar la especialidad de la casa».

«Hoy no tenía ganas de aventurarme con nada nuevo. Un sándwich de pollo era suficiente».

«Pues mañana pide la especialidad. No te arrepentirás».

«¿Y cuál es ese plato tan delicioso?».

«Murciélago al curry».

¡Dios, qué horror!

«Estás de coña, ¿no?».

«No, te juro que está buenísimo».

«Mira, deja de tomarme el pelo. Ya veo que cuando te aburres te encanta darme la brasa».

«No te estoy tomando el pelo, en serio».

«Bueno, da igual. Estoy cansada de tanto teclear en la pantalla. Además, yo soy más del cara a cara».

Aquella conversación era absurda y no tenía ganas de seguirle el juego. Aparté el móvil a un lado y seguí cenando. ¡Qué manía tenía este hombre de comunicarse solo por escrito!

Unas pisadas me avisaron de que alguien se acercaba. Ya estaba anocheciendo, por lo que no distinguí de quién se trataba hasta que la imponente figura de Adrián estuvo frente a mi porche, con los pies descalzos sobre la arena. Tenía toda la pinta de haber salido de la ducha hacía poco, a juzgar por su pelo revuelto y mojado.

—¿Mejor así? —me preguntó, ladeando la cabeza al tiempo que entrecerraba esos ojazos verdes que tenían a media España atontada.

—Sí, bastante mejor —respondí, intentando disimular lo nerviosa que estaba. No había esperado para nada que Adrián fuera a aparecer en el porche de mi acogedor bungalow—. ¿Quieres beber algo? Apenas he tocado el minibar y tengo de todo.

—No, gracias. ¿Qué te parece si damos un paseo por la playa?

Era una invitación muy tentadora. La noche estaba preciosa, con una luna casi llena que iluminaba con su luz plateada la pequeña bahía. ¿Sería buena idea aceptar?

—Pensaba acostarme en breve —dije, evadiendo su ofrecimiento—. Mañana tenemos que volver a madrugar. Y tengo que estar descansada por si a Adolfo y a Tomás les vuelve a dar por pelearse. Diana me ha dado instrucciones muy precisas sobre lo importante que es evitar esos choques de egos.

—Ayer los manejaste muy bien. Todo ha vuelto a su cauce y hoy no han vuelto a pelearse —comentó, guiñándome un ojo.

—Menos mal que ha sido así —suspiré, una vez repuesta del amago de infarto que me había provocado su traviesa mirada—. No tengo ninguna experiencia en este mundillo y voy improvisando como puedo.

—¿No habías trabajado antes en una agencia? —preguntó sorprendido.

—No. Me gradué en publicidad y relaciones públicas hace un par de años, pero hasta ahora no había conseguido nada en lo mío. Esta es la primera campaña real que gestiono.

—Pues déjame decirte que tienes muchas tablas. No parece que este sea tu primer anuncio. Creía que llevabas más tiempo en esto.

—Gracias. Me tranquiliza que no se me note mucho la falta de experiencia.

—Estoy seguro de que mañana seguirás coordinando todo este tinglado con muy buena mano. Creo que puedes permitirte dar ese paseo y acostarte un poco más tarde. Incluso te vendrá bien para relajarte.

No pude negarme por segunda vez. Recorrer aquella magnífica playa por la noche sonaba de miedo, así que bajé los dos escalones de madera que me separaban de él y dejé que mis pies sintieran la suave caricia de aquella arena tan fina. Comenzamos a caminar en silencio hacia la orilla.

—Este lugar es una pasada —dije, contemplando la estela plateada que dibujaba la luz de la luna sobre el agua del mar. Las olas rompían tranquilas y el frescor de la noche llegaba hasta nosotros con una suave brisa.

—Sí, es una gozada estar tan lejos del bullicio y de los flases.

Adrián soltó un suspiro de profundo alivio. Ambos echamos a andar con las olas rompiendo a nuestros pies con delicadeza.

—Supongo que el éxito tan brutal que ha tenido *La jaula* te ha pillado un poco desprevenido, ¿no? —me atreví a insinuar.

—Sí, no me esperaba que fuera a convertirse en la serie más vista y comentada.

—¿Te molesta ser el centro de atención?

—Al principio me pareció alucinante, pero está empezando a ser un poco difícil de manejar. Todo lo que hago o digo se convierte en noticia al instante.

—Es el precio de la fama, amigo —dije, intentando sonar graciosa para animarle.

—Sí, lo sé, pero eso no lo hace más fácil.

—Si tan mal lo llevas, ¿por qué no te dedicas a otra cosa?

—No puedo.

—Todos podemos decidir qué hacer con nuestras vidas.

—En mi caso no es así.

—No quiero ser entrometida ni ir dándote lecciones, pero creo que si hay alguien que puede permitirse cambiar de vida, ese eres tú. Con la pasta que habrás ganado estos últimos meses con la serie y la cantidad de campañas de publicidad que has hecho, seguro que tienes la libertad de alejarte del famoseo cuando quieras.

—Querer no siempre es poder, Olivia —dijo, alzando su rostro hacia las estrellas con un tono enigmático y serio que me avisó de que era mejor dejar el tema de su fama a un lado.

Me tumbé sobre la arena y observé la oscuridad del cielo. No había ni una sola nube y las estrellas brillaban como pocas veces las había visto. Estábamos en una zona de la isla muy poco poblada y, como no había nada de contaminación lumínica, la nitidez con la que estas se distinguían era una pasada.

Adrián seguía de pie a poca distancia mirando también aquel cielo tan increíble.

—Es curioso cómo nos hemos conocido —dijo de repente—. Es muy sorprendente que la chica que me puso en mi sitio con un tuit estuviera en esa primera reunión en Brenton & Rome.

—No fui la única —le recordé—. Recibiste miles de menciones criticando lo que dijiste sobre tu ex.

—Sí, pero solo te respondí a ti —dijo, tumbándose a mi lado.

—¿Por qué?

—Porque no me insultabas. Y Tampoco me alababas.

—No tenía que hacer ninguna de las dos cosas. Solo quería expresar mi decepción.

—Y lo hiciste con clase. Esa fue la gran diferencia con otros. Le di un vistazo rápido a mi *timeline* y me detuve justo en tu mensaje. Entre todos los tuits recientes que había sobre ese tema, el tuyo me llamó la atención. Estudié tu perfil y decidí que eras la persona adecuada a la que responder. No puedo contestar a todas las menciones que recibo. Sería matemáticamente imposible.

—¿Qué hay en mi perfil de Twitter para que te resulte interesante?

—La frase con la que te describes y esa foto del tatuaje de tu muñeca. U2 y esa pequeña huella de perro dibujada en tu piel; una combinación que no me pasó desapercibida —me explicó con una media sonrisa sin dejar de contemplar el cielo con sus manos cruzadas bajo su nuca—. Y un día pusiste esa frase del libro de Susanna Tamaro...

—¿Es esa la razón por la que empezaste a escribirme por privado?

Acababa de caer en la cuenta de que sus mensajes empezaron justo después de que yo pusiera la conclusión final de *Donde el corazón te lleve*.

—Sí. Fue por eso. Ese libro es muy importante para mí.

—Me sorprende que lo conozcas. Es una historia más propia de mujeres. Yo he tenido la suerte de descubrirlo porque a mi madre le marcó mucho en su juventud. Ahora no es tan popular.

Adrián no dijo nada más al respecto. Cerró los ojos e inspiró profundamente.

—¿Crees en el destino?

Soltó aquella pregunta después de haberse mantenido en silencio durante unos segundos que se me habían hecho eternos.

—Creo que el destino depende de nosotros.

—Sí, pero cuando ocurre una casualidad como la nuestra, ¿no crees que hay un mensaje detrás?

—No lo sé —respondí, encogiéndome de hombros—. Las casualidades son eso, casualidades. La vida la tenemos que manejar nosotros. No podemos tomar decisiones basadas en lo fortuito.

—Qué poco romántica eres —se burló con una carcajada.

—No te equivoques. Soy muy romántica. Y justamente por eso trato de no dejarme engañar por señales del destino que me pueden confundir. Lo hice una vez y acabé hecha polvo.

—¿Y vas a dejar que un tropiezo te saque del camino?

—No, ese tropiezo no me sacó del camino. Pero sí hizo que ya no me atreva andar descalza.

—Lo entiendo. Te proteges. Te dan miedo las heridas —dijo, apartando los ojos del cielo para mirarme por primera vez desde que nos habíamos tirado en la arena. La luz de la luna le daba un matiz diferente al verde de sus ojos. Pero no era solo una cuestión de luz; había una calidez en ellos que nunca había visto hasta entonces—. Pero los zapatos también producen ampollas y rozaduras.

—Sí, pero luego se curan y ya no molestan.

—Olivia, no molestan porque la piel se acostumbra a llevar esos zapatos. Ya no hay dolor, pero tampoco sientes la tierra por la que andas.

—No sabía que tenías esa faceta de podólogo. —Solté aquella tonta ocurrencia para quitarle un poco de intensidad a nuestra conversación. El discurso de Adrián era muy elocuente y encima tenía razón. Pero no estaba preparada para admitirlo.

—Yo tampoco. Acabo de descubrirla —dijo, con una sonora carcajada.

—Por eso me gustan tanto los perros —admití con un susurro mientras pasaba uno de mis dedos por aquel trazo de tinta permanente que tenía en la muñeca—. Ellos pisan sin miedo. Corren, saltan y se mojan sin necesidad de cubrir sus almohadillas. Viven cada momento con intensidad y sin temor. Para ellos no existe el pasado; y tampoco el futuro. El presente es lo único que importa y saben aprovecharlo.

—Sí, son mucho más inteligentes que nosotros en ese sentido —coincidió—. Saben disfrutar al máximo de la vida. Bono es todo alegría y ganas de jugar. Dejó su mochila de tristeza en la perrera y desde que está conmigo es más feliz que una perdiz. Y lo mejor de todo es que le importa un pimiento que yo sea famoso.

—Gilda llegó a casa en los huesos y llena de heridas. La encontré atada a una farola una noche que salía de clase. —El recuerdo del estado en el que se encontraba mi adorada perra cuando la conocí me humedeció los ojos—. A mí acababan de destrozarme el corazón y a ella también. Como no podía curarme a mí misma, decidí volcarme en curarla a ella. Es lo mejor que he hecho en mi vida, porque su cariño y agradecimiento hicieron que me olvidara de mi dolor. Gilda me ha enseñado lo que es querer sin condiciones.

—¿Por eso decidiste llevarla siempre contigo en tu piel?

—Sí, porque no quiero olvidar nunca lo mucho que me ha ayudado. Ella dejó su pasado atrás y entendí que yo también tenía que hacerlo.

—Pero te quedaba una última cosa en el trastero...

—Sí, quedaba una última cosa pendiente. Pero ahora está en el fondo de esta bahía, enredada en los corales, y cuando vuelva a Madrid ahí seguirá. No volverá conmigo.

—¿Y los zapatos? ¿Los dejarás también aquí?

La pregunta de Adrián se había quedado flotando en el aire. Me escabullí con la excusa de que acababa de recordar que debía hablar con mi madre. Le di las buenas noches y me alejé hacia mi bungalow como alma que lleva el diablo.

Era una mentira como una casa porque acababa de hablar con ella. Y también había chateado con Paula. Así que no tenía que hablar con nadie; simplemente, la intensidad que había terminado tomando la conversación con aquel bombón me había abrumado y decidí salir por patas.

Una noche en una playa paradisíaca junto a ese hombre guapísimo, que (vete tú a saber por qué) había decidido sacar a relucir su lado más encantador y profundo conmigo, era demasiado peligroso para mi lado soñador.

No estaba dispuesta a andar descalza. Y mucho menos con alguien como él. Un exmodelo que se había convertido en el actor más famoso del momento y al que había idolatrado durante meses no era alguien a quien fuera a abrirle mi alma.

Era una situación muy extraña y no podía permitir que se me fuera de las manos. Paula tenía razón; no podía dejar que me engatusara con ese juego que él había empezado.

No estaba preparada para que él pasara a ser una persona real. Prefería que siguiera siendo el actor distante y lejano a quien apenas conocía. Además, yo estaba allí por trabajo, no para intimar con él. No podía permitir que alguien nos viera y llegara a oídos de mi jefa que habíamos estado charlando a solas en la orilla de esa fantástica playa.

Una cosa era intercambiar unos cuantos mensajes por Twitter y otra muy distinta ponernos a filosofar bajo las estrellas.

Me dormí con el firme propósito de que aquello no volviera a suceder.

«¿Algún plan para hoy?».

¡Mecachis! Adrián volvía a la carga.

«Sí, disfrutar de mi día libre en la tranquilidad de mi bungalow».

«No respondiste a mi pregunta».

Me hice la tonta.

«¿Qué pregunta?».

«Acabas de hacerlo. Llevas puestos los zapatos y mucho me temo que son botas altas. ¿Quieres que intentemos que no las lleves de vuelta a Madrid?».

«¿Por qué te importa tanto lo que haga con mi vida? No me conoces de nada. Deja que recorra el camino a mi manera».

«Me importa porque intuyo que el dolor te hizo tomar un desvío más seguro pero mucho menos emocionante. Y también me da la sensación de que eres demasiado sensible e inteligente para que te conformes con eso».

«Agradezco tu interés, pero estoy la mar de bien como estoy, tranquilita en mi bungalow».

Respondí soltando un resoplido mientras tecleaba. ¡Qué insistente era, por Dios! ¿Por qué no me dejaba en paz?

«¿En serio piensas quedarte todo el día en tu cabaña? Estamos en la otra punta del mundo, en una isla increíble. No pienso permitir que desaproveches esta oportunidad para conocer Mahé. Hoy tenemos el día libre».

«Tengo trabajo. He de enviar unos correos electrónicos a Madrid y revisar algunos detalles para el rodaje de mañana».

«¿Lo tendrás listo en un par de horas?».

«Más o menos, quizá un poco más».

«Te doy tres. A las doce te veo en la recepción del hotel. Y no acepto excusas».

Me quedé tan bocas con su actitud autoritaria que no supe qué contestar. Mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas para rechazar su invitación, él se adelantó y me mandó otro mensaje.

«Ah, y una cosa más. No hace falta que te lances todavía a ir descalza, pero al menos ponte unas sandalias. Hace demasiado calor para esas botas ;)».

Victoria, la capital de las islas Seychelles, no destacaba por su belleza, pero tenía una frenética y alegre actividad. Contaba con algunos pintorescos edificios coloniales y con un pequeño reloj al que llamaban Big Ben porque era una réplica en miniatura de su famoso homónimo del Parlamento británico que se encontraba en Londres. Estaba situado en medio de una intersección en pleno centro de la ciudad y me pareció curioso que siguiera en pie, pues nada lo protegía de que algún coche se estampara contra él. Lo cierto es que allí era posible, ya que los seychellenses se caracterizaban por su conducción pausada y respetuosa. En Madrid un monumento tan diminuto como aquel no habría durado ni un telediario sin que algún conductor estresado se hubiera chocado de pleno contra su frágil estructura.

Este pequeño reloj (que al verlo casi me da un ataque de risa porque llevaba días escuchando hablar de él como si fuera realmente destacable) era la principal atracción turística de Victoria, junto con el jardín botánico y el

céntrico mercado de especias y pescado.

Callejeando por las estrechas y animadas calles, Adrián me llevó a tomar un delicioso café y me habló sobre la historia de las islas.

Los seychellenses habían sido colonizados primero por los franceses y luego por los ingleses, por lo que hablaban también inglés y francés con mucha soltura. La mayoría eran de ascendencia francesa y africana, por lo que su piel era de un precioso tono tostado y sus ojos de un negro muy profundo e intenso.

Adrián me explicó que eran personas muy serviciales, amables y profundamente religiosas. En los pocos días que llevaba allí, yo misma había observado lo respetuosos y educados que se mostraban con todo el mundo.

Después de conversar durante un rato sobre las costumbres locales, Adrián me llevó hasta el Sir Selwyn Selwyn Clarke Market, el edificio que albergaba este exótico mercado era de estilo colonial, abierto al aire libre y cuya estructura de madera y metal estaba pintada en una paleta de alegres colores.

No me había dejado otra opción, así que después de que atravesáramos la isla en el coche descapotable que él había alquilado, allí nos encontrábamos, deambulando entre los puestos centrales seleccionando unas piezas de frutas tropicales que eran un auténtico espectáculo de preciosas formas y colores. Por último, nos acercamos a los puestos de especias, donde los aromas del curry, el azafrán, la vainilla y la canela flotaban en el aire y llegaban como una explosión de sensaciones a mi nariz. Las Seychelles se caracterizaban por tener una importante producción de estos condimentos culinarios y, por ello, en la cocina criolla se utilizaba generosamente estas especias para dar sabor a sus platos.

Por último, subimos a la galería del piso superior, donde me volví loca en los puestos de artesanía local. Tortugas talladas en madera, conchas marinas de preciosos colores, piezas de coral y pareos de lino pintados a mano captaron mi atención y me hicieron abrir la cartera con un frenesí incontrolado.

Cuando abandonamos el mercado iba cargada con un montón de bolsas y una gran sonrisa; había adquirido un sinfín de preciosos objetos por un precio irrisorio. Me hacía ilusión llevarme de vuelta a Madrid esos objetos que añadirían nuevos recuerdos a la estantería de mi habitación. También llevaba varios regalos para mis abuelos, mi madre y Paula.

—¿Tienes hambre? —me preguntó Adrián cuando caminábamos calle abajo en dirección a la torre del reloj.

—Sí, ¡mucho! La verdad es que después de ver toda esa cantidad de comida

en el mercado se me ha abierto el apetito.

—Te voy a llevar a un restaurante que me encanta. Sirve la mejor comida criolla de Victoria —anunció entusiasmado.

Le Rendez Vous era un local muy pintoresco y decorado en un estilo africano que estaba situado en una esquina frente al famoso reloj. Nos dieron una mesa en una galería del piso superior desde la que divisábamos el incesante ajeteo de la avenida de la Independencia, la calle principal de Victoria.

Adrián observó la cantidad de bolsas que dejé apiladas a un lado de la silla y se echó a reír.

—Olivia, ¡has arrasado en tu primera visita al mercado!

—Es que era todo tan bonito y tan barato que no me he podido resistir —declaré pletórica—. Ha sido toda una experiencia. ¡Me ha encantado!

—Es un lugar muy exótico y tan diferente de los comercios a los que estamos acostumbrados en Europa que la primera vez que lo visitas es algo increíble. Es como si te transportaras a la época colonial, ¿verdad?

—Sí, me he sentido como si hubiera viajado al pasado. ¡Me ha gustado mucho!

—Me alegra verte tan contenta —dijo, esbozando una sonrisa de triunfo.

—¿Por qué te has empeñado en que te acompañara?

—Porque sería una pena que te hubieses quedado en el resort sin ver todo lo que Mahé tiene que ofrecer. Esto es un viaje de trabajo, pero ya que hoy tenemos tiempo libre, hay que aprovechar para conocer mejor los parajes, la cultura y las costumbres del lugar en el que estamos. No soy de los que pasan de puntillas por la vida. Aprovecho cada oportunidad para experimentarla al máximo. Y quería compartirlo contigo.

—Apenas me conoces. No entiendo muy bien tu empeño en compartir esta experiencia conmigo.

—Olivia, eres una persona muy real. Últimamente me rodeo solo de gente relacionada con el mundo de la tele y el famoseo. Y Leticia me metió aún más en ese mundo tan artificial.

—¿Por eso la dejaste?

—Sí. Me di cuenta de que desde que estaba con ella me estaba convirtiendo en un gilipollas. Uno debe estar con alguien que saque lo mejor que lleva dentro y con ella ocurrió todo lo contrario. Llegó un momento en el que no me reconocía a mí mismo.

—¿Por eso preguntaste si en esta campaña trabajarías solo?

—Sí, fue justo por eso —asintió—. Estoy saturado de currar con chicas guapas y despampanantes. Hay algunas modelos y actrices que son muy normales, pero muchas tienen un ego insufrible. Son caprichosas y hacen que el trabajo sea más largo y difícil. Y como los hombres somos unos idiotas, nos dejamos engatusar fácilmente. Yo he caído varias veces. Y como la última ha sido la peor, he decidido mantenerme alejado de ellas.

—Vaya, ¡sí que te quemaste con Leticia!

—No me quemé, me abrasé. Por eso tu compañía es un soplo de aire fresco para mí.

—Bueno, pues me alegra que estar con una persona corriente te parezca refrescante.

—No he dicho que seas corriente —me corrigió, entornando sus increíbles ojos verdes—. Eres real, conectada a lo que de verdad importa, pero en absoluto corriente o del montón.

—¿No tienes amigos de la infancia, con vidas más normales que la tuya que te ayuden a mantener los pies en la tierra?

—Tengo a Ramón. Es el único amigo de mi época del colegio con el que sigo en contacto. Me metí muy joven a ser modelo y, como empecé a viajar muchísimo, perdí la relación con la mayoría de mis amigos. Él es el único con el que sigo en contacto, pero vive en Alemania y no nos vemos mucho.

—¿No fuiste a la universidad?

—No, no tenía tiempo para seguir estudiando.

—¿Te arrepientes? —me atreví a preguntar.

—No, no me arrepiento. Hice lo que tenía que hacer. Necesitaba el dinero.

—Supongo que la carrera de modelo da mucha pasta.

—Sí, pagan muy bien. Así que decidí aprovechar mi físico y mi facilidad para plantarme delante de una cámara. Eso me permitió ayudar a mi familia a salir adelante y costearme después la escuela de interpretación.

—Cuando eras solo modelo no eras tan famoso.

—No. Era muy conocido dentro del sector y, a veces, alguna persona me reconocía por alguna campaña publicitaria que yo había protagonizado, pero no se puede comparar con el revuelo que se monta ahora cada vez que voy por la calle —dijo, poniendo los ojos en blanco.

—Es muy agobiante, ¿verdad?

—Sí, lo es.

—Y ahora, con todo esto de las redes sociales, la locura es aún mayor.

—Son un arma de doble filo —reflexioné—. Por un lado está muy bien

poder tener una conexión directa con tus seguidores, pero por otra estáis mucho más expuestos.

—Sí y la gente o te odia o te adora. No parece haber punto intermedio.

—Y luego está el tema de la responsabilidad añadida por ser figuras públicas. Los famosos tenéis mucha más responsabilidad que antes. Cada cosa que decís o hacéis se sabe al momento y tiene una influencia bestial en la gente. Eso os carga con una gran responsabilidad.

—Y no puedes escapar. Ahora no eres nadie si no te curras las redes sociales. ¿Por qué te crees que The Wave se empeñó en que fuera yo el que protagonizara esta campaña? Aparte del exitazo que está teniendo la serie, tengo más de dos millones de seguidores; con que simplemente comente que estoy rodando este anuncio y mencione a la marca, ya tienen parte del *marketing* hecho. Y encima se crea expectación sobre el anuncio.

—Sí, desde luego es una nueva faceta del mundo del *marketing*. Las redes sociales han abierto un nuevo campo y ahora es una parte muy importante en las estrategias publicitarias de las empresas.

—Y en el *marketing* personal de cualquiera. Las utilizamos para enseñar nuestra mejor versión.

—Aunque a veces cometemos deslices y enseñamos nuestro lado más oscuro —le recordé.

—Incluso en esas ocasiones hay una estrategia detrás. ¿Crees que puse a caldo a Leticia en un arrebato? —dijo, enarcando una ceja. ¡Joder! Qué *sexy* era el cabrón—. Se lo merecía, pero no fui yo quien decidió criticar su actitud en público. Lo hice porque mi *mánager* insistió en que lo hiciera. El revuelo que se montó consiguió que durante días se hablara todavía más de mí en los medios. Es así de triste.

—Si tan poco te gusta ese juego, ¿por qué te dejas manejar por ese guion?

—Porque no puedo elegir. Es parte del trabajo, y no me puedo permitir perder la popularidad que ahora tengo.

—Claro que puedes. Podrías seguir siendo actor pero sin entrar en ese juego que te obligue a convertirte en alguien que no eres.

—Tengo que mantener los ingresos que tengo ahora. No lo hago por mí. Hay alguien que los necesita y depende de ellos por completo.

El semblante de Adrián se volvió muy serio y triste. No dijo nada más y me pidió que le disculpara un momento porque tenía que ir al baño.

Observé cómo se alejaba de la mesa con aquellos vaqueros caídos y la camisa azul que se había arremangado hasta los codos.

Solté un suspiro.

Algo estaba surgiendo entre nosotros sin que apenas me hubiera dado cuenta; y lo peor de todo era que el Adrián que estaba descubriendo cada vez me gustaba más.

Me había dejado entrever que estaba sacrificando su anonimato para que alguien tuviera una vida mejor. Ese dinero que estaba ganando no era solo para él.

Se estaba abriendo, pero muy poco a poco, y dejaba trazos de misterio en cada cosa que me contaba.

Aunque había dejado las botas en el armario (como él llamaba a mi coraza protectora) y me había animado a ponerme unas sandalias, mis pies aún estaban protegidos.

Lo que me aterraba era que nuestra incipiente amistad confundiera a mi corazón. Mucho me temía que, como Adrián siguiera abriéndose a mí de esa forma, me iba a quedar descalza y desprotegida en menos de lo que canta un gallo.

Fantasear con una estrella de la tele era inofensivo.

Pero empezar a descubrir quién era realmente era alerta roja.

Cuando Adrián volvió a la mesa, disfrutamos de nuestro almuerzo hablando de cosas más insustanciales que rebajaron un poco la intensidad de la conversación. Tras visitar el jardín botánico de Victoria nos subimos de nuevo al coche.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunté.

—Es una sorpresa. Pero estoy seguro de que te va a gustar.

Sonreí y dejé que «*Pillow Talk*» de Zayn Malik me transportara a un estado de relax total mientras sentía el sol en mi cara. Desde aquel coqueto Fiat 500 descapotable observaba el verde y exuberante paisaje que nos rodeaba. Como decía la canción, sentía que estaba en un lugar donde podía dejar atrás los miedos. En un paraíso lejano donde la rutina y las preocupaciones no tenían cabida.

Unos kilómetros después, Adrián dejó la carretera principal y condujo el coche hasta un pequeño puerto deportivo.

—¿Vamos a salir en barco? —pregunté expectante.

—Sí —respondió satisfecho al comprobar que la sorpresa me iba a gustar—. Vamos a ir a un lugar muy especial que descubrí la última vez que vine a las Seychelles.

Bajamos del vehículo y caminamos por un muelle en el que había atracadas varias embarcaciones de recreo entre las cuales había algunos yates enormes. Adrián me explicó que eran de los ricachones árabes que pasaban sus vacaciones en aquel archipiélago de ensueño. Pasamos de largo esos barcos tan lujosos y, casi al final del muelle, nos detuvimos en la zona donde había otros más pequeños.

—*Good morning, mister Banane!* —Adrián saludó en inglés a un hombre de color que nos sonrió de oreja a oreja.

—*Good morning, Adrián!* —respondió este, acercándose hacia la popa de la lancha. Dio un salto al muelle y le dio un efusivo abrazo a mi acompañante—. *Good to see you again, man!*

Adrián respondió a su efusivo saludo con una gran sonrisa.

—*This is Olivia* —le dijo a continuación, señalándome a mí.

—*Nice to meet you* —me saludó ese hombre tan afable.

—*Nice to meet you too* —respondí, estrechando su mano.

Subimos a la fueraborda y *mister* Banane nos invitó a que nos sentáramos en la colchoneta de proa mientras él ponía el motor en marcha y soltaba amarras para salir del puerto.

El mar estaba muy calmado y no había ni una sola nube en el cielo.

—Es un día perfecto para navegar —comentó Adrián tumbándose.

—Sí —asentí, sin crearme del todo que estuviéramos allí—. Cómo me alegro de que me hayas obligado a salir del hotel. ¡Esto es alucinante! —Adrián no dijo nada. Se limitó a sonreír mientras cerraba los ojos y disfrutaba del sol—. ¿Cómo has organizado todo esto tan rápido? —pregunté.

—La primera vez que estuve aquí tuve la suerte de contratar una excursión con *mister* Banane. Hicimos buenas migas y siempre que he vuelto le he llamado para que me lleve a dar una vuelta. Es muy buena persona y conoce lugares increíbles. La última vez que fui con él me preparó una barbacoa en una playa desierta y charlamos largo y tendido. Tiene cinco hijos que sacar adelante, así que, aparte de su trabajo en un hotel, se saca un dinerillo extra con estas excursiones para turistas en su vieja fueraborda.

Avanzábamos ya a buen ritmo y el agua nos salpicaba con suavidad cada vez que la embarcación daba un bote. Dejamos atrás la isla principal, con sus verdes montañas rozando el cielo azul, y nos dirigimos hacia otras islas más pequeñas que se divisaban a lo lejos.

—Esas islas que ves son un grupo de seis que conforman el parque nacional marino de St. Anne. Fue creado en 1973 para la preservación de la fauna silvestre —me explicó Adrián—. Vamos a una en concreto que te va a chiflar.

Y no se equivocaba.

Cuando llegamos a la isla de Moyenne, *mister* Banane detuvo la fueraborda a unos metros de la orilla. Menos mal que debajo del vestido de algodón que había decidido ponerme llevaba un bikini, porque debíamos saltar y nadar por el agua cristalina hasta hacer pie. Una vez en la pequeña playa de arena blanca, subimos descalzos y empapados por unas escaleras de piedra que se abrían paso entre el bosque tropical.

La mandíbula se me cayó al suelo cuando vi una pequeña explanada repleta de tortugas gigantes que se agrupaban entre dos pequeñas cabañas. Algunas, lentas y perezosas, avanzaban de un lado al otro a dos por hora con sus enormes caparazones a cuestas. Otras descansaban plácidamente dejando que

los visitantes las acariciarán.

—¡Dios, cómo molan! —exclamé, con palmadas de júbilo—. ¡Son alucinantes!

Me acerqué a una de ellas y esta estiró su cuello, rugoso y pardo, hacia mi mano. Acaricié su áspera cabeza sin salir de mi asombro.

Adrián se puso de cuclillas a mi lado.

—He acertado con la sorpresa, ¿no? —preguntó con una sonrisa chulesca.

—Me fastidia admitirlo porque voy a subir mucho tu ego —comencé a decir—, pero has acertado de pleno. ¡Es la mejor sorpresa que me han dado nunca!

Adrián sonrió de oreja a oreja y acarició también a aquella enorme tortuga que aceptaba nuestros mimos de buen grado.

—Ven, vamos a recorrer un poco la isla y te cuento su historia.

Mis pies, descalzos por completo, sentían la rugosa textura de la tierra que pisaban y las raíces de los enormes árboles que enfilaban el estrecho camino por el que seguía a Adrián. La luz del sol se colaba matizada por la espesa vegetación y dibujaba patrones caprichosos sobre el suelo.

Una suave brisa rozaba mi cuerpo, que estaba cubierto tan solo por el biquini. Era una sensación estupenda sentir aquella caricia en toda mi piel; me sentía libre.

Adrián caminaba unos pasos delante de mí y también llevaba únicamente un bañador, y de su cuerpo mejor no hablo porque podría entrar en un bucle infinito de adjetivos positivos y exclamaciones que me desviarían de la historia.

Mientras recorríamos aquel camino que se dirigía al otro extremo de la pequeña isla nos encontramos con más tortugas gigantes. Campaban a sus anchas por allí y parecían muy felices y tranquilas. Se dejaban acariciar de buen grado y yo me detenía constantemente para saludarlas.

Durante el paseo, nos topamos con un panteón que albergaba varias tumbas, rodeado de árboles de mangos y cocoteros. Nos detuvimos y Adrián me explicó que allí estaba enterrado Brendon Grimshaw, quien había comprado la isla en 1962 por tan solo ocho mil libras. Aquel británico se había enamorado de tal forma de ese lugar que dejó su exitosa carrera de periodismo atrás y se retiró a vivir en esa isla de vegetación exuberante, con sus historias de piratas y fantasmas. Cambió su ajetreada y glamurosa vida de corresponsal en la agencia Reuters por levantarse temprano cada mañana para dar de comer a las más de cien tortugas gigantes que allí vivían y a los pájaros de variadas

especies que anidaban en la isla.

Por lo visto, había una leyenda sobre que el pirata Olivier Levasseur había enterrado un tesoro de oro y joyas en la isla de Moyenne, y Grimshaw lo había buscado durante años sin encontrar nada. Cuando un jeque árabe le ofreció un día cuarenta millones de euros por su pequeño paraíso le dijo que no al instante y se dio cuenta de algo; su isla era el verdadero tesoro. Ya lo había encontrado y quería seguir viviendo allí hasta el fin de sus días.

La historia de aquel hombre me dejó alucinada. Había sido un auténtico Robinson Crusoe, viviendo allí solo hasta su muerte en 2012.

Pero con su marcha Moyenne no quedó desprotegida. Grimshaw había creado una fundación que velara por mantener la isla intacta una vez que él faltara. Las Seychelles estaban sufriendo una fiebre constructora debido al turismo y se negaba a que cuando él ya no estuviera llegara alguna multinacional a montar allí un hotel, destruyendo el paraíso natural que había protegido y cuidado con tanto amor.

Afortunadamente, la isla se podía visitar, pero estaba a salvo de las zarpas de aquellos que quisieran transformarla en un negocio que pusiera en peligro las especies de fauna y flora que vivían allí felices y en paz.

Después de escuchar esta increíble historia, proseguimos nuestro camino hasta salir del bosque tropical y llegar a unas rocas de granito que dominaban el océano Índico. Nos sentamos sobre una de ellas. Era grande y lisa. Estaba ligeramente inclinada hacia el acantilado, por lo que las vistas de las olas rompiendo con suavidad unos metros más abajo eran perfectas. Su superficie estaba caliente pero no abrasaba, así que estiramos nuestras piernas desnudas y disfrutamos del calor del sol.

—Hay que ser muy valiente para dejarlo todo y vivir en una isla desierta durante más de cuarenta años —comenté, alzando la vista a ese cielo tan azul que nos llevaba acompañando todo el día.

—La primera vez que *mister* Banane me trajo aquí y me contó la historia de Grimshaw me quedé muy impactado. Me enamoré de este lugar y siempre que he vuelto a las Seychelles he encontrado un momento para escaparme de todo y venir aquí. Es el auténtico paraíso. He dejado el móvil en la fueraborda, pero tampoco me serviría de nada ya que aquí no hay cobertura —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—A mucha gente eso le causaría un ataque de ansiedad —me reí—. Estamos tan acostumbrados a estar conectados en todo momento que nos hemos olvidado del placer de estar a solas.

—Pues es un placer que hay que buscar de vez en cuando.

—Es difícil hacerlo y ya hay pocos lugares donde escaparse de verdad.

—No son muchos, pero sí los hay.

—No todo el mundo puede venir a una isla como esta para huir de los demás.

—No es necesario venir hasta el Índico para encontrar la paz. Aún quedan rincones cercanas donde desaparecer —me aseguró Adrián—. Cuando tengo algún día libre siempre me largo en coche con Bono a lugares perdidos donde el móvil pasa a ser un artilugio inservible.

—Me imagino que para una persona como tú, que tiene que estar tan pendiente de las redes sociales, eso es todo un lujo.

—Sí, lo cierto es que lo es —asintió—. Pero no te creas, no solo es un lujo para mí. Muchas personas, aunque no sean famosas, deberían hacer eso de vez en cuando. Desconexión total.

—Mi abuelo siempre dice que se ha perdido la magia de la espera —le expliqué tumbándome del todo sobre aquella roca, sintiendo su textura rugosa en mi espalda desnuda. Cerré los ojos y disfruté del calor del sol sobre mi rostro antes de seguir hablando—. Ya nadie aguarda con impaciencia a que llegue el cartero o corre a su casa porque va a recibir una llamada importante. Todo es inmediato. Y nos hemos vuelto adictos a ello.

—Tú abuelo tiene toda la razón. Nos hemos vuelto unos impacientes y no disfrutamos de la espera. Si las cosas no van a la velocidad de la luz, nos angustiamos. Estamos dejando de disfrutar de muchos momentos mágicos. Todo hay que fotografiarlo al momento y subirlo enseguida a internet para que nuestros «amigos» vean esa experiencia tan chula. No nos damos cuenta de que lo importante es estar al cien por cien disfrutando del momento y no pendientes de cuántos «me gusta» o retuits conseguimos.

—Eso ha sido un discurso muy bueno, señor Prado —dije con cierto tono burlón—. Pero me parece que no eres el más indicado para criticar el abuso que hacemos hoy en día de las redes sociales. Tú estás metido en ese mundo como el que más, hasta el punto de que si ahora estamos aquí juntos es porque Twitter nos conectó.

—No he dicho que yo sea una excepción —puntualizó con una sonrisa maliciosa y traviesa—. Y por eso, de vez en cuando, trato de desintoxicarme y me escapo a lugares donde la señal no llega. Y hoy tengo la suerte de hacerlo en buena compañía.

Adrián dejó de mirar al cielo y se giró hacia mí. Flexionó un codo sobre la

roca y apoyó su mejilla en la palma de su mano.

Casi me derrito ahí mismo, y no por el calor que empezaba a hacer en aquel lugar a pleno sol, sino por la forma en la que aquellos profundos ojos verdes me estaban observando.

—¿Qué te hizo el que dejó ese recuerdo en tu trastero? —preguntó de repente, sin dejar de mirarme.

—Me engañó —me limité a contestar, desviando la mirada hacia el mar, sintiéndome algo incomoda por el repentino cambio que Adrián había decidido darle a nuestra interesante conversación.

—¿Se fue con otra?

—No —respondí con la vista fija en la línea del horizonte—. El problema fue que nunca estuvo conmigo.

Hugo no llegó a estar conmigo de verdad.

Jugó conmigo insinuando que yo era lo mejor que le había pasado nunca, pero lo nuestro resultó ser una gran mentira. No fue mi novio, tampoco mi amigo. Fue un episodio extraño y surrealista en mi vida que me hizo dudar seriamente de mi capacidad para entender a los hombres.

Paula siempre me decía que Hugo no era un buen ejemplo del sexo opuesto, y que no debía dejar que sus rarezas y negatividad me aguaran la posibilidad de una relación futura con algún otro hombre. Ella estaba convencida de que era bipolar perdido, pero eso a mí no me servía de consuelo.

Él era lo único que yo había conocido. No me había enamorado de nadie más. Hasta entonces había sido un alma libre que de vez en cuando tonteaba con alguno, hasta que una Nochevieja me colé en la fiesta equivocada.

Ese año empezó topándome con un tipo alto de ojos pardos y rasgados que al principio me pareció demasiado preguntón y desafiante. Había ido a esa fiesta en un elegante piso cerca de la plaza de Colón por hacerle un favor a Paula, quien tenía un rollo con el anfitrión y me había suplicado que por favor la acompañara. Así que, como no conocía a nadie, y estaba más aburrída que una mona, le di conversación a aquel economista al que le gustaba dar lecciones.

Al principio Hugo no me dejó loca de amor. Pero no sé muy bien por qué terminé desayunando con él y con Paula en una cafetería. Al despedirnos, él me pidió el número de teléfono. Se lo di sin mucho interés por no ser antipática.

Es increíble cómo en décimas de segundo puedes hacer algo sin ser consciente en absoluto de lo que esa pequeña e insignificante decisión va a marcar tu vida. Das tu número de móvil a un tío que va a traer un caos y un dolor absolutos a tu corazón y no tienes ni idea del lío en el que te estás metiendo.

Al día siguiente él te llama y quedas con él por pura curiosidad. Un día 1 de enero no hay mucho que hacer y te apetece dar una vuelta. Y resulta que el tío

es más interesante de lo que parecía a primera vista. Te reta intelectualmente, te hace reír y empieza a hacerte tilín. Te das cuenta de que tiene dentro un volcán de emociones, muy complicadas y contradictorias, y eso aún te seduce más porque estás segura de que tú puedes salvarle de su tormenta interior. Y puedes hacer que olvide a esa chica con la que ha estado varios años y tanto le ha marcado.

Estás convencida de que tú eres perfecta para él, tú le vas a devolver la ilusión. Parece tan enamorado de ti que vives en una nube, aunque él muchas veces te quiera bajar de ella avisándote de lo jodido que está por dentro. No le escuchas. Sedienta, bebes del brillo de sus ojos y te emborrachas.

Le das tu corazón, tu cuerpo y hasta tu dignidad.

Estás tan enamorada que no te importa que pisoteé tus sueños; sabes que su lado romántico no tardará en regresar y volverás a tocar el cielo.

No te das cuenta de que ese volcán de sensaciones que él lleva dentro terminará entrando en erupción y te quemará entera.

Y el día que finalmente lo hace no hay ningún hospital al que acudir para que las heridas duelan menos.

Adrián no preguntó nada más. Se conformó con mi escueta respuesta y, en lugar de meter el dedo en la llaga, tiró de mi mano para llevarme de vuelta a la fueraborda de *mister* Banane, quien nos llevó a una zona en aquellas aguas cristalinas que era perfecta para hacer esnórquel.

Una vez más los corales y los peces me salvaron de los recuerdos.

Cuando volvimos al hotel era ya casi de noche. Estaba agotada, así que le di las gracias a Adrián por el día tan maravilloso que me había regalado y me fui derecha a mi bungaló, donde cené una ensalada que me trajo uno de los amables camareros del servicio de habitaciones.

Antes de irme a dormir chateé con mi madre y con Paula. Les conté que había hecho una excursión alucinante, pero omití por completo con quién. No quería que supieran la extraña amistad que estaba entablando con el actor más famoso del momento. Mi madre no me habría dado mucho la brasa, pero Paula se habría puesto en plan protector conmigo y no me apetecía que me repitiera que me mantuviera alejada de Adrián.

Adrián Prado @adrianpradoact

You're gonna sleep like a baby tonight. In your dreams, everything is alright. Tomorrow dawns like someone else's suicide.

Miré mi *timeline* de Twitter una vez que ya estuve sobre mi mullida cama y me estremecí.

El mensaje de Adrián tenía truco.

Ese fragmento de una canción de U2 era para mí. Cuando me había dejado en mi bungalow se había despedido con un cariñoso consejo: que olvidara cualquier dolor del pasado y me limitara a quedarme con las buenas sensaciones de aquel día. Yo le había respondido que, gracias a esa larga y alucinante excursión, me encontraba felizmente agotada y que iba a dormir como un bebé.

Le di a favorito y busqué en mi teléfono esa canción del álbum *Songs of Innocence*.

Me dormí con la voz de Bono acunándome sin poder evitar pensar en el día tan magnífico que había pasado junto a Adrián.

Había estado con la persona y no con la estrella.

Y me había gustado demasiado.

Las islas Seychelles no son famosas por ser un destino surfero, pero, dependiendo de la época del año en que las visites, se pueden encontrar algunas playas con buenas olas para practicar ese deporte. Estábamos a finales de octubre y los vientos del noroeste hacían que en la playa de Anse Lazio, en la isla de Praslin, el mar estuviera lo suficientemente agitado para rodar nuestra última escena del anuncio. Esa playa no estaba protegida por arrecifes de coral como otras y las olas rompían con fuerza esa mañana.

El equipo técnico se había trasladado el día anterior para organizarlo todo y el resto madrugamos para tomar el primer ferri que unía ambas islas. Pasaríamos la mañana rodando la escena en la que nuestro protagonista se subía a una tabla y surfeaba totalmente libre y feliz en aquella maravillosa playa rodeada por una exuberante vegetación. De nuevo arena blanca, aguas cristalinas en la orilla que se volvían de un profundo color turquesa agua adentro y con zonas delimitadas por las características rocas redondeadas de granito que ya había visto en las playas de Mahé.

Adrián se mantuvo aislado de todos. Parecía estar de un humor extraño. Se le veía algo ausente y taciturno. No parecía el mismo con el que había compartido el día anterior.

—¿Dónde te metiste ayer? —me preguntó Juan, sentándose a mi lado en el ferri—. No te vi el pelo en todo el día.

—Salí a dar una vuelta fuera del hotel.

—¿Sola?

—No, fui con Adrián.

—¿Y eso?

—Él iba a visitar Victoria y me ofreció llevarme con él —respondí de la forma más natural de la que fui capaz. No quería que Juan se diera cuenta de lo mucho que me había gustado esa excursión a solas con nuestro guapísimo actor.

—¿Y qué tal fue? ¿Lo pasaste bien?

—Sí, estuvo bien. Fuimos al mercado, al jardín botánico y comimos comida criolla.

No mencioné la alucinante experiencia en barco que vino después porque

entonces se notaría a la legua lo flipada que me había dejado.

—Chica, qué poco emocionada te veo —dijo extrañado—. Pasaste el día con el hombre más deseado del momento y parece que te hubieras ido a dar una vuelta con el vecino de enfrente.

—Adrián es una persona de carne y hueso. Será famoso, pero tampoco es para tanto el hecho de haber compartido un día con él. Es un tío muy normal.

—Olivia, eres de piedra, tía —dijo Juan, con un resoplido desesperado—. Cualquiera otra mujer estaría alucinando.

—No seas exagerado —le regañé de forma cariñosa, haciéndole creer que, en efecto, yo era una roca a la que un hombre como Adrián no podía impresionar—. No fue para tanto. Diana me pidió que me ocupara de él y eso es lo que hice. A él le apetecía salir del hotel y yo cumplí con mi trabajo.

—Qué envidia me das —suspiró con su habitual y cómica teatralidad.

—¿Por qué? ¿Por haber pasado un día a solas con él?

—No, por lo bien que se te da disimular.

Dicho esto, me guiñó un ojo y se levantó para ir al baño.

Estaba claro que Juan era mucho más listo de lo que yo creía.

La sesión de aquel día fue impresionante.

El entorno donde se ubicaba Anse Lazio era de ensueño. Era una bahía preciosa. La luz de primera hora de la mañana, suave y cálida, le daba un matiz increíble a aquel paraje salpicado de los diferentes azules del agua y el cielo, los vivos verdes de las palmeras y los tonos pardos de las rocas.

Las olas rompían con fuerza sobre la arena, produciendo un bello y sonoro estruendo a nuestro alrededor. Las condiciones eran perfectas para rodar y hacer una sesión fotográfica, por lo que con esa mañana fue suficiente para obtener lo que buscábamos.

Tuve que sujetarme la mandíbula para que no se me cayera al suelo cuando Adrián se metió en el agua con su tabla bajo el brazo. Nadó con facilidad adentrándose bastantes metros en el mar, para luego sentarse a horcajadas sobre la tabla y esperar a que llegara la siguiente ola. Cuando se puso de pie y surfegó hasta la orilla con una facilidad pasmosa, mi mandíbula estaba amenazando ya con despegarse por completo de mi cara.

Una vez fuera del agua, sonrió de forma contagiosa a la cámara. Después sacudió su mata de pelo ondulado y negro; un millón de gotas resbalaron por su torso desnudo. Estaba vestido tan solo con esas bermudas de lino que ya había llevado en las escenas anteriores, y que ahora, después del chapuzón, se

pegaban a sus piernas dejando entrever lo fuertes y definidas que las tenía.

Estaba para lanzarse sobre él allí mismo y pedirle un beso infinito de esos labios carnosos que sabrían a mar y a libertad.

Por supuesto, en lugar de hacer eso, me centré en escuchar las opiniones dispares de Adolfo y Tomás que, una vez más, no se ponían de acuerdo sobre el ángulo desde el que querían rodar la segunda toma de aquella mañana.

Adrián fue a secarse y a vestirse con otras bermudas iguales para repetir la escena. Al pasar a mi lado ni me miró y su semblante no podía ser más serio.

¿Qué mosca le habría picado?

No había ni rastro del Adrián que había visto el día anterior.

No pretendía que se comportara de esa manera tan amistosa y cercana conmigo delante de todos. De hecho, prefería que no lo hiciera porque eso provocaría preguntas innecesarias entre mis compañeros. No quería que nadie se diera cuenta de la complicidad que habíamos llegado a tener el día anterior.

Pero una cosa era ser discreto y otra muy distinta hacer como si yo no existiera.

Una vez de vuelta en la isla de Mahé, pasé la tarde a solas en la pequeña y encantadora playa de nuestro hotel hasta que Juan, Paloma y Alicia aparecieron por allí. Era nuestro último día en el paraíso y ellos estaban decididos a sacarle el mayor partido a cada minuto restante. Me arrastraron hasta el agua con ellos y estuvimos chapoteando como niños hasta que las yemas de nuestros dedos parecieron uvas pasas de lo arrugadas que estaban.

Agotados y felices después de disfrutar del mar, nos dirigimos al bar de la piscina para tomar unos cócteles. Un poco más tarde aparecieron por allí algunos de los técnicos de rodaje de la productora y la cosa se animó bastante. Todos estábamos muy satisfechos con el trabajo realizado y, ahora que ya lo habíamos terminado, podíamos pasar aquella última tarde en ese lugar de ensueño achispándonos un poco entre las palmeras.

No había ni rastro de Adrián. No apareció ni por la playa ni por la piscina, y como no quería levantar sospechas, no le pregunté a nadie por él. Me centré en pasarlo bien con el resto de mis compañeros y traté de apartar de mi mente la razón por la que él había estado tan raro por la mañana.

Me recordé a mí misma que en breve estaríamos volviendo a Madrid y a la realidad. Con el rodaje terminado ya no le vería hasta que llegara la primavera y nos reuniéramos para hablar de los eventos que The Wave quería organizar para el verano. Así que más me valía olvidarme cuanto antes de lo

increíble que había sido el día anterior.

Lo más alucinante de mi cabaña era que tenía una ducha exterior. Estaba perfectamente protegida de las miradas indiscretas por unos paneles de madera y por la abundante vegetación que la rodeaba. Como en las Seychelles la temperatura siempre oscila entre los veinticinco y treinta grados, te podías permitir el lujo de asearte al aire libre rodeada de los diferentes sonidos de la naturaleza. Ya había anochecido, así que me di una vigorizante ducha de agua templada mientras observaba el cielo oscuro y plagado de estrellas. Nos habíamos librado por los pelos de la temporada de lluvias, que según me habían contado llegaría en breve. En cuanto diera comienzo, los vientos monzónicos harían que las precipitaciones fueran muy abundantes.

Alargué aquella ducha nocturna al aire libre todo lo que pude ya que sería la última antes de dejar el paraíso.

Echaba de menos a mi madre, a la peluda de Gilda, a mis abuelos y a Paula, ¡pero no me quería ir de allí!

Habían sido unos días increíbles y no tenía ninguna prisa por volver al frío de Madrid.

Decidí no martirizarme con eso y fui positiva. Aún me quedaba una noche en Mahé y tenía que disfrutarla. Cerré el grifo y me enfundé en el suave albornoz que tenía colgado en la valla de madera. Miré el reloj.

¡Dios! Había alargado tanto esa última ducha al aire libre que apenas quedaban quince minutos para que me reuniera con Juan y los demás en la recepción del hotel para salir a cenar a un restaurante de la zona.

El Tropic Thunder era un sitio muy pintoresco y divertido. Estaba situado en la carretera que se dirigía a Baie Lazare, a unos pocos kilómetros del Tortoise Resort. El frondoso bosque tropical que lo rodeaba parecía formar parte de aquel establecimiento de porches abiertos. Su decoración derrochaba una explosión de colorido, con esculturas y pinturas de artistas locales dispuestas por todas partes. El aroma de las distintas especias que caracterizaban a la comida criolla llenaba la atmósfera de aquel restaurante y los ventiladores del techo esparcían perezosos el olor que llegaba desde la cocina.

Aquella noche el establecimiento estaba bastante lleno. La mezcla de la gente local, los expatriados que trabajaban en los hoteles y los turistas hacía que la atmósfera fuera muy variada. A nuestro alrededor se escuchaban varios idiomas, desde el seselwá (el criollo seychellense con su curioso deje francés) hasta inglés, alemán e incluso japonés.

Tomamos asiento alrededor de una mesa redonda situada en una esquina del porche, donde la brisa de la noche se colaba libremente y traía el frescor marino consigo. A la hora de pedir la cena me dejé aconsejar por la camarera; me decidí por un plato de langostinos de la isla con curry y arroz que no me decepcionó en absoluto.

Lo que sí lo hizo fue ver que el sitio que le habíamos guardado a Adrián seguía vacío.

Se suponía que él iba a unirse a la cena con todo el equipo un poco más tarde, pero estábamos ya en el postre y no había ni rastro de él.

Pero, ¿por qué me importaba tanto que él no estuviera allí?

La respuesta a esa pregunta me atemorizó tanto que decidí pedir otro cóctel de inmediato, ¡y esta vez lo quería bien cargado!

Varias copas después, volvimos al hotel. No estaba borracha, pero sí un poco achispada, así que decidí no irme a dormir todavía y me quedé en el edificio principal. Salí al amplio porche desde el que se divisaba la oscura bahía tan solo iluminada por la luna y me apoyé en la barandilla. Una suave y fresca

brisa nocturna me acarició; cerré los ojos y me concentré en disfrutar de aquella paz.

Era una lástima que esa fuera mi última noche en aquel lugar tan increíble. En pocas horas me tendría que despedir de ese magnífico resort y de la belleza de Mahé.

Decidí no pensarlo y me concentré en los sonidos que emitían los murciélagos de la fruta. Me había acostumbrado a la idea de que anduvieran por allí colgados boca abajo de los árboles y ya no me atemorizaban. Eran parte del encanto de aquel lugar.

Unas gotas de lluvia me sorprendieron. Me habría encantado quedarme allí disfrutando de esa brisa que se estaba convirtiendo en un fuerte viento, pero parecía que se avecinaba una buena tormenta y no era cuestión de acabar empapada. Unos rayos iluminaron el mar a lo lejos y, unos segundos después, un trueno ensordecedor me convenció para entrar en el edificio principal.

No pensaba coger un *boogie* hasta mi cabaña hasta que pasara la tormenta, así que decidí ir a la biblioteca para curiosear los libros que había en sus estanterías. El murmullo del agua de la fuente que fluía en el centro del vestíbulo era muy relajante y permanecí unos segundos escuchando su rítmico sonido. Acto seguido, dirigí mis pasos hacia el fondo de la sala y giré a la izquierda en dirección a la biblioteca. El olor de la lluvia nocturna se introducía por las galerías abiertas al exterior y se mezclaba con el intenso aroma de las maderas tropicales que formaban aquel edificio, que era más bien una sofisticada y elegante cabaña de estilo colonial.

Tal y como esperaba, la acogedora sala de lectura estaba desierta a esas horas, por lo que pude deambular a mis anchas alrededor de las estanterías repletas de libros de todos los géneros imaginables y escritos en una gran variedad de idiomas. Mientras ojeaba los títulos con mucha parsimonia, de pronto me pareció escuchar el lamento de un piano a través del corredor. El sonido cesó y pensé que habría sido un truco de mi mente. Continué a lo mío cogiendo diferentes libros de las baldas. Quería llevarme varios al sofá de cuero que había junto al balcón y decidir con tranquilidad cuál escogería esa noche como compañero nocturno.

Una vez más, el inicio de una bella canción interpretada a piano comenzó a sonar lejana, amortiguada por las paredes que aislaban aquella sala del resto del edificio. Me incorporé del sofá y llena de curiosidad me acerqué a la puerta. Cuando la abrí, el sonido del piano llegó más nítido a través del pasillo; avancé despacio por el corredor, absolutamente hipnotizada por su

agónico y triste lamento. Cuanto más me aproximaba, el ritmo de aquella pieza iba *in crescendo*, llegando a su punto álgido cuando por fin descubrí de dónde procedía.

Justo en el extremo opuesto de la biblioteca había un salón de té en cuyo rincón se situaba un increíble piano de cola negro. La sala estaba a oscuras y una tenue iluminación que provenía de las titilantes lámparas de gas de la galería exterior me permitió distinguir una borrosa silueta masculina sentada de espaldas a mí. Aquellas manos virtuosas acariciaban las teclas sin percatarse de mi presencia.

La intensidad de la música siguió su ascenso, dejándome suspendida en el aire como si estuviera sujeta por unas pinzas invisibles que me hacían tan ligera como una pluma. De improviso, la canción cambió por completo, volviéndose tan mágica que me hizo volar a toda velocidad. Cerré los ojos y me dejé transportar a otro mundo, a una cima donde la hierba acariciaba mis piernas, la brisa agitaba mi pelo y una lluvia torrencial me empapaba. Una vez que el ritmo recobró su tono sosegado, unas notas más agudas y dulces acariciaron mis oídos poniéndome la piel de gallina. De pronto me pareció que era una niña que se escondía en los pliegues del vuelo de las faldas de su madre, para un segundo después sentirme como la adulta que era y cuya sensualidad era reclamada por aquella pieza que, una vez más, había dado un giro radical.

Aquel piano me tenía hechizada y, cuando mis ojos se acostumbraron a la casi total oscuridad de aquella estancia, finalmente distinguí quién era el artífice de aquella maravilla para los oídos y el alma.

Adrián se giró al acabar de tocar la canción y me miró impertérrito. No parecía sorprendido o molesto al comprobar que había tenido público aquella noche.

—Perdona que me haya quedado aquí como una tonta escuchando lo que tocabas —me disculpé, haciendo ademán de irme.

—No te disculpes, no pasa nada.

—Estaba esperando a que pasara la tormenta, pero ya me voy.

—No, no te vayas, por favor. —Su tono suplicante me sorprendió.

Di unos pasos hacia el piano. Los ojos de Adrián buscaron los míos en la penumbra de ese salón y pude ver una profunda tristeza en ellos.

—¿Por qué no has venido a cenar? —me atreví a preguntar.

—Porque esta noche no soy buena compañía para nadie.

—¿Ha pasado algo?

—No, nada nuevo.

—Algo ha tenido que pasar. Pareces triste y esa canción que tocabas era muy intensa.

—La música es la mejor forma de expresión que conozco.

—No sabía que tuvieras ese don para el piano.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —dijo con un suspiro—. Toco el piano desde niño.

—¿Esa canción la has compuesto tú?

—Sí.

—Pues déjame decirte que me ha parecido increíble —afirmé, todavía sorprendida por ese talento de Adrián para convertir las teclas del piano en poesía sin necesidad de palabras—. ¿Qué te inspiró para crear una pieza tan bonita?

—La esperanza de que las cosas sean diferentes algún día —dijo enigmático.

—¿Qué es lo que tiene que cambiar?

—La ciencia.

—Me estoy perdiendo —dije confundida.

—Es normal —dijo Adrián con una sonrisa amarga—. No te estoy dando mucha información.

—¿Estás enfermo? —pregunté, empezando a intuir por dónde iban los tiros.

—No, yo no. El que está enfermo es mi hermano. He hablado con mi padre hace un rato y, por lo visto, Gonzalo hoy ha tenido otra crisis.

—¿Qué le ocurre?

—Tiene la enfermedad de Huntington.

La respuesta de Adrián me dejó igual que antes. No tenía ni idea de en qué consistía esa enfermedad y él se dio cuenta.

—Es un trastorno degenerativo —murmuró, dirigiendo su mirada a las teclas del piano—. A mi hermano se lo diagnosticaron hace unos años y, desde entonces no ha parado de empeorar.

No dijo nada más y yo no quise freírle a preguntas. Era evidente que estaba muy afectado por lo que le ocurría a su hermano y no era cuestión de forzarle a hablar. Sus dedos jugaron con las teclas y el piano emitió un sonido tan bello como breve.

El silencio nos rodeó hasta que otro trueno rompió la tranquilidad de aquel salón. Una ráfaga de viento entró como un torbellino a través de las puertas abiertas de madera y cristal que conectaban aquella estancia con el porche

exterior.

El sonido de la lluvia, que volvía a caer con fuerza, nos rodeó.

Adrián se deslizó hacia el extremo del banco tapizado sobre el que estaba sentado. Dio una palmada sobre el mismo, indicándome que me sentara junto a él sin decir una sola palabra. No me lo pensé dos veces; me senté a su lado, casi tocándole con el costado.

La melodía que me había sorprendido unos momentos antes comenzó a sonar de nuevo. Sentí un cosquilleo en cada centímetro de mi piel. Sus dedos se deslizaban sobre el piano con una facilidad apabullante, dando vida a aquella pieza instrumental tan increíble.

Mientras él tocaba, yo inspiré el aroma de la tormenta que se colaba en el salón y se mezclaba con el olor de su colonia. Tenía la piel de gallina y un nudo en la garganta. No era necesario que me contara nada más sobre cómo se sentía; la música lo hacía por él.

Y me hablaba con tanta claridad que me sobrecogí sin remedio.

Cuando terminó de tocar, soltó un profundo suspiro. Su mano derecha se quedó inmóvil sobre las teclas. La cubrí con mis dedos y estos se colaron entre los espacios que separaban los suyos.

No me rechazó. De hecho, hizo todo lo contrario. Aceptó mi gesto apretando con fuerza mi mano.

La ola de electricidad que sentí entonces fue tan intensa que di un respingo. Sin decir nada desenlacé mis dedos de los suyos y salí a toda pastilla a la terraza.

Seguía lloviendo, pero me dio igual. Necesitaba sentir la lluvia empapando mi pelo. Necesitaba sentir algo que no fuera la intensidad de Adrián.

Me apoyé en la barandilla de madera que miraba hacia el bosque tropical mientras la lluvia seguía mojándome.

Su voz sonó detrás de mí.

—¿Dónde has estado metida hasta ahora? —me preguntó con un susurro. Sus labios estaban tan cerca de la piel de mi nuca que su pregunta me acarició la piel.

—En el mundo de la gente real —respondí con la respiración entrecortada.

—Yo creo que tu mundo no es el real —me contradijo.

—¿Ah, no? ¿Entonces cuál es mi mundo?

—El de la gente especial que consigue que el mío parezca mejor.

—No tiene que parecerlo, tiene que serlo. Y eso depende sobre todo de ti mismo —conseguí decir a pesar de lo abrumada que me sentía.

Di unos pasos de vuelta hacia el interior, pero él me interceptó.

—Tú puedes hacer que lo sea y no lo parezca —volvió a susurrar, acercando sus labios a mi oído. El escalofrío que sentí fue brutal. Otro trueno sonó, y esta vez mucho más cerca. Mi corazón amenazaba con salirse de mi pecho

—¿Cómo? —conseguí preguntar por fin.

—Así.

Me hizo caminar unos pasos hacia atrás hasta apoyar mi espalda en la fachada del porche. Pasando su brazo sobre mi hombro, dejó sobre la pared una de sus manos y con la otra alzó mi barbilla y terminó de cerrar la poca distancia que separaba nuestros rostros. Sus labios atraparon los míos al tiempo que un tercer trueno sonaba ensordecedor y un fogonazo de luz iluminaba el porche con una fuerte luz blanquecina.

El rayo había caído muy cerca, pero ni mi inmuté. La tormenta de emociones que estaba sintiendo por dentro mientras Adrián me besaba era mucho más fuerte e intensa que cualquier cosa que sucediera a mi alrededor.

«¿Se puede saber por qué no me coges el teléfono?».

Adrián había intentado hablar conmigo varias veces desde que habíamos vuelto a Madrid. Aquel beso que yo había interrumpido bajo la lluvia, saliendo a toda prisa hacia mi bungalow sin darle la oportunidad de que me alcanzara, había sido increíble.

Pero también aterrador.

No estaba preparada para vivir algo tan intenso. Y mucho menos para hacerlo con un tío tan famoso como Adrián. Yo vivía en un mundo real en el que tenía que dejarme la piel día a día para salir adelante. Él, aunque dijera que no le gustara, vivía muy alejado de la realidad de la mayoría de los mortales. Sencillamente, nuestros mundos no eran compatibles. Y mi reacción había sido la de salir huyendo de su lado como alma que lleva el diablo.

«Me estás llamando a mi móvil del trabajo y no puedo tener conversaciones personales en este número».

Tecleé aquel mensaje a toda velocidad y volví a intentar concentrarme en la pantalla del ordenador.

«Pues dame tu número personal».

«No puedo».

«¿Por qué?».

«Porque nuestra relación debe ser estrictamente profesional a partir de ahora».

«Olivia, sabes igual que yo que eso ya no es posible. No puedes negar lo que pasó, ¡maldita sea!».

No respondí a su último mensaje. Temblando como una hoja, traté de concentrarme en mi trabajo. Lo que realmente quería era darle mi número. Quería pasarme horas hablando con él y descubrirle. Saber más sobre su vida y la enfermedad de su hermano, algo que era evidente que le estaba haciendo polvo.

Pero no estaba preparada para hacerlo.

Me daba miedo volver a verle. Las emociones que él despertaba en mí eran brutales. Cuando estaba con Adrián era libre. Él sacaba a la luz una parte de

mí que llevaba dormida mucho tiempo. Me dejaba desnuda, sin protección de ningún tipo y mi control se esfumaba. No podía permitirme dejarme llevar por esas sensaciones tan salvajes. Tenía que centrarme en lo que más me importaba en ese momento: destacar en mi nuevo trabajo y labrarme un futuro en Brenton & Rome. Si comenzaba una aventura con Adrián todo eso se iría al traste; como Diana se enterara de lo que había pasado en Seychelles, estaba segura de que lo iba a encontrar muy poco apropiado y podía incluso despedirme.

No podía arriesgar mi futuro por él, por mucho que me gustara. Además, no quería ser un simple experimento. Acostumbrado a salir con modelos y actrices despampanantes, una chica normal y desconocida para el público podía significar un cambio interesante para él. Pero una vez que se le pasara la curiosidad podía dejarme más tirada que a una colilla.

Adrián era una amenaza para mi vida y debía ser fuerte para no caer en la tentación de volver a verle hasta que tuviera que hacerlo por exigencias de la campaña.

Diana se había quedado muy satisfecha con el trabajo que yo había realizado durante el rodaje del anuncio. Al parecer, Adolfo se había deshecho en halagos sobre mí y ahora mi jefa había decidido darme más responsabilidad, lo que estaba genial, pero también significaba que mi carga de trabajo había aumentado considerablemente.

Me pasaba el día en la oficina y, tal y como me había avisado Juan, las campañas de Navidad nos tenían de cabeza. ¡Había tanto que hacer que el día no tenía suficientes horas!

Esa noche salí pasadas las once. Hacía bastante frío y en el camino a la parada me quedé congelada a pesar de llevar guantes y bufanda. Divisé a lo lejos el autobús que tenía que coger y me puse a correr como una posesa. Justo cuando llegaba a la puerta de acceso esta se cerró y, a pesar de mis súplicas, el cabrón del conductor arrancó y me dejó allí tirada.

A esas horas los autobuses pasaban con poca frecuencia, así que me iba a quedar congelada esperando al siguiente. Con un bufido, me subí la bufanda hasta la nariz y me senté en el banco que había en la marquesina.

Muerta de frío, comencé a plantearme seriamente buscar algún coche para poder ir a trabajar sin depender del transporte público. Con uno de segunda mano (o de tercera o cuarta, ya que mis ahorros eran ridículos) me bastaría para poder desplazarme.

Desde luego, nada parecido al flamante BMW oscuro con los cristales

tintados que se detuvo en la parada.

Esperé a que alguien se apeara del lujoso deportivo, pero nadie lo hizo. El coche permaneció allí sin que se abrieran sus puertas. Era la única persona esperando al siguiente autobús. Eché un rápido vistazo a mi alrededor; apenas deambulaba nadie a aquellas horas por ese barrio de oficinas. De repente, sentí una punzada de pánico.

Intenté distraerme mirando la pantalla de mi móvil, pero no me sirvió de mucho.

El coche seguía allí, con el motor en marcha y yo rezaba para que arrancara y se fuera. Me dije a mí misma que estaba exagerando por asustarme. Probablemente el conductor había decidido detenerse para mirar alguna cosa en su móvil o algo por el estilo. Alguien en un coche así no necesitaba atracarme.

O secuestrarme.

O...

Justo en ese momento en el que estaba imaginando cosas horribles recibí una notificación de que tenía un mensaje privado de Adrián en Twitter.

«No parece muy buena idea estar sentada a estas horas en una parada. ¿Necesitas que te lleve a casa?».

Pegué un respingo y miré hacia el coche.

¿Sería posible que fuera él el que estaba dentro de ese biplaza?

Tecleé orgullosa y enfadada:

«No, gracias».

La ventanilla de la puerta del copiloto se bajó emitiendo un suave zumbido y Adrián, inclinado hacia el asiento que tenía a su lado, apareció sonriéndome de forma pícaro.

—No seas tan cabezota y sube al coche. Te vas a quedar helada.

—Ni de coña —me negué, mirando hacia otro lado.

—¿Por qué?

—Uno, porque me has pegado un susto de muerte parándote a estas horas aquí delante con ese coche tan oscuro —respondí enfurecida—. Y dos, ya te he dicho que es mejor que no nos veamos.

—Siento haberte asustado —se disculpó—. Pero hace mucho frío, así que haz el favor de subirme.

—¡Que no! Que no me subo —insistí.

Adrián se bajó del coche y se sentó a mi lado.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunté, aún más enfadada que antes.

—Si no vas a dejar que te lleve a casa, esperaré contigo al autobús —respondió la mar de tranquilo.

—No hace falta.

—No pienso dejar que esperes sola. No hay nadie por aquí y te podría pasar algo.

—Llevo varias noches saliendo tarde de la oficina y nunca me ha pasado nada —protesté, disimulando lo mejor que pude lo sorprendida y halagada que me sentía por que él hubiera aparecido allí.

—Me da igual lo que digas —declaró, cerrando la cremallera de su estilosa parka gris. Después se cruzó de brazos y se limitó a quedarse callado.

Me levanté del asiento para ver si divisaba los faros de algún autobús aproximándose, pero no vi nada.

Volví a sentarme y solté un gruñido.

—Te van a multar.

—Me da igual.

—Tienes el coche aparcado en una parada de autobús. Eso no es un comportamiento correcto, y además te van a quitar varios puntos si te pillan.

—Ya te lo he dicho: me da igual.

—¿Por qué eres tan cabezota?

—Mira quién fue a hablar —comentó, soltando una carcajada—. Hay que ser muy testaruda para rechazar un trayecto en coche en una noche tan fría y solitaria.

—Adrián, ¿en qué idioma tengo que decirte que no necesito que me lleves?

—Ya sé que no lo necesitas. Pero quiero hacerlo.

No le dejé que siguiera insistiendo. Por fin mi autobús se acercaba a la parada. Sin mirar atrás me levanté del asiento y corrí a cogerlo antes de que mi sentido común se esfumara; la tentación de subirme a su precioso BMW podía ser más fuerte que yo y no pensaba caer en ella.

—¿¡En serio ha hecho eso!?

La voz de Paula al otro lado de la línea sonó tan aguda que tuve que alejar el móvil de mi oído para que no me dejara sorda.

—Sí, en serio.

—¿Y tú has sido capaz de rechazar que te llevara a casa? —repitió incrédula—. A mí me pasa eso y creo que habría aposentado mi culo en su coche en el acto. ¡Qué fuerte!

—¿Pero no eras tú la que me decías que tuviera cuidado con él?

—Sí, Oli, pero eso era cuando se limitaba a enviarte mensajes por escrito. Pero después de ese beso de película bajo la lluvia tropical y lo que ha hecho esta noche creo que me estoy volviendo muy fan suya.

—Joder, Paula, así no me ayudas nada —refunfuñé.

—Lo siento —se disculpó, aguantando la risa—. Sé que has decidido centrarte en tu trabajo y que te da pavor enamorarte como una idiota de él, y yo también pensaba que lo mejor es que no te involucres con un tío tan famoso. Pero es que parece tan interesado en ti que estoy empezando a cambiar completamente de opinión. Su aparición de hoy es de película, y de esas que nos encanta ver mientras devoramos una tarrina de helado soñando ser la protagonista. ¡Y es que esa eres tú!

—Dios, no sé por qué te he llamado —suspiré—. Estás perdiendo el norte y te estás dejando deslumbrar por el «efecto Adrián».

—Creo que la que está perdiendo el norte eres tú.

—¿¡Cómo!?! —pregunté indignada—. ¿No eras tú la que me decía que tengo que olvidar el trauma de Hugo y que he de vivir una historia de amor real? Me has repetido hasta la saciedad que mi obsesión con Adrián era absurda.

—Sí, lo era porque él era un chico inalcanzable que veías en la tele.

—Y lo sigue siendo. Su mundo no es el mío.

—Te equivocas, ya no es un tío inalcanzable. Se abrió a ti en ese viaje a las Seychelles —me corrigió—. Y, por lo que me has contado, me da la sensación de que su mundo es más real de lo que parece. Olivia, nunca pensé que te diría esto, pero creo que tienes que darle una oportunidad. ¡Esto puede ser el principio de una historia de amor alucinante!

—Yo no creo que esto sea amor. Para Adrián soy un espécimen curioso con el que se ha encaprichado. No le bailo el agua como lo hacen todas y eso le ha picado en su orgullo. Estoy convencida de que si me consiguiera, dejaría de interesarle. Y ya tuve bastante de eso con Hugo; en cuanto se cansó del juego me mandó a la porra. No podría pasar por algo así otra vez.

—¿A qué viene sacar de nuevo a relucir el pasado? —preguntó mi amiga, visiblemente molesta al escuchar el nombre del tipo que me había dejado hecha puré hacía ya un par de años—. ¿No se suponía que habías dejado a Hugo atrás, bien enterrado en el fondo del océano Índico?

—Eso fue algo simbólico. Deshacerme de esa pulsera fue muy liberador, pero eso no significa que de la noche a la mañana ya no me acuerde para nada de él. Y el miedo a que algo así me vuelva a suceder está muy presente. Si un

tío normalito me hizo tanto daño, imagínate el desastre que podría organizar en mi vida alguien como Adrián. Y te repito: su interés se debe a que no estoy cayendo en sus redes. Si me consiguiera atrapar, se cansaría muy rápido de la novedad que yo supongo.

—No se va a cansar de ti, sino todo lo contrario: cuanto más te conozca, más le vas a interesar. Solo ha visto la punta del iceberg y ya está flipando. Y no me extraña; tú eres una tía muy especial. Desde que el capullo de Hugo te dejó, no te has atrevido a vivir y te has convencido de que si él no te quiso, nadie más va a hacerlo. Ahora ha llegado Adrián para demostrarte lo equivocada que estás. Y como no seas valiente y te dejes llevar, vas a perderte algo que promete ser muy intenso. No puedes ser tan idiota de dejar de vivir este sueño.

—Podría convertirse en una pesadilla. ¡Tú misma me lo dijiste! ¿A qué viene ahora este apasionado discurso sobre que me deje llevar? —pregunté algo enfadada—. De verdad que alucino con cómo has cambiado de opinión sobre todo esto.

—Sí, he cambiado de opinión, y no suelo hacerlo —admitió muy calmada—. Pero es que desde que volviste de ese viaje tus ojos tienen un brillo que hacía mucho que no veía. Y sería una pena que dejes que vuelvan a apagarse.

Las palabras de Paula me dejaron muy confundida y nerviosa. Apenas dormí esa noche imaginando qué habría pasado si hubiera dejado que Adrián me llevara a casa. También le di mil vueltas a lo que mi amiga me había dicho. Yo creía que ella me entendía y me apoyaba, pero estaba claro que la escena de película que Adrián había protagonizado acudiendo a mi rescate del frío nocturno había conquistado el corazón de mi amiga.

Y aunque me costara admitirlo, el mío también se había quedado tocado.

Y mucho.

Pero después de lo borde y maleducada que había sido con él, me parecía bastante improbable que fuera a intentar verme de nuevo. Había estado tan centrada en no sucumbir a su tentadora oferta que me había limitado a rechazarla y en ningún momento le había dado las gracias por el detallazo que había tenido al aparecer allí por sorpresa para llevarme a casa.

Esa mañana, en el trayecto al trabajo, no pude evitar escribir una reflexión en Twitter.

Olivia Santos @oliviaandgilda

A veces el miedo te convierte en alguien que no eres.

—¿A qué tienes miedo?

La pregunta de Juan me sorprendió cuando me preparaba un café antes de sentarme delante de mi ordenador.

—Era solo una reflexión mañanera —contesté, girándome hacia mi reciente seguidor en Twitter—. ¿Quieres un café?

—La verdad es que no sé de qué me extraño —dijo, haciendo un mohín—. Siempre pones cosas de ese tipo en tu cuenta. Te encanta el drama.

—Sí, yo soy así —dije, encogiéndome de hombros—. ¿Quieres café o no?

—Sí, gracias. Me tomaré uno contigo antes de empezar con la batalla. ¡Tenemos mil cosas pendientes!

—No me lo recuerdes —resoplé mientras comenzaba a preparar su café.

—Olivia, a mí no me la das con queso. Eso que has puesto no era un pensamiento aleatorio que te ha llegado en plan inspiración divina cuando venías a trabajar.

—No, no lo era —admití—. El miedo a veces me hace comportarme de una forma que no refleja quién soy realmente. Ayer alguien me ofreció su ayuda, pero en lugar de ser agradecida rechacé su gesto de una forma bastante grosera.

—Tendrías que haberte subido a ese coche.

El comentario de Juan me dejó boquiabierta.

—¿Cómo sabes que...?

—Salí de trabajar después que tú y os vi sentados en la parada. Y por cierto, ¡menudo cochecito tiene el tío!

—¿Y por qué no te acercaste a saludarle?

—Porque yo no pintaba nada en esa situación. Es evidente que había venido a buscarte a ti.

—Sí, me quería llevar a casa y le dejé más tirado que a una colilla. En cuanto llegó el autobús salí por patas.

—Eso no lo sabía. Cuando me fui hacia el metro aún seguía en la parada.

—Juan, soy una cretina —dije lamentándome—. Ni siquiera le di las

gracias. Fui una borde de cuidado y le mandé a la mierda sin ningún miramiento. Pero es que después de lo que pasó en Mahé no puedo dejar que me enrede.

—No soy idiota. Cuando estuvimos en Seychelles me di cuenta de que entre vosotros había una conexión especial. Y la forma en cómo te miraba me daba una envidia que ni te imaginas.

—¿Cómo me miraba? —pregunté sorprendida por su apreciación.

—De la forma que todos queremos que nos miren. Ese tío te ve. Y no me refiero a que estés delante y se dé cuenta de tu presencia. Cuando te mira, esos ojazos verdes se vuelven anhelantes y quieren descubrirte por dentro.

—Estás muy poético para ser las ocho de la mañana —me burlé, tratando de disimular la ilusión que me hacían las palabras de Juan.

—Es que aunque sea temprano el tema es para ponerse poético. Adrián está coladito por tus huesos, nena.

—Yo no creo que sea eso. Le causo curiosidad, pero de ahí a que esté tan interesado como tú dices hay un trecho.

—El miedo te tiene cegada. Está claro que no lo quieres ver —dijo exasperado—. Aclárame una cosa. ¿Qué pasó para que digas que no puedes dejar que te enrede? ¿Hubo algo más que ese buen rollo electrizante que yo detecté entre vosotros?

—Sí, lo hubo.

—¿¡Qué pasó!?! —preguntó Juan muy expectante.

—Que me dio un beso como en la vida me han dado.

—¡Ay, Olivia! ¿Cómo no me lo habías contado?

—Porque no quiero que vuelva a pasar y estoy intentando olvidarlo.

—¿Y vas a poder hacerlo? —preguntó, frunciendo el ceño con escepticismo.

—Tengo que poder. Adrián no es para mí —dije con un suspiro—. No puedo dejar que esto se complique. Por favor, no le cuentes a nadie lo del beso porque se me podría caer el pelo. Como esto llegue a oídos de Diana, me juego el puesto.

—Tranquila, no voy a decir ni mu —me aseguró dándome un abrazo—. Pero creo que no debes dejar que el miedo te robe la oportunidad de ser tú misma. Dale las gracias a Adrián por venir a buscarte anoche y deja que las cosas sigan su curso.

Me costó muchísimo concentrarme en trabajar ese día. Tanto Paula como Juan

me estaban animando a que me dejara llevar. Pero yo realmente creía que si lo hacía iba a perder el control de la situación. Adrián me gustaba muchísimo, tanto que sabía que si volvíamos a vernos me iba a derretir de tal forma que no iba a ser capaz de mantener una simple charla amistosa. Pero lo cierto es que se merecía que, al menos, quedara con él y me disculpara por haber salido huyendo dos veces.

Le dejé tirado la última noche en Seychelles y lo había vuelto a hacer hacía menos de veinticuatro horas en esa oscura parada de autobús.

Tenía que ser correcta y educada. Al fin y al cabo, trabajaría con él de nuevo en unos meses. No podía huir sin más. Era mejor hablar las cosas cara a cara y dejar el asunto zanjado entre nosotros de forma cordial.

Podía hacerlo. Era una persona adulta con la capacidad de conducir esa situación de una forma madura y civilizada.

No iba a tirarme en sus brazos como querían que hiciera Paula y Juan. Pero sí podía quedar con él para dejar las cosas claras.

«Siento haber sido una desagradecida y haber salido huyendo una vez más. ¿Aceptarías tomarte un café conmigo para que te pida perdón?».

Por fin me había animado a mandarle ese mensaje privado justo antes de irme a dormir. Apagué la luz, pero no me dormí todavía porque esperaba que no tardara en contestarme. Él era adicto a las conversaciones nocturnas, así que aguardé nerviosa con el móvil en la mano a que la pantalla se iluminara con el aviso de que él me había respondido.

Pero no lo hizo y, finalmente, me dormí sin tener una respuesta.

Pasaron dos días y no supe nada de Adrián. Me sentía como una completa idiota por haber enviado esa disculpa. Estaba claro que a él ya no le interesaba mantener el contacto conmigo. Le había dado directamente en su ego. Y supuse que, acostumbrado a que todas le doraran la píldora, ya se había cansado de que una chica del montón le hubiera mandado a la porra dos veces. Había sido una ingenua al pensar que él estaría encantado de que yo quisiera quedar con él. Evidentemente, yo había sido una mera anécdota curiosa en su apretada agenda y ahora estaría divirtiéndose con alguna de las bellezas que le rodeaban constantemente.

Esa noche daban en la tele el último episodio de *La jaula* de esa temporada. Yo no tenía intención de verlo, pero mi madre estaba enganchedísima y, cuando me senté en el salón con ella a ver la tele, no hubo forma de convencerla de que cambiara de canal. Gilda se aposentó en el sofá entre

nosotras y miró el comienzo del episodio. La trepidante música que acompañaba a la intro de la serie más vista del momento me hizo suspirar y me preparé para verle en la pantalla una vez más.

Como de costumbre, el agente Santana estaba para derretirse como un helado en el desierto y la trama se ponía cada vez más interesante. Mi madre y yo nos metimos en la historia de tal forma que no decíamos ni una palabra ni pestañeábamos.

Hacia el final del episodio, el personaje que interpretaba Adrián y su compañero llegaban derrapando en su coche a una estación de tren abandonada. Un sospechoso les había dado una pista sobre una mujer que había desaparecido y ambos la buscaban apresurados por los viejos y olvidados vagones. No encontraron nada, pero poco después llegaron varios agentes uniformados con un precioso ejemplar de pastor alemán, al que Gilda ladró pensando que se nos metía en casa.

Le ordenaron que empezara a buscar y el perro, obediente, pegó la nariz al suelo y comenzó a rastrear todo lo que le rodeaba. Pasó uno de los vagones de largo, pero enseguida se detuvo y rastreó de vuelta hasta pararse junto a una especie de trampilla que había en el suelo delante del vagón. Allí se quedó parado, señalando con su hocico aquel punto mientras movía la cola de un lado a otro.

El agente Santana se acercó hasta allí corriendo. Sus piernas enfundadas en unos pantalones cargo de color caqui parecían volar. Cuando se paró junto al perro, las botas de estilo militar levantaron una polvareda muy cinematográfica y luego premió al animal con una caricia. Enfundado en una cazadora de cuero negro que le quedaba de infarto, comenzó a tirar de una argolla que había en el suelo. No conseguía levantarla, así que se quitó la cazadora; sus brazos fuertes y bien definidos quedaron al descubierto. La camiseta blanca de algodón se pegaba a los músculos de su espalda y, al tirar de la argolla metálica una vez más, media España debía de estar hiperventilando con aquella imagen del cuerpo de Adrián Prado esforzándose por salvar a la chica.

Finalmente, la trampilla cedió y nuestro valiente protagonista saltó al interior desapareciendo de la imagen. Unos segundos después salía cargando sobre su hombro a una mujer despampanante que, incluso amordazada y sucia, se veía que era guapísima.

El agente Santana la había salvado. El héroe de *La jaula* volvía a resolver un caso difícil y peligroso. Y seguramente en ese mismo momento estaría

celebrando con ella el gran éxito que había tenido la primera temporada de la serie.

«He estado fuera de Madrid, perdido en uno de esos lugares sin cobertura. ¿Sigues en pie lo del café?».

El mensaje me llegó cuando estaba en una reunión de trabajo visitando a un cliente con Diana. Le eché un rápido vistazo a la pantalla del móvil y sentí que el corazón me daba un vuelco, se paraba por unos instantes y después comenzaba a dar saltos de alegría amenazando con desbocarse. Guardé el teléfono rápidamente en mi bolso y traté de mantener la compostura durante el resto de la reunión.

En cuanto Diana se despidió de mí y se fue a cumplir con otro compromiso al que yo no debía acompañarle, entré en una cafetería para comer algo rápido antes de volver a la oficina para ponerme a trabajar en la infinita lista de tareas que ella me había encargado. Una vez sentada en una esquina del local, pedí una hamburguesa y una Coca-Cola a la camarera y saqué el móvil del bolso.

Releí su mensaje y suspiré de alivio.

Adrián no se había olvidado de mí. Y no había estado esos días en los que no había sabido nada de él saltando de fiesta en fiesta con esa tía tan guapa que había salido en el último episodio. Con la proximidad de la Navidad había mil eventos sociales a los que los famosos iban encantados. Pero, al parecer, Adrián se había escapado del bullicio de Madrid.

«Sí, lo del café sigue en pie».

Mientras esperaba a que me trajeran la comida él me respondió.

«¿Cuándo te viene bien?».

«Puff... Estoy hasta arriba en el curro. ¿Este fin de semana?».

«El fin de semana no puedo. ¿Si te voy a buscar esta noche cuando salgas de la oficina te enfurruñarás otra vez?».

«No, prometo que hoy me subiré a tu coche. La otra vez me pillaste desprevenida. Hoy no huiré».

«Muy bien, entonces te recojo esta noche. ¿Saldrás muy tarde?».

«Me temo que sí. Así que no sé sin serán horas de tomar un café».

«No importa. Tomaremos otra cosa. Avisame un rato antes de que vayas a salir y allí estaré, pero no en la parada. Paso de multas ;)».

«¿Qué te parece si me esperas en la esquina? Hay un restaurante chino que tiene un luminoso tan grande y chillón que no tiene pérdida».

«Ok. Allí estaré».

«Gracias. Te veo luego. Tengo que comer e irme pitando a la agencia».

«¿Qué vas a comer?».

«Una hamburguesa».

«¿Con doble de queso?».

«¡Bingo!».

«No sabes la envidia que me estás dando...».

Pasé la tarde hecha un auténtico manojito de nervios. Cuando ya creía que la historia con Adrián estaba finiquitada y que él pasaba olímpicamente de mí, ahora resultaba que iba a volver a verle en unas pocas horas.

Sobre las nueve y media ya estaba hasta el moño del trabajo. Había cerrado todos los asuntos que eran megaurgentes, así que decidí avisarle de que en breve saldría de la oficina. Ya lidiaría con el resto de los temas que tenía pendientes al día siguiente. Siempre me ha encantado la Navidad, pero mucho me temía que con la carga de trabajo tan bestial que tenía desde hacía unas semanas iba a terminar aborreciéndola. Y no digamos los perfumes, los juguetes y las botellas de cava. ¡No quería que nadie me hablara de ninguno de esos productos durante una buena temporada!

Cuando salí del edificio en el que pasaba más tiempo que en mi propia casa, caminé hasta el final de la manzana y doblé la esquina. Adrián ya me esperaba delante del restaurante. Apoyado sobre el capó de su coche con unos pantalones oscuros y esa trenca gris que le sentaba como un guante, estaba distraído mirando algo en su móvil. Cuando levantó la vista y me vio, sus ojazos verdes se iluminaron y me dedicó una pícara sonrisa que casi me hizo tropezar.

No parecía en absoluto enfadado conmigo y eso me desconcertaba. Le había tratado fatal la noche que apareció por sorpresa en la parada de autobús y lo normal habría sido que estuviera molesto y esa noche hubiera venido dispuesto a cantarme las cuarenta.

—Buenas noches —le saludé, sonriéndole de vuelta pero guardando las distancias. Lo normal habría sido darle dos besos, pero no fui capaz.

—Buenas noches —repitió, guardando su móvil en uno de los bolsillos de su trenca para luego abrirme la puerta del acompañante como todo un caballero.

Entré en el coche y posé mi trasero en el deportivo asiento de cuero.

—¿Adónde quieres que vayamos? —me preguntó al tiempo que arrancaba el vehículo, cuyo motor sonaba como música celestial. Jamás había ido en un

coche tan alucinante y mucho menos con un conductor tan increíble.

«Oli, centra bola y no te dejes impresionar por cosas superfluas —me regañé a mí misma—. Recuerda que has quedado con él para disculparte por lo del otro día y para dejar las cosas claras. No puedes dejarte llevar por esta locura. Tienes cosas más importantes en las que pensar ahora mismo».

—Si no te importa, estoy tan cansada que si vamos cerca de mi casa me vendrá mejor. No tengo mucho tiempo. Mañana tengo que madrugar más de lo habitual porque tengo que ir a una reunión en la otra punta de Madrid.

—Me parece bien. ¿Conoces algún sitio tranquilo en tu barrio donde no se vaya a montar mucho revuelo si me ven?

—La verdad es que creo que vayamos a donde vayamos van a flipar cuando te vean —pensé en voz alta cayendo en la cuenta de lo incómodo que tenía que ser para él no poder pasar desapercibido—. Mi madre ha salido a cenar con una amiga y tengo que darle un paseo a Gilda. Si te parece bien, podemos charlar mientras la sacamos.

—Ese es un buen plan —aceptó, incorporándose al tráfico. Le dije dónde vivía y él programó el navegador para que nos llevara hasta mi calle.

—Adrián, siento mucho haberte dejado tirado de esa forma la otra noche. Tuviste el detalle de venir a buscarme y yo ni te di las gracias.

—Agradezco que te disculpes, pero la verdad es que, como no fue la primera vez, empiezo a acostumbrarme a que te calces las botas y salgas huyendo —bromeó sarcástico, y conectó el potente equipo de sonido de su coche. Una canción de 30 Seconds to Mars comenzó a sonar en el habitáculo del BMW y la fuerza de la voz de Jared Leto (¡otro que me volvía loca!) me ayudó a esquivar su insinuación sobre lo ocurrido en las Seychelles.

«*Hurricane*» sonaba a todo volumen. Era una canción tan salvaje, tan llena de rabia y crudeza, que me recordó sin remedio a la escena que ambos habíamos protagonizado aquella noche de tormenta. Su dolor se había mezclado con la lluvia y el deseo. Su beso había sido tan intenso y hambriento que me había asustado, pero al mismo tiempo me había llevado a un lugar en el que jamás había estado antes.

Un lugar que me había gustado demasiado.

Un lugar que temía tanto como anhelaba.

Y sabía que si lo volvía a visitar me iba a resultar muy difícil regresar al mundo real.

—Si salí huyendo en ambas ocasiones es porque me pillaste desprevenida y no soy una persona que reaccione muy bien a las sorpresas —le expliqué una

vez que salí del embrujo de la canción—. Y el día que apareciste en la parada me agobiaste. Te había pedido que mantuviéramos una relación estrictamente profesional y tú, aun así, te presentaste allí sin avisar.

—Tenía que verte. Me dejaste tirado bajo la lluvia, sintiendo que te había hecho sentir mal al besarte y no me habías vuelto a dar la oportunidad de que lo habláramos. Siento haberme presentado así cuando tú me habías pedido distancia, pero necesito saber por qué te fuiste corriendo aquella noche. ¿Qué hice mal?

—No hiciste nada mal.

—¿Entonces qué pasó?

—Me asusté.

—¿Por qué? ¿Te parezco un mal tipo?

—No, todo lo contrario. Pero ahora no entra en mis planes tener ninguna aventura romántica y menos con alguien con el que me unen lazos profesionales.

—Olivia, los sentimientos no saben de planes —dijo, tomando la salida de la autovía que nos conduciría a la zona donde yo vivía—. Tú y yo hemos conectado. Eso no lo puedes negar.

—No lo niego. Pasamos momentos increíbles durante los días que estuvimos en las Seychelles. Pero allí se quedaron. —No quería ser tan dura, pero era la única forma que conocía para intentar frenarle. Adrián era muy intenso y mucho me temía que si no le paraba iba a arrastrarme sin remedio—. Ahora mismo lo más importante para mí es el trabajo. Me ha costado muchísimo conseguirlo. Y si dejo que los sentimientos tomen el control de mi vida podría perder lo único que depende de mí misma. Tú debes seguir tu camino y yo el mío.

—¿Estás admitiendo que sientes algo por mí? —preguntó con un amago de sonrisa.

—Sí, a mi manera, sí. Pero eso no cambia nada.

—Con eso me basta.

Dicho esto, no añadió nada más y puso otra canción buenísima que yo no conocía. Cantando de forma despreocupada, siguió las indicaciones del navegador hasta llegar a mi portal.

¿Qué demonios había pasado?

Esperaba que después de mi discurso diciéndole que no podíamos seguir viéndonos él se cabreara conmigo y me dejara en mi casa alejándose en su coche con cara de pocos amigos.

Pero hizo todo lo contrario.

Gilda se enamoró de él en cuanto lo vio.

¡No era tonta ni nada la tía!

La llevamos al parque y Adrián se volcó en jugar con ella.

¡Joder, así no íbamos por buen camino!

No se me podía caer más la baba viéndole interactuar con mi adorada perra, que correteaba a su alrededor encantada de la vida. Y Gilda es muy suya, no le cae bien todo el mundo. Hay perros que aceptan mimos de cualquiera, pero ella es muy selectiva. Lo mejor de todo es que ambas solemos coincidir. Cuando ella rehúye a alguien casi siempre da la casualidad de que a mí esa persona tampoco me da buena espina. Gilda tiene un olfato muy fino para detectar a la gente que merece la pena y con esas personas se vuelve el animal más cariñoso del mundo.

En aquel mismo instante estaba comiéndose a lametazos a Adrián, quien de cuclillas le hacía mimos sin parar.

¡Estupendo! Mi perra acababa de ponerme aún más difícil la batalla que mantenía conmigo misma. Así no iba a ser muy fácil mantenerle alejado de mi vida.

—¿Viste el episodio de anoche? —me preguntó Adrián mientras le tiraba por enésima vez la pelota a Gilda.

—Sí.

—¿Qué te pareció?

—Muy bueno, y además habéis dejado al público con unas ganas locas de una segunda temporada.

—¿Qué te pareció Alan?

—¿El pastor alemán? ¡Una pasada! —exclamé, recordando lo bonito y listo que era el perro que había aparecido en el último episodio de *La jaula*—. Por cierto, ¿está adiestrado de verdad para buscar personas o hicisteis que lo pareciera?

—Sí, ha trabajado con los bomberos en misiones de rescate. Ahora ya se hace mayor y lo van a retirar. ¿Adivina quién se lo va a quedar?

—¿En serio?

—Sí. Se merece una jubilación que esté a su altura —dijo con una gran sonrisa—. Ya se lo he presentado a Bono y se han caído estupendamente. En pocos días lo tendré en casa. Estaría genial que un día Gilda viniera a jugar con ellos.

Hice caso omiso del comentario por lo que implicaba, y simplemente no quería pensar en eso por ahora. Sonaba demasiado bien y tenía que conseguir que no me apeteciera tanto volver a verle.

Cuando el frío amenazaba ya con dejarnos congelados, volvimos a casa. Lo mejor habría sido que Adrián se montara en su coche y diéramos la noche por terminada, pero él necesitaba hacer algo tan mundano como ir al baño. No podía ser tan borde como para obligarle a tener que elegir uno de los ridículos arbolillos que enfilaban mi calle para aliviar la agonía de su vejiga.

Así que, sin comerlo ni beberlo, el chico que estaba admirando con mi madre el día anterior en la televisión ahora estaba sentado en mi sofá con Gilda a sus pies mientras yo preparaba un poco de chocolate caliente para que ambos entráramos en calor.

—Gracias —dijo y cogió una de las tazas que yo llevé al salón. Le dio un sorbo y después esbozó una sonrisa de aprobación—. ¡Está buenísimo!

—Es la receta secreta de mi abuela. Nunca falla.

—Pues dile de mi parte que este chocolate es el mejor que he tomado nunca.

—Como le diga eso a mi abuela le va a dar un infarto —dije riendo.

—¿Por qué?

—Porque ella está enamorada por completo del agente Santana, o lo que es lo mismo, de ti.

—No, no es lo mismo. Él no soy yo —me corrigió con una inesperada aspereza—. Es un personaje de ficción. Y eso es lo que la gente no entiende. Hay veces que siento que ese personaje se está quedando con mi vida.

—No le des tanta importancia a lo que piense la gente —le aconsejé, sentándome en el otro extremo del sofá—. Es normal que algunos te vean y no sean capaces de distinguir a la persona del personaje. Lo fundamental es que tú puedas separarlo.

—No es fácil. Allá donde voy me confunden con él —suspiró, antes de darle otro sorbo a su taza—. El otro día una señora se tiró a mis brazos y comenzó a besarme por toda la cara diciendo que ojalá hubiera más hombres así de valientes. Eso fue gracioso. Pero ha habido otras personas que me han insultado por la calle por cosas que no les han gustado tanto del comportamiento de Santana. ¡Es de locos!

—Esa gente está un poco pirada. No les hagas caso.

—Pero luego están los que me insultan por quien soy. ¡Con lo de Leticia fue una locura!

—Hombre, siento recordarte que no estuviste muy acertado con tu

comentario de Twitter.

—No, no lo estuve —admitió apretando los labios—. Aunque te juro que se lo merecía. Y yo fui muy tonto al seguir el consejo de mi mánager. Pensé que él tenía razón; ya que me estaba poniendo a caldo por todas partes debía darle la vuelta a la tortilla. Así se la devolvía y, de paso, agitaba un poco las redes sociales y aprovechaba la publicidad gratuita que eso generaba.

—No toda la publicidad es positiva.

—Mira, este mundillo es tan sucio que cuando generas polémica aún te va mejor.

—Pero tú qué es lo que quieres, ¿seguir siendo famoso a cualquier precio o trabajar en papeles que te hagan crecer como actor?

—Lo segundo, por supuesto —respondió con rotundidad.

—Pues entonces no vuelvas a dejarte engatusar por una arpía como Leticia y mide muy bien tus calentones antes de convertirlos en tuits. Y no te vendría mal pasar un poco de tu mánager. Sé tú mismo y céntrate en disfrutar con tu trabajo. Es así de sencillo.

Adrián afiló sus ojazos y me miró detenidamente sin decir nada por unos segundos.

—Voy a irme ahora para que descanses, pero no sueñes ni por un momento que esta es la última vez que nos vemos.

—¡Quizá si lo subastamos nos forremos! Más de una loca pagaría una burrada por ese viejo tres plazas por el simple hecho de que aún queda algo de su ADN en la tapicería.

Eso fue lo que dijo mi madre cuando se enteró de que el mismísimo Adrián Prado había estado sentado en nuestro sofá. Y me soltó un discurso muy parecido a lo que ya me habían dicho primero Paula y luego Juan.

Por lo visto, yo era la única cuerda entre todos los que me rodeaban. Hasta mi abuelo, una de las personas más cabales que he conocido nunca, me aconsejó que me dejara llevar cuando se lo conté. Pero yo, cabezota como nadie, seguía en mis trece. Me centré en trabajar y trataba de olvidarme de Adrián. He de admitir que en esto último no tenía mucho éxito.

Llevaba varios días sin saber nada de él y eso, en lugar de facilitarme las cosas, hacía que me fuera más difícil no pensar en ello. Aunque me costara admitirlo, echaba de menos sus mensajes privados y me regañaba a mí misma cada vez que miraba la aplicación de Twitter en mi móvil para ver si había alguna novedad.

Y una mañana vi algo, sutil e indirecto, pero sabía que era para mí.

Adrián Prado @adrianpradoact

¡Bienvenido a casa, Alan! Vas a pasarlo pipa con Bono. Quizá venga pronto otra peluda a jugar con vosotros...

Ese tuit iba acompañado de un *selfie* de Adrián entre sus dos perros. Con una vieja camiseta de un grupo de *rock*, una barba incipiente y el pelo revuelto, tenía una pinta desgarrada y natural que me pareció irresistible.

Solté un suspiro y no pude evitar pensar en lo mucho que me apetecía volver a verle. Y seguro que Gilda lo pasaría en grande jugando con sus perros.

—¡Olivia! —La voz de Diana me sacó de mis cavilaciones al instante—. ¿Acaso estás sorda? Te he llamado tres veces ya.

—Perdona, estaba distraída —me disculpé, guardando rápidamente mi móvil personal en el bolso.

—Sí que lo estabas, sí —dijo Diana algo más tranquila—. Por favor, ven a mi despacho en cuanto puedas. Necesito revisar unas cosas contigo sobre la campaña de la ginebra.

—¡Enseguida voy!

Eso necesitaba yo, un buen *gin-tonic* para calmar el run run que me había dejado dentro ese tuit de Adrián que solo yo sabía interpretar.

«Chico listo».

Ya estaba. Se había salido con la suya. Esa noche intenté dormirme sin decir ni mu al respecto, pero no lo conseguí. Daba vueltas en la cama dudando una y otra vez si escribirle o no. A la una de la madrugada tiré la toalla y sucumbí a la tentación.

Respondió unos minutos después.

«Hola. ¿Insomne?».

«Sí, por tu culpa».

«¿Mi culpa?».

«Sí. No te hagas el tonto».

«Te juro que no me lo hago. ¿Qué he hecho?».

Lo que realmente quería contestar era: no decirme nada en días, hacer que te eche de menos como una loca y poner hoy ese tuit dejando caer que Gilda podría ir a jugar con tus perros.

Pero claro, eso no se lo iba a decir ni loca.

«Poner esa foto de tus peludos y hacerme sentir culpable».

«¿Culpable por qué? Olivia, te juro que hoy no te pillo».

Qué bien se le daba hacerse el inocente. ¡Capullo!

«Pues me siento culpable de que Gilda se pierda una sesión de juegos con ellos».

«Eso tiene fácil solución...».

«Voy a hacer como que no me entero de lo que insinúas. Pero la verdad es que llevo unos días que no paro y no le puedo dedicar apenas tiempo».

«Dame tu teléfono y te propongo algo. Empiezo a hartarme de que siempre nos comuniquemos por aquí».

Dudé durante unos minutos. Salí de la cama, fui a la cocina a por un vaso de leche, volví, di varios pasos de un lado al otro de mi habitación mientras daba unos sorbos y miré por la ventana la oscuridad del cielo.

Decidí no darle más vueltas. Tampoco iba a ser tan grave que tuviera mi número personal. Eso no iba a significar que fuera a caer en sus redes. Simplemente facilitaría nuestra forma de comunicarnos. Ya que no era capaz de mantener mis deditos quietos y al final le había escrito por privado una vez

más, sería más cómodo que pudiéramos chatear de forma más fluida.

Le mandé otro mensaje con mi número de teléfono personal y en pocos segundos recibí una notificación de WhatsApp.

«Me encanta esa foto del Retiro que tienes en tu perfil».

«Me alegra que te guste. ¿Qué solución me ibas a proponer?».

«Mira, ahora que he acabado el rodaje de la primera temporada de *La jaula*, tengo bastante tiempo libre. ¿Qué te parece si me ocupo de Gilda mientras tu madre y tú trabajáis? Tengo un jardín bastante grande y se lo pasaría genial con Bono y Alan».

«¿En serio?».

«Sí, te lo digo totalmente en serio».

«Pero no tengo forma alguna de llevarla hasta tu casa».

«Yo podría ir a por ella. No vivo demasiado lejos de tu zona».

Me imaginé dónde tenía su chalé. Cerca de mi barrio había una urbanización bastante lujosa donde vivía mucha gente de la farándula. Estaba casi segura de que Adrián vivía allí. Y la verdad es que estaba a quince minutos en coche de mi casa.

«No sé yo si Gilda iría muy segura en el asiento del copiloto de ese biplaza que conduces».

«Tengo otro coche bastante más apropiado para eso. ¿Qué me dices entonces? ¿Paso mañana a por ella?».

«Yo me tengo que ir muy temprano, pero mi madre estará en casa hasta las nueve. ¿De verdad que no te importa?».

«En absoluto. Tengo tiempo de sobra. Además, creo que a Gilda le gustó bastante, así que imagino que vendrá encantada. Puede pasar el día con nosotros y luego la llevo por la noche cuando tú ya estés en casa. Si veo que encaja bien con mis perros puede venir cada día».

La verdad es que sonaba de miedo. Gilda lo pasaría genial y yo no me sentiría tan culpable de que ella estuviera tanto tiempo sola en casa. Desde que había vuelto de las Seychelles mi ritmo de trabajo era cada vez más intenso y mi madre andaba haciendo turnos extra en el hospital, así que tampoco ella pasaba mucho tiempo en nuestro piso últimamente.

Tenía que aceptar. No me quedaba otra alternativa.

«Vale, de acuerdo. Pero solo por unos días. En cuanto las campañas de Navidad estén todas en marcha, esta locura que tenemos en la agencia se calmará y ya tendré más tiempo para ella».

«Sí, lo haremos así hasta que tú vuelvas a tener un horario más normal».

«Muchísimas gracias, Adrián. Espero poder devolverte el favor de alguna forma».

«De nada. Y tranquila, ya tengo alguna que otra idea para que me devuelvas el favor...».

—¡Oliviaaaaaaaaaa!

La voz de mi madre sonó como una bocina en cuanto llegué a casa.

—¿Qué pasa? —pregunté, entrando en el salón aún con el abrigo puesto.

—¿Cómo no me has avisado de que Adrián vendría a buscar a Gilda esta mañana?

—¿No has visto mi nota? Me he ido tan temprano que no quería despertarte.

—No, no la he visto. ¿Dónde la has dejado? —preguntó mi madre confundida.

—En tu mesilla.

—Pues ni me he fijado. En cuanto ha sonado el despertador he ido derecha a hacerme un café y no la he visto. Imagínate la cara que se me ha quedado cuando ese bombón ha tocado el timbre —me explicó mi madre, haciendo un exagerado aspaviento—. ¡Casi me da un infarto! Menos mal que ya estaba vestida y maquillada. ¡Si llego a abrirle en pijama te mato!

—Lo siento —me disculpé, ahogando una carcajada—. Es que me propuso venir a por ella cuando ya estabas dormida y me pareció muy buena idea que Gilda pasara el día con sus perros. Siento que no hayas visto la nota.

—No pasa nada. Ha sido una forma muy curiosa de empezar el día —dijo echándose a reír—. Y por cierto, Adrián me ha caído genial. Se ha tomado un café mientras Gilda no se despegaba de él. Y ya sabes lo tiquismiquis que es nuestra querida perra, así que si a ella le gusta tanto deberías hacerle caso.

—No empieces otra vez —le avisé, dejando el bolso en el sofá. Comencé a desabrocharme el abrigo. Mi madre me miraba incrédula.

—Vamos a ver si me entero. ¿Le confías el cuidado de Gilda pero no tienes intención alguna de darle una oportunidad?

—He aceptado por ella. Es una solución temporal. En unos días dejaré de llegar tan tarde casa y no hará falta que Gilda pase el día con él y con sus perros. Es solo un favor y no me obliga a empezar a salir con él.

—No estoy hablando de que estés obligada a nada, pero si ha aparecido aquí esta mañana es porque habéis vuelto a hablar.

—Sí, ayer chateamos durante un rato.

—¿Y quién escribió a quién? —preguntó mi madre con suspicacia.

—Yo, pero porque él puso algo en Twitter que...

—Oli, no me cuentes milongas —me interrumpió mi madre de forma cariñosa—. Está claro que siempre terminas encontrando una excusa para seguir en contacto con él.

No repliqué. Me senté en el sofá y solté un suspiro.

—Mamá, no puedo evitarlo —terminé aceptando—. No quiero caer en la tentación que él supone, pero al final siempre lo hago. ¡Me gusta demasiado!

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer —dijo, guiñándome un ojo—. Yo me voy en diez minutos porque tengo otra guardia extra esta noche y él no tardará en traer a Gilda de vuelta. He preparado una bandeja de lasaña. Solo falta meterla en el horno, así que sé agradecida e invítale a cenar. Es lo menos que puedes hacer.

—Gracias, mamá —dije, incorporándome del sofá para darle un abrazo—, pero no quiero lanzarme en sus brazos a la primera de cambio.

—No te estoy diciendo que lo hagas. Pero mi lasaña, una botella de vino y algo de conversación puede ser una buena forma de empezar a conocerle un poco mejor, ¿no crees?

Gilda me saludó efusivamente al llegar a casa, pero estaba tan cansada que acto seguido se fue directa a tumbarse en su cama.

—Muchas gracias —le dije a Adrián, que seguía de pie en el recibidor. Aún me costaba creerlo, pero allí estaba con su impresionante porte, aderezado con su habitual estilo de vestir desenfadado y *sexy*.

—De nada. Se lo ha pasado genial —me informó con una sonrisa llena de satisfacción—. No ha parado de jugar en todo el día.

—¿Te apetece un poco de lasaña casera?

—Eso suena genial.

Le invité a que me acompañara a la cocina mientras encendía el horno para terminar de cocinar la especialidad de mi madre. Saqué unas copas de cristal y una botella de Rioja.

—Tendremos que esperar un poco para cenar. ¿Te apetece una copa de tinto?

—Sí, me apetece mucho —asintió con una media sonrisa que dibujó un irresistible hoyuelo junto a la comisura de su boca. Tuve que hacer un esfuerzo titánico para no quedarme mirándole embobada.

Le tendí una de las copas y, al cogerla de mi mano, rozó ligeramente mis dedos. Fue un contacto muy sutil y fugaz, pero más que suficiente para que mi cuerpo se electrizará. Le dio un pequeño sorbo y volvió a sonreír, esta vez de oreja a oreja.

—Está muy bueno.

—Me alegro de que te guste. Yo soy muy cazurra y no tengo nada educado el gusto para los vinos. Solo distingo los de brik de los que son un poco mejores.

—Tomo nota. Tendremos que trabajar un poco en eso —me avisó, guiñándome un ojo.

Tuve que dejar de mirarle porque empezaba a ponerme muy nerviosa con aquella situación tan íntima.

Los dos solos en mi casa, unas copas de vino y la música de fondo que provenía del estupendo altavoz Bose que mis abuelos me habían regalado las pasadas Navidades.

¡¡¡Receta para un desastre inminente!!!

¿Por qué me habría dejado liar por la loca de mi madre?

Bueno, ya no podía hacer nada, así que sería mejor relajarme e intentar disfrutar de su compañía sin fliparme demasiado.

Como la lasaña tardaría un rato todavía en estar lista, le ofrecí que fuéramos al salón porque allí estaríamos más cómodos. En aquel momento una canción de Coldplay sonaba en el altavoz con un sonido impecable.

—¿Fuiste a su último concierto? —me preguntó con la copa de vino en la mano mientras curioseaba las fotos que mi madre tenía repartidas por el salón.

—Sí, fui con Paula, mi mejor amiga —asentí—. ¡Y flipé!

Había pasado ya más de un año desde ese momento mágico en el que tanto ella como yo salimos levitando del estadio, pero aún podía revivirlo si cerraba los ojos. Ese concierto, sumado a los tres de U2 a los que había ido, era una de las cosas más alucinantes que había vivido nunca.

—Yo también. ¡Fue la pera!

—Estoy deseando ir al siguiente.

—Y yo, pero lo malo es que ya no será igual.

—¿Por qué? ¿Crees que han empeorado?

—No, no es por su música —respondió, sentándose en el sofá—. Es porque entonces nadie me conocía. Era un fan más entre el público. Ahora sería inviable hacerlo.

—Irás a la zona vip con todos los famosetes. Canapés y bebida gratis. No está tan mal, ¿no?

—No, no sería igual. No sentiría la energía tan bestial que desprende la gente que te rodea vibrando al mismo tiempo que tú con cada una de las canciones. Así que no creo que vaya.

—Hay una forma de solucionar eso.

—¿Cuál?

—Eres muy conocido aquí, pero no en países donde no se ve la serie.

—¡Coño! ¡Tienes razón! —exclamó, esbozando una sonrisa de oreja a oreja—. No lo había pensado. Podría ir a cualquiera de sus conciertos en algún otro país de Europa y ser un desconocido entre el público. Olivia, te estás convirtiendo en mi salvación.

—No exageres. Lo único que pasa es que la fama no te ayuda a pesar con claridad —me burlé.

—No, se ve que no —dijo, riendo—. Tu ocurrencia es de lo más lógica, pero yo no la había contemplado.

Su mano se había alargado hacia la mesa de centro que había delante del sofá. El libro de Susanna Tamaro estaba ahí y lo cogió para observar su portada.

—¿Vendrías conmigo? —preguntó sin dejar de mirar la novela.

—¿Adónde?

—Adonde quiera que encuentre entradas para un concierto de Coldplay fuera de España —respondió, levantando por fin la mirada hacia mí. Sus ojos brillaban con una intensidad que me produjo un nudo en el estómago.

¡Joder! ¿Cómo podían ser tan verdes y tan profundos?

—¿Por qué quieres que sea yo quien te acompañe? —conseguí preguntar cuando el nudo se deshizo un poco.

—Por esto —dijo, alzando el libro—. No se me ocurre mejor compañía para disfrutar de un concierto de Coldplay que con alguien que también adora *Donde el corazón te lleve*.

—¿Por qué es tan importante para ti?

—Porque es lo único que me queda de mi madre —respondió, cerrando los ojos.

¡Cuánto dolor había dentro de este chico, por Dios! A la enfermedad de su hermano se sumaba la falta de su madre.

—¿Qué le pasó? —pregunté con suavidad, sentándome a su lado en el sofá.

—Que yo la maté.

Los ojos de Adrián seguían cerrados con el libro entre sus manos. Se aferraban a él con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos.

Y yo estaba en *shock*.

No sabía qué decir.

¿Cómo que él la había matado? ¿Habría sido un accidente? No podía ser un asesino. Eso era imposible.

—Adrián... —susurré—. ¿Qué pasó?

Soltó un profundo suspiro y por fin me miró. El brillo había desaparecido. Ahora tan solo veía unos ojos apagados y tristes.

—Mi madre murió al darme a luz.

¡Dios mío! Eso tenía que ser durísimo.

—Entonces tú no la mataste. No digas eso.

—Si yo no hubiera nacido, ella aún seguiría con vida.

—Eso no te convierte en el culpable de que ella ya no esté.

—¿Y de quién es la culpa si no?

—De nadie. Del maldito destino quizá, pero desde luego no tuya.

—¿Puedo enseñarte una foto?

Asentí reprimiendo unas lágrimas que amenazaban con escaparse de mis ojos. Se le veía tan triste y desvalido en aquel momento que lo último que necesitaba era sentir que yo le compadecía.

Fue a por la cazadora que había dejado en el recibidor y volvió con su cartera. Sacó una pequeña y manoseada fotografía que parecía haberse descolorido un poco por el paso del tiempo. El rostro de la mujer que aparecía en ella sonreía a la cámara y unos ojos idénticos a los de Adrián chispeaban acompañados de una sonrisa contagiosa.

—Parece muy feliz —comenté con un nudo en la garganta. Intenté que no me temblara la voz, pero no lo conseguí del todo.

—Estaba embarazada de mí cuando le sacaron esa foto.

Me miró y no pude evitarlo.

Le abracé sin reservas y él rompió a llorar en mi hombro.

Le apreté bien fuerte y acaricié su pelo. Sus fuertes brazos me rodearon entonces y se aferró a mí sin reservas.

No dije nada. Solo me limité a darle mi apoyo y a dejar que el aroma de su colonia me rodeara. Notaba el temblor de su cuerpo y podía sentir su dolor; tan fuerte, tan intenso y tan demoledor que por unos instantes sentí que me metía bajo su piel.

Cuando por fin nos separamos, él parecía encontrarse algo más tranquilo. Nuestros rostros estaban muy cerca. Me observaba detenidamente, pestañeando muy despacio. Su respiración era lenta pero muy profunda. Llevé mi mano a su mejilla y él la cubrió con la suya.

Mis labios me traicionaron y se acercaron un poco más a él.

De repente, un profundo olor a quemado me hizo dar un respingo.

—¡!!!La lasaña!!!!—grité, saltando del sofá como si tuviera un muelle en el culo para ir directa a la cocina.

Un denso humo salía del horno. Adrián se apresuró a abrir la ventana de la cocina. Yo observaba atónita la masa negra y carbonizada en la que se había convertido el plato estrella de mi madre.

—¡La que he liado contándote mis movidas! —dijo él, echándose a reír al ver mi cara de estupor—. Es una pena que se haya quemado después del trabajo que se ha tomado tu madre en prepararla. Aunque nos ha venido bien para desdramatizar un poco, porque me he puesto un poco moñas. Lo siento.

—Se ha desintegrado —murmuré, sin dejar de mirar el *mondongo* negruzco y humeante que tenía ante mis ojos. Unos segundos después me uní a sus carcajadas.

—¿Qué te parece si en el tiempo que limpiamos este desastre pedimos algo de comida a domicilio? —propuso mientras se ponía manos a la obra—. Yo invito.

—Muchas gracias. La verdad es que estoy hambrienta y no tengo muchas ganas de improvisar nada ahora. ¿Te apetece japo?

—¡Sí! —respondió, tirando a la basura la lasaña quemada—. Pide muchos niguiris. ¡Me encantan!

El repartidor vino en un tiempo récord con el pedido que había hecho tan solo veinte minutos atrás y nos sentamos a cenar en el comedor con los palillos en mano.

—¿Sabes? No se puede comparar en absoluto a lo que tú has pasado pero,

en cierto modo, yo también siento que le he quitado algo a mi madre — comenté, sin poder evitar sacar de nuevo a la luz ese tema.

—¿Por qué sientes eso? —inquirió sorprendido—. La he conocido esta mañana y me ha parecido una mujer encantadora y llena de vida.

—Y lo es. Pero ha renunciado a muchas cosas por tenerme a mí tan joven.

Le conté a Adrián las circunstancias de mi nacimiento y cómo no sabía quién era mi padre.

—Tal y como me has dicho tú antes, no es culpa tuya lo que ella decidiera hacer. Fue valiente y quiso que vinieras al mundo. Además, pareces ser una hija agradecida y que la quiere con locura. ¿Qué más podría pedir?

—Podría haber estudiado medicina, que era su pasión, en lugar de conformarse con ser enfermera. Tuvo que ponerse a trabajar cuanto antes porque tenía que sacarme adelante. Podría haber viajado, haber tenido tiempo para centrarse solo en estudiar y en hacer luego la residencia. Podría haber sido libre para enamorarse. En definitiva, podría haber vivido su vida de una forma muy distinta.

—Estoy seguro de que ella no se arrepiente en absoluto de la decisión que tomó. Y es evidente que ha hecho un gran trabajo como madre.

—Gracias —dije sonrojándome—, pero eso no termina de quitarme la sensación de que ella podía haber hecho muchas más cosas en su vida si no me hubiera tenido. Sé que suena absurdo, pero algunas veces he pensado que tiene que ser una pasada saber que has nacido fruto del amor de tus padres en lugar de ser la consecuencia de un error.

—No lo eres.

—Adrián, sí lo soy —insistí—. Soy el producto de una borrachera.

—¿Tu madre te ha hecho sentirte así?

—No, ella jamás ha dicho ni hecho nada para hacerme sentir mal. Pero conozco la historia de cómo se quedó embarazada y la realidad es así. No puedo cambiarla, pero a veces me atormenta.

—No debería ser así, aunque no soy el más indicado para darte consejos ni lecciones. Yo soy el primero que no puedo evitar culparme por la decisión que tomó mi madre. Ella sabía que corría peligro si continuaba con el embarazo. Los médicos le avisaron y le dieron la opción de interrumpirlo. Pero se negó a hacerlo y quiso arriesgarse.

—Fue muy valiente. Es absolutamente admirable que sabiendo lo que podía pasar siguiera adelante.

—No sé si admirable o temerario —dijo contrariado—. Creo que mi padre

nunca lo entendió. Y aunque intenta no hacerlo, hay veces que cuando me mira puedo adivinar en sus ojos una expresión acusadora.

—No le conozco, pero después de tantos años, seguro que lo ha superado —opiné—. Te debe de querer demasiado para tenerte un rencor tan absurdo. Es imposible que te culpe.

—No lo hace conscientemente. Sé que me quiere, pero algo en el fondo de su alma no consigue perdonarnos ni a mí ni a ella. Él se enfadó mucho cuando mi madre decidió seguir con el embarazo. Podía dejar huérfano al hijo que ya tenía y no entendía su empeño en jugarse la vida por un pequeño ser que apenas comenzaba a formarse. Un día en el que le pillé con la guardia baja me lo dijo así: «Adrián, te quiero con locura, pero tu madre fue una insensata abandonándonos a Gonzalo y a mí de esa forma». Luego me pidió perdón por su ataque de sinceridad, pero esa frase me dejó hecho polvo.

—Metió un poquito la pata, sí —admití, apretando los dientes—. Es evidente que debe de tener muchos sentimientos contradictorios al respecto, pero la conclusión es siempre la misma: tú no tienes la culpa.

—Es mucho más fácil la teoría que la práctica.

—¿Has contemplado la posibilidad de hablar de esto con algún psicólogo? —me atreví a preguntar.

—No, ni pienso hacerlo. Ningún loquero va a conseguir ayudarme con esto —dijo categórico—. No es un problema de mi mente. Es algo que tengo enquistado en el corazón.

—Siento decírtelo, pero creo que esa es una actitud muy poco inteligente por tu parte. Es evidente que tienes un trauma con todo esto y la terapia adecuada seguro que te ayudaría a deshacerte de ese «quiste».

—Olivia, déjalo por favor —dijo algo molesto—. ¿Acaso has ido tú a un profesional para quitarte esa sensación que tienes de que tu madre desperdició su vida teniéndote a ti?

—No, no he ido porque no es una obsesión. No me atormenta constantemente —me defendí—. Es algo que pienso solo de vez en cuando.

—Sí, pero ahí está, como un lobo asomando las orejas cuando menos te lo esperas. Si no, no me habrías hablado de ello.

—Lo bueno es que yo no soy un corderito indefenso —dije orgullosa—. Cuando aparece el lobo, como tú lo llamas, sé defenderme. No me va a devorar.

—Eso lo tengo bastante claro. No eres un corderito en absoluto. Y eso me gusta.

—Bueno, tengo mi lado sensible, no te creas. Lo que pasa es que me las apañé muy bien para dominarlo.

—¿Y por qué dominarlo?

—Porque no quiero ser débil.

—Creo que te equivocas. Ser sensible no significa ser débil.

—Mucha gente sí lo ve así y hay que ponerse una coraza para que no te pisen.

—Eso está bien en el trabajo, por ejemplo. Pero si también lo llevas al aspecto personal corres el riesgo de aislarte.

—Te aseguro que no me siento aislada en absoluto. Simplemente elijo con mucho cuidado a quién debo enseñar ese lado.

—Esta noche a mí me has dejado verlo —comentó satisfecho.

—No te acostumbres. Ha sido un desliz —le avisé—. No soy de piedra. He visto tu sufrimiento y no soy tan mala persona como para mantenerme al margen del dolor ajeno.

—Y en cierta forma te has identificado conmigo.

—Sí, en cierta forma sí —admití—. Es innegable que tenemos algo en común: unas madres que fueron muy valientes.

—Y un libro que las marcó a ambas —añadió—. La gran diferencia es que tu madre ha podido hablarte ella misma de esa historia. Yo en cambio he conocido mejor quién era la mía gracias a las palabras que esconde *Donde el corazón te lleve*. Ya que mi padre siempre ha sido muy reticente a hablarme de cómo era ella, tuve que descubrirla a través de esa novela y las anotaciones que dejó escritas en sus páginas.

—¡Vaya dos patas para un banco! —exclamé, tratando de encontrarle el lado cómico a aquella conversación.

—Ya te dije aquella noche en la playa que no ha sido una casualidad que nuestros caminos se cruzaran. Estaba escrito en algún lado.

—Sí, en Twitter —dije, burlándome del plan poético en el que se había puesto al tiempo que esquivaba su mirada.

—Ya estamos —resopló—. ¿Por qué siempre que consigo que te quites los zapatos te empeñas en volver a ponértelos a toda prisa?

Porque me asustaba su intensidad.

Por eso me volvía a calzar los zapatos en menos que cantaba un gallo.

Adrián se fue poco después porque ya se había hecho muy tarde. Iba a venir de nuevo a por Gilda a la mañana siguiente. Le volví a preguntar si no era mucha molestia para él e insistió en que lo hacía encantado. Le propuse ir yo a buscarla a su casa si el día no se torcía en la oficina y salía a una hora decente. La Navidad estaba cada vez más próxima y la mayoría de las campañas estaban ya en marcha. El ritmo de trabajo estaba bajando bastante, pero aún quedaban algunos cabos sueltos que, si se complicaban, podían obligarme a quedarme hasta las mil otra vez más. Esperaba que no fuera así porque no podía permitir que él hiciera continuamente de chófer para mi perra.

Esa noche me costó conciliar el sueño.

No podía parar de pensar en todo lo que habíamos hablado. Le di una y mil vueltas a lo que él decía sobre la casualidad de que nos hubiéramos conocido de esa forma tan curiosa. La verdad es que era increíble que, después de haber intercambiado un par de tuits incendiarios, mi nuevo trabajo hubiera hecho que hubiéramos coincidido personalmente.

Y no podía negar que entre nosotros había surgido una conexión especial.

Como no podía dormir, me entretuve cotilleando las redes sociales. Tras reírme con algunos vídeos muy cómicos que vi en Facebook, le eché un vistazo a mi *timeline* de Twitter.

Y allí estaba él.

Arrollador e intenso una vez más, escribiendo una cita en su cuenta que a ojos de todos era una mera reflexión nocturna, pero que yo sabía que hacía referencia a todo lo que habíamos compartido esa noche.

Adrián Prado @adrianpradoact

El futuro nos tortura y el pasado nos encadena. He ahí por qué se nos escapa el presente (Gustave Flaubert).

No pude evitar retuitear aquello.

Era demasiado bueno para ignorarlo.

También era mi forma de decirle que había captado el mensaje.

—¡Qué bueno lo que retuiteaste ayer de Adrián! —dijo Juan mientras nos tomábamos nuestro café mañanero en la agencia—. Por cierto, no sabía que le seguías en Twitter.

—Le sigo desde hace tiempo.

—Pues viendo lo profundo que se pone voy a empezar seguirle yo también.

—Suele poner cosas muy interesantes.

—Y también pone verdes a sus ex, ¿no? Acuérdate del revuelo que se armó con lo de Leticia Torres —comentó Juan, sin tener ni idea de hacia dónde se dirigía con aquello—. Salió en todos los programas de cotilleo. Y encima se enzarzó con una seguidora suya que le criticó por ello.

—Sí, se enzarzó conmigo.

—¿Cómo? —preguntó, confundido.

Le expliqué toda la movida a mi adorable compañero de trabajo, quien no pudo dejar de hacer muecas y aspavientos ante la sorpresa que le tenía reservada.

—¡Madre mía, Oli! —exclamó con los ojos abiertos como platos—. Esta historia es de novela romántica, ¡y de las divertidas! ¿Cómo no me lo habías contado antes?

—Porque no quería que llegara a oídos de Diana.

—Yo no voy a contar nada. No soy tan marujo.

—Sí, eso lo sé ahora, y por eso te lo acabo de contar. Pero cuando empecé a trabajar aquí no te conocía y, aunque me caíste bien desde el principio, preferí ser discreta.

—O sea, que flipaste en colores cuando Diana te pidió que te pusieras en contacto con su mánager.

—Sí, casi me da un infarto —admití, riendo.

—Y ahora resulta que ese bombonazo está muy interesado en ti.

—Parece que sí.

—Chica, ¡pues disfruta de esta historia tan increíble!

—Ay, Juan, me encantaría, pero es que estos actores no duran ni un telediario con sus parejas. No quiero pasar a ser una más en la lista de conquistas de Adrián.

—Si eso pasara, podrías forrarte —comentó, muerto de risa—. Solo con hacer un maratón para ponerle a caldo en esos programas de cotilleo tendrías más pasta que trabajando varios años aquí. Y no hablemos de lo que te

pagarían las revistas por tener una exclusiva.

—Tendría pasta, eso seguro, pero mi reputación quedaría por los suelos. Tiene que ser muy humillante caer tan bajo para sacar dinero.

—Sí, la verdad es que si se diera el caso, yo también preferiría deslomarme trabajando en la agencia que entrar a formar parte de un circo tan patético.

—Entonces me entiendes, ¿no?

—No del todo.

—¿Por qué?

—Porque mi lado más romántico me dice que tú no serías un amor pasajero para él.

—Juan, eres adorable, pero también un idealista enfermizo —le dije con cariño.

—Y tú una pesimista crónica.

—¿Crees que si nos esforzamos podríamos encontrar el equilibrio entre ambos extremos?

—Ese es tu problema —apuntó alzando una ceja—. No busques tanto la perfección y el equilibrio en todo y atrévete a vivir un poco. Hay abismos a los que merece la pena asomarse, nena.

Y ahí iba yo, directa al abismo.

Conducía el viejo coche de mi madre por la lujosa urbanización donde vivía Adrián. Estaba más perdida que un pulpo en un garaje. No solo porque allí todo eran lujosos chalés, cochazos y gente jugando al golf en los verdes campos que ya había rodeado varias veces, sino porque no había forma de dar con su calle.

Llevaba ya un rato dando vueltas y no encontraba su casa ni a la de tres. Había conseguido escaparme a las cinco de la oficina, así que aún era de día cuando empecé a deambular por aquellas calles, pero ahora estaba comenzando a anochecer y seguía perdida. Por fin vi a una señora muy elegante paseando a su precioso perro afgano y detuve el coche junto a la acera.

Le pregunté por la calle que buscaba y ella me indicó con mucha amabilidad cómo llegar hasta allí. Resultó que estaba en el otro extremo de la urbanización; me había desorientado por completo y por eso no había forma de encontrar su casa.

Cuando por fin aparqué frente a la verja ya era de noche. Había tardado una eternidad en conseguir llegar allí.

Presioné el botón del sofisticado portero automático y, poco después, Adrián vino a abrirme la puerta del jardín. Tres grandes bolas peludas se abalanzaron sobre mí, entre las que estaba Gilda, feliz como una perdiz de darme la bienvenida acompañada de sus nuevos amigos.

—Ya me estaba preocupando —dijo él, invitándome a pasar—. Hace casi una hora que me has dicho que venías hacia aquí.

—Es que vives en una urbanización que es un lío —me quejé mientras me arrodillaba para acariciar a los perros. Entre los tres me llenaron de lametones.

—¿Acaso no has oído hablar de los GPS? —se burló.

—Sí, pero el coche de mi madre ya tiene muchos años y no está equipado con esas modernidades. Y mi móvil se ha quedado sin batería, así que no he podido recurrir al maravilloso invento de Google Maps.

—Bueno, lo importante es que ya estás aquí —dijo, sonriendo de oreja a oreja—. ¿Te apetece tomar algo?

Acepté la invitación y seguí a Adrián hasta el interior de su moderno chalé de una planta. Gilda y sus nuevos amigos también entraron y se tumbaron delante de una chimenea chulísima que había en un lado del salón.

No se trataba de una mansión ni nada parecido. Era una cómoda y práctica casa con grandes ventanales y espacios muy amplios. A pesar de ser ya de noche, pude apreciar desde el salón cómo era el exterior gracias a las lámparas en forma de cubos que se repartían por toda la parcela. El jardín trasero era sencillo, con una generosa explanada de césped y una piscina al fondo que, aunque no fuera verano, estaba llena de agua transparente y luminosa. Siempre me han molado mucho las piscinas iluminadas desde dentro y, si no hubiéramos estado a principios de diciembre, me habría encantado darme un chapuzón nocturno.

—¿Qué prefieres? ¿Vino o cerveza? —dijo Adrián desde la cocina, que estaba conectada directamente al salón y tenía una de esas islas con encimera de piedra donde a un lado se cocinaba y al otro había unos cómodos taburetes tapizados. Así podías ir picando algo mientras la comida se hacía. ¡Me chiflaba!

—¿Tienes Coca Zero?

—Sí, ¿pero no prefieres una copa de un vino de primera? —insistió—. Prometí ayudarte con eso. Y creo que este es un buen momento para darte la primera lección; tienes que aprender a degustar un buen vino.

—Es que tengo que conducir de vuelta y, si sobria me he tirado una hora

para llegar hasta aquí, como vaya un poco pedo no conseguiré salir en la vida de esta dichosa urbanización.

Adrián se echó a reír con mi comentario y yo le imité.

Le sentaba genial ese plan casero. Llevaba unos pantalones de algodón azul marino y una camiseta de manga larga del mismo color cuyas mangas se ajustaban ligeramente a sus brazos, insinuando los músculos que debía de mantener así de fuertes gracias a ir bastante a menudo al gimnasio.

¡Dios! Había que reconocer que el esfuerzo físico daba sus frutos. El chico estaba estupendo. Pero eso no me motivó para incluir ese punto en mi lista de retos para el año próximo. A mí los gimnasios me dan alergia, y ni loca pensaba gastar mi dinero y mi tiempo para meterme en uno de esos lugares donde la gente se mata mirándose a un espejo.

Lo mío es pasear por el campo con la compañía de Gilda, no encerrarme entre cuatro paredes a sudar como una descosida.

—Toma, hoy probaremos este vino de Ribera del Duero. —Adrián me tendió una copa y me sacó de mis cavilaciones sobre su cuerpo y los gimnasios—. Primero míralo. Aprecia su color, brillo y limpieza.

Le hice caso y admiré la profunda tonalidad burdeos de aquel líquido que bailaba en la copa de cristal.

—Ahora acerca la copa a tu nariz sin agitarla. Inhala y aprecia los olores de la uva.

Hice lo que me decía y disfruté del aroma del vino.

—El tercer paso es mover la copa sobre su eje vertical, para que el vino suba por las paredes de cristal —me indicó, enseñándome cómo se hacía empezando a mover su copa—. Así distinguirás las «lágrimas» que deja el vino al resbalar y podrás apreciar los olores procedentes de la fermentación.

—Pues todo eso suena muy chic e interesante, pero yo no aprecio mucha diferencia de olores. Debo de tener la nariz atrofiada —comenté, echándome a reír.

—Bueno, pues pasemos a probarlo, a ver si eso te gusta más. Dale un pequeño sorbo y muévelo hacia ambos lados de la boca con la lengua para apreciar todos sus sabores.

Le di un sorbo, lo paseé por mi boca como él me había indicado y sonreí. No entendía nada de vinos, pero noté diferentes matices y me pareció que estaba buenísimo. Definitivamente, se notaba que no era un vino corriente.

—¡Está riquísimo!

—Un vino «redondo» es aquel que logra un equilibrio entre sus diferentes

matices.

—Pues este, en mi humilde opinión, es realmente perfecto.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo satisfecho—. Es un vino impresionante.

—¿Cómo sabes tanto de este tema?

—Mi padre es enólogo. Crecí entre Burdeos y La Rioja, siempre rodeado de viñedos, así que lo mío no tiene mucho mérito.

—Esa es una profesión distinta a lo habitual. Tiene que ser muy interesante —comenté fascinada—. ¿Tu padre sigue viviendo allí?

—No. Se jubiló cuando mi hermano enfermó. Se vino a Madrid para cuidar de él. ¿Qué te apetece picar? Tengo unos quesos buenísimos que son perfectos para tomar con este vino.

Estaba claro que no le apetecía demasiado hablar de ese tema. Aunque me interesaba mucho conocer mejor sus circunstancias, decidí darle un respiro y dejar mis preguntas para otro momento.

—Lo del queso suena muy bien.

Adrián demostró ser un gran anfitrión. Preparó una bandeja con todo tipo de quesos y sacó unos panecillos deliciosos para acompañarlos.

—¿Qué tal te va en la agencia? —me preguntó una vez ambos estuvimos sentados en uno de los cómodos sofás que había junto a la chimenea. Bono, Alan y Gilda despertaron de su letargo en cuanto nos acercamos y ahora estaban los tres sentados con cara de pena delante de la mesa baja de cristal sobre la que Adrián había puesto el picoteo.

—Bien, cada vez mejor —respondí satisfecha—. Parece que me he ganado el respeto de mi jefa. Y Adolfo, a pesar de nuestros encontronazos, incluso terminó alabando mi trabajo en las Seychelles.

—Me alegro mucho. Después de cómo te trató el primer día de rodaje, parece que al final te has ganado su confianza. Lo organizaste muy bien y te hiciste respetar, así que no te mereces menos.

—Supongo que al principio le fastidió que una chica joven y novata sustituyera a Diana y le intentara dirigir.

—Y también hubo algo de machismo sazonado con un toque de condescendencia paternalista —apuntó Adrián, antes de dar un sorbo al vino—. La verdad es que me fastidió bastante su actitud de ese día contigo.

—Ya lo vi, ya —dije, recordando cómo él había salido en mi defensa—. Pero tranquilo, no ha vuelto a ocurrir y estoy muy a gusto en la agencia. Trabajo mogollón y hay algo de competitividad a mi alrededor, pero estoy aprendiendo muchísimo. Además, Diana, aunque es una mujer muy exigente,

me hace sentir valorada.

—Eso es superimportante. Es mucho más fácil dejarse la piel si ves que tu esfuerzo vale la pena.

—Hablando de trabajo, ¿cómo te hiciste modelo y actor? —pregunté antes de coger un poco más de queso de la bandeja. Lo saboreé y luego bebí otro sorbo de aquel vino tan exquisito. La mezcla de ambos sabores me pareció bestial.

—Fue por pura casualidad. Estaba acabando el bachillerato y tenía planeado seguir los pasos de mi padre. Tenía contactos gracias a él en varias bodegas, así que me estaba planteando seriamente estudiar enología. Quería trabajar en algo que no me obligara a permanecer todo el día metido en una oficina. Pero todo dio un giro inesperado cuando un amigo me dijo que se iba a presentar a un *casting* para hacer de modelo y me pidió que le acompañara —me explicó, apoyando su espalda en los mullidos almohadones del sofá, adoptando una postura muy cómoda. Le imité haciendo lo mismo en el otro extremo—. Le daba palo ir solo, pero él necesitaba la pasta y pensé que no me costaba nada ir con él para que no se sintiera tan perdido. Lo que no me esperaba es que la mujer que dirigía aquel embolado me diera un repaso de arriba abajo y se empeñara en que hiciera la prueba yo también. No iba esperando nada, así que creo que conseguí el trabajo porque lo hice con mucha naturalidad. No estaba nervioso y más bien me lo tomé a coña.

—¿Y qué dijo tu amigo? Le sentaría fatal.

—No se quejó mucho. Como conseguí aquella sesión de fotos para una marca de ropa por catálogo sin esperarlo, le di la mitad de la pasta que gané y se quedó tan contento —dijo riendo—. Ahora él es abogado, y yo modelo y actor. La vida a veces da giros inesperados.

—Sí, sí los da —dije—. ¿Y de ese trabajo pasaste a otros con facilidad?

—Sí, porque tuve la suerte de llamar la atención de una agencia de modelos y ellos fueron los que lanzaron mi carrera. Al principio, era un poco reticente a meterme en ese mundo. No era para nada lo que yo tenía pensado, pero no dejaban de llamarme para una campaña tras otra y ganaba más dinero del que jamás habría imaginado. Decidí seguir con ello durante un tiempo y ahorrar lo suficiente para luego volver a mi plan inicial.

—Pero nunca lo hiciste.

—No, porque llegaron proyectos fuera de España, donde había todavía más pasta, y empezó a tentarme la idea de estudiar interpretación. La rueda fue girando sola y ahora me encuentro en esta vorágine que ha creado el éxito de

la serie.

—Pero a ti te gusta actuar, ¿no?

—Sí, me encanta, pero la parte de la fama la llevo bastante mal —dijo, torciendo el gesto—. Preferiría mil veces hacer teatro; reconvertirme cada noche en ese personaje, aprender día a día de él, interpretar el papel de formas distintas hasta hacerlo completamente mío y sentir la presencia del público de cerca.

—Adrián, si hablas con esa pasión del teatro, deberías hacerlo —le animé.

—Olivia, ahora no puedo. *La jaula* y las campañas publicitarias que tengo gracias a la fama que me ha dado el papel del agente Santana me dan unos ingresos de los que dependen mi hermano y mi padre. La enfermedad de Gonzalo es incurable y avanza muy deprisa. Mi padre se jubiló antes de tiempo para cuidarle y depende mucho de mí económicamente.

—¿Dónde viven ellos?

—Hasta hace poco vivíamos los tres juntos en esta casa. Por eso la compré. Era perfecta para tres personas y no tenía ninguna barrera para mi hermano. Él ahora va en silla de ruedas, así que no podíamos vivir en un casa con escaleras o recovecos difíciles —me explicó, volviendo a sentarse más erguido. Parecía que ese tema le impedía estar relajado—. Y como él no sale ya apenas a la calle, quise regalarle los increíbles atardeceres que se ven desde este jardín. El sol se oculta detrás de las montañas de la sierra y es una auténtica pasada. Hoy has llegado un poco tarde para verlo, pero ha sido increíble. A ver si el próximo día que vengas puedes disfrutarlo.

Hizo un a pausa y se sirvió más vino.

La idea de que él esperara que volviera me chifló. Me encantaba su compañía, me encantaba su casa, me encantaban sus perros y, sobre todo, me encantaba quién era yo cuando estaba con él.

—Gonzalo ha empeorado demasiado rápido en los últimos meses. Mi padre ya no podía cuidarle solo. Ni siquiera con la ayuda del enfermero que venía todos los días podía con la situación. Mi hermano no solo tiene una degeneración a nivel físico, sino que su mente también está tocada —siguió explicando, abandonando el sofá. Comenzó a andar con la copa de vino de un lado al otro del salón—. Sufre alucinaciones y paranoias muy a menudo. Se ha vuelto agresivo y le cuesta mucho relacionarse con la gente. Ha llegado un punto en el que ya no puede vivir en una casa sin supervisión constante, así que le hemos internado en una clínica privada experta en este tipo de enfermedades raras.

—¿Y tu padre?

—Vive muy cerca de él. Le he alquilado un piso a pocos minutos del centro donde cuidan a mi hermano. Puede ir todos los días a verle. Yo voy cuando puedo. Está en la otra punta de Madrid.

Algo me decía que si Adrián no iba cada día a ver a su hermano no era por falta de tiempo, sino porque aquello era demasiado duro para él.

—Así que ahora tienes esta preciosa casa solo para Bono, Alan y tú — comenté, levantándome del sofá para acercarme hasta el ventanal que daba al jardín. Decidí rebajar la carga que tenía Adrián a sus espaldas. No iba a compadecerle ni a decirle cuánto lo sentía. Eso ya se lo habría dicho mucha gente—. Creo que necesitas compartirla de vez en cuando con otro ser humano, no vaya a ser que te conviertas en un ermitaño sin remedio. Así que, sí, acepto encantada volver a venir otro día para ver la puesta de sol. Aunque tendrás que dejarme que traiga yo la receta para la cena. Prometo no quemar nada en el horno esta vez.

Se acercó a mí muy despacio. Sus ojos volvían a tener esa chispa traviesa que tanto me gustaba. Levantó su copa de vino.

—Brindo por ti, Olivia. La mejor alumna catadora de vinos con la que me he encontrado.

Alcé mi copa también y añadí:

—Y yo brindo por el mejor cuidador de perros que podía pedir para Gilda.

Chocamos el cristal de nuestras copas y bebimos un poco más de vino.

Dio un paso más hacia mí y llevó su pulgar a mi mejilla. La rozó con suavidad y me estremecí.

Un móvil sonó en la zona de la cocina.

—Paso de cogerlo. Qué pereza —dijo, aproximándose aún más de forma muy peligrosa.

El móvil dejó de sonar, pero pocos segundos después fue el teléfono de su casa el que lo hizo.

—Voy a tener que cogerlo. Si me llaman a casa es que es urgente —dijo, con un resoplido, alejándose de mí.

Solté un suspiro en el que se mezclaron el fastidio y el alivio. Esa llamada había interrumpido un momento de magia que deseaba tanto como temía.

Adrián tuvo que cambiarse de ropa a toda prisa porque se le había olvidado que tenía que ir a un evento. Su mánager estaba histérico y le obligó a que saliera cuanto antes hacia allí. Me daba la sensación de que Alejandro le

controlaba demasiado, pero no era el momento de darle una charla sobre aquello. Me disponía a marcharme cuando él apareció ya vestido con unos vaqueros y un jersey de cuello vuelto.

—¿Por qué no me acompañas? —me propuso.

—¿Estás loco? No voy vestida para ir a un evento social.

—Es algo muy informal. Yo me he puesto lo primero que he pillado.

Sí, y estaba igual de guapo y elegante que si hubiera llevado traje y corbata. Pero esa no era una de mis cualidades. No soy el tipo de persona que se ponga lo que se ponga está divina de la muerte. Necesito un poco más de tiempo para lucir mi mejor versión.

Y aunque hubiera estado más arreglada, ni loca habría ido con él a una fiesta benéfica donde iba a estar la prensa del corazón. Ir de acompañante de Adrián supondría incendiar todas las redes sociales y dar gasolina a los charlatanes de los programas de cotilleos. Vamos, justo lo que quería evitar.

—Lo siento, Adrián, pero me tengo que ir ya. Gracias por cuidar a Gilda y por tu hospitalidad conmigo. Ya nos veremos.

Me despedí de una forma bastante fría, lo admito. Y con lo amable y cálido que había sido conmigo no se merecía que saliera de allí de una forma tan apresurada, pero es que al pensar en acompañarle a un evento de ese tipo me entró mucho vértigo.

Es lo que tiene asomarse al abismo; por un lado, quieres tirarte al vacío sin pensar en las consecuencias, pero, por otro, el miedo a la caída te hace dar unos pasos hacia atrás.

Había sido una semana difícil. Me había llevado un par de merecidas broncas de Diana al meter la pata en varios asuntos; no estaba concentrada al cien por cien en mi trabajo.

Hugo y Adrián.

Cicatrices del pasado y posibles heridas del futuro.

Y el presente intentando silenciar a mi corazón.

No me podía quitar a Adrián de la cabeza. Por las noches apenas pegaba ojo; no paraba de darle vueltas al torbellino de sensaciones que se habían despertado dentro de mí desde el viaje a las islas Seychelles. No le había visto ni había hablado con él desde que me fui de su casa con Gilda. No había hecho de canguro canino de nuevo porque había tenido que irse de viaje por un asunto de trabajo. Tampoco me había escrito. Creo que se estaba cansando de que hubiera vuelto a huir de él como alma que lleva el diablo. Y como yo estaba hecha un auténtico lío, tampoco intenté comunicarme con él.

Cuando llegó el viernes decidí ir a ver una buena película con mi abuelo. Su compañía siempre me resulta terapéutica. Es un hombre muy sabio, cariñoso y divertido. Y transmite una paz que me resulta muy reconfortante, sobre todo en los momentos en los que me siento totalmente perdida. Y ese era uno de ellos. Creo que si no he sentido nunca la falta de un padre ha sido gracias a él. Ha sabido ser el mejor referente masculino para mí. Es mi padre, mi abuelo y, sobre todo, mi amigo.

Ambos somos unos enamorados del cine y él acostumbra a elegir temas que luego nos dan para filosofar largo y tendido. Normalmente miramos la cartelera y aprovechamos para salir a dar una vuelta. Pero esa noche hacía mucho frío, así que en lugar de ir a ver un estreno decidimos quedarnos en su casa. De entre las películas que él tenía en su apreciada videoteca elegimos ver una vez más *En busca de la felicidad*. Mi abuela había salido a cenar con sus amigas, así que conquistamos el sofá a nuestras anchas. Es encantadora y la adoro, pero si está alrededor no hay quien se centre en ver nada porque no para de parlotear ni un segundo.

Y con el huracán interior que estaba experimentando lo último que necesitaba era a mi abuela revoloteando a mi alrededor bombardeándome con su incesante curiosidad. Ella andaba fascinada con el hecho de que yo ahora conociera a Adrián personalmente. Y la cotilla de mi madre le había chivado que él estaba interesado en mí, así que seguro que me habría dado la lata de lo lindo.

Mi abuelo, en cambio, respeta siempre mis silencios y si me da algún consejo es porque yo se lo pido o porque surge de forma natural en la conversación.

Vimos la película con calma y me alegré mucho de que hubiéramos elegido una historia tan inspiradora; tan llena de coraje, optimismo y esperanza. Yo soy muy aficionada a hacer de mis pequeños problemas un mundo, con lo que me vino de perlas que Will Smith me recordara esa noche que hay gente que supera con éxito situaciones muchísimo más peliagudas y dramáticas que una bronca de mi jefa o el daño que Hugo me hizo, convirtiéndome en una cobarde sentimental. Esa historia, basada en un hecho real, es el ejemplo perfecto sobre cómo no hay que dejar que nada te aleje de tus sueños.

—¿Sabes? Me habría encantado charlar con Rafael sobre esta película —comentó mi abuelo con nostalgia una vez que terminamos de verla. El hombre al que se refería había sido uno de sus mejores amigos y, desgraciadamente, se había marchado antes de tiempo por culpa de un accidente—. Su vida habría sido distinta.

—¿Por qué crees eso?

—Porque se habría dado cuenta del error que cometía siendo tan fatalista. Su actitud frente a la vida le robó muchas oportunidades.

—Abuelo, por muy inspiradora que sea una historia, no siempre es suficiente para que alguien cambie su forma de ver las cosas.

—Esta historia es muy potente. Es imposible que después de verla no te pares a pensar en su mensaje —insistió con vehemencia—. El futuro está en nuestras manos. Nosotros tenemos el poder de darle forma a nuestros sueños. Y él nunca quiso ver que sus problemas provenían principalmente de su cobardía. Era un hombre bueno y muy inteligente, pero le faltaron agallas.

—¿Pero no era un abogado brillante y con mucho éxito?

—Sí, lo fue. Pero no me estoy refiriendo a su vida profesional. En ese ámbito sí triunfó, pero esta película no me hace pensar solo en eso. Rafael fue valiente para los negocios, pero dejó que el miedo le robara el gran sueño de su vida.

—Abuelo, no te entiendo —dije confundida—. Recuerdo que tu amigo tenía una esposa encantadora y tres hijos. Los conocí a todos un verano que los invitaste a la casa de la playa. Parecían una familia muy unida. ¿Cuál fue ese sueño que no cumplió?

—El amor verdadero, Olivia. Eso fue lo que se le escapó.

—¿No amaba a su mujer?

—La quería como compañera y madre de sus hijos. Pero nunca estuvo enamorado de ella. Su verdadero amor apareció de repente un día en su despacho. Y lo conquistó por completo.

—¿Quién era? —pregunté muerta de curiosidad.

—Casilda Klein. Un alma libre y llena de vida que recurrió a él para una consulta profesional. Pero el destino es caprichoso y algo muy intenso surgió entre ambos.

—Quizá él valoró el daño que podía causar a su familia dejándolo todo por ella y prefirió no herirlos —comenté—. Esa es una decisión muy respetable.

—No es respetable si con ello matas a tu corazón. Sus hijos ya eran mayores e independientes. Y su mujer seguía con él por mantener las apariencias. Era muy cómodo ser la señora de tal, conocida y respetada en su círculo social. Y él, por no montar un escándalo y dañar su reputación profesional, se pasó muchos años anhelando vivir como realmente quería. Además, también temía el rechazo de esa fascinante mujer anglo-española que le tenía hechizado. Habían llegado a ser grandes amigos, pero no sabía con certeza si ella le correspondía.

—¿No llegó nunca a declararle su amor?

—Esa declaración murió en el camino —respondió mi abuelo con tristeza.

—¿Cómo? —pregunté perpleja—. ¿Iba camino a abrirle su corazón cuando tuvo ese accidente?

—Sí, Oli —asintió mi abuelo—. Esa misma tarde mantuvimos una larga conversación y por fin estaba decidido a dar el paso. Tenía intención de abrirle su alma de par en par y, si Casilda le aceptaba, lo iba a dejar todo para empezar una nueva vida junto a ella en Kenia. Casilda era hija de un diplomático inglés y de una aristócrata española. Se había criado en África. Vivía a caballo entre Madrid y su residencia en Nairobi. Era una mujer arrolladora, tremendamente interesante y muy polifacética. Murió hace unos meses, así que espero que ese gran amor haya sido posible finalmente en algún lugar.

—Qué triste... —murmuré impactada—. ¿Cómo sabes que ella sentía lo

mismo? Él nunca llegó a declararse.

—Al morir Rafael, Casilda y yo nos hicimos buenos amigos. Yo era la única conexión que le quedaba con él, y una tarde lluviosa de primavera me confesó con lágrimas en los ojos lo enamorada que había estado de él.

—Qué mala suerte que Rafael no se hubiera declarado antes.

—No fue mala suerte —me corrigió mi abuelo—. Fue culpa suya por tardar demasiado en tener las agallas de vivir su vida como realmente quería. El tiempo pasa muy deprisa y no hay que perder ni un segundo porque no sabes qué te puede suceder.

Mi abuelo parecía realmente triste al recordar a su amigo. Había sido como un hermano para él y aún le pesaba que este no hubiera sabido encontrar la felicidad.

—¿Sabes lo que creo? —dije, pensativa—. Hay mucha gente que no encuentra nada porque ni siquiera empieza a buscar. Se conforman con lo conocido, se quedan en su zona de confort y, aunque se quejan, prefieren seguir como están a arriesgarse a explorar otras opciones.

—Ahí está la clave, pequeña —asintió mi abuelo—. Solo hay que fijarse en el título de la película: *En busca de la felicidad*. Si no te molestas en empezar a buscarla, ¿cómo vas a encontrarla? Sin una meta no hay camino.

—Lo malo es que a veces la meta la tienes clara, pero el camino parece demasiado difícil para recorrerlo —suspiré.

—Olivia, no hay camino difícil, sino temores que nos paralizan. —Mi abuelo hizo una elocuente pausa y me miró fijamente—. El miedo es nuestro peor enemigo. Que algo parezca complicado no es motivo suficiente para rendirse antes de intentarlo siquiera. Si no obligamos a nuestros pies a dar el primer paso, nunca sortaremos las piedras que hay en el camino. Pueden ser rocas gigantescas, pero el poder de la ilusión es más grande que cualquier obstáculo. Las cosas que realmente merecen la pena nunca son fáciles. Y si esperas demasiado, puede que, cuando por fin te animes a empezar a andar, el camino se haya erosionado tanto que entonces solo te conduzca hasta un precipicio insalvable.

Valentía.

Aquello parecía un tema recurrente últimamente en mi vida. Aparecía constantemente sin que pudiera evitarlo. Todos aquellos que me rodeaban me lo recordaban una y otra vez.

La historia de Rafael y la última frase del apasionado discurso filosófico de

mi abuelo habían sido la gota que colmaba el vaso de mis dudas.

Tenía que ser una señal.

Por mucho que intentara convencer a todos, y sobre todo a mí misma, de que Adrián no me convenía, que era mejor no dejarme llevar por lo que él me hacía sentir, cada vez era más difícil mantenerme firme.

A pesar de lo complicado que podía ser tener una relación con él, me estaba enamorando como una demente de ese tío.

Una vez que me hube despedido de mi abuelo, anduve pensativa hasta la parada de autobús que había en la esquina. Y, cómo no, me encontré con otra señal. En la marquesina había una foto en la que salía Adrián, anunciando esta vez un reloj deportivo para hombres.

Lo observé durante unos instantes y me di cuenta de que para mí esos ojos verdes ya no eran los de un ídolo inalcanzable.

Había llegado el momento de tomar una decisión definitiva al respecto.

Tenía que conseguir que esa mirada tan penetrante con la que me topaba en todas partes dejara de torturarme.

—¿Se puede saber para qué demonios estamos yendo a la sierra?

Paula conducía su coche por la autovía sin tener ni idea de mis planes. Le había pedido que por favor me acompañara a hacer una excursión con Gilda. No tenía el coche de mi madre disponible ese sábado y necesitaba que mi amiga me llevara.

—Necesito aire puro y una buena caminata —me limité a responder—. Y a ti te vendrá genial también. Tanta polución no es buena.

—Si estuviéramos en primavera, esto me parecería una idea estupenda, pero vamos a pasar un frío que pela allí arriba.

—No seas exagerada —la regañé—. Con estos plumíferos no nos vamos ni a enterar. Prometo invitarte después a una buena comilona en un sitio que conozco que mola un montón.

Paula soltó un resoplido y no dijo nada más. Subió el volumen de la radio y siguió conduciendo.

Cuarenta minutos después llegamos al punto donde debíamos dejar el coche. A partir de ahí tendríamos que seguir a pie para llegar a nuestro destino.

Gilda nos seguía correteando de aquí para allá entre los pinos mientras nosotras caminábamos por el ancho sendero que nos llevaría hasta el río. Una vez allí tendríamos que seguir por otro camino más estrecho que ascendía poco a poco hacia mi objetivo.

Olía a pinos y a naturaleza, y también a boñiga de vaca. Algunas de ellas pastaban a sus anchas por allí y mi perra se volvió loca al verlas. Intentó acercarse ladrando a una de ellas, pero la llamé antes de que la vaca se cabreara con ella. No sé si las vacas pueden llegar a embestir a un perro, pero prefería no averiguarlo.

Cuando el camino se volvió más escarpado y difícil, Paula me amenazó con no seguir subiendo más.

—Oli, yo creo que ya es suficiente —dijo casi sin aliento—. Llevamos andando más de una hora. Ya hemos disfrutado del aire puro y la naturaleza. ¿Por qué no bajamos hacia el pueblo y tomamos algo?

—Queda muy poco. Por favor, Paula, esto es importante para mí —le supliqué.

—Muy bien. Seguiremos andando. Pero más vale que después me invites a unas alubias bien calientes, y también a un chuletón, mientras me explicas por qué narices te ha dado este ataque de hacer senderismo en pleno diciembre.

—Prometo cumplir con todo lo que me pides, pero ahora sigamos andando.

Continuamos avanzando y unos veinte minutos después ya vi la señal de madera que indicaba que estábamos cerca de la cascada que iba buscando. Tuvimos que trepar unas cuantas rocas y Paula ya estaba que trinaba. Gracias a Dios no tardamos mucho en llegar a nuestro destino. Justo cuando ella iba a obligarme a que nos diéramos la vuelta vio cómo caía el agua por aquellas rocas a una pequeña piscina natural.

Se quedó alucinada observando aquella maravilla mientras yo me iba desatando los cordones de mis botas de montaña.

—¿Pero se puede saber qué haces? —chilló al verme descalza sobre una de las rocas—. ¡Te vas a pillar una pulmonía!

—Tranquila, solo será un momento.

Di unos pasos sobre las pequeñas rocas heladas sintiendo que mis pies se iban a congelar. Cuando llegué a una más grande me senté y puse mis pies bajo el chorro de la cascada. El agua estaba tan fría que creí que no iba a ser capaz de aguantar los pocos segundos que necesitaba para sacar la foto con mi móvil.

Pero lo aguanté.

Saqué varias fotos desde diferentes ángulos de mis pies desnudos dejándose mojar por el agua de la sierra. Cuando estuve satisfecha con la última de ellas, los saqué del agua a toda prisa y le pedí a Paula mi mochila. Llevaba una pequeña toalla y me sequé los pies rápidamente antes de ponerme los calcetines térmicos y calzarme de nuevo.

—¿Se puede saber qué coño ha sido eso? ¿Alguna idea loca para alguna campaña de la agencia? —preguntó mi amiga entre alucinada y enfadada—. Este sitio es precioso, así que la caminata ha merecido la pena. Pero, chica, no creo que sea necesario sentir el agua helada en tus pies para completar la experiencia. ¡Estás como una cabra!

—Sí, era necesario. Necesitaba ser valiente y sacar esas fotos.

—Oli, en serio, últimamente no te pillo.

—No te preocupes, yo tampoco termino de entenderme —dije, riendo—. Pero te prometo que en cuanto nos sentemos a comer sabrás de qué va todo

esto.

Olivia Santos @oliviaandgilda

Es invierno y el agua está helada. Pero prefiero sentirlo todo, tal y como es.

A ese tuit le adjunté la última foto de mis pies desnudos bajo el helador chorro de agua.

Dudé unos segundos.

Finalmente pulsé sobre el botón de tuitear.

Ya estaba hecho, ahora solo quedaba esperar a que uno de mis seguidores captara ese mensaje que iba dirigido exclusivamente a él.

Después de dos días sin tener ninguna indicación de que Adrián se hubiera dado por aludido me sentía como una completa imbécil. Había expuesto mis pobres pies a quedarse congelados y no había servido de nada.

Lo había hecho demasiado tarde. Él ya no estaba interesado en que por fin estuviera dispuesta a andar descalza y sin protección.

Esa tarde se habían torcido varios asuntos de una campaña y aún seguía en la oficina tratando de apagar fuegos cual bombero sudoroso. Sobre las ocho y media parecía que ya tenía todo controlado. Solo me faltaba recibir un correo electrónico de la imprenta confirmándome que el megacartel para el *photocall* de un evento que tendría lugar en dos días estaría listo a tiempo. Había tenido que tirarme toda la tarde hablando con ellos para conseguir que hicieran la excepción de tenerlo en un tiempo récord porque el metepatas del diseñador gráfico había enviado el archivo con un montón de fallos y se había pasado todo el día para rehacerlo por completo. Así era ese trabajo; siempre había alguna cosa que se torcía en el último momento y no podíamos permitirnos el lujo de irnos a casa sin arreglar el desaguisado.

En la agencia tan solo quedábamos cuatro gatos esa noche, así que todo estaba en calma y en silencio. Durante el día; el frenesí de gente yendo y viniendo, teléfonos sonando y un sinfín de dedos aporreando el teclado convertían la oficina en un lugar ruidoso y muy dinámico.

Tenía la espalda entumecida después de llevar toda la tarde sentada enfrente del ordenador. Me estiré y decidí dar un paseo hasta la máquina de bebidas para coger un refresco. No sabía cuánto iba a tardar en darme la respuesta definitiva el mandamás de la imprenta y necesitaba despejarme un poco. Y como me dijera que no iban poder tener a tiempo el encargo, ya podía ir pensando en pedir algo de cenar al restaurante chino que había al lado. Tendría que ir llamando a los móviles de los comerciales de las demás

imprentas que conocía. A ver cómo demonios iba a encontrar a alguien disponible a esas horas que me asegurara que podía tener el dichoso *photocall* listo en veinticuatro horas. No me podía ir de la agencia hasta que eso estuviera solucionado.

Volví con mi refresco caminando a dos por hora por el pasillo que conducía a mi cubículo cuando me encontré con Juan, quien también deambulaba todavía por allí cerrando algunos asuntos, con un paquete en sus manos.

—Esto acaba de llegar para ti. No sabía que los mensajeros hicieran entregas a estas horas —comentó extrañado, y me tendió el misterioso paquete—. Yo ya me voy. ¡Te veo mañana!

—Hasta luego —respondí algo mosca por sus prisas en marcharse. Era muy cotilla y me pareció muy curioso que no se quedara conmigo para averiguar de qué se trataba esa inesperada entrega a esas horas.

Llevé el paquete, que por cierto era bastante grande, hasta mi mesa. Miré la etiqueta; no tenía remitente.

Qué extraño...

Todo lo que recibíamos en la agencia venía siempre identificado. Lo abrí con curiosidad y me quedé perpleja al comprobar que se trataba de una bolsa de una prestigiosa y carísima marca de zapatos.

La abrí empezando a ponerme muy nerviosa; mi cerebro comenzaba a sospechar de qué se trataba aquella misteriosa entrega a última hora de la tarde.

Y mis sospechas se vieron confirmadas.

De la caja que había dentro salieron unos preciosos y elegantísimos botines *peep toe* de terciopelo marrón. ¡Aquellos Jimmy Choo de altísimos tacones eran increíbles!

Miré la suela; justo mi número exacto.

Aún perpleja y en *shock*, me percaté de que dentro de la caja había una nota.

«Muy ingeniosa tu forma de decirme que por fin te atreves a andar descalza.) Por cierto, tienes unos pies preciosos, pero como prefiero que el frío no los estropeeé se me ocurre un nuevo reto: ¿eres lo suficientemente valiente para andar sobre diez centímetros de tacón?».

¡Diossssss!

Adrián me había regalado unos zapatos de ensueño que jamás en mi vida habría podido comprarme. Aunque hubieran sido un par de una marca más económica su detalle me habría hecho la misma ilusión. Pero no nos

engañemos: mi lado más caprichoso adoraba el hecho de que aquellos *peep toes* fueran una obra de arte. Eran tan bonitos y elegantes que eso hacía que la sorpresa fuera todavía más alucinante.

El aviso de que me había llegado un correo al ordenador me sacó de mi estado de *shock*.

Le eché un rápido vistazo al contenido del mensaje que apareció en la pantalla y todavía me puse más contenta. La imprenta iba a hacer una excepción y me daba la confirmación final de que el encargo estaría listo para la tarde siguiente, lo que significaba que nos daría tiempo de sobra a que el *photocall* estuviera montado y en su sitio para el evento.

Ya me podía ir de la oficina.

¡Menudo final de día tan estupendo!

Con una sonrisa de oreja a oreja me senté en mi silla y cambié mis viejas bailarinas de cuero por aquellos preciosos botines. Acto seguido, caminé hasta el cuarto de baño de mujeres y observé mi reflejo en el espejo de cuerpo entero que había junto a los lavabos.

¡Era increíble! El aspecto de mi atuendo cambiaba completamente al llevar aquellos Jimmy Choo en mis pies. Lo que antes era un *look* informal compuesto por unos pantalones ceñidos y un jersey de cuello vuelto de color crema, ahora se había convertido en un conjunto de lo más *sexy* y elegante que añadía diez centímetros extra a mi humilde estatura. Los tacones, forrados también de aquel terciopelo marrón oscuro, hacían que mis piernas parecieran las de otra chica. Se veían muy largas y estilizadas.

Di unos pasos por el baño y me sorprendí de lo cómodos que eran. Yo no estaba acostumbrada a andar con ese tipo de tacón tan alto y fino, pero la horma de esos delicados botines era tan buena que se adaptaban a mis pies como un guante. ¡De repente me había convertido en una diosa superfemenina!

Por unos segundos dudé si debía aceptarlos o no, pero tras volver a mirarme en el espejo decidí que tenía que quedármelos. ¡Eran preciosos y me encantaba cómo me sentaban! Y además, eran la prueba de que Adrián en absoluto se había cansado de mí. Eso era, sin duda, lo mejor de aquellos zapatos.

Con la decisión tomada, caminé de vuelta a mi cubículo con una sonrisa tonta dibujada en mi cara. Menos mal que no había nadie por allí, porque habría sido muy difícil ocultar lo pletórica que estaba y a nadie le habría pasado desapercibido mi nuevo *look*.

Apagué el ordenador, recogí mis cosas y metí mis desgastadas bailarinas de

mercadillo en la elegante caja de Jimmy Choo.

Podría haber esperado a estrenar los botines en otro momento, pero me gustaba tanto cómo me hacían sentir y, lo que era aún más importante, su significado, que salí de la oficina hacia el recibidor disfrutando de cada paso que daba.

Pulsé la tecla para que alguno de los modernos ascensores del rascacielos se detuviera en mi planta. Mientras esperaba saqué el móvil del bolso para enviarle un mensaje de agradecimiento a Adrián.

Estaba comenzando a teclear sobre la pantalla cuando el timbre que anunciaba que uno de ellos ya estaba allí me hizo levantar la vista. Las puertas de acero comenzaron a abrirse lentamente y vislumbré una alta figura masculina a través de la rendija. Una familiar gorra de estilo militar ocultaba en parte el rostro que miraba hacia el suelo. Cuando las puertas se hubieron abierto por completo, su cabeza se alzó. Adrián me observaba con una expresión tan intensa que me quedé paralizada.

Me repasó de arriba a abajo y esbozó una media sonrisa al comprobar que llevaba puestos los botines.

El estómago me dio un vuelco.

Y el cuerpo entero también cuando su mano agarró mi brazo con rapidez y me introdujo dentro del ascensor. Sin decir ni una palabra pulsó el botón de cierre de puertas y luego el de la planta cero. Acto seguido me atrapó contra una de las esquinas del ascensor y pasó ambos brazos sobre mis hombros, apoyando sus manos sobre las paredes metálicas del ascensor.

La visera de su gorra quedó a unos pocos milímetros de mi frente.

—Eres una loca —susurró con una voz tan grave y sensual que sentí que me derretía.

—No más que tú —musité, totalmente alucinada por lo que me estaba sucediendo.

—Yo no he sometido mis pies a temperaturas criogénicas —dijo, ahogando una carcajada.

—No, pero te has gastado una fortuna para que no vaya descalza. Muchas gracias, pero te has pasado.

—Y gastaré lo que haga falta para que esos pies tan *sexys* no pasen frío.

—¿No eras tú el que quería que me atreviera a exponerlos y hacerlos libres? —me burlé, hablando con apenas un hilo de voz. Su aroma y el calor de su cuerpo me tenían atrapada en una marea de sensaciones que no me dejaba pensar con claridad.

—Quiero que sean libres y que sientan intensamente cada paso que dan. — Su aliento acarició la piel de mis mejillas y noté el roce de unas traviesas alitas en lo más profundo de mis entrañas—. Pero no pienso permitir que sufran al hacerlo. Te regalaré todos los zapatos que haga falta para evitar que tus pies vuelvan a tener heridas. Andaremos descalzos la mayor parte del tiempo, pero también nos protegeremos de las piedras que pueda haber en el camino. Sé que mi mundo te asusta. A mí hay veces que también. Y mucho. Pero creo que merece la pena intentarlo porque juntos podemos hacer que todo sea más fácil para ambos.

—Adrián, yo...

No pude acabar la frase. Me quedé paralizada. No sabía cómo expresar lo que sentía.

Miedo e ilusión al mismo tiempo.

—Olivia, no hace falta decir nada más.

—Sí, pero es que yo no sé si...

Una vez más no conseguí acabar la frase, pero en esta ocasión no fue porque yo me quedara sin palabras, sino porque, mientras seguía atrapada por su cuerpo contra la pared del ascensor, sus labios habían atrapado los míos con tanta decisión que no había nada que pudiera hacer.

Su hambriento y apasionado beso me había hecho olvidar lo que quería decir.

Ya no había peros ni excusas que valieran.

Adrián me estaba besando como nunca nadie lo había hecho. Ni siquiera él. Porque si el beso con el que me había sorprendido la última noche en las Seychelles había sido intenso, esta vez era tan devorador y lleno de sentimiento que, aunque el ascensor seguía descendiendo a toda velocidad hacia la planta baja, yo me había elevado tan arriba que estaba contemplando el mundo desde una brillante estrella suspendida en el cielo.

—Esa aparición estelar en el ascensor no ha sido una casualidad, ¿verdad? — pregunté, una vez sentada en su coche y de vuelta en la tierra.

—No —respondió riendo—. Juan me ha avisado de que ya te marchabas.

—Pero si él ya se había ido...

—Eso es lo que te ha hecho creer. Se ha quedado escondido por allí para avisarme de cuándo ibas a irte de la oficina —me explicó. Conducía hacia el centro de la ciudad—. Que justo estuvieras esperando el ascensor cuando se han abierto las puertas sí ha sido una casualidad que me ha venido de perlas —añadió con una sonrisa maliciosa y traviesa.

—¡Menudo mentiroso está hecho! Mañana le voy a cantar las cuarenta.

—No te enfades. Ha sido mi mejor aliado para sorprenderte —le defendió, riendo—. ¿Quién te crees que me ha chivado el número que calzas?

Solté una carcajada y dejé que la magia de «*Where the Streets Have No Name*», que justo comenzaba a sonar en los altavoces del BMW, convirtiera aquel momento en algo aún más perfecto. Esa canción es una de mis favoritas de U2 y siempre que la escucho me transporto a otra dimensión. Pero en aquella situación me pareció aún más alucinante que nunca.

Ahora que por fin se habían acabado mis dudas, estaba dispuesta a ir con Adrián a un lugar donde las calles no llevaran nombres, sin importar lo lejos que estuviera o lo duro que pudiera ser.

Mientras la voz de Bono nos había silenciado a ambos, cerré los ojos y disfruté de la canción. No sabía adónde nos dirigíamos. Con la emoción del momento no me había molestado en preguntárselo; pero la verdad es que me daba igual. Quería disfrutar de aquella sensación de total felicidad sin preocuparme en absoluto por lo que iba a suceder después. Era un maestro a la hora de sorprenderme. Ya lo había hecho varias veces, así que tenía toda la intención de dejarme llevar.

Adrián condujo por el paseo de la Castellana hacia la plaza de Colón y luego a la Cibeles. Madrid estaba precioso a esas horas de la noche, con todos sus monumentos iluminados y las miles de lucecitas que colgaban de los

árboles recordándonos que en breve llegaría la Navidad. Mientras dirigía el coche hacia la calle Gran Vía le observé en silencio. Ahora sonaba una nueva canción en la radio bastante cañera que yo nunca había escuchado, sin embargo, Adrián parecía conocerla al dedillo a juzgar por cómo repetía la letra sin titubear ni parar de sonreír.

—¡Sí que te gusta esta canción! —exclamé sonriente—. Desde nuestra visita a la isla de las tortugas no te había visto tan feliz y despreocupado.

—Esta canción me mola mucho —admitió, girando el volante hacia una pequeña calle perpendicular a la Gran Vía—, pero no es el motivo de que esté de tan buen humor. La culpable de eso eres tú.

Me guiñó el ojo y detuvo el coche frente a la entrada de un hotel con una fachada clásica impresionante.

Yo esperaba un beso de película después de su respuesta, pero no me lo dio. Debí de adivinar mis pensamientos ya que, acto seguido, me explicó por qué.

—Hay un moscardón que nos lleva siguiendo un buen rato en su moto. Es un *paparazzi* seguro, así que no voy a darle el gusto de besarte en mi coche y que pases a formar parte de este circo de la noche a la mañana.

Salí del biplaza apoyando esos maravillosos tacones en el suelo y seguí a Adrián, que entraba ya con rapidez en el vestíbulo del coqueto y elegante hotel *boutique*.

Libres de la mirada indiscreta del supuesto *paparazzi*, Adrián me cogió de la mano y me llevó hasta el ascensor. Y una vez más aprovechó que estábamos solos en uno de esos aparatos para mirarme fijamente. Unos segundos después una de sus manos tomó mi barbilla y con la otra atrapó uno de los mechones de mi pelo. Lo acercó a su nariz e inhaló el aroma de mi champú cerrando los ojos.

—Qué bien hueles... —susurró en mi oído.

Su aliento me acarició con delicadeza y me estremecí por completo. Él también olía de miedo, pero estaba tan alucinada por lo que me estaba ocurriendo que no pude decir nada.

Sus labios rozaron lentamente mi piel desde el lóbulo de mi oreja hasta la comisura de mis labios. Cuando por fin su boca encontró la mía entreabrió los labios y comenzó a besarme lentamente. En el ascensor de mi oficina me había devorado y me había encantado. Pero este beso más pausado, más dulce y lleno de ternura liberó un sinfín de alas que revolotearon traviesas por mi estómago y me hicieron sentir como una quinceañera. Su lado romántico y delicado me convertía en alguien que yo creía que ya había muerto para

siempre.

Estaba tan embobada besándole que no pregunté qué hacíamos allí. Si había cogido una habitación para que pasáramos la noche juntos yo aún no estaba preparada. No pensaba acostarme con él tan rápido. Todavía tenía que asimilar que mis pies estuvieran pisando el mundo sobre esos maravillosos zapatos de ensueño.

El ascensor se detuvo por fin y, para mi alivio, salimos al *hall* de un restaurante exquisitamente decorado, situado en la última planta del edificio. Al parecer, no iba a llevarme a ninguna habitación, al menos por el momento.

Nos sentaron en una mesa algo apartada del resto en una acogedora esquina junto a una ventana. Las vistas eran una auténtica pasada. Desde allí se veía en primer plano la preciosa cúpula de pizarra oscura e incrustaciones doradas del edificio Metrópolis, con su imponente ángel negro iluminado en plena noche. Tras él, los tejados de la ciudad se desdibujaban en un juego urbano de luces y sombras.

—Qué diferente se ve Madrid desde aquí arriba —comenté, sin dejar de observar por la ventana—. Es como si el tiempo se hubiera detenido y no hubiera millones de personas deambulando por sus calles.

—Y no las hay. No para nosotros —dijo Adrián, entrelazando sus largos dedos con los míos sobre la mesa—. Ahora mismo solo estamos tú y yo. Y ese ángel inmóvil y silencioso como único testigo.

—Sí, ahora mismo podemos disfrutar de estar solos. Pero el mundo está ahí fuera y te siguen muy de cerca.

—Olivia, sé que eso te preocupa. Pero vayamos paso a paso, por favor. ¿Puedes intentar olvidar esta noche que soy un personaje famoso?

—Sí, lo intentaré.

—No estás cenando con el actor. Estamos aquí para que conozcas un poco mejor quién soy de verdad. Déjame que olvide mi otro yo por unas horas. Ya me agobia lo suficiente a diario. Esta noche quiero librarme por completo de él.

—¿Crees que ahora que la serie no se volverá a emitir hasta que rodéis la segunda temporada te dejarán un poco en paz?

—No lo creo —suspiró—. Como sigo apareciendo en anuncios y voy a bastantes eventos, mi popularidad sigue ahí.

—Si tanto te molesta, ¿por qué no paras un tiempo y dejas que el público te olvide un poco?

—Porque tengo que mantener vivo al personaje que he creado.

—Pero ese personaje te agobia; olvídalo durante una temporada para que te deje respirar.

—No puedo hacerlo. Los cuidados de Gonzalo son carísimos. Si rechazara algunas campañas para desconectar un poco de esta locura dejaría de ganar mucho dinero. Y, además, cuanto menos trabajas, menos te llaman para nuevos proyectos. Es un pez que se muerde la cola. Estoy atrapado me guste o no.

—Bueno, esta noche no lo estás. Estás conmigo —dije con una sonrisa.

—Cuando estoy contigo, él desaparece. —Una media sonrisa dibujó ese hoyuelo en su mejilla que tanto me gustaba—. Por eso estoy tan enganchado a ti. Tú me ves. Lo has hecho desde el principio. Sin conocerme ya me pusiste bien firme por Twitter —añadió, soltando una suave carcajada.

—¡Y la que se armó por esa tontería! —exclamé, recordando el infierno que viví en las redes sociales—. ¡Ay, madre! Como se enteren de que ahora estamos saliendo no nos van a dejar en paz.

—¿Estamos saliendo? —preguntó con una expresión pícaro y maliciosa.

—Bueno... No sé, es por decirlo de alguna forma... —expliqué nerviosa.

—Oli, yo hace tiempo que quiero estar contigo, salir contigo, dormir contigo, ser tu amante y tu compañero... Llámalo como quieras, me da igual. No me voy a asustar. Eras tú la que estaba muerta de miedo, y aunque has aceptado los zapatos sigues algo asustada, así que no voy a gritar a pleno pulmón que eres mi novia porque quiero proteger tu intimidad. Pero ten muy claro que si por mí fuera saldría ahora mismo a esa barandilla de la terraza a gritar a pleno pulmón que estoy absoluta y totalmente enamorado de ti.

Tras dar unos cuantos sorbos al delicioso vino que él había pedido, conseguí recuperarme del *shock* que me produjo su elocuente declaración. Me quedé subida en una nube de sensaciones increíbles provocadas por la mezcla del ambiente tan mágico que me rodeaba, la deliciosa experiencia gastronómica y la mirada electrizante con la que me observaban esos ojos que tenía frente a mí.

Cuando llegó el turno de los postres me encontraba algo más relajada e incluso me sentía cómoda en aquel restaurante tan sofisticado y romántico.

—Apenas lo has probado —le regañé, cogiendo otra cucharada de aquel exquisito pastel de chocolate que habíamos pedido.

—No puedo permitirme abusar del dulce.

—Es una pena que tengas tantas reglas. Es una noche especial y puedes hacer una excepción —dije, después de saborear al máximo aquella delicia cremosa.

—Prefiero que lo disfrutes tú. No tienes la obligación de mantener tu peso a raya constantemente y es un placer verte saborear cada cucharada.

—De eso se trata la vida, ¿no? Hay que disfrutar de cada momento.

—Y yo lo hago. Solo que como mi cuerpo es parte de mi trabajo tengo que renunciar a darme ciertos lujos.

—Sí, y seguro que también te matas en el gimnasio. ¡Qué esclavitud!

—Es lo que hay —dijo, encogiéndose de hombros—. Algún día me dedicaré a otra cosa y me permitiré el lujo de tener barriguita.

—Estarías achuchable con unos kilos de más —opiné, terminando el postre sin ningún remordimiento—. Yo la verdad es que nunca me he preocupado demasiado por tener un cuerpo diez.

—Y no lo necesitas. Eres perfecta tal y como eres.

—Muchas gracias, pero estoy muy lejos de ser perfecta —respondí, sintiendo que me ruborizaba—. Lo cierto es que prefiero centrarme en crecer como persona y en cuidar mi yo interior que pasarme el día haciendo dietas y ejercicio. Me parece que la vida ya tiene demasiadas obligaciones como para amargarme con eso. No pienso dejar que el bombardeo constante que sufrimos las mujeres me afecte.

—Es curioso que lo digas tú.

—¿Por qué?

—Te has formado justo para eso. Para crear necesidades y anhelos en el consumidor.

—Sí, puede parecer paradójico. Pero no todo lo que se ofrece al público es malo —me defendí—. Muchos de esos productos son buenos. Y creo en la inteligencia de la gente para decidir por sí mismos qué es lo que deben comprar. No hay nada de malo en ponerse una crema o seguir la moda. Lo preocupante es cuando ser perfecto se convierte en una obsesión. Y creo que, como veo este mundo desde dentro, eso me ayuda a ser más dura de roer que otra gente. La perfección no existe. Hasta los más guapos necesitáis retoques de Photoshop.

—Gracias por el piropo —dijo, guiñándome un ojo—. La verdad es que hay muchas veces que cuando veo el resultado final de una campaña no me reconozco en las fotos. Después de tanto maquillaje, ropa perfectamente estudiada y esos retoques de los que hablas, ya queda muy poco de mí en esas imágenes. Y a veces siento que estoy vendiendo una mentira.

—No tienes que preocuparte demasiado. Los hombres, en general, no se sienten presionados por ver un anuncio con un tío estupendo vendiéndoles un

perfume o unos vaqueros. En cambio las mujeres sí sentimos en mayor o menor medida que deberíamos ser como esas modelos y actrices. Somos mucho más vulnerables que vosotros y nos esforzamos demasiado por seguir esos cánones de belleza que vemos en las revistas.

—Pero tú no lo eres —apuntó satisfecho.

—No te equivoques. Intento no dejarme influir demasiado por esa tendencia, pero no quiere decir que me importe un comino —le corrigió—. A todas nos gusta vernos guapas y estupendas. No sabes la ilusión que me han hecho estos maravillosos zapatos que me has regalado. No soy de piedra ni quiero convertirme en una bruja desgarrada.

—Un poco bruja sí que eres —se burló con una sonrisa maliciosa.

—¡Qué dices! —protesté, dándole un puntapié por debajo de la mesa.

—Admítelo. Me has hecho esperar una eternidad para poder estar juntos y me has puesto mil trabas.

—No lo he hecho por ser mala ni por hacerte sufrir.

—¿Entonces por qué te has empeñado en alejarte de mí? —me preguntó, clavando sus increíbles ojos verdes en los míos.

—Por muchas razones —suspiré.

—¿Qué razones? —preguntó, acariciando con el dorso de su mano mi mejilla.

¡Joder! Menudo escalofrío.

Tomé aire para poder hablar. Cuando se ponía así de cariñoso me dejaba sin palabras.

—Me aterra volver a sufrir.

—Esa no es la única razón —susurró.

—No, no la es —admití desviando la mirada hacia la mesa—. También me da miedo tu fama y cómo estar juntos podría afectar a mi trabajo. No creo que a mi jefa le haga mucha gracia.

—Seremos discretos e iremos despacio —me tranquilizó, besándome con dulzura en la frente—. Diana no tiene por qué enterarse por ahora. Y cuando por fin lo sepa, si tú haces bien tu trabajo, ella no tiene por qué enfadarse.

—Lo que siento por ti ya ha hecho que me lleve un par de broncas.

—¿Y eso?

—Porque por tu culpa no me podía concentrar bien y he metido la pata varias veces.

Se echó a reír con mi confesión y, acto seguido, tomó mi rostro con sus dos manos. Me dio un beso que superó con creces el placer que me había regalado

el postre de tres chocolates.

Después de charlar un poco más y besarnos cada poco frente a aquel ángel negro que se divisaba a través de la ventana, Adrián pagó la cuenta y cruzamos discretamente el comedor, que a esas horas ya se había llenado por completo. A pesar de intentar pasar desapercibidos, pude ver cómo dos señoras le reconocían y cuchicheaban con los ojos como platos al verle pasar delante de su mesa.

Traté de no darle importancia, pero cuando esperábamos el ascensor unas chicas pasaron hacia el cuarto de baño y pegaron un gritito de emoción al descubrir quién era. Estaba temiendo que vinieran a pedirle un autógrafo cuando las puertas del ascensor se abrieron a tiempo para que pudiéramos escaparnos.

No iba a dar marcha atrás. Quería estar con él. Pero eso no quería decir que no me asustara el lío en el que me estaba metiendo.

Iba a tener que aprender rápido a ignorar por completo las reacciones de la gente cuando estuviéramos en público o iba a acabar loca perdida escondiéndome detrás de cada planta que se cruzara en mi camino.

—Y, como todo un caballero, me dejó en casa. Se despidió de mí con un largo y tierno beso sin intentar ir más allá. Fue un alivio; no estoy preparada en absoluto para pasar a la siguiente fase.

—¿No te mueres por saber cómo es pasar una noche de lujuria con el tío más deseado de este país? —me preguntó Juan en plan travieso. Mi adorable compañero me había despertado a primera hora con una llamada porque se moría por saber qué había sucedido tras la sorpresa de los zapatos. Tras echarle una cariñosa bronca por haberme despertado media hora antes de que sonara mi despertador y haber sido el cómplice de Adrián, me apresuré a vestirme para reunirme con él y contarle todo lo sucedido la noche anterior mientras tomábamos un café antes de entrar a trabajar.

—Sí, por supuesto que me apetece desmelenarme y descubrirle en la intimidad —admití, poniéndome un poco colorada—. Pero es que todavía tengo que asimilar lo que está ocurriendo entre nosotros y prefiero ir poco a poco.

—¡Qué precavida eres! Y haces bien, porque yo soy de los que se encienden y lo dan todo la primera noche. Luego me quedo flipadísimo y me pego cada batacazo que no veas. Es mejor ir poco a poco.

—Bueno, cada uno va al ritmo que le apetece. No hay nada de malo en dejarse llevar. Lo que pasa es que yo necesito tiempo.

—Tómate todo el tiempo que quieras. Si realmente le interesas, no te meterá ninguna prisa.

—Por cierto, ¿cómo conseguiste que no se te notara que sabías lo de los botines?

Juan solía ser muy malo disimulando y me sorprendía no haberme dado cuenta de que me estaba ocultando aquella sorpresa.

—Cuando tengo que moderarme sé actuar mejor que Robert de Niro, pero ahora que lo sabes: ¡por fin te puedo contar lo guay que fue acompañarle a la tienda de Jimmy Choo! —respondió, poniéndose en su divertido modo de emoción absoluta—. ¡Me lo pasé bomba! No veas las caras de las

dependientas cuando nos vieron entrar. En cuanto vieron a Adrián se les cayeron las bragas y se deshicieron en atenciones. Gracias a tu chico, me bebí casi una botella de Möet, nena.

Estaba tan flipado que me eché a reír sin parar. Estaba segura de que se lo había pasado en grande en aquella situación. Juan era todo lo contrario a mí. Lo que a mí me habría agobiado muchísimo al él le parecía una de las mejores anécdotas de su vida.

—Me alegra que lo pasaras tan bien —dije, mirando el reloj. Se nos había hecho muy tarde con tanto parloteo—. Siento aguarle la fiesta, pero como no subamos ya a la oficina, ¡Diana nos va a cantar las cuarenta!

Adrián tuvo que irse a Londres un par de días, así que, aunque tenía muchas ganas de volver a verle, me vino de perlas; de esa forma, podría procesar a mi ritmo todas las emociones que él me estaba despertando.

Entre el trabajo y un constante intercambio de ocurrentes mensajes de WhatsApps con Adrián, el resto de la semana pasó volando. Ese viernes él regresaba a Madrid y me propuso que me pasara por su casa en compañía de mi perra cuando saliera de la agencia. Esa vez no me perdí y llegué a su chalé sin demasiadas complicaciones. Cuando paré el coche frente a la verja, una punzada de nervios me encogió el estómago. La perspectiva de volver a verle electrificaba todo mi cuerpo. Exhalé un suspiro para tranquilizarme y presioné el botón del portero automático. Poco después la puerta de acceso para vehículos comenzó a abrirse, así que me puse de nuevo al volante y metí el coche en el interior de la parcela. Lo aparqué detrás de un enorme Toyota Land Cruiser que nunca había visto y Gilda y yo nos bajamos del coche. Adrián nos esperaba sobre el césped mientras sus perros corrían hacia nosotros la mar de contentos.

Di unos pasos hacia esos ojos que me daban la bienvenida con un brillo muy travieso y *sexy*. Cuando me encontré a pocos centímetros Adrián me atrajo hacia sí sin decir ni una palabra. Me estrechó contra su pecho y olió mi pelo con delicadeza antes de que sus labios, hambrientos e impacientes, me robaran un beso que despertó esas mariposas que ahora vivían en mi estómago.

—Hola... —susurró entre los mechones de mi pelo cuando por fin separó su boca de la mía.

—Hola... —respondí casi sin aliento, tratando de volver al planeta Tierra.

—Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti —admití.

—Han sido solo un par de días, pero eres demasiado adictiva. No veía el momento de volver a besarte. Creo que ahora necesito una sesión intensiva a tu lado.

—Ya me tienes aquí —dije con una tímida sonrisa—. Y, además, mañana es sábado. Podrás secuestrarme si quieres.

—¡Eso suena de miedo! —exclamó, alzándose en el aire con una sonrisa de oreja a oreja.

Me dio otro beso de película y luego me dejó de nuevo en el suelo.

—Había pensado salir a dar un paseo nocturno con los perros —dijo, y comenzó a frotar mis manos con suavidad—, pero me parece que hoy hace demasiado frío. Será mejor entrar en casa y encargarme algo de cena, ¿te parece bien?

—Sí, me parece genial. ¡Estoy congelada! —dije, acurrucándome aún más entre sus fuertes brazos—. Estos tres están encantados correteando por aquí.

Bono, Alan y Gilda estaban corriendo como locos de un extremo a otro del jardín mientras jugaban a perseguirse.

—Sí, se lo están pasando bomba. Ya les compensaremos con una buena excursión dentro de poco —añadió con un guiño.

—Desde luego en ese trasto caben los tres y una tropa de personas —comenté mirando hacia el gigantesco todoterreno tras el que había dejado mi coche.

—Ya te dije que tenía otro vehículo mucho más adecuado para mis planes de aventura. El BMW es una chulada, pero no me sirve cuando quiero escaparme de la civilización. Mi yo sofisticado adora conducir ese deportivo; pero hay otra parte de mí a la que le gusta aún más meterse por caminos recónditos y complicados con ese trasto, como tú lo llamas.

—Está claro que tienes dos facetas muy distintas —comenté, siguiéndole hacia la puerta principal.

—Sí, soy bastante versátil. Y a veces hasta contradictorio —me avisó, sacando las llaves del bolsillo de su cazadora—. Supongo que cuando te acostumbras a interpretar distintos papeles terminas siendo bastante flexible. Soy igual de feliz cenando en un lugar como el de la otra noche que tomando un bocata bajo las estrellas perdido en la montaña. Una noche en una cama y la siguiente en un saco de dormir. Me encanta variar.

—Eso es estupendo y muy conveniente. La gente que no sabe disfrutar con cosas distintas se pierde un montón de experiencias. La felicidad no está en la

elegancia y las comodidades, sino en hacer que cada segundo sea un lujo para los sentidos.

—Estoy totalmente de acuerdo —ronroneó Adrián sobre mi hombro. Una vez que se hubo librado de la bolsa de la cena dejándola sobre una consola que había en el recibidor, me atrapó entre sus brazos y me dio una buena dosis de besos y caricias para abrir boca.

Sus manos se volvieron cada vez más curiosas y empezaron a querer explorar con más detalle las curvas de mi cuerpo.

Me tensé sin poder evitarlo. No había estado con nadie desde Hugo y, aunque me moría por llegar mucho más lejos con Adrián, sentí un poco de vértigo.

Él lo notó y supo reaccionar a tiempo.

—Se nos va a enfriar la cena —dijo, alejándose de mis labios para darme un beso en la frente.

Cogió mi mano y tiró de mí con suavidad hasta llevarme junto a la minimalista chimenea de gas. Me dejó unos segundos a solas. Me senté en el sofá y me quedé observando las llamas anaranjadas y danzarinas que surgían de entre unas piedras pequeñas y redondeadas de color gris oscuro. Con el frío que hacía fuera aquella imagen me hizo sentir muy a gusto. Adrián volvió poco después con una bandeja con las delicias asiáticas que había encargado, una botella de tinto de Burdeos y unas copas.

—Eres incapaz de cenar sin vino, ¡y me vas a convertir en una adicta a mí también! Cada uno de los que me haces probar es aún mejor que el anterior.

—Sí, soy incapaz —se echó a reír—. Es un placer para el alma y a eso sí que no pienso renunciar. Ya hago bastantes sacrificios gastronómicos y me mato a hacer ejercicio para estar en forma, así que nada me hará dejar esa costumbre. Me gusta saborearlo por las noches cuando ceno. Es mi momento de absoluto relax y me ayuda a conciliar el sueño.

—Hombre, eso es comprensible, porque el tinto da un sopor que no veas.

—¡No seas payasa! —me regañó cariñosamente, sentándose a mi lado después de haber dejado la bandeja sobre la mesa baja que había delante del sofá—. No lo digo porque me dé sueño, sino porque el ritual de beberlo con calma, saboreando cada sorbo, mientras toco el piano o simplemente me siento a ver una película me ayuda a calmarme. No bebo más que una o dos copas como mucho, pero es suficiente para acabar el día en paz.

—Lo de tu hermano te tiene muy preocupado, ¿verdad? —me atreví a insinuar.

—Sí —admitió, torciendo el gesto. Me sentí mal por habérselo recordado. Sirvió el vino en las copas y me pasó una.

—Siento haber sacado el tema —me disculpé.

—No lo sientas. Es algo que está ahí, y no puedo ignorarlo.

—Ya, pero no creo que te apetezca hablar de ello.

—Esta noche prefiero no hacerlo; me apetece disfrutar de tu compañía. Eres lo mejor que me ha pasado en muchísimo tiempo.

Me miró con tanta intensidad que tuve que darle un sorbo a la copa inmediatamente. Sus ojos me abrumaban.

—¿Y el éxito de *La jaula*? Eso tiene que haber sido una gran satisfacción para ti.

—Eso ha sido bueno, en cierta forma, pero también me ha convertido en objeto de todas las miradas y me ha quitado mucha libertad. —Hizo una pausa para dar un sorbo a su copa con tranquilidad antes de continuar hablando—. Tú, sin embargo, me has hecho recordar quién soy realmente y, lo que es más importante, hacia dónde quiero dirigirme a partir de ahora. Olivia, eres la luz al final del túnel.

Sentí un tremendo escalofrío al escuchar sus palabras.

Me hacía sentir como una valiosa princesa y me estaba contagiando cada vez más de esa ilusión que él mostraba por estar a mi lado.

Era muy distinto a Hugo, quien siempre me había hecho sentir insignificante e insegura. Hasta tal punto que me convertí en un su títere. Perdí mi voluntad intentando ser la mujer perfecta. Hasta que se cansó del corderito que nunca le llevaba la contraria y aguantaba todas sus rarezas y excentricidades. Pero no me arrepentía de nada, porque el mordisco de ese lobo me había convertido en la mujer que ahora Adrián observaba con tanta dulzura.

Hugo me dejó diciéndome que lo que le había enamorado de mí era lo que a su vez le hacía detestarme. Al parecer, era demasiado buena e idealista para un pobre amargado como él.

Después de aquello me había vuelto más cauta y había intentado ser mucho más pragmática para no volver a sufrir.

Pero Adrián había conseguido sacar a la luz de nuevo a mi verdadero yo, hasta el punto de hacerme subir hasta aquella cascada para sentir el agua.

Aunque estuviera congelada. Aunque doliera. Aunque me hubiera arriesgado a ponerme enferma. Había merecido la pena cometer aquella locura.

—Me da vergüenza admitirlo —dije bajando la mirada, comenzando a jugar

nerviosa con la copa de vino—, pero tú también eres una de las mejores cosas que me han pasado. Me ha costado dejarme llevar, no sabes cuánto, pero cuando le pedí a Paula que me llevara a la sierra para subir hasta la cascada me sentí libre por primera vez en siglos. Te empeñaste en meterte en mi corazón y me impulsaste a ser valiente.

—Creo que este es un momento perfecto para brindar por que me pusieras verde por Twitter y que luego nos conociéramos en persona de esa forma tan curiosa, ¿no crees? —propuso esbozando una de esas medias sonrisas suyas que tenían a medio país enloquecido.

—Sí, es un buen momento —asentí sonriendo.

—Y hoy no voy a dejar que ninguna llamada me moleste y te dé la excusa perfecta para huir —dijo, sacando su móvil del bolsillo para apagarlo.

Acto seguido chocó su copa con la mía. Dimos un sorbo y cerramos los párpados. Al volver a abrirlos los dos nos quedamos atrapados en los ojos del otro. Mi estómago se estremeció por la emoción y también soltó un pequeño rugido que le dio un toque bastante cómico a la intensidad pastelosa del momento. La verdad es que estaba muerta de hambre.

—Iba a besarte —declaró—, pero creo que si te hago esperar más para cenar vas a terminar desmayándote. Y tengo intención de que esta noche se alargue lo máximo posible, así que te necesito lleno de vitalidad. Me pasó los palillos y me eché a reír rebosante de felicidad.

Después de cenar con calma nos quedamos disfrutando del vino acurrucados en el sofá con Bono, Alan y Gilda a los pies de la chimenea. Habían jugado como locos por el jardín y ahora estaban dormidos como leños sobre la alfombra.

—Es una suerte que los tres se lleven tan bien —comenté feliz mientras Adrián me acariciaba el pelo—. Se lo pasan en grande jugando y se hacen mucha compañía.

—Sí, es una suerte. Ninguno es territorial ni conflictivo, lo que nos va a hacer muy fácil pasar tiempo todos juntos. Podríamos llegar a ser una familia humano-canina muy guay.

—Esa idea me encanta, pero a la vez me entristece porque el tono en el que lo has dicho deja entrever que no sientes que tengas ya tu propia familia. No conociste a tu madre, pero recuerda que tienes a tu padre y a Gonzalo.

—No sé si los tengo. Nunca hemos sido una familia hogareña y unida —suspiró. Noté que su cuerpo se tensaba junto al mío sobre aquel cómodo y enorme sofá—. Mi padre nunca ha pasado mucho tiempo con nosotros. De

niños siempre tuvimos una cuidadora. Y a día de hoy no es que sea demasiado cariñoso conmigo. Mi hermano y yo sí estábamos muy unidos, pero lo estoy perdiendo sin remedio por culpa de esa maldita y cruel enfermedad. Cada vez es menos él mismo. Tiene muy pocos momentos de lucidez y hay días que cuando voy a visitarle me encuentro con un monstruo que no reconozco.

—No sabes cuánto lo siento —dije conmovida—. Ojalá hubiera una cura para ello y pudieras recuperarle.

—Se está investigando mucho al respecto, pero creo que Gonzalo está llegando a un punto en el que no lo recuperaremos jamás —me explicó apesadumbrado—. Desde hace un tiempo estoy en contacto con una asociación de familias afectadas por esta enfermedad y trato de ayudarlas donando todo el dinero que puedo.

—Supongo que esa es una razón más para no poder alejarte de este mundo que te obliga a ser un personaje de moda.

—Sí, es una de las razones. Necesito mantener un nivel de ingresos bastante alto para poder hacerme cargo de mi hermano, de mi padre y ayudar a la asociación. Tienen pocos benefactores y les hacen falta muchas cosas.

—Nunca lo has mencionado en tus redes sociales, ¿verdad?

—No, no lo he hecho. No quiero exponer de esa forma mi vida privada.

—No tienes que decir que tu hermano tiene la enfermedad. Puedes pedir ayuda para la asociación sin desvelar que te afecta directamente. Así saldrían más a la luz y recaudarían más fondos.

—Me da miedo hacerlo porque los periodistas seguro que buscarían la razón por la que los apoyo, y no quiero que investiguen y hablen de Gonzalo.

—Quizá se podría organizar algún evento o acto benéfico que dé visibilidad a la asociación sin que nadie se entere de que te afecta directamente.

—Eso suena interesante... —dijo pensativo—. Lo pensaré.

—Si al final te animas, cuenta con mi ayuda —le ofrecí. Quería animarle y poner mi granito de arena.

—¡Eres la mejor! —exclamó, con un tono de voz bastante más alegre.

—Solo trato de hacer algo significativo. Si puedo colaborar de alguna forma me sentiré un poco más útil. Ayudar a vender perfumes, ropa, coches y cremas anticelulíticas es divertido, pero no se puede decir que con eso esté dando lo mejor de mí misma al mundo.

—Me encanta tu entusiasmo y que quieras ayudarme. —Me abrazó—. Pero aún me gusta más que hayas decidido dejarme ver a la verdadera Olivia. Y, por cierto, cuanto más la descubro más me gusta.

—Esa decisión no la tomé yo —le confesé—. Esa canción que tocaste en el piano del hotel de Mahé me hizo salir a la luz por completo para mostrarte mi mejor versión. Me llegaste muy adentro con esa música y no pude evitar acercarme a tu dolor.

No dijo nada. Me miró fijamente durante unos segundos para después levantarse del sofá y tirar de mí con delicadeza. No me resistí y me puse de pie sin decir una palabra.

Me llevó a través del salón hacia el recibidor y giró a la derecha. Los tres perros nos siguieron y esperaron pacientes a ver qué planes teníamos. Llegamos a una puerta de madera oscura y se detuvo.

—Te voy a enseñar mi rincón favorito de esta casa —anunció antes de abrirla.

Entramos en una habitación muy amplia cuyas paredes estaban forradas con estanterías interminables de madera, repletas de libros, discos de vinilo y cedés. En una esquina había una *chaise longue* y en el otro extremo un piano de cola. Y entre ambos una alfombra persa enorme y preciosa que invitaba a tumbarse sobre ella para observar libremente un cuadro de estilo cubista que presidía la estancia.

Adrián me invitó a ponerme cómoda. Le sorprendió que en lugar de irme a la *chaise* eligiera sentarme sobre la mullida alfombra. Bono, Alan y Gilda me imitaron.

—Puede que mis dedos se pierdan en las teclas y esté un rato largo tocando para ti —me avisó—. Ahí sentada vas a terminar con el culo dolorido.

—No importa. Me gusta estar en el suelo —aseguré, y me quité los zapatos. Las plantas de mis pies sintieron la suavidad de la lana tejida—. Mi lugar favorito en mi dormitorio es la alfombra que tengo entre mi cama y el escritorio.

—Entonces no diré nada más para convencerte de lo contrario.

Se inclinó para darme un beso tan fugaz como estupendo y después se dirigió hacia el piano. Cuando la música comenzó a sonar reviví las sensaciones que había experimentado al escucharle la noche que lo descubrí tocando en la oscuridad del salón del paradisíaco hotel de Mahé. Me tumbé, extendí los brazos y cerré los ojos rodeada de los tres peludos.

Sin palabras, Adrián me dijo muchísimas cosas durante más de una hora mientras yo les iba regalando caricias a los perros. Su piano le habló directamente a mi alma y, en ese instante, supe que ya no tenía escapatoria.

Estaba atrapada sin remedio en la intensa marea de sensaciones que él me

transmitía.

Cuando dejó de tocar era casi medianoche.

Bono, Alan y Gilda estaban fritos y yo estaba muy cerca de imitarlos. La música del piano nos había dejado a todos en un estado de relax absoluto.

Sentí los pasos de Adrián acercándose. Abrí los ojos muy despacio y me encontré con los suyos.

—Siento haberme perdido en la música. Has estado aquí sobre la alfombra un buen rato.

—No pasa nada. Ha sido muy agradable —dije adormecida. Comencé a incorporarme y él me tendió su mano para ayudarme a ponerme de pie—. Pero se ha hecho un poco tarde. Debería volver a casa.

—Por favor, quédate conmigo esta noche —me pidió con un susurro. Parecía algo triste. Me dio la impresión de que interpretar aquellas canciones que él había compuesto le habían dejado un poco tocado.

—No sé si...

—Mañana es mi cumpleaños. Solo quiero dormir abrazado a ti. Despertarme a tu lado sería mi mejor regalo —me interrumpió con dulzura al tiempo que rodeaba mi cintura con sus manos.

Entendí de inmediato por qué había necesitado tocar su piano esa noche y la melancolía que se había colado en aquella habitación. Su cumpleaños coincidía con el aniversario de la muerte de su madre. Y tenía que haber sido muy duro para él que, año tras año, la celebración de su vida se empañara con el recuerdo de que ella había dejado de existir en el mismo instante que él llegaba a este mundo.

—Voy a avisar a mi madre de que Gilda y yo no volveremos a casa esta noche.

Mi respuesta provocó que sus brazos me atrajeran hasta su pecho, rodeándome por completo.

Mucho me temía que mi intención de ir paso a paso no iba a ser posible. Mis planes de volver a casa y dejar pasar un poco de tiempo hasta nuestra próxima cita acababan de irse al traste.

Adrián me necesitaba a su lado esa noche, y lo único que me apetecía en aquel momento era hacer un esprint directo a su corazón.

Descalza. Sintiendo cada piedra del camino. Y sin temer ni por un momento las consecuencias de aquella decisión.

El murmullo de una conversación me despertó.

Me había quedado dormida entre sus brazos mientras nos limitámos a ver una película en la enorme cama que tenía en su habitación. Entreabrí los ojos y comprobé que ya era de día. Había dormido a pierna suelta toda la noche y no me había dado cuenta de que él ya se había levantado.

Cuando por fin estuve completamente despierta vi que Adrián hablaba por el móvil. Se paseaba nervioso de un lado al otro del vestidor que había a un lado de su dormitorio.

—No insistas, papá. Este año no voy a ir y punto —dijo bastante contrariado. El murmullo lejano e ininteligible de una voz masculina al otro lado del teléfono lo interrumpió durante unos segundos. Adrián se había detenido de espaldas a mí, con la parte superior de su cuerpo desnuda y unos pantalones de algodón que realzaban de forma increíble su estupendo trasero. Mientras escuchaba lo que le decían resopló enfadado. Después se llevó la mano a la nuca tensando al máximo los definidos músculos de su brazo izquierdo—. Por una vez en la vida quiero disfrutar de mi cumpleaños, ¿entiendes? No quiero ir al cementerio. Tengo otros planes que no me recordarán una vez más que yo fui su verdugo.

Dicho esto, colgó el teléfono y lo tiró sobre la moqueta con rabia.

Salté de la cama y corrí a abrazarle, horrorizada por la conclusión que había sacado después de escucharle. Él seguía de espaldas a mí, así que rodeé su cintura desde atrás y crucé mis manos sobre su abdomen al tiempo que apoyaba mi mejilla en la piel de su espalda.

No dijo nada. Puso su manos sobre las mías y las acarició en silencio.

—Buenos días —susurré sin dejar de abrazarle.

—Buenos días —respondió con suavidad—. Siento que te hayas despertado sola. Mi padre, tan oportuno como siempre, me ha sacado de la cama.

—No te disculpes. Por lo que he escuchado, más siento yo que tu cumpleaños haya empezado con un disgusto.

—Estoy acostumbrado. Esto es así desde que tengo uso de razón —dijo

separando despacio mis manos para darse la vuelta y mirarme. El halo de tristeza en sus ojos se disipó al encontrarse con los míos—. Pero el hecho de que estés aquí lo cambia todo. ¿Te apetece que preparemos un desayuno increíble?

—¡Por supuesto que me apetece! Tengo un hambre voraz.

Nos dirigimos a la cocina y Adrián comenzó a sacar de la nevera un sinfín de ingredientes para comenzar el día con un sano y apetitoso banquete matutino.

Una vez que estuvo todo preparado, nos sentamos a disfrutar de las tostadas, los huevos revueltos con setas, el café y el zumo de naranja.

—Eres un gran cocinero —le felicité, saboreando el desayuno.

—Gracias, pero no te emociones mucho —me avisó—. No sé hacer muchas más cosas aparte de este desayuno y alguna que otra ensalada ilustrada.

—No te preocupes, no es una condición imprescindible ser un chef de primera para enamorarme.

—Eso me tranquiliza bastante —dijo riendo—. ¿Y qué es lo totalmente necesario en un hombre para enamorarte?

—Que sea auténtico y no tenga miedo a sentir.

—Eso creo que lo cumplo. Espero que no reste demasiados puntos el melodrama que tengo a mis espaldas.

—No me asusta nada el melodrama —le aseguré—. Lo que me da miedo es toparme con un hombre que se empeñe en hacerme responsable de sus inseguridades y sea esclavo de sus silencios. No hay nada peor que estar con alguien que no se comunica y te hace creer constantemente que el mayor de sus problemas eres tú.

Los tres perros corrían libres y felices por aquel enorme descampado al que habíamos ido paseando desde la casa de Adrián. Estaba en el límite de la urbanización y desde allí se veía el aeropuerto. El día era frío pero muy soleado. No había ni una nube en el cielo y los aviones despegaban a lo lejos dejando un importante estruendo tras de sí.

Bono parecía haber pillado el rastro de un conejo y Gilda y Alan lo siguieron con curiosidad. Los tres desaparecieron tras unos matorrales.

—Da gusto estar aquí contigo viéndoles disfrutar. Es mucho mejor que acompañar a mi padre un año más a visitar la tumba de mi madre.

—¿Siempre vais al cementerio el día de tu cumpleaños?

—Sí, siempre. Mi padre me ha llevado desde pequeño a dejarle flores cada

12 de diciembre porque opina que no debemos olvidarla jamás. Para él los días como hoy no son para celebrar y divertirse conmigo, sino para recordarla a ella. Nunca he tenido una fiesta de cumple como Dios manda.

—Me parece bastante cruel y macabro por su parte, la verdad.

—Lo más triste de todo es que no lo hace con maldad. Él piensa que así le rendimos un homenaje a su recuerdo y que, al mismo tiempo, de esta forma siempre la tendré presente en mi vida. Cree de veras que es algo bueno para mí recordar que la mujer que me dio la vida era maravillosa y muy especial.

—Y seguro que lo era, pero no creo que sea necesario que te haga enfrentarte a su tumba cada vez que es tu cumpleaños. Ya debe de ser bastante duro que este coincida con el aniversario de su muerte. Tendría que haberte ayudado a olvidarlo en lugar de martirizarte.

—Después de hacer el viaje hasta Madrid para llevarnos a mi hermano y a mí al cementerio donde enterraron a mi madre, siempre me proponía hacer algo divertido por mi cumpleaños —me explicó con amargura—. Pero a mí ya se me había fastidiado el día y no me apetecía celebrar nada. Así que, año tras año, volvíamos los tres con el alma encogida de vuelta al lugar donde estuviéramos viviendo en ese momento. Para cuando llegábamos a casa era casi de noche; mi cumpleaños había sido un viaje de ida y vuelta al dolor del pasado. Gonzalo siempre lo arreglaba un poco colándose en mi habitación después de cenar para darme su regalo.

—Adrián... no sabes cuánto lo siento.

—No pasa nada. Es lo que me ha tocado vivir. Pero hoy he decidido romper esa tradición y pasar este día junto a ti. El pasado ya no importa. Mi infancia quedó atrás y ya no hay regalo de última hora; Gonzalo ya casi no está aquí. Solo a ratos y cada vez son menos frecuentes.

—Tenemos que conseguir que hoy disfrutes como un niño. ¡Dime qué te apetece hacer!

—Ir al parque de atracciones —dijo con una sonrisa juguetona—. Nunca fui de niño y es donde me habría gustado celebrar mi cumple si hubiera podido. Pero no creo que sea buena idea.

—¿Por qué no?

—Porque me van a reconocer todos los que anden por allí y tú vas a tener que aguantar que me estén parando constantemente.

—Pues lo aguantaré. Me tendré que ir acostumbrando. Aunque con el frío que hace, si nos enfundamos unos gorros y unas bufandas quizá consigamos pasar desapercibidos —dije, esperanzada de que pudiéramos librarnos del

revuelo que Adrián solía armar allí por donde pasaba—. Sé que quieres dejar tu infancia atrás, pero prepárate para ser hoy el niño feliz que mereciste ser. Y también para dejar tus reglas dietéticas a un lado, porque no pienses ni por un segundo que te vas a librar del algodón de azúcar.

Gracias a las prendas de abrigo que nos convertían en dos percheros andantes y a que había muy poca gente ese sábado, hasta el momento habíamos pasado bastante inadvertidos en el parque de atracciones. Capté alguna que otra mirada curiosa hacia Adrián, pero iba tan camuflado que nadie pareció llegar a reconocerlo del todo. La verdad es que disfrutamos como dos enanos de aquel día. Nos subimos en casi todas las atracciones, y en cuando le tocó el turno a la montaña rusa, mis ojos se perdieron en la lejana vista de Madrid. Desde allí arriba se divisaba toda la ciudad, pero los nervios no me dejaron disfrutar de lo que mis ojos contemplaban. Cuando estuvimos en lo alto, a punto de caer a toda velocidad cuesta abajo, me pregunté por qué demonios nos había tocado subirnos en el primer vagón de aquella atracción infernal. Las vistas eran increíbles, pero el descenso iba a ser terrorífico. Una gélida brisa rozó mi cara como anticipo de lo que íbamos a experimentar en pocos segundos.

Adrián estaba encantado y expectante. No tenía miedo.

Sin embargo, yo me estaba cagando en todo por haber dejado que me convenciera para subirme con él.

—Va a ser bestial —dijo, sonriendo como un niño pequeño.

—Recuérdame que te mate cuando estemos abajo si este cacharro no lo hace antes —mascullé entre dientes, deseando que hubiera alguna forma de poder echarme atrás.

Pero no la había. Una sacudida repentina nos precipitó al vacío y mi pobre estómago subió hasta mi garganta.

Pasé un miedo atroz, pero Adrián disfrutó tanto que mereció la pena el mal trago.

En cuanto nos bajamos del vagón de esa puñetera atracción le arrastré hasta el puesto de algodón de azúcar.

—Oli, eso es veneno puro —me avisó espantado.

—No te atrevas a arruinar este momento —le amenacé—. Lo he pasado fatal en la montaña rusa y me merezco un toque bien dulce para olvidarlo.

Se limitó a poner los ojos en blanco y no dijo nada más.

En cuanto tuve en mis manos el palito rodeado de aquella nube pegajosa de

color rosa le ofrecí que lo probara.

—Me parece que paso —rechazó.

—No seas aguafiestas. Una visita al parque de atracciones no está completa si no tomas un poco de este esponjoso mejunje azucarado.

—¿Pero eso está bueno?

—¿Nunca lo has probado? —le pregunté alucinada.

—No, nunca.

—Adrián, realmente tienes que ponerte al día con muchas cosas que te perdiste de niño —bromeé, bajando la bufanda que cubría su cara hasta la nariz para estamparle sin miramientos el algodón de azúcar sobre la boca.

Él se echó a reír y terminó probándolo.

—Es bastante empalagoso —opinó, haciendo una cómica mueca—, pero tiene su encanto comer un trocito de nube rosa.

—Hala, una cosa menos que tenemos pendiente en tu lista de cosas que tienes que probar —dije, contenta, mientras comía un poco más de algodón y le ofrecía a él otro pegajoso trozo que había cogido con la mano.

Lo rechazó y se me quedó mirando.

—¿Qué pasa?

—Tienes la comisura de la boca teñida de rosa, así que prefiero ocuparme de eso —murmuró, acercándose a mí.

—Pensaba que este azúcar te parecía nocivo.

—Y lo es, pero si está tan cerca de tus labios no me importa envenenarme...

Hasta ese momento nos habíamos moderado con las muestras de cariño por si acaso había algún moscardón vigilándonos, pero Adrián no pudo contenerse más; me atrapó entre sus brazos sin ningún disimulo y me dio un largo beso delante de toda la gente que paseaba por allí.

Estaba disfrutando de mi nube (y no me refiero a la de azúcar) cuando unos cuchicheos a mis espaldas me bajaron a la tierra de un plumazo.

—¡Ay, Dios, que es Adrián Prado!

—¿Qué dices, tía? ¿Cómo va a ser él?

—¡Que sí, que sí! Es él.

—No flipes. Él va a fiestas sofisticadas con supermodelos. No pasa una mañana de sábado en el parque de atracciones y menos con una tía tan normalita como esa.

—Estoy segura de que es él —insistió la otra chica—. ¡Vamos a pedirle un autógrafo!

Adrián también se percató de la presencia de las dos chicas y me susurró al

oído que las ignorara. Tomó mi mano y comenzó a caminar entre la gente con la bufanda subida de nuevo hasta la nariz.

—No hace falta que nos vayamos —dije contrariada—. Puedo lidiar con los comentarios de esas dos adolescentes.

—Quizá sí, pero enseguida serán muchas más. En cuanto alguien se da cuenta, el resto de la gente empieza a fijarse y, en menos que canta un gallo, estaremos rodeados de una multitud curiosa y no creo que te guste.

—Bueno, pues aprenderé a sobrellevarlo —dije, intentando deshacerme del nudo de angustia que se había formado en mis entrañas al escuchar la conversación de aquellas chicas—. Está claro que esto nos va a pasar cada dos por tres, así que tendré que acostumbrarme.

—Prefiero que lo hagas poco a poco. Además, hoy no es el día para tener que enfrentarnos a esto. Es mi cumpleaños y quiero seguir celebrándolo solo contigo.

—Pero aún nos faltaba ir al Pasaje del Terror —me lamenté.

—Ya lo haremos otro día. Si nos quedamos, en lugar de al parque de atracciones parecerá que hemos ido al zoo.

—¿Y eso?

—Porque en pocos segundos seremos como un par de ejemplares de animales exóticos a los que todos observarán sin pestañear. Y créeme, no te iba a gustar nada la sensación de estar acorralada de esa forma. No quiero que te asustes tanto que no vuelvas a quedar conmigo.

No dije nada más y caminé a su lado a paso ligero hasta la salida del recinto.

Había estado bien hasta que nos habían descubierto. Más valía eso que nada.

De camino a su casa, decidí que teníamos que seguir celebrando su cumpleaños. No podía permitir que se quedara con aquella sensación de que la diversión se había acabado.

—Quiero ver si puedo tachar otra cosa de esa lista de cosas que no hiciste de niño —le dije.

—Pues lo veo difícil. No estoy con mucho ánimo de ir a ningún otro sitio. No quiero más cuchicheos a nuestro alrededor que puedan espantarte.

—Tranquilo, no hace falta ir a ningún lado. Solo necesito que hagas una breve parada en el supermercado de tu urbanización.

—¿Qué estás tramando? —preguntó, intrigado, a la par que divertido.

—Algo inofensivo —respondí—, pero muy divertido y que hará que rompas tus reglas.

—¿Romper mis reglas? Eso suena interesante, así que dejaré que sigas con ese plan que parece hacerte tanta ilusión —aceptó riendo.

Cuando llegamos al chalé los ladridos de alegría de Gilda, Bono y Alan me sacaron de ese estado casi hipnótico en el que me había sumido la canción. Nos bajamos del coche entre sus cabriolas y saltos de entusiasmo. Adrián cogió las bolsas e hizo ademán de mirar qué contenían.

—¡Ni se te ocurra cotillear lo que hay ahí dentro! —le advertí—. Si lo haces, no tendrás tu sorpresa.

—No seas mala. Dame una pista al menos.

—No. No te voy a decir de qué se trata. Y como voy a necesitar un poco de intimidad, creo que mientras lo preparo tú deberías irte con estos tres a dar un paseo.

—¿Me estás echando de mi propia casa? —preguntó, perplejo y divertido.

—Sí, pero es por una buena causa. Ellos necesitan jugar un rato por el campo y yo tranquilidad para preparar lo que tengo en mente.

—Va a caer un buen chaparrón —comentó, mirando al cielo.

—Pues te pones un chubasquero.

—Eres una bruja —protestó mientras se dirigía hacia la puerta principal cargado con las bolsas.

Adrián se puso ropa cómoda, se abrigó con un plumífero impermeable que le quedaba de muerte y se fue a dar un paseo con los perros. Me dijo que estaría una hora más o menos fuera de casa; eso me daba tiempo suficiente para preparar la tarta con la que quería sorprenderle.

Me atavié con un delantal que encontré en la cocina y empecé a trabajar en la masa del bizcocho. Miré a mi alrededor. El espacioso y elegante ambiente en el que se encontraban el salón y la cocina era digno de un reportaje de una revista de decoración. Lo cierto era que cocinar allí era todo un lujo y no se parecía en nada al pequeño y humilde piso que compartía con mi madre. Adrián y yo vivíamos en universos muy cercanos emocionalmente, pero nuestros respectivos niveles de vida estaban a años luz. Aquel pensamiento, mezclado con los comentarios de aquellas chicas que le habían reconocido en el parque de atracciones, me hizo sentir una punzada de ansiedad.

Decidí no entrar en una espiral de comeduras de tarro y me concentré en mi misión. Para entretenerme mientras seguía con la tarta, encendí el fabuloso equipo Bang & Olufsen que había en el salón. La música del momento me ayudaría a centrarme en preparar la sorpresa y olvidar mis temores.

Cuando tuve la masa del bizcocho lista, la vertí en el molde que había comprado y lo metí al horno. Mientras el bizcocho se iba haciendo fui preparando la cobertura de chocolate y bailoteando al ritmo de las canciones de los 40 Principales.

Un rato más tarde, ya tenía la tarta lista.

Observé satisfecha el resultado. Tenía muy buena pinta. Solo esperaba que aquel pastel estuviera tan rico como aparentaba. Escuché a mis espaldas que la puerta principal se abría y me apresuré a ponerle las velas y meterlo a la nevera para que Adrián no lo viera todavía.

Los tres peludos vinieron a saludarme. Estaban empapados. Había estado tan concentrada en sacar a relucir mis mejores dotes de repostera, que no me había percatado de lo mucho que llovía fuera.

—Hola, bruja. ¿Has podido llevar a cabo tu malvado plan para hacer que rompa mis reglas?

Adrián me saludó guiñándome un ojo. Estaba tan empapado que a sus pies se estaba formando un charco.

—Sí, ya lo tengo listo.

—Me muero de curiosidad... —susurró, acercándose hacia mí, amenazando con abrazarme.

—Ni se te ocurra tocarme —le avisé, riendo—. Paso de que me empapes.

—Si estoy así es por tu culpa. Me has obligado a salir a pasear al trío calavera a pesar de que iba a llover. No tienes corazón.

—Sí, soy una bruja malvada —asentí, burlándome de su falso melodrama.

—Sí, y también estás llena de harina y chocolate —dijo, llevando uno de sus dedos a mi nariz para limpiarme—, y eso me da una pista de lo que has estado haciendo cuando yo estaba pasando frío ahí fuera.

—No sigas por ahí. No vas a darme pena.

Se acercó más a mí con la firme intención de besarme.

—¡Como me toques y me llenes de agua te juro que te quedas sin sorpresa!

—¿En serio crees que me dan miedo tus amenazas? —dijo, afilando su mirada de forma muy peligrosa.

Cuando me miraba así las piernas me temblaban y sentía que me iba a derretir. La canción de Coldplay que empezó a sonar en la radio en ese preciso momento no podía ser más acertada.

*Now I'm hyp, hypnotised
Yeah I trip, when I look in your eyes
Oh I'm hyp, hypnotized
Yeah I slip and I'm mesmerised*

Yo también me sentía así. Y la preciosa melodía de aquella canción era perfecta para enfatizar lo que aquellos ojos verdes y brillantes me transmitían cuando me observaban de aquella forma tan sobrecogedora.

Producían un efecto narcótico en mi alma y me hacían sentir que me elevaba. Me hipnotizaban de tal forma que todo lo que me rodeaba se desdibujaba y solo podía fijarme en ellos.

No sé cuánto tiempo permanecemos mirándonos el uno al otro, en absoluto silencio mientras la canción se nos metía en las venas y su magia se adentraba en nuestro torrente sanguíneo. Él seguía empapado y lleno de barro. Unos mechones de pelo revuelto le caían sobre la frente y de estos resbalaban unas gotas de lluvia que recorrían tentadoras la piel de su cara, desde la frente hasta sus labios. Yo seguía llena de harina y con restos de chocolate en la cara y en las manos.

Adrián, de repente, me cogió en brazos y me cargó al hombro.

—¿¡Qué haces!?! —pregunté, sorprendida por ese repentino arranque mientras él andaba conmigo a cuestas hacia su dormitorio— ¡Me siento como

un saco de patatas!

—Asegurarme de que disfrutamos de tu sorpresa limpios y secos. Y, por cierto, eres un saco de patatas muy *sexy*.

—Puedo andar sola.

—Ya lo sé, pero así es más divertido.

Me llevó hasta el baño mientras yo pataleaba y me depositó en la ducha. Pero no me dejó libre. Me acorraló contra el mármol de la pared y empezó a acariciar mi cara suavemente, limpiando poco a poco la harina que quedaba sobre mi piel. Sus labios se acercaron a mis mejillas y limpió con un beso el resto que quedaba de chocolate.

—Está claro que vas a conseguir que hoy rompa mis reglas... —susurró sobre mi oído provocándome un escalofrío.

—Nunca comes chocolate... —musité en un hilo de voz.

—Es verdad, nunca lo hago —admitió con un jadeo—. Pero si está sobre tu piel tomaré todo el que haga falta.

Tomó mi cara por la barbilla y entreabrió mi boca con su pulgar. Estaba tan cerca de mí que su pelo me mojó. Pero no protesté. Estaba demasiado excitada para decir nada. Y en cuanto sus labios atraparon los míos, mordiéndolos suavemente, ya no había nada que pudiera decir. Solo quería sentir. Todos mis miedos y reservas habían desaparecido una vez más como por arte de magia. No podía resistirme a su embrujo.

Adrián conectó la ducha a pesar de que seguíamos vestidos. Pegué un grito al sentir el potente chorro de agua templada sobre mi pelo y él soltó una carcajada.

—Este es un pequeño castigo por haberme hecho volver a casa hecho un asco. Me tengo que duchar, pero no pienso hacerlo solo —me explicó, pegando su frente a la mía. El agua caía entre nosotros, ahora más caliente, y estábamos ya empapados por completo.

—Ya lo veo... —susurré, incapaz de detener aquella escena.

—Tú pretendías ir más despacio. Y creo que estamos a punto de romper tus reglas también. Si no quieres, dímelo y te dejo que te duches a solas.

Lo último que deseaba en aquel momento es que Adrián se alejara de mí. Era verdad que mi parte racional hubiera preferido ir más despacio, pero el fuego es más potente que el hielo, y mi corazón estaba ardiendo en aquel momento. No podía escuchar a mi cerebro. Su mensaje era demasiado débil y mis emociones gritaban a todo pulmón que siguiera adelante.

—Quiero que me limpies —supliqué.

—Tampoco te has manchado tanto. Ya me he ocupado de la harina y el chocolate...

—No me refiero a esas manchas. Si no a las que tengo en el alma. A mis miedos, mis recuerdos dolorosos y mis inseguridades.

—Estaré encantado de hacerlo —dijo, deslizando mi camiseta hasta dejar uno de mis hombros al aire. Depositó un beso muy *sexy* sobre mi piel y pegué un respingo provocado por la corriente de electricidad que fluyó por todo mi cuerpo—. Pero necesito que tú hagas lo mismo. Límpiame, por favor. Llévate todos estos demonios que me acechan constantemente. Frota mi piel hasta que el auténtico Adrián esté expuesto. Quiero que descubras quién soy y que te olvides de ese personaje que todos idolatran.

La pasión de sus palabras me obligó a rodear su cuello y darle un beso como nunca le había dado a ningún hombre. No le besaban mis labios. No era mi lengua la que jugaba con la suya. No era mi aliento el que le suplicaba que me hiciera suya. Era mi alma convertida en esos gestos la que anhelaba entregarse por completo a él.

No era lógico ni normal lo que me hacía sentir. Era algo tan brutal que me robaba por completo el sentido común. Quería amarle, quería descubrir sus rincones más profundos y quería ayudarle a olvidar todo el dolor que tenía dentro. Deseaba que no olvidara jamás aquel cumpleaños.

—Olivia, estás a tiempo de decirme que pare —susurró, y recorrió mi mentón con sus labios.

No le respondí con palabras. Empecé a quitarle la ropa, que estaba ya absolutamente empapada, y su cuerpo escultural se fue revelando para mí. Acto seguido, él me imitó, y poco después tan solo quedaba sobre mi cuerpo la ropa interior que, mojada, transparentaba por completo mis pequeños pechos y mi zona más íntima.

Adrián detuvo nuestros besos un momento. Me quitó cuidadosamente el sujetador y las braguitas y me observó detenidamente sin decir nada.

El deseo que leí en sus ojos me hizo saber lo mucho que le gustaba mi cuerpo. No era perfecto como el de una modelo o actriz, pero él parecía encontrarlo maravilloso.

Se giró para coger un poco de gel de la estantería donde tenía todos los botes de productos de aseo y frotó aquel aromático producto entre sus manos hasta sacar una espuma untuosa que poco después estaba recorriendo mi cuerpo con suavidad. Sus palmas comenzaron a masajear mis hombros primero, para después descender por mis brazos hasta atrapar mis manos. Las

subió hasta la pared y me pidió que las dejara allí arriba. Recorrió muy despacio la cara interna de mi antebrazo, para luego descender por la piel de mis brazos y llegar hasta las axilas. Se alejó de mí unos instantes, mientras yo sentía cómo el agua seguía resbalando por mi piel. Aproveché para observarle detenidamente. ¡Joder!, es que no podía creerme que semejante hombre estuviera dedicándole esa esmerada atención a mi humilde cuerpo. Cogió un poco más de gel y regresó a mi lado.

Fue entonces cuando dio comienzo el primer capítulo de lo que iba a ser la mejor experiencia sexual de toda mi vida.

Sus manos, grandes y fuertes, cubrieron mis pechos con aquel maravilloso gel y empezaron a recrearse en su redondeada forma.

—Me encantan... —susurró en mi oído, y comenzó a jugar con mis pezones.

—Son pequeños —dije con timidez. Mis pechos siempre me habían acomplejado un poco.

—Sí, pequeños y maravillosos. Como dos melocotones suaves y duros que caben perfectamente en mis manos. ¡Me vuelven loco!

Comenzó a besarlos y a jugar con ellos y yo enloquecí de placer.

Era mi turno para mimarle. Le obligué a detenerse, y eso que no quería que lo hiciera, y me dediqué por entero a hacerle sentir bien. Puse gel en mis manos y recorrí todo su cuerpo.

Cuando por fin me detuve le miré a los ojos y, por el brillo febril que vi en ellos, parecía que había conseguido mi objetivo. Sus manos agarraron mis caderas con decisión y sus labios fueron descendiendo por mi vientre hasta ese lugar que jamás pensé que él llegaría a explorar ese día.

Yo había querido ir despacio. Después de lo de Hugo, me había jurado a mí misma que no iba a volver a acostarme con nadie hasta que lo conociera muy bien y estuviera convencida por completo de hacerlo.

No estaba segura de adónde me dirigía con Adrián.

Había roto mi regla de oro.

Solo sabía que había sido imposible evitar aquel encuentro. Cuando consideró que ya habíamos jugado suficiente en la ducha, me llevó a su enorme y mullida cama dejando un reguero de agua y espuma. Adrián quería terminar lo que habíamos empezado en un lugar más cómodo.

No hice nada para resistirme y no me arrepentí. Fue un final de escena memorable.

Tampoco me sentí sucia ni vacía. Sino purificada hasta lo más profundo de mi ser.

Una vez que conseguimos salir de su cama, volvimos a la cocina. Aunque él ya se imaginaba de qué se trataba la sorpresa que le había preparado tras haber visto el lío de harina y chocolate que yo había dejado en la encimera, se emocionó igualmente al ver aquella tarta. Había escrito su nombre con Lacasitos sobre la cobertura de chocolate y también había colocado una vela para que pudiera soplarla después de haber pedido un deseo.

No sé qué pidió, pero me lo imaginaba y esperaba que el destino decidiera concederle ese milagro. Cerró los ojos durante un largo rato y, después, sopló con energía. Tras ponernos tibios de tarta, vimos una película acurrucados en el sofá, disfrutando como dos adolescentes de unas palomitas y besos interminables que sabían a chocolate y a sal.

Me quedé a dormir con él esa noche también. Aunque dormir es un decir, porque hicimos el amor varias veces y hablamos tanto que no pegamos ojo hasta bien entrada la madrugada. Al día siguiente yo tenía que ir a comer a casa de mis abuelos y se empeñaron en que él se nos uniera. Mi abuela se moría por conocerle y mi abuelo sentía curiosidad por charlar con el sujeto que había conseguido traspasar la coraza que había blindado mi alma desde que Hugo me dejó.

Adrián aceptó encantado. No tenía nada mejor que hacer y, en vista de que su familia no le aportaba mucho cariño, disfrutó como un enano al formar parte de la calidez que la mía derrochaba. Mi madre aprovechó la oportunidad para conocerle mejor y se quedó aún más prendada de él de lo que ya estaba. Encandiló a los tres sin remedio con su simpatía y, de esa forma, traspasó otra capa más hacia el núcleo de mi corazón.

El lunes me costó bastante volver a la rutina del trabajo. Ese fin de semana había desconectado por completo de los asuntos que tenía entre manos en la oficina. Cuando llegué a mi mesa a las ocho y media de la mañana aún estaba flotando en la burbuja de felicidad en la que me había sumido. Pero en cuanto vi la cantidad de correos que entraban en mi bandeja de entrada, suspiré y decidí bajar a la tierra para cumplir con mis obligaciones.

Pasé la mañana tan ocupada entre reuniones y llamadas que no presté atención a mi móvil hasta la hora de comer.

«¿Has visto esto? ¡Os han cazado!».

El WhatsApp de Paula incluía una imagen de un tuit. En cuanto lo vi se me cortó la respiración.

«#adrianenamorado ¿Quién será esta chica tan normalita que endulza a @adrianpradoact en el parque de atracciones?».

El tuit incluía una foto de los dos jugando con el algodón de azúcar.

¡Mierda! Alguna de esas chicas que nos habían visto nos había sacado una foto con el móvil y la había publicado. Claro, en la era en la que nos encontramos ya no había que temer solo a los *paparazzi*. Cualquiera podía encender la mecha en las redes sociales.

Me fijé que ese tuit se había hecho viral y miles de personas habían respondido dando sus opiniones sobre mí. Que si era muy bajita, que si me sobraban unos kilos, que si tenía que ser una broma porque un chico como él nunca estaría con una mediocre como la de la foto, etc., etc., etc.

Fue muy deprimente y humillante. Todos esos comentarios me hicieron sentir muy poca cosa y me quitaron las ganas de terminar el sándwich que había pillado a toda prisa en la cafetería del edificio de oficinas en el que trabajaba.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Juan, sentándose a mi lado en el comedor.

Le tendí el teléfono con la aplicación de Twitter abierta.

—Esto me pasa. Al parecer, soy una mierda y el hazmerreír de toda España.

Juan echó un vistazo a varios de los tuits que hacían referencia a ese tema.

—No hagas ni caso. Esto es pura envidia, y de la mala.

—Será envidia, pero es cierto que yo no soy una de esas mujeres despampanantes con las que él se supone que debe salir.

—¿Y qué mas da?

—Pues que no me apetece que la gente me critique y me hagan sentir como una hormiga insignificante.

—Solo podrán hacerlo si tú se lo permites. Tienes que tener muy claro que de mediocre no tienes nada. Si Adrián se ha fijado en ti no es porque seas perfecta por fuera, sino un bombón relleno de mucha inteligencia y pasión.

—¿Me estás llamando fea?

—No, Oli, no estoy diciendo eso. Eres una tía *sexy* y atractiva. Pero es

evidente que no cumples con los cánones establecidos de todas esas *celebrities* de plástico a las que demasiadas petardas quieren parecerse. Tú eres real y no debes dejar que este tipo de comentarios te amarguen.

—Voy a intentar olvidarlo y que no me afecte —suspiré—. Pero me temo que esto es solo el principio de una campaña de acoso y derribo por parte de sus fans que me lo va a poner muy difícil. No quiero esta notoriedad. Siento náuseas solo de pensar en lo que me estoy metiendo.

—Mira, solo se ve un poco de tu cara de perfil. Nadie sabe quién eres.

—No por ahora. Pero antes o después sabrán mi nombre y me van a bombardear. Este tuit ha alertado a todos los buitres de la prensa de que Adrián esta saliendo con alguien. No pararán hasta localizarme.

—Pues no les sigas el juego. Sigue con tu vida y no te dejes agobiar por todo esto.

—¡No es tan fácil! —protesté.

—Sí, sé que no lo es. Pero tendrás que ser fuerte y pasar de todo lo que digan. No dejes que un bache en el camino arruine una historia alucinante. Mentalízate de que este es el precio que tienes que pagar por estar con él y trata de sobrellevarlo lo mejor que puedas.

Juan me tranquilizó bastante durante la comida y olvidé lo ocurrido centrándome en trabajar. Me sumergí de lleno en supervisar los detalles de varias campañas y, al final, salí tardísimo de la oficina.

Mientras esperaba el autobús que me llevaría a casa de mis abuelos no pude evitar la tentación de volver a mirar mi *timeline* de Twitter. Esa noche se me había hecho tan tarde que prefería ir a dormir allí. Tardaría poco más de quince minutos en llegar a su casa en lugar de la hora y pico que suponría ir hasta la mía. Recé para que nadie hubiera adivinado quién era la chica de esa foto del algodón de azúcar y estuvieran empezando a mencionarme en esa red social.

No había nada. Por ahora estaba a salvo.

Pero Adrián no se había quedado callado.

Adrián Prado @adrianpradoact

Mediocres son aquellos que no tienen nada mejor que hacer que publicar memeces.

Se había quedado tan ancho con aquel corto y conciso mensaje. Lo malo es que al haber reaccionado al tuit de una de esas chicas que nos habían visto en el parque de atracciones había conseguido echar aún más leña al fuego; Twitter volvía a arder con el *hashtag* #adrianenamorado. Se había convertido

en *trending topic* en España, o lo que es lo mismo: el asunto más comentado en esa red social.

Tras cenar en compañía de mis abuelos decidí darme un baño relajante en la antigua bañera con patas del aseo de invitados. Su piso está situado en un edificio centenario del centro y tiene mil detalles que hacen que te transportes a otro tiempo en el que internet y los programas de cotilleos de la tele no tienen cabida.

Pero sí mi iPhone y su música, que había colocado con cuidado en un taburete junto a la bañera con los auriculares. Me los puse en las orejas con cuidado de no mojarlos y me transporté a otro mundo. La canción de Coldplay que había descubierto junto a Adrián en su casa comenzó a sonar y una tonta sonrisa se dibujó en mi cara.

Tan solo hacía un día que no le veía y ya le echaba terriblemente de menos. Extrañaba esos ojos verdes tan bonitos. Cuando me miraban se transformaban en un lago de emociones en el que me quería sumergir y bucear sin fin. Extrañaba sus manos recorriendo mi cuerpo con cuidado. Extrañaba su risa, sobre todo cuando la sentía sobre mi pelo. Extrañaba sus labios y la forma en que me hacían sentir cuando me besaban sin descanso. Extrañaba el sonido de ese piano que se volvía un instrumento mágico cuando él le daba vida con sus manos.

Pero lo que más echaba de menos era el loco aleteo que sentía en el estómago cuando me susurraba mi nombre al oído.

Eso era lo que importaba. Todo lo que me hacía sentir aquel chico que parecía tan seguro de sí mismo a ojos del mundo y que, en realidad, era tan vulnerable y sensible. Que nuestra relación fuera a traerme más de un quebradero de cabeza por culpa de su fama era secundario. Tendría que aprender a vivir con ello porque merecía la pena sentirme así.

Viva.

Ilusionada.

Hipnotizada.

Adrián había ido unos días fuera para rodar un anuncio en Barcelona y aunque me había llamado ya tres veces a lo largo de ese día, la espera hasta que volviera se me iba a hacer eterna.

Necesitaba sentirle cerca, así que puse la canción en bucle y no sé cuántas veces la escuché mientras disfrutaba de aquel baño, reviviendo cada

maravilloso segundo que habíamos pasado juntos ese fin de semana.

Olivia Santos @oliviaandgilda

Been rusting in the rubble. Running to a faint. Need a brand new coat of paint...

Antes de irme a dormir escribí el principio de aquella canción en mi cuenta de Twitter. Era mi forma traviesa de comunicarle que estaba pensando en él sin que nadie más entendiera mi mensaje.

Adrián Prado @adrianpradoact

*Now I'm hyp, hypnotised. Yeah I trip, when I look in your eyes. Oh I'm hyp, hypnotized.
Yeah I slip and I'm mesmerized.*

El vuelo de Adrián se estaba retrasando y yo no paraba de dar vueltas con el coche alrededor de la terminal porque los pesados de los polis estaban multando a los que permanecían más de diez minutos parados en la zona destinada a bajada y subida de pasajeros. Debía de ser la quinta vez que me detenía junto a la acera cuando por fin apareció un tipo enfundado en un anorak, con un gorro que le tapaba hasta las cejas y una bufanda subida hasta la nariz. A pesar de que ya era de noche, supe que era él porque esos ojos verdes no tenían competencia. El enjambre de reporteros de la tele que lo acorralaron poco después no dejó lugar a dudas de que se trataba de Adrián.

Él no les prestó atención y se subió a mi coche a toda prisa.

—¡Sal pitando de aquí! —me ordenó en cuanto cerró la puerta del copiloto.

Pero no podía. Uno de ellos, el que llevaba la cámara sobre el hombro se había puesto delante de mi coche y me cegaba con un foco que apuntaba directamente a mis ojos. El otro daba golpes con el micrófono en la ventanilla de Adrián.

—¿Qué hago? —pregunté muy nerviosa.

—Da marcha atrás. Tienes hueco de sobra.

Le hice caso y me alejé como pude de aquellos dos periodistas. El corazón me dio un vuelco al ver que otros reporteros estaban acercándose a nosotros por detrás. Frené en seco y, por un momento, pensé que había golpeado a uno de ellos. Sentí que me quedaba sin respiración.

—No le has llegado a dar, tranquila —me calmó Adrián.

—¡Joder! Creía que lo había atropellado.

—No te preocupes, no le has hecho nada. Si te das prisa, ahora tienes un hueco para salir de aquí.

Respiré hondo para tranquilizarme, miré por el retrovisor izquierdo y, al ver que no venía ningún coche, me lancé a salir de aquel atolladero. El viejo utilitario de mi madre no me falló esta vez y no se caló. Nos alejamos de aquellos cegadores focos y solté un suspiro de alivio.

—Siento mucho la que se ha liado —se disculpó Adrián cuando nos

incorporábamos a la autovía—. He intentado camuflarme y que no me vieran, pero ha sido imposible.

—¡Menudo agobio he pasado! —exclamé, todavía con un nudo en el estómago—. Supongo que desde que salió esa foto nuestra en Twitter hace unos días están como locos por pillarnos juntos y descubrir quién demonios soy.

—Yo estaba también como loco por verte... —susurró, acariciando mi mejilla—. Y quería que nuestro reencuentro fuera distinto. Esas sanguijuelas no me han dejado disfrutar de ese instante tan increíble cuando te he visto al salir del aeropuerto.

—Estoy aquí. Y ya no hay periodistas acechando.

—Hay una gasolinera un poco más adelante.

—¿Quieres que pare ahí? Mejor seguimos hasta tu casa. No queda mucho.

—No puedo esperar tanto.

En cuanto vi el desvío a la estación de servicio salí de la autovía y detuve el coche en el aparcamiento que estaba prácticamente desierto.

—Hola —dijo él, girando su cuerpo hacia mi asiento.

—Hola —respondí, hipnotizada por la expresión de sus ojos.

—Te he echado mucho de menos —continuó diciendo mientras su mano cogía un mechón de mi pelo.

—Y yo a ti...

No me dejó decir nada más. Sus labios me robaron las palabras y el intenso olor de su colonia me rodeó. Allí estaba de nuevo el auténtico Adrián. Ese que nadie más conocía, ese que no era famoso, el que me había conquistado y me había tenido toda la semana muriéndome por volver a verle.

Sin cámaras ni focos que nos agobiaran, nos reencontramos entre besos y caricias dentro de aquel pequeño y destartado coche que, aparcado en esa oscura y solitaria gasolinera, se convirtió en el lugar más maravilloso del mundo. Era como si la calabaza de Cenicienta se hubiera convertido en una preciosa carroza.

Allí éramos libres.

Adrián Prado @adrianpradoact

Nos pueden perseguir. Nos pueden criticar. Pero no pueden evitar que seas mi princesa.

En vista de que ya estaba en todas partes la imagen de una menda saliendo del aeropuerto como una loca, conduciendo la calabaza como si fuera un Ferrari desbocado, aquella declaración de Adrián en Twitter encendió aún más las redes sociales. Ahora todo el mundo especulaba sobre quién era la chica que lo había ido a buscar y casi atropella a un periodista.

Mi anonimato tenía los días contados. Mi careto ya había salido en el programa de cotilleos más visto de la tele y había hasta GIFS con mi expresión de loca al volante en todas las redes sociales. Aquello era un desastre de proporciones épicas. Paula y Juan trataban de quitarle importancia mientras nos tomábamos unas cervezas después del trabajo.

—Oli, debes admitirlo, tiene su punto gracioso —comentó ella, riendo.

—Sí, sí, es graciosísimo —dije con sarcasmo.

—Ya sabías que esto iba a ocurrir —me recordó Juan con cariño—. Y tampoco es tan grave. Solo tienes que aprender a ser famosa.

—¿Y cómo se hace eso, si puede saberse? —pregunté antes de darle un largo sorbo a la caña que tenía en mis manos.

—Pues no lo sé exactamente —respondió mi nuevo amigo, encogiéndose de hombros—. No me he visto nunca en esa tesitura, fíjate tú. Pero me imagino que la mejor forma de hacerlo es con una buena dosis de humor y pasar mucho de lo que digan de ti.

—Sí, creo que eso es lo que tendré que hacer —dije algo más animada.

—Tienes que pasar de todo este revuelo porque lo único que pasa es que eres la envidia de media España. Estás viviendo el sueño que la mayoría de las mujeres de este país querrían protagonizar —opinó Paula.

—Pues más que un sueño, yo diría que va camino de convertirse en una pesadilla —dije con un nudo en la garganta al percatarme de que fuera del bar había una cámara de televisión y un reportero, micrófono en mano, haciéndome señas a través del cristal para que saliera. Cuando mis amigos se

giraron para ver lo que pasaba se quedaron blancos.

—¿Cómo demonios saben que estás aquí? Si ni siquiera conocen tu nombre aún.

Paula no podía salir de su asombro.

Juan le echó una mirada a su móvil.

—Por lo visto sí lo saben.

Nos enseñó la pantalla. Ahora si que no iba a poder vivir tranquila.

«Ya conocemos el nombre de la chica misteriosa de @adrianpradoact. Nos tenías a todos muy intrigados @oliviaandgilda».

La revista del corazón más importante del país acababa de desvelar mi identidad a sus millones de seguidores.

Al salir del bar cogí un taxi lo más rápido que pude ya que el cámara y el reportero seguían esperándome y me acecharon sin contemplaciones. ¡Dios mío! Ni que fuera una cantante o supermodelo. No me podía creer que, por el simple hecho de ser la novia de Adrián, pudiera interesarles tanto. ¡Qué locura!

Cuando llegué a casa temí que también se hubieran enterado de dónde vivía y hubiera más periodistas esperándome, pero gracias a Dios cuando el taxi se detuvo delante del portal de mi edificio todo estaba en calma. Me bajé del vehículo muy aliviada, subí a casa y saludé a Gilda.

A pesar del frío de aquella noche de finales de diciembre, necesitaba tomar el aire, así que decidí abrigarme como un oso polar y sacar a Gilda a dar un último paseo.

Salí del portal mirando a mi alrededor, no fuera a ser que ahora sí hubiera algún moscardón, cámara en mano, esperándome. Afortunadamente, todo estaba tranquilo. Gilda y yo llegamos sin incidentes hasta el parque, que a esas horas de la noche estaba desierto.

Comencé a jugar con ella a la pelota y me centré en aquella repetitiva actividad intentando no pensar en el lío en que me estaba metiendo. Gilda estaba tan feliz correteando por allí que no pude evitar sonreír al ver cómo disfrutaba.

En el taxi había echado un rápido vistazo a Twitter. En poco más de una hora había cosechado miles de nuevos seguidores. Y mejor no hablemos de las menciones; eran incontables y en muchas de ellas me ponían más verde que a un aguacate.

De inmediato, una idea surgió en mi cabeza: ya que el mundo venía en

avalancha hacia mí y nada podía hacer parar detenerlo, ¿por qué no empezar a darle un sentido a aquella locura?

Le saqué una foto a Gilda disfrutando con su pelota y abrí la aplicación de Twitter.

Olivia Santos @oliviaandgilda

Fue abandonada como basura. Para mí es un tesoro. No hay nada mejor que verla disfrutar. Juntas en esta cuenta y en la vida. #adoptaunperroysefeliz.

Puse lo mismo en Instagram y en pocos minutos recibí muchísimas notificaciones de retuits, «me gustas», menciones y comentarios en ambas redes sociales. Algunos idiotas decían que había puesto eso para parecer buena y generosa.

¡Qué asco de gente, por Dios!

Pero también estaban los que apoyaban mi mensaje, le mandaban besos a mi perra y hablaban de lo bueno que era adoptar una mascota. E incluso algunos habían repetido mi *hashtag*.

Estaba claro que siempre habría críticas y alabanzas. Así que iba a poner lo que me viniera en gana.

Poco después vi que Adrián lo había citado añadiendo:

«Una de las razones por las que me he enamorado sin remedio de ti (@oliviaandgilda ;)».

—Diana, ¿puedo hablar contigo?

Hice aquella pregunta con un nudo en el estómago asomando la cabeza hacia el interior del increíble despacho de mi jefa. El sol de la mañana de aquel 24 de diciembre iluminaba de lleno la estancia. Esperé que fuera un buen augurio y ella no me despidiera justo el día que daba comienzo la Navidad.

—Sí, pasa —respondió, levantando la vista de su ordenador.

Cerré la puerta a mis espaldas y caminé aparentando un aplomo que disimulara lo nerviosa que estaba.

—Quería hablar contigo de un asunto antes de que te enteres por otras fuentes —comencé a decir, tomando asiento en una de las butacas que había frente a su escritorio.

—Creo que ya sé de qué me vas a hablar. Adrián, ¿verdad? —El atisbo de sonrisa que apareció en su rostro me sorprendió. No parecía molesta ni preocupada.

—Sí, justo de eso. Quería decirte que el hecho de que esté saliendo con él y el revuelo que eso ha traído consigo al salir a la luz pública no va a interferir en absoluto con mi trabajo.

—No me preocupa que vuestra relación vaya a mermar tu rendimiento. Lo que hagas con tu vida privada no es de mi incumbencia. Eres muy trabajadora y en estos meses te has ganado mi confianza con creces —explicó con una calidez que no me esperaba. Diana solía ser educada pero muy cortante—. No obstante, te estás metiendo en un mundo complicado. Lo que me inquieta es cómo te va a afectar a nivel personal la vertiginosa popularidad que en tan solo unos días te ha caído encima.

—Estoy intentando gestionarla con serenidad.

—Olivia, esto es solo el comienzo. Y ya está medio país revolucionado con vuestra historia. La chica normal que un día le cuestionó por Twitter resulta que termina trabajando con él en una campaña y lo deja enamorado perdido. Lo vuestro es de cuento de hadas. Una especie de *Pretty Woman* o *Cenicienta* a la española, y eso es muy jugoso. La prensa del corazón no os va a dejar en

paz. Y las redes sociales ya están que arden. Eres todo un fenómeno; unos te odian y otros te adoran. No vas a necesitar solo serenidad para capear el temporal, sino mucha seguridad en ti misma para que esta vorágine no te afecte. Eso es lo que me preocupa.

—Sinceramente, a mí también me preocupa —dije, soltando un suspiro—. Gracias por no enfadarte. Creía que no te iba a hacer ninguna gracia que, a raíz de la campaña de The Wave, Adrián y yo estemos juntos.

—Tu trabajo ha sido impecable en esa campaña y en todas las demás en las que te has involucrado, así que no tengo por qué meterme en tu vida privada. Ahora bien, espero que esta locura no te descentre y descuides tu trabajo en la agencia. Si eso ocurriera, sí tendría que replantearme tu papel en mi equipo. Te has convertido en mi mano derecha y sería una pena no poder contar contigo.

—No va a suceder —le aseguré—. Este trabajo es mi vida. Y ahora más que nunca necesito esforzarme para sentir que valgo la pena. No quiero terminar siendo solo la novia del actor más adorado de este país. Eso me anularía y no me he dejado la piel en la agencia para perder tu confianza.

—Eres muy lista y trabajadora. Tienes un futuro brillante en el mundo de la publicidad y sería una pena que su fama te desviara. —Diana se levantó de su silla de diseño ultraergonómica y se sentó sobre su mesa frente a mí—. Creo que no tienes ni un pelo de tonta y sabrás gestionarlo, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo si en algún momento todo esto te supera. Te van a surgir ofertas tentadoras para ganar mucho dinero, pero no todas serán interesantes a largo plazo. No dañes tu imagen ni te traiciones a ti misma. Y si necesitas consejo para saber qué camino seguir, habla conmigo. Conozco este mundo de cerca. A raíz de mi trabajo tengo muchos amigos en la farándula y conozco las trampas que te puedes encontrar en el camino. Y créeme, son muchas y muy peligrosas.

Aquel discurso de mi jefa me pilló por sorpresa. Diana estaba mostrándome su cara más humana y amable. Y, la verdad, no me lo esperaba para nada.

—Agradezco mucho tus palabras. Aunque la verdad es que creo que en cuanto se calmen las aguas me dejarán en paz y se olvidarán de mí. Ahora soy la novedad, el bicho raro que contra todo pronóstico está saliendo con el chico más famoso del momento. Pero en cuanto vean que no les doy juego se olvidarán de mí y podré seguir con mi vida.

—Olivia, estás muy equivocada. Por mucho que lo intentes, no vas a pasar desapercibida. Tu vida ya ha cambiado. No pienses ni por un momento que vas

a conseguir que se olviden de ti. Así que juega tus cartas con inteligencia y no solo con el corazón. Tienes que ganar esta partida; no dejes que los flases que te van a perseguir a partir de ahora cieguen tu buen juicio.

Cegar, cegaban, y mucho.

A pesar de que mis abuelos y mi madre me esperaban para celebrar la cena de Nochebuena, ese día no conseguí salir de la agencia hasta las siete de la tarde. Hubo una complicación de última hora y no pude dejar mi puesto hasta solucionarlo. Las campañas de publicidad no entendían de fiestas entrañables en familia, y mucho menos el anuncio que estábamos preparando a contrarreloj y que iba a ser uno de los primeros en emitirse en televisión tras las campanadas del día 31. Todo tenía que estar listo para Nochevieja, así que mis Navidades iban a ser bastante moviditas.

Los que tampoco parecían descansar ni tener familia esperándolas para cenar eran los *paparazzi* que me asediaron sin ningún miramiento cuando salí del rascacielos donde trabajaba. No los esperaba, ingenua de mí. En cuanto puse el pie en la calle me quedé de piedra y medio ciega a pesar de que ya había anochecido. Un enjambre de fotógrafos me acechó, cegándome con sus flases. Intenté caminar sin prestarles atención al tiempo que me resguardaba del frío subiendo hasta mi nariz la gruesa bufanda que llevaba. Pero no era fácil, porque apenas me dejaban dar un paso sin agobiarme, y encima los malditos flases me cegaban literalmente y no me dejaban ver por dónde narices andaba. Para colmo, unos metros más adelante aparecieron unas cámaras de televisión con sus brillantes luces apuntando directamente a mi cara. Los micrófonos de los reporteros casi me tocaban la cara y yo no sabía qué hacer.

—¿Vas a pasar esta noche con Adrián?

—¿Dejarás de trabajar ahora que ya lo has cazado?

—¿Por qué no nos hablas? ¿Tienes planes para dar alguna exclusiva?

—¿Cómo te sientes al salir con el chico del momento?

—¿Qué tal lleva todo esto una chica que hasta ahora era una desconocida?

Y mil preguntas más que no recuerdo. Era un bombardeo en toda regla. Sentí un pánico y una angustia para los que no estaba en absoluto preparada.

—¿Qué opinas de lo que ha dicho Leticia Torres sobre ti en Twitter? No le has contestado, así que supongo que no le has dado importancia a que te llame oportunista.

Esa pregunta que me hizo una periodista bajita pero muy gritona sí la

recuerdo perfectamente. Me paré en seco y la miré.

De pronto, el pánico escénico y el agobio que me estaban causando aquellas víboras de la información del corazón desapareció. La necesidad de contestar a esa última pregunta fue más fuerte que yo.

—No he mirado Twitter en todo el día. No tengo ni idea de qué ha dicho ella o cualquier otra persona sobre mí —declaré, bajando mi bufanda para que se me oyera alto y claro—. Como veis, salgo ahora de trabajar. Y mientras estoy en la oficina no tengo ni un segundo para prestar atención a las redes sociales. Cuando lo haga, ya me enteraré de lo verde que me están poniendo y veré si he de contestar o no. Feliz Navidad a todos.

Mi madre estaba preparando en la cocina una bandeja con langostinos cuando llegué a casa de mis abuelos. Y estaba de muy mal humor, algo muy extraño en ella.

—¡No es justo lo que esa chica ha dicho de ti! —dijo indignada en cuanto entré a la cocina que mi abuela mantenía más pulcra que un quirófano—. La oportunista será ella, pedazo de...

—Hola, mamá —dije muy calmada, dándole un beso en la mejilla—. ¿No te dije que no miraras ni Twitter ni la tele?

—Sí, Olivia, me lo dijiste. Pero no es fácil mantenerse al margen del lío en el que te han metido. Es que en pocos días te has convertido en el centro de todas las críticas. ¡Como si no hubiera cosas más importantes de las que hablar en este país!

—Sé que es una locura. Pero tienes que pasar olímpicamente de todo esto. No merece la pena que te sulfures. Yo no he mirado en todo el día lo que están diciendo de mí.

—Pues deberías hacerlo. Esa idiota se merece que le respondas, igual que todos los gilipollas que están poniéndote verde.

—¿Pero qué ha dicho exactamente?

—Míralo tú. Y decide por ti misma lo que debes hacer —dijo, echando a andar hacia el comedor.

No había pensado hacerlo. Quería pasar la Nochebuena tranquila y en paz, pero en vista de que mi madre estaba tan alterada, decidí abrir la app de Twitter en mi móvil.

Tenía tantas menciones que tardé una eternidad en encontrar lo que había dicho la ex de Adrián sobre mí.

«No se puede ser más vulgar y del montón @oliviaandgilda. Debes de ser su última obra de caridad. Un cachorrito oportunista con cara de pena que lo tiene engañado».

¿!!!Pero qué demonios se había creído aquella arpía despechada!!!?

Olivia Santos @oliviaandgilda

En algo tienes razón @letitorresact: soy como un cachorro, libre y feliz. Vivo el momento con plenitud y paso de malos rollos. ¡Feliz Navidad!

—Creo que este te quedaría genial —dijo Paula, sacando de un perchero un vestido azul de terciopelo que no me llamó mucho la atención.

—¿Ese color no es muy triste?

—Yo lo veo muy elegante, perfecto para no llamar mucho la atención. ¿Acaso no es eso lo que quieres?

Llevábamos toda la tarde en busca del vestido adecuado para una fiesta de Nochevieja a la que iba a ir con Adrián. No sabía si iba a encajar con esa gente del mundo del cine y la televisión, pero Adrián me lo había pedido con tanta ilusión que había sido incapaz de decir que no. El anfitrión de la fiesta era uno de los productores de la serie que le había hecho tan famoso y él no podía faltar. Decía que no le apetecía demasiado, pero que si yo le acompañaba sería mucho más divertido.

—La verdad es que no sé lo que busco —dije, soltando un suspiro, sentándome en una butaca de la tienda—. Me siento tan perdida que no sé qué debo ponerme.

—No se trata de lo que «debes» ponerte, sino de lo que te hará sentir guapa y a gusto —dijo mi amiga, sonriendo para animarme—. Lo más importante es que tú te sientas segura con lo que elijas.

—Paula, elija lo que elija, me van a criticar. Soy la intrusa, la chica normalita que no pertenece a ese mundo glamuroso. Me van a poner verde sí o sí.

—Pero es una fiesta privada, los periodistas no te van a ver.

—¡No seas ingenua! —exclamé con una risa nerviosa—. Estarán por allí, seguro, acechando en el portal del piso del elegante barrio donde se va a celebrar la fiesta.

—Quizá al ser Nochevieja no haya tantos *paparazzi*, ¿no? Ellos también tendrán que tomar las uvas, digo yo.

—Sí, las tomarán, pero luego saldrán pitando a cazarnos. Somos el tema del momento. En cuanto se enteren de que el productor de *La jaula* va a dar ese fiestón van a ir como las moscas a la miel porque deducirán que Adrián no va

a faltar a ese compromiso.

—Bueno, ¡pues en ese caso tenemos que encontrar algo con lo que te sientas fantástica! No pienso permitir que te machaquen. Ya se están cebando bastante en Twitter contigo. Necesitamos encontrar algo que saque lo mejor de ti misma y les calle la boca de una vez por todas.

Paula estaba empeñada en ayudarme. Y se lo agradecía, pero la verdad es que no me apetecía nada seguir probándome vestidos. No quería callar la boca a nadie. Lo que realmente me apetecía era ir a tomar unas tortitas con nata y olvidarme de esa dichosa fiesta.

—¿Por qué no nos vamos a merendar y lo dejamos para mañana? —propuse disponiéndome a salir de la tienda.

—No. La fiesta es mañana. Tienes que encontrar algo ya. Así te lo quitas de encima y dormirás más tranquila.

No me dejó opción, así que resignada, me puse de nuevo manos a la obra y tras una agotadora sesión en los probadores, por fin encontré un vestido negro, largo y sencillo pero muy favorecedor, con el que me di por satisfecha. Me di cuenta de que la dependienta me había reconocido, pero fue lo suficientemente profesional y discreta para no decir nada al respecto.

—¡Misión cumplida! —dijo Paula, aliviada, cuando salíamos de la tienda—. Nos hemos ganado una merienda.

—Chica, yo solo podré tomar un café, porque si me tomo ahora esas tortitas que tanto nos gustan mi culo crecerá una talla de inmediato.

—¡Qué exagerada eres! No vas a engordar porque hoy te des ese capricho —dijo mi amiga, poniendo los ojos en blanco—. Además, ¿desde cuándo te preocupas tanto por tu culo?

—Desde que todo el mundo opina sobre su tamaño.

Hasta el momento mi estrategia para intentar huir de los comentarios sobre mi físico había sido no mirar el móvil demasiado y encerrarme en la agencia para trabajar a destajo. Pero aunque saliera a las mil y monas de trabajar, siempre había algún reportero acechándome junto a la entrada del rascacielos de la agencia y alguno que otro en el portal cuando por fin llegaba a casa. ¡Era horrible!

Desde hacía un par de días parecía que me había librado de ellos. Para mi alivio, alguna otra noticia del corazón había hecho que los *paparazzi* se olvidaran de Adrián y de mí. Pero mucho me temía que no tardarían en aparecer ya que a Adrián esa mañana se le había ocurrido la genial idea de publicar un *selfie* que nos habíamos sacado junto a nuestros perros en la nieve

unos días antes. Habíamos subido a pasar el día a la sierra y lo pasamos en grande. Él no se había resistido a compartirlo y, una vez más, había todo tipo de comentarios sobre la foto pululando por internet.

Y, tal como me temía, ocurrió; cuando estábamos bajando por la acera de aquella conocida calle comercial, unos reporteros se abalanzaron sobre nosotras cogiéndonos desprevenidas. A Paula le pareció divertido, pero yo me sentí muy agobiada. Huyendo de aquellos pesados, nos metimos rápidamente en una cafetería. Nos sentamos en una esquina discreta, alejada del escaparate, y por fin conseguimos pasar desapercibidas.

Adrián apretó mi mano y la besó antes de que nos bajáramos del coche. La entrada al portal estaba atestada de cámaras de televisión, reporteros y *paparazzi*. Sentí un nudo en el estómago porque por primera vez iba a salir de forma oficial a la luz junto a Adrián. Nos detendríamos delante de todos ellos y seríamos amables. Había visto a innumerables famosos hacer eso en los programas de la tele cuando iban a un evento y mostraban su lado más encantador. Aún me costaba asimilar que ahora fuera a ser yo uno de ellos.

Ese no era mi mundo. Pero estaba obligada a formar parte de él. Era el precio que tenía que pagar por haberme enamorado de uno de los tíos más perseguidos por la prensa del corazón.

Comenzamos a caminar hacia el enjambre de periodistas que se arremolinaban en la entrada del señorial edificio y sentí un aguijón de terror. Apreté la mano de Adrián con fuerza y él me respondió acariciando con su pulgar mis nudillos.

Mi madre me había ayudado a peinarme y maquillarme. Nada demasiado llamativo o sofisticado, solo lo suficiente para no parecer una pasota ojerosa. Había salido de casa sintiéndome guapa y *sexy*, pero ahora que caminaba hacia los focos la inseguridad me invadía. Para colmo, dos famosas actrices y una ex miss España, a cada cual más estupenda y chic, hablaban con toda tranquilidad con los periodistas subidas sobre sus altísimos tacones y posaban para los fotógrafos con una naturalidad increíble.

Me sentí insignificante y vulgar. Sus vestidos eran increíbles, seguramente de diseñadores supercotizados; a su lado, mi sencillo atuendo negro parecía la cosa más sosa del mundo.

Cuando llegamos junto a ellas los focos me deslumbraron. Me sentí pequeña y fuera de lugar. Saludaron a Adrián muy efusivas y él les respondió muy educado. Gracias a Dios no soltó mi mano. Me las presentó y, después,

imponente y guapísimo con su traje oscuro, se giró para contestar las preguntas de los periodistas.

Mi ataque de pánico en ese instante se disparó.

Me sentía más perdida que un pulpo en un garaje. No tenía ni idea de cómo colocarme. Intenté sonreír, pero los nervios solo me permitieron esbozar una ridícula mueca que luego vería en todas partes, atormentándome durante días.

Me bombardearon a preguntas, a las que yo respondí con unos titubeantes monosílabos.

Adrián, consciente de lo incómoda que me sentía, felicitó el año a los periodistas y se despidió de ellos con una sonrisa. Acto seguido, tiró de mí con suavidad y entramos en el precioso portal.

—¡Joder! —dije, soltando un suspiro—. Lo he hecho fatal.

—No tenías que hacerlo ni bien ni mal. Esto es nuevo para ti y es normal que te hayas puesto nerviosa —me tranquilizó él, dándome un beso en la frente—. Subamos a la fiesta y disfrutemos de estas primeras horas del nuevo año.

—No creo que vaya a ser capaz de relajarme entre toda esa gente tan sofisticada.

—Son gente como tú y como yo que vienen a pasar un buen rato. Un par de copas de champán te ayudarán a relajarte.

—No son como yo. Solo había que ver a esas tres petardas —bufé—. Se pavoneaban delante de las cámaras encantadísimas de conocerse.

—Bueno, alguna de la gente de este mundillo es un poco estúpida, pero ya verás que no todos lo son. Intenta pasarlo bien, y si ves que no lo consigues, nos vamos temprano y ya está.

No protesté y decidí aceptar el plan del champán. Unas cuantas burbujas seguro que me animaban un poco.

Cuando entramos en el lujoso piso en el que se celebraba la fiesta robé la primera copa que apareció ante mí sobre la bandeja que llevaba un camarero. La bebí como si fuera agua y no tardé en pillar una segunda copa de aquel dorado y delicioso espumoso vino francés.

De la mano de Adrián, me adentré en un salón de techos altísimos decorado con un gusto exquisito y muy ecléctico donde toda aquella gente tan variopinta encajaba a la perfección. Había mujeres superguapas y elegantes paseando sus vestidos de pasarela por el brillante suelo de madera, hombres trajeados y estupendos, hípsteres con sus barbas y algunas chicas más hippies que no se habían molestado en arreglarse demasiado. Unas eran las caras glamurosas de ese mundo y las otras las almas creativas que hacía que las historias que se

contaban en series y películas tuvieran algo de valor. Adrián me presentó a un montón de gente. Algunos eran muy famosos y cuando le contara a Paula que había estado hablando con un futbolista que ella adoraba le iba a dar un infarto. Algunas de estas celebridades fueron muy amables conmigo, pero otros, sobre todo las Barbies escuálidas que pululaban por la fiesta, me miraron por encima del hombro sin cortarse un pelo.

El mánager de Adrián apareció por allí y, con la excusa de que tenía que presentarle a alguien, Adrián se fue con él prometiendo que sería solo un momento.

Me quedé allí en medio, sin nadie con quien hablar, así que me acerqué a la mesa donde unos camareros del *catering* estaban sirviendo copas y decidí pedirme un *gin-tonic* para animarme un poco. Quizá una dosis de ginebra me ayudaría a sentirme un poco menos fuera de lugar.

—¡Feliz año, Olivia! —una voz femenina que me resultó familiar me sorprendió mientras esperaba a que el camarero preparara mi copa. Me giré y vi a Alicia, la maquilladora que había trabajado con nosotros en la campaña de *The Wave*. ¡Fue un alivio descubrir una cara conocida!

—¡Qué sorpresa, Alicia! ¡Feliz año! —exclamé, encantada de verla por allí—. ¿Qué haces tú por aquí?

—Trabajo para mucha de esta gente, así que me he dejado caer para saludar y asegurarme de que no se olvidan de mí. En este mundillo hay mucha competencia y hay que llevarse bien con los clientes. Hay que hacerles un poco la rosca para que recuerden que existes —dijo en voz baja—. Por cierto, ¿qué tal lo llevas? Tiene que ser un agobio todo lo que te está pasando.

—Sí, lo es —admití sin rodeos—. No estoy acostumbrada a que todo el mundo siga mis pasos tan de cerca.

—Creo que lo estás haciendo genial. No les das bola y sigues a lo tuyo. Se nota que no te atrae nada todo este tinglado. Cuando vean que no entras en el juego, te dejarán tranquila, ya verás. Cualquier otra chica estaría encantada con saltar a la fama y le estaría sacando mucho jugo.

—No tengo intención alguna de sacar nada de todo esto. A mí solo me interesa Adrián, no el mundo que le rodea.

—Eso salta a la vista. Y la verdad es que eres un ejemplo para muchas chicas. No vas de nada y, cuando dices algo en tus redes sociales, son cosas que inspiran.

—¿En serio crees eso? Yo no pretendo ser un ejemplo de nada —dije sorprendida.

—Pues lo eres. Entre tanto *selfie* ególatra y críticas cruzadas, tú eres un soplo de aire fresco. Creo que por eso tienes tantos seguidores.

—Los tengo por salir con él.

—No te equivoques. Muchos empezaron a seguirte por eso, pero ahora si les interesas es porque representas a la gente normal y les resultas interesante. Me encantó lo que tuiteaste sobre ser feliz con la lluvia y una canción.

Vaya, aquella chica me seguía de cerca y era mi fan incondicional. El tuit del que hablaba era algo que había puesto la noche anterior en un momento de insomnio, mientras observaba las gotas de lluvia resbalando por los cristales de la ventana de mi dormitorio mientras escuchaba una preciosa canción de Sia.

—La verdad es que me sorprendió la cantidad de gente a la que le gustó ese simple comentario.

—No te sorprendas. Era bonito e inspirador —me dijo con una sonrisa sincera.

Desafortunadamente, mi salvadora tuvo que dejarme para ir a saludar a un grupo de gente que había visto en el otro extremo del salón. Volví a quedarme un poco perdida en medio de aquella fiesta a la que cada vez llegaban más invitados.

—¿Disfrutando del glamur?

Puse los ojos en blanco. Alejandro había hecho esa pregunta con un tono bastante sarcástico.

—Bueno, intentándolo. A mí esto no me va demasiado, la verdad. Soy más de vaqueros y cervecita.

—Me lo imaginaba —comentó, esbozando una sonrisa malévola que no me gustó ni un pelo—. Ya avisé a Adrián de que sois muy diferentes.

—Nuestros mundos lo son, pero no nosotros —respondí cabreada.

—Las personas somos nuestras circunstancias. Y las tuyas y las de Adrián son muy distintas.

—Sí, lo son, pero eso no es un problema para mí.

—Quizás no lo sea ahora, pero cuando su fama siga creciendo veremos cómo lo llevas.

—Descuida, me iré adaptando —mascullé. No me hacía ninguna gracia lo que su tono implicaba. Estaba claro que no aprobaba que Adrián saliera conmigo.

—Mira, Olivia, no quiero ser un entrometido —comenzó a decir, dando un sorbo a su copa de vino—, pero creo que no eres lo que él necesita. Lo veo un

poco disperso últimamente y necesita centrarse en su futuro profesional.

—¿Acaso estás insinuando que es por mi culpa? —inquirí indignada.

—No es que sea culpa tuya, pero no le ayudas. Sabe que no te emociona ser un personaje público y creo que por eso está rechazando ciertas ofertas que serían un bombazo para su carrera. Quiere mantenerse alejado del candelero durante un tiempo y se está equivocando. No se da cuenta de que en este mundo se sube tan rápido como se baja. No puede desaprovechar oportunidades. Eso le pasará factura más adelante.

—¿Y por qué lo hablas conmigo? No soy su jefa ni nada por el estilo. Es él quien toma sus propias decisiones.

—Sí, pero sus decisiones están condicionadas por ti. Así que, por favor, empieza a mostrarte un poco más sociable con la prensa y sus seguidores. De lo contrario, le vas a perjudicar. Salir con alguien tan popular tiene sus sacrificios. Deberías ser un poco generosa y ayudarle. Sería una pena que pierda lo que ha conseguido porque tú no sepas estar a la altura de las circunstancias. Te puse a prueba revelando tu identidad a esa revista y, como ya me imaginaba, has demostrado que no tienes ni idea de cómo jugar en esta liga.

Dicho esto, levantó su copa de vino y me deseó un feliz Año nuevo. Me dejó allí plantada temblando de rabia y con unas lágrimas amenazando con asomarse a mis ojos en medio de aquel salón atestado de gente tan ajena a mi mundo.

Y encima no había ni rastro de Adrián.

Tenía que encontrar un lugar donde estar a solas porque estaba a punto de ponerme a llorar como una Magdalena. Busqué con la mirada algún rincón donde esconderme, pero encontré algo mejor: un ventanal que daba a una amplia terraza en la que no parecía haber nadie. Me escabullí entre la gente lo más rápido que pude y salí al frío de la primera noche de enero.

La verdad es que empezar así el año no molaba nada. Dejé que las lágrimas que había estado reprimiendo salieran por fin a la superficie. Tenía frío, pero estaba mejor sola en aquella magnífica terraza del ático donde se estaba celebrando la fiesta que rodeada de toda aquella gente que pertenecía a ese mundo tan ajeno y hostil. Salvo Alicia, los demás invitados que Adrián me había presentado me habían hecho sentir muy extraña e incómoda. Y no era porque hubieran dicho o hecho algo malvado. Habían sido educados, pero algo en sus miradas me había hecho sentir totalmente fuera de juego. Y las palabras de su mánager habían sido ya el remate final. Me había hecho sentir

como una auténtica mierda. Con aquel falso tono paternalista había venido a decirme que sobraba por completo y que estaba perjudicando a mi novio. Y, para colmo, resultaba que el muy cabrón había sido el que me había delatado a la prensa. ¡Qué sucio era aquel juego, joder!

Mi cabeza me repetía que no le hiciera caso, que era un cabrón que lo que quería era que Adrián saliera con alguna famosa que hinchase aún más su fama y así, de paso, Alejandro se llenaba más los bolsillos. No me había caído bien desde el principio y ya me había dado la sensación de que manipulaba a Adrián constantemente. Pero mi corazón estaba herido y no conseguía sentirse mejor aunque la razón le dijera que pasara de lo que me había dicho aquel gilipollas.

Di unos pasos hacia la elegante barandilla de piedra que delimitaba aquella terraza entarimada. Lleno de plantas exuberantes y con el murmullo del agua de una fuente iluminada apaciguando mis nervios, aquel refugio que parecía una pequeña selva urbana se asomaba al frenesí nocturno de Madrid. El año empezaba para todos y el tráfico no cesaba en la céntrica calle que tenía a mis pies.

Necesitaba volver ahí abajo, mezclarme con la gente y ser alguien normal. Aquella fiesta no era mi lugar, y por mucho que Adrián se me hubiera colado por las venas directo al corazón, este me dijo que me largara ya mismo de allí.

Entré de nuevo al salón y eché un rápido vistazo, pero no vi a Adrián por ninguna parte.

No aguantaba ni un segundo más en ese lujoso ático. Quería largarme de allí y reunirme con Paula y otros amigos en el bar en el que ellos estaban celebrando la Nochevieja.

Me cabreaba mucho que Adrián hubiera desaparecido. Había dicho que volvería enseguida, pero daba la sensación de que se había olvidado por completo de mí. Sabía de sobra lo perdida que me sentía en aquella fiesta y lo mucho que me había costado acompañarle, pero era evidente que había gente más importante que yo en ese cuento social.

Había dejado mi abrigo en su coche, pero me sentía tan angustiada que me dio igual la idea de pasar frío hasta que encontrara un taxi que me alejara de allí. Sin esperar ni un segundo más a que él apareciera en el salón, salí al rellano. No quise esperar al ascensor. Bajé a toda prisa las escaleras de mármol hasta el portal. Una vez allí divisé unos flases a través de la puerta. Mierda, los periodistas aún seguían allí.

Justo en ese momento entró otro futbolista superfamoso con su fantástica novia en dirección al ascensor.

—Aprovecha ahora. Están todos pendientes de si viene la ex del que acaba de entrar para dar aún más morbo al asunto, así que no te prestarán mucha atención.

Alicia volvía a aparecer en escena de nuevo.

—¿Cómo sabes que me quiero pirar?

—He visto cómo te escabullías de la fiesta, igual que estoy haciendo yo —dijo con una risita—. Me imagino que estarás deseando estar con tus verdaderos amigos. Yo he venido por cumplir, pero me largo ya con mi chico y mis amigos. Por cierto, ¿y Adrián?

—No lo sé —respondí con un bufido—. Hace rato que le he perdido la pista y no he conseguido encontrarle, así que, como ya has adivinado, me voy a celebrar la llegada del nuevo año con los míos.

—Pues te vas a helar de frío, chica —observó mirando mis brazos desnudos. Ella llevaba una cazadora y un echarpe bastante grande. Se lo quitó sin dudar y me lo pasó por los hombros—. Deja que te preste esto. Te abrigará y así, de paso, te puedes tapar un poco para que esos cotillas no te reconozcan.

—¡Muchísimas gracias! Dame tu teléfono y te lo devuelvo mañana mismo.

Me lo dio y lo guardé en la agenda de mi móvil.

—Tranquila, no hay prisa. Cuando te venga bien me lo devuelves —dijo, guiñándome un ojo—. Me tengo que ir ya. ¡Suerte al salir! A ver si consigues pasar desapercibida y no te acosan todas esas víboras de ahí fuera.

Conseguí pasar sin que me prestaran atención porque justo en ese momento estaban pendientes de la llegada de una modelo famosísima que había sido la novia del futbolista que había llegado unos minutos atrás. El morbo de que ambos fueran a coincidir en esa fiesta después de la guerra que habían tenido tras su ruptura tenía a los periodistas muy entretenidos.

Me alejé un par de manzanas del portal bien tapadita por el echarpe que me había dejado Alicia. En cuanto vi una luz verde de un taxi libre alcé el brazo y, pocos segundos después, paró a mi lado. Una vez sentada en el asiento trasero del vehículo, suspiré aliviada por haberme largado de aquella fiesta tan edulcorada.

Miré el móvil y vi que tenía varias llamadas perdidas de Adrián, pero en aquel momento no me apeteció llamarle de vuelta. Lo que me había dicho su mánager aún retumbaba en mis oídos. Me sentía herida y necesitaba refugiarme en la compañía de Paula y otros amigos que hacía tiempo que no veía. Últimamente, entre el trabajo y mi embobamiento con Adrián, la verdad es que mi vida social había estado bastante floja.

Cuando llegué al bar que mi amiga me había indicado sonreí de felicidad al ver que podía entrar sin tener que esquivar a ningún *paparazzi*. La vida real y mundana, sin ser el centro de atención de nadie, era un alivio absoluto. Quería pasar el resto de esa noche celebrando la llegada de un nuevo año sin sentirme incómoda ni observada por todos, así que entré en el local y me perdí entre la gente buscando a mis amigos. Cuando vi que Juan y su nuevo novio estaban también allí me llevé una gran alegría. Paula y él se habían hecho íntimos. Mi compañero de la agencia se había animado a pasar por allí un rato para vernos.

—¡Feliz año, nena! —me saludó al tiempo que soplaba un matasuegras y jugueteaba con una boa de plumas rosas—. ¿Has venido sola?

—Sí, me he escapado de esa horrible fiesta. No podía más y Adrián estaba desaparecido entre todos esos famosos —respondí, robándole el sombrero de purpurina para ponérmelo y meterme de lleno en el papel de celebrar la Nochevieja.

—Qué pena que no haya venido contigo —se lamentó Paula—. Creía que hoy le iba a conocer. ¿Tan mala ha sido esa fiesta?

—No iba tan mal hasta que Adrián me ha dejado más tirada que a una colilla. Y encima, poco después, el cabrón de su mánager me ha venido a decir que me aparte del camino de Adrián. Según él, le estoy perjudicando porque no sé estar a la altura de su fama.

—¿En serio te ha dicho eso? —preguntó Juan, espantado—. ¡Menudo imbécil!

—Y eso no es todo. Fue él quien le filtró a la prensa mi identidad. Dice que fue una prueba para ver cómo me desenvolvía.

—¡Menudo gilipollas! Necesitas una copa y bailar como una loca. —Paula me arrastró hasta la barra y me pidió un *gin- tonic* sin preguntarme siquiera. Pocos segundos después, tras haber dado unos sorbos a la copa, empecé a sentirme un poco más animada y saludé a nuestro grupo de amigos de la universidad. Ninguno hizo ningún comentario sobre mi salto a la fama y lo agradecí muchísimo.

Solo quería disfrutar del resto de la noche y olvidar lo mal que me había sentido en aquella fiesta tan exclusiva donde Alejandro se había encargado de recordarme que yo era el bicho raro. En aquel bar de barrio era una más, y no me importaba nada.

Todo lo contrario, era un alivio.

—Parece que sí se dieron cuenta de que saliste sola de esa fiesta —comentó Paula mientras miraba la tele cuando desayunábamos. Bueno, si a tomar un café, un ibuprofeno y unos bollos a las seis de la tarde se le puede llamar «desayunar». Habíamos vuelto a su casa a las diez de la mañana y nos acabábamos de despertar muertas de hambre y con un dolor de cabeza descomunal. Nos habíamos bebido hasta el agua de los floreros.

Me giré para ver la pantalla. Mientras unos reporteros de poca monta hablaban sobre Adrián y sobre mí, una imagen de él saliendo solo del portal de la casa del productor de su serie y otra mía escabulléndome a hurtadillas con el echarpe que Alicia me había prestado se repetían en bucle. Un rótulo gigante decía: «¿Primera crisis de la pareja del momento?».

Justo en ese momento mi teléfono sonó.

—¿Se puede saber dónde te has metido? Ayer no te encontré por ninguna parte y luego no respondiste a mis llamadas. —La voz de Adrián sonaba preocupada.

—La pregunta no es dónde me metí yo, sino dónde narices estabas tú. Me dejaste sola y tuve que apañármelas como pude.

—Estuve hablando con un productor muy importante que Alejandro quería que conociera —me explicó—. La conversación se alargó un poco. En cuanto pude, te busqué por todas partes, pero ya no estabas.

—Me marché. No me sentía a gusto allí —me limité a responder, aún molesta y dolida—. No podía esperarte más. Me fui porque necesitaba ver a mis amigos y alejarme de esa dichosa fiesta.

—¿Puedes decirme dónde estás ahora? He ido a tu casa y tu madre me ha dicho que no has dormido allí.

—Estoy en casa de Paula.

—Dime la dirección y voy a buscarte.

—Tengo una resaca de flipar. Mejor hablamos mañana.

Colgué el teléfono sin darle la oportunidad de decir nada más. No estaba de humor para seguir hablando con él. Adrián sabía que ir a esa fiesta había supuesto un esfuerzo para mí. Había ido solo para agradarle a él. Lo menos que podía haber hecho era estar pendiente de que yo me encontrara a gusto, no desaparecer del mapa y dejarme allí sola en ese ambiente que me era tan extraño. Sí, sabía que él me consideraba una mujer inteligente y resuelta, por lo que debió de considerar que no pasaba nada por dejarme a solas con esa fauna. Un ratito no habría sido un problema, pero me dolía que hubiera pasado de mí olímpicamente para agradar al imbécil de su mánager.

Pasé el resto de la tarde en compañía de Paula tratando de hacer caso omiso de la cantidad de comentarios sarcásticos que había en Twitter sobre la foto en la que se me veía huyendo de la fiesta tapada como una monja con el echarpe de aquella chica. Eso no ayudó en absoluto a que mi ánimo mejorara.

No voy a entrar en detalles; basta decir que me había convertido en la comidilla de las redes sociales y se estaban poniendo morados ridiculizándome. Se reían de mi vestido, de no ser tan delgada como las demás, de mi forma de posar ante los periodistas y no digamos de la forma en la que abandoné la fiesta.

Me había convertido en el hazmerreír de media España y eso, por mucho que me empeñara en estar segura de mí misma, era inevitable que me hiciera

sentir como una completa idiota.

Adrián Prado @adrianpradoact

Hablar por hablar. Criticar con maldad. Eso es lo único que sabéis hacer. Deberíais buscaros algo mejor que hacer con vuestras tristes vidas.

«Buenos días. ¿Se te ha pasado ya la resaca?».

Recibí aquel WhatsApp de Adrián mientras desayunaba al día siguiente ya en mi casa.

«La resaca sí. El cabreo no termina de irse».

«Tengo que darte tu regalo de Navidad. Sé que va con retraso, pero he tenido que esperar a que llegara el momento adecuado. ¿Tú madre va a estar en casa?».

«Sí, ¿por qué?».

«Porque necesito asegurarme de que Gilda no se va a quedar sola hasta que volvamos. ¿Tiene guardia esta noche?».

«No, las dos estamos de vacaciones hasta después de Reyes».

«¿Podrías hacer una maleta y bajar al portal, por favor?».

«¿Una maleta?».

«Sí, una maleta para una noche. Tu regalo está un poco lejos».

Aquella respuesta me dejó algo descolocada.

«¿Adónde vamos?».

«No puedo decírtelo».

«Entonces, no sé si debería aceptar. Los misterios no me gustan».

«Te juro que te va a gustar».

Tras dudar unos segundos sobre si debía aceptar o no, mi parte más valiente ganó la batalla.

«Vale, está bien, pero tendrás que esperar un poco. Todavía tengo que ducharme».

«No me importa».

«He decidido aceptar, pero no creas que un misterioso viaje va a hacer que cambie la sensación tan amarga que me dejaste dejándome tirada en esa dichosa fiesta».

«Sé que te sentiste muy incómoda, pero espero que lo que tengo para ti compense con creces lo que pasó en Nochevieja».

Cuando bajé a la calle esa fría mañana de enero, Adrián estaba esperándome junto a la acera apoyado sobre la puerta del copiloto de su precioso biplaza. Bajo el sol de invierno, una media sonrisa y unas gafas de aviador me derritieron como a una idiota y tuve que recordarme que aún seguía molesta.

Sin decir una palabra, él cogió mi bolsa de viaje y me abrió la puerta del

coche.

Unos segundos después se sentó al volante y encendió el motor.

—Gracias por aceptar —murmuró, aún con esa media sonrisa irresistible dibujada en sus labios.

—Espero no arrepentirme de estar aquí.

—Pienso asegurarme de que no sea así.

No dije nada más por el momento. Me dejé envolver por el fresco aroma de su colonia y por la música que sonaba en la radio del coche. Tenía mucho que decir, pero quería disfrutar durante unos segundos de aquella sensación de tenerle una vez más a tan solo unos centímetros de mí.

Quería olvidar lo enfadada que estaba, aunque fuera por unos instantes. En aquel preciso momento solo estábamos él y yo, y la liberadora sensación que me hacía sentir la velocidad a la que Adrián conducía su BMW por una de las autovías que rodean la capital.

—Estás muy callada —observó, bajando el volumen de la radio.

—Da gracias de que sea así. En cuanto empiece a hablar, te voy a cantar las cuarenta —le avisé calmada pero seria.

—Vale. Entonces por ahora mejor seguimos disfrutando de la música —dijo, subiendo de nuevo el volumen de la canción de Pink que sonaba en ese momento en la radio.

Había estado tan inmersa en las sensaciones que me provocaba estar de nuevo a su lado, que no me había fijado en que el coche se dirigía hacia el aeropuerto. Pero lo más sorprendente no fue que pareciera que fuéramos a coger un avión, sino que no fuimos a la terminal normal. Dejamos la T4 atrás y continuamos hasta un edificio más pequeño en el que se podía ver un cartel que decía «Terminal corporativa». Adrián dejó el coche en un pequeño aparcamiento al aire libre situado frente al edificio y paró el motor.

—¿Qué es esto? ¿Adónde vamos?

—Esto es la terminal desde la que salen los vuelos privados. La segunda pregunta no la puedo responder. Rompería todo el encanto.

—¿En serio pretendes que me suba a un miniavión sin saber siquiera adónde me va a llevar?

—Sí, eso es precisamente lo que pretendo.

—Estás muy mandón y misterioso —resoplé, con una mezcla de enfado y nervios.

—Sé perfectamente que no te gusta perder el control de las situaciones. Pero, por favor, por una vez déjate llevar. Confía en mí. Ese *jet* privado es el

primer paso para llegar a tu regalo.

—¿Y cómo demonios has conseguido que vayamos a viajar en plan estrellas del *rock*? Eso debe de costar una fortuna. Me parece que te has pasado un poquito para sorprenderme. Derrochando tu dinero así no vas a ganar más puntos.

Seguramente cualquier otra chica habría estado flipadísima ante la perspectiva de viajar en un *jet* privado. Pero a mí aquel tipo de excentricidades no me iban a derretir como a una vela. Mi problema con Adrián no eran la falta de detalles ni de lujo (y esto último era agradable, sí, pero no me moría por vivir en un mundo de excesos materiales); lo que me cabreaba era ese mundo tan frívolo que le rodeaba.

—Olivia, necesitamos intimidad. No quiero que nadie hable de este viaje en los medios ni en las dichosas redes sociales —me explicó la mar de tranquilo—. Y esta es la forma más inteligente de escapar de sus garras. Además, no me va a costar ni un duro. No soy tan inconsciente como para gastarme miles de euros de un plumazo. Este mundo tiene muchos contras, pero también los pros de codearte con gente que te presta su avión para hacer algo especial por la chica a la que quieres pedir perdón.

Seamos sinceros. Aquel pequeño *jet* era una pasada. Y no tener que esperar colas para facturar las maletas, pasar la dichosa seguridad de los vuelos comerciales ni estar sometidos a los latosos procesos de embarque era comodísimo. Allí llegabas, pasabas un rapidísimo control para identificarte y, *voilà*, te ibas andando por tu propio pie hasta el pequeño avión donde el amable piloto te subía él mismo la maleta. Ni miradas indiscretas, ni asientos enanos. Era como ir en una limusina en el aire.

No soy fácilmente impresionable. Pero, joder, ¡aquello la verdad es que era increíble!

Aun así, me mantuve muy digna y traté de no mostrarle a Adrián lo flipada que estaba. Era evidente que había planeado todo aquello para deslumbrarme. Me sentía halagada, no voy a mentir, pero no quería que se diera cuenta de que había conseguido su objetivo. Aún quedaba mucho por hablar antes de dar mi brazo a torcer.

—¿Una copa de vino? —me ofreció, dejando la cómoda butaca de cuero una vez que el piloto nos avisó de que ya podíamos soltarnos los cinturones. Íbamos sentados uno frente al otro, separados por una mesita de madera.

—Vale —me limité a decir mientras admiraba el cielo azul y unas nubes

muy esponjosas a través de la pequeña ventanilla circular.

Adrián se dirigió al pequeño mueble bar que estaba oculto tras una puerta en la parte frontal de la cabina. Sacó dos copas y abrió una botella de lo que parecía un vino francés bastante bueno.

Me tendió una de las copas y tomó asiento frente a mí. Antes de dar un sorbo a la suya, se me quedó mirando fijamente sin pestañear. Sus ojazos verdes consiguieron que un cosquilleo me recorriera el cuerpo entero. Antes de que ese cosquilleo se convirtiera en un terremoto, le esquivé desviando la mirada hacia la copa que sujetaba mi mano.

Por el rabillo del ojo vi que finalmente probaba el vino y yo le imité.

—Está muy bueno —comenté, por restar tensión a la escena.

—Sí, lo está —asintió.

Había llegado el momento de hablar. No iba a volver a preguntarle adónde nos dirigíamos. Eso no me importaba en aquel momento. Lo que me interesaba era que supiera cómo me sentía.

—Adrián... —comencé a decir, obligándome a mirarle. El condenado era tan atractivo que era difícil reunir las palabras. Lo que más me apetecía era apoyarme sobre la mesita y salvar la distancia que separaba nuestros labios. Tragué saliva y me recordé a mí misma lo que tenía que decirle—. La noche de la fiesta me sentí abandonada y fuera de lugar.

—No era mi intención en absoluto que eso ocurriera.

—Me dejaste sola. Y no me gustó nada lo que vi a mi alrededor. Ese mundo no va nada conmigo.

—Ni conmigo, solo formo parte de él cuando es necesario. Si te dejé sola fue porque Alejandro necesitaba que hablara con alguien importante. Ya te dije que pensé que sería una conversación breve —se defendió—. Eres una tía inteligente y confiaba en que te harías con la situación. Lamento mucho que te sintieras abandonada.

—Sabías de sobra que aquella fiesta llena de gente famosa era algo difícil para mí.

—Sí, lo sabía. Y al principio no te dejé ni a sol ni a sombra —me recordó antes de dar otro sorbo al vino—. Pero ese tipo con el que hablé está interesado en ofrecerme un papel en una película muy prometedora y no podía pasar de él. Por eso tardé más de lo previsto en volver al salón. No creí que fuera tan grave.

—Y no lo fue mientras hablaba con Alicia, la maquilladora que trabajó contigo en el anuncio de The Wave. Pero cuando ella se fue a saludar a un

grupo de gente, tu querido mánager vino a darme algunos «consejos».

—¿Qué te dijo? —preguntó sorprendido a la par que molesto.

—Eso no importa ahora.

—Sí, sí importa. Dime qué te dijo —exigió.

—Creo que eso es lo de menos. Lo importante es que desapareciste y te olvidaste de mí. Es evidente que tu carrera profesional es tu prioridad.

—Ya te he dicho que lo lamento. Pero creo que es comprensible que prestara atención a uno de los productores de cine más importantes de este país.

—Claro que lo entiendo. El problema es que Alejandro tiene razón: yo no encajo en tu ambiente e incluso perjudico tu imagen. No sé moverme con soltura entre esa gente y me niego a necesitar que estés a mi lado para superar el vértigo que me da.

Al fin lo solté. Sin darme cuenta terminé diciéndole lo que su mánager me había sugerido con su maliciosa amabilidad.

—¿Cómo? —Adrián abrió los ojos de par en par, sorprendido y enfadado—. ¿En serio te dijo eso?

—Sí. Básicamente, me sugirió que te dejara. Según él, no estoy dispuesta a ser más sociable y sonriente con la prensa y estoy dañando tu imagen. Me quedó muy claro que piensa que yo no estoy a tu altura. Creo que para él soy una molesta piedra que se le ha metido en el zapato y está dispuesto a sacársela de en medio cuanto antes. ¿Quién te crees que le dio mi nombre a esa revista?

—¡Menudo imbécil! —bramó muy cabreado.

—Así que comprenderás que, después del sermón que me soltó, no me sintiera muy a gusto en aquella reunión llena de gente que sí encaja en el papel. Traté de tomármelo con filosofía. Salí a que me diera el aire y conseguí calmarme un poco. Cuando entré de nuevo al salón no había ni rastro de ti.

—Lo siento, de veras. No tenía ni idea de que Alejandro te había dicho algo así. Y mucho menos que fuera él quien te delató. ¡Voy a cantarle las cuarenta! Él puede dirigir mi carrera si quiere, pero no mi vida.

—Creo que para él ambas son lo mismo.

—No, no lo son. Y más vale que le quede bien claro o cambiaré de mánager.

—Espero que consigas controlarle, pero creo que no te va a resultar fácil. Me parece que le gusta manipularlo todo a su antojo.

—Oli, no soy idiota. Sabré manejarle —dijo con mucha seguridad—. Te

prometo que no volverá a decirte algo así.

—Eso es lo que me fastidia —resoplé—. No quiero que tú tengas que venir en mi auxilio. Y no solo en lo que a tu mánager respecta. Tampoco quiero necesitar tu apoyo si vamos a un evento y mucho menos que tengas que salir a defenderme en las redes sociales. Eso me hace sentir tonta y vulnerable. Además, si hablas de mí enciendes más la mecha. No me gustó que pusieras aquel tuit.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer entonces? ¿Quedarme callado mientras todos esos idiotas te critican por ser auténtica y real? —dijo indignado—. Creen que como me he hecho famoso de forma meteórica pueden opinar sobre cómo debería ser mi vida. No se lo pienso permitir.

—Cuanto más hables, más me criticarán. La gran mayoría me encuentra demasiado vulgar y anodina para ser tu pareja. Ya te lo dije una vez: tú representas al chico perfecto. Eres guapo, buen actor, tienes dinero y éxito, y encima te preocupas por lanzar mensajes solidarios. Ellos te imaginan con una mujer que esté a tu altura, igual de guapa y maravillosa que tú.

—¡Tú eres esa mujer! —exclamó con vehemencia—. No solo estás a mi altura, me superas con creces. Te admiro, te necesito y te deseo. Me ayudas a no olvidar quién soy de verdad. Cuando estoy contigo, ese que todos admiran de forma obsesiva desaparece. Sé que esto no es fácil para ti, pero encontraremos la forma de que funcione.

—No lo veo nada fácil —murmuré. Sus palabras me habían traspasado el alma, pero aun así seguía muy dolida.

—Hagamos una cosa —dijo sonriendo—. No pienses en nada más por ahora que en disfrutar de este viaje. Te prometo que donde vamos nadie va a molestarnos. Seremos dos personas más. Durante dos días pienso regalarte esa normalidad que tanto necesitas.

—¿Y luego qué?

—Ya veremos. Pero por ahora vamos a darnos el lujo de andar descalzos.

Dublín.

Ese fue el destino sorpresa al que volamos en el *jet* privado de su amigo.

La ciudad de U2. Uno de los lugares que siempre había querido conocer. Adrián había dado en el centro de la diana de mi corazón al llevarme allí. Lo mejor de aquella sorpresa no era el lujo del *jet*, sino el destino que había elegido.

—He soñado mil veces con traer aquí a mi madre —comenté emocionada en el taxi que nos llevaba hacia el centro de la ciudad—. Es la mayor fan de U2 que he conocido nunca y sé que le encantaría venir.

—Entonces esta visita te ayudará a ser la guía perfecta para cuando vengáis juntas —comentó complacido.

—Gracias... —musité—. Has dado en el clavo.

—De nada —respondió, esbozando una sonrisa que lo iluminó todo—. Me alegra haber acertado.

No nos habíamos tocado desde nuestro reencuentro esa misma mañana. Ahora, sentados cada uno en un extremo del amplio asiento trasero de aquel taxi, nuestros cuerpos tampoco se rozaban, pero Adrián deslizó su mano lentamente hacia la mía y, sin dejar de mirar por la ventanilla, atrapó mis dedos entre los suyos. Su pulgar acarició suavemente la piel de mi palma. Ese sencillo gesto, tan sutil, íntimo y delicado, me puso la piel de gallina. No le miré, tampoco le rechacé; me limité a cerrar los ojos y disfrutar de la maravillosa sensación de sentir de nuevo el roce de sus dedos sobre mi piel.

No fuimos a un gran hotel, sino a un coqueto B&B situado en el encantador barrio de Ballsbridge. Al bajarnos del taxi miré a mi alrededor y me encantó el ambiente tan idílico que se respiraba en aquella tranquila y arbolada calle, flanqueada por una hilera de pequeños edificios de ladrillo y piedra. Parecía que era una zona residencial, con mucha historia a sus espaldas. La llovizna que había caído en nuestro recorrido hasta allí parecía haber despertado aromas del pasado de aquel precioso barrio.

Atravesamos el cuidado jardín que conducía a la mansión victoriana que había sido reconvertida en un acogedor hotel. Lo primero que me llamó la atención fue la amabilidad de la recepcionista y el agradable detalle de que ni ella ni unos huéspedes que estaban charlando en un sofá junto a la grandiosa chimenea reconocieran a Adrián. No hubo miradas indiscretas ni cuchicheos a nuestras espaldas. Allí él era una persona anónima y fue un gustazo pasar desapercibidos por completo.

Nos dieron dos preciosas habitaciones contiguas y eso me sorprendió gratamente. Adrián no quiso imponerme que durmiéramos juntos. No dio por hecho que aquella escapada sorpresa fuera a diluir mi enfado de inmediato. Quiso darme mi propio espacio, lo que me pareció un detalle muy caballeroso y atento. Me daba en la nariz que una de las habitaciones se iba a quedar sin usar, pero me pareció mejor dejarlo así y no anticipar los acontecimientos.

—¿Quieres descansar un rato antes de dar una vuelta por la ciudad? —me preguntó en el pasillo frente a la puerta abierta de la que iba a ser mi habitación.

—La verdad es que estoy muerta de hambre.

—Entonces, dejamos nuestras cosas y nos vamos a comer. ¡Conozco un pub a diez minutos andando que tiene una comida riquísima!

—Parece que no se te escapa ninguna ciudad del mundo.

—Cuando trabajaba de modelo me pasaba el día viajando, así que hay pocos sitios que no conozca —dijo, guiñándome un ojo de forma traviesa antes de ir a dejar su maleta a la habitación de al lado.

Entré en la habitación, cerré la puerta a mis espaldas y solté un profundo suspiro.

Iba a ser muy difícil seguir enfadada y no sucumbir al «efecto Adrián».

Dar un paseo por aquel barrio hasta llegar a la céntrica calle O'Connell sin que nadie nos mirara y no tuviéramos que preocuparnos en absoluto de los *paparazzi*, fue una auténtica delicia. Allí éramos una par de personas más en la ciudad. Si en Madrid pudiera ser así todo sería mucho más fácil.

Tras pasear un rato por una de las arterias principales de Dublín y pararnos a cotillear algunas tiendas, nuestros estómagos rugían de hambre de tal forma que Adrián me guio por unas calles peatonales algo más tranquilas hasta llegar a un típico *pub* irlandés donde nos sentamos en una mesa y nos lanzamos a estudiar el menú.

Cuando llegó la gigantesca hamburguesa con patatas que yo había pedido

me lancé como un león y la engullí a dos carrillos bajo la divertida mirada de Adrián, que comía con más pausa su sándwich de atún.

—Parece que yo fuera el tío aquí —dije riendo—. Estoy devorando esta hamburguesa y tú en cambio vas con toda la calma del mundo con ese insulso sándwich.

—Me he metido una buena paliza a correr antes de ir a buscarte esta mañana y, después, he desayunado como un bestia. Por eso no estoy tan hambriento.

—La verdad es que yo he salido de casa con solo un café en el estómago.

—Muy mal —me regañó cariñosamente—. El desayuno es la comida más importante del día.

—Normalmente me tomo mi tiempo y desayuno bien. Ya sabes que yo no soy de esas chicas que come como un pajarito.

—Siento haber interrumpido tu desayuno —se disculpó, mordiéndose la comisura del labio de una forma irresistible.

—Lo cierto es que podía haberte hecho esperar más, pero los nervios me han quitado el hambre.

—¿Te pongo nerviosa?

¡Mierda! Me había metido yo solita en aquel atolladero. Ahora Adrián había dejado el sándwich en el plato y me taladraba con esa mirada suya que podía parar el mundo.

«A ver cómo sales de esta, Oli», me dije dando otro mordisco a la hamburguesa para darme un poco más de tiempo para responder algo ingenioso.

—Lo que me ha puesto nerviosa es hacer una maleta sin saber adónde iba ni qué tipo de ropa tenía que meter.

—Ya...

—¡En serio! Podríamos haber ido a Canarias y, entonces, ¿qué demonios habría hecho con un plumas y varios jerseys?

—¡Eres la pera! —exclamó, rompiendo a reír.

—¿Tan cómico te parece que hubiera parecido una loca de remate aterrizando, por ejemplo, en Tenerife como si fuera a Rusia? —dije, siguiendo la broma—. Es normal que estuviera nerviosa.

—Sí, es normal —asintió, dejando el vaso de cerveza negra sobre la mesa de madera—. Arriesgarse a ir a un sitio desconocido con alguien que no te ha dado más pistas es bastante inquietante.

—Lo más inquietante no es este viaje, sino cómo lidiar con tu fama y tus

amiguitos glamurosos una vez que volvamos a la realidad.

Una de sus manos alzó mi barbilla y rozó mi piel con suavidad.

—Disfrutemos entonces de esta ciudad. Esta noche va a suceder algo muy especial y no quiero que esas preocupaciones te impidan disfrutarlo. Ahora no estamos en Madrid, así que, por favor, olvida todo eso por ahora. Cuando volvamos ya me ocuparé de poner a Alejandro en su sitio. Solo quiero que este fin de semana sea inolvidable.

¡Y vaya si lo fue!

Nunca me habría imaginado lo que iba a vivir esa noche.

A ver, vayamos por partes, que me estoy adelantando. Fue tan flipante que quiero pasar a hablar directamente de eso, pero es mejor seguir un orden narrativo.

Después de comer volvimos al hotel y Adrián me dejó en mi habitación. Me habría encantado echarme una siesta a su lado, pero él tenía algo que hacer y se empeñó en que yo descansara para que estuviera lista para lo que nos esperaba esa noche. Yo no podía ni imaginarme la experiencia tan alucinante que me esperaba, y fue mejor que Adrián no me revelara nada al respecto porque habría estado tan expectante que no habría podido dormir ni un segundo. Y la noche dio mucho de sí, por lo que luego agradecí de veras haber dormido esa siesta en la cómoda y mullida cama *king size* del B&B.

Cuando me desperté ya estaba anocheciendo. Al principio tuve la extraña sensación de no saber dónde estaba. Había sido una escapada tan repentina que, al principio, cuando entreabrí los párpados, creía que estaba en mi dormitorio de Madrid. En la penumbra de aquella elegante y coqueta habitación, fui desperezándome lentamente y, cuando mis ojos comenzaron a ver con más claridad lo que los rodeaba, recordé que estaba en Dublín.

Gracias al wifi del hotel seguía conectada con el mundo, así que vi que tenía dos mensajes en WhatsApp. Uno era de Paula preguntándome qué tal iba todo y otro de Adrián diciéndome que me esperaba a las siete en el bar del hotel que había junto a la recepción.

Contesté a mi amiga con un escueto «En Dublín. Mañana te cuento». Y a Adrián le mandé un breve «OK» antes de meterme en la ducha para espabilarme del todo.

Solo esperaba que no fuéramos a cenar a algún sitio elegante porque no me había llevado nada más que unos vaqueros y un par de jerséis de cuello vuelto. Había estado demasiado nerviosa esa mañana para pensar con claridad y no

había metido ningún vestido en la maleta.

Al menos había llevado mi bolsita de maquillaje y unos largos pendientes de plata que me había regalado mi abuela en Navidad. Me arreglé lo mejor que pude y el resultado fue un *look* desenfadado pero favorecedor, o al menos eso me pareció al ver la expresión de Adrián cuando, sentado en el sofá junto a la chimenea del bar, me repasó de arriba abajo. Él llevaba también unos vaqueros y un polo de manga larga, así que no me había equivocado con el *look*.

—¿Lista? —me preguntó.

—Sí, aunque no sé para qué. Tanto misterio me tiene en ascuas.

—No tardarás en descubrir lo que vamos a hacer esta noche. No seas impaciente.

Fuimos a una zona industrial de la afueras de la ciudad. El taxi se detuvo en un callejón algo oscuro frente a un edificio con aspecto de ser un almacén de principios del siglo xx. Un grupo de gente se arremolinaba alrededor de la entrada, muchos fumando, en espera de que les dejaran pasar. Adrián pagó al taxista y me guio con su mano en mi espalda sorteando a la gente. Llegamos a las puertas de metal negro, donde un guarda de seguridad nos hizo detenernos. Adrián preguntó en un impecable inglés por un tal Bill. El guarda asintió en silencio y nos indicó que esperaríamos un momento.

—¿Qué es esto? —le pregunté mientras el corpulento tipo hablaba con un fuerte acento irlandés por un pinganillo.

—Un concierto privado.

—¿Privado? —pregunté extrañada—. ¿De algún grupo local *indie* de esos que tanto te gusta descubrir?

Adrián estaba siempre compartiendo en sus redes sociales su gran amor por la música y le gustaban algunas bandas de lo más curiosas.

—Ya lo verás —respondió, esbozando una sonrisa traviesa.

Unos segundos después el tal Bill, un hombre alto con pinta de rockero, salió a recibirnos y le dio un efusivo abrazo a Adrián. Acto seguido, él nos presentó y Bill me dedicó una sonrisa muy afable. Nos llevó al interior de aquel antiguo almacén de ladrillo con altos pilares de acero que sujetaban una cubierta a dos aguas llena de vigas del mismo material. Al fondo de aquel espacio diáfano había un pequeño escenario y una zona con sillas plegables alineadas a un lado del mismo. Al otro, una barra para las consumiciones. El resto del espacio se encontraba despejado dejando ver el suelo de cemento pulido que, en breve, se llenaría de gente.

Nosotros íbamos a ser unos de los pocos afortunados que tendríamos un asiento cerca del escenario.

Bill nos dejó allí y le prometió a Adrián hablar con él después de la actuación. Por lo visto, era uno de los organizadores de aquel concierto a pequeña escala y estaba bastante liado.

—Que tío tan amable —comenté, mirando a mi alrededor una vez que Bill se hubo marchado—. ¿De qué le conoces?

—Conocí a Bill en una fiesta a la que fui hace unos años en Londres después de hacer una campaña para Burberry. Es productor musical aquí en Dublín. Es un tío encantador y, por mi afición a la música, hemos seguido en contacto. Además, le encanta venir a España y siempre que lo hace me llama. Y gracias a lo bien que me llevo con él, me ha invitado a más de un concierto privado a los que de otra forma es casi imposible asistir.

—¿Conciertos como este?

—Sí, parecidos. Aunque creo que este va a superar con creces a los anteriores.

—¿Y eso? ¿Tan especiales son los músicos que van a tocar hoy en este almacén?

—Lo son, y mucho. Pero no es por eso... —Se detuvo unos instantes y me lanzó unas de esas miradas aniquiladoras que me dejaban paralizada—. Es más por la compañía.

¡Huy, necesitaba una copa!

Tenía que tranquilizarme un poco. Acababa de ponerme histérica y no quería lanzarme en sus brazos como una idiota. Quedaba mucha noche por delante y si él quería jugar a pedirme perdón paso a paso no iba a ser yo quien rompiera las reglas del juego. Y no porque pensara que debía respetarlas, sino porque era más divertido ir despacio, dejando que las emociones se fueran intensificando cada vez más.

Al ver que ya había algunas personas en la barra dispuestas a pedirse un refrigerio, le dije a Adrián que fuéramos hacia allí. Me hice con un *gin-tonic* y él, por una vez, rompió su regla de solo beber vino y se pidió un ron con Coca-Cola. Adrián achispado; eso iba a resultar interesante.

Nos quedamos junto a la barra mientras el almacén se iba llenando. Cuando parecía que ya quedaba poco para que comenzara aquel concierto acústico volvimos a nuestros asientos.

Miré a mi alrededor. Allí había espacio de sobra para las no más de doscientas personas que esperaban a que diera comienzo.

—Todos los conciertos a los que he ido han sido siempre un poco agobiantes —le comenté a Adrián—. Esto es muy distinto.

—Es que esto no es algo organizado para sacar dinero. Aquí nadie ha comprado una entrada, sino que han sido invitados. Hoy la música se va a tocar por puro placer. Y para celebrar el cumpleaños de Bill, que es muy

amigo de los músicos.

—¡Ah, qué guay! —exclamé maravillada y totalmente ajena al pedazo de susto que estaba a punto de llevarme.

Las luces que iluminaban tenues y discretas el interior de aquel almacén se apagaron lentamente. Una melodía familiar comenzó a sonar en la penumbra. Mi corazón se aceleró sin poder evitarlo. No podía ser posible. ¡Era demasiado fuerte que aquello estuviera sucediendo! El escenario se iluminó poco a poco. Y al distinguir la voz que estaba empezando a cantar a pocos metros de nosotros, me cercioré de que no lo estaba flipando.

Chris Martin, el mismísimo, *sexy*, alto y carismático líder de Coldplay estaba frente a mí. Y mucho más cerca de lo que jamás habría imaginado posible.

¡¡¡¡¡Dios mío!!!!

Mi corazón latía acelerado. Partículas de magia electrizaban cada centímetro de mi piel. Esa melódica voz, acompañada tan solo por una guitarra, hizo que «*Someone Special*» se colara directamente y sin remedio en lo más profundo de mi ser.

No podía dar crédito a lo que veía y escuchaba. ¡Lo que estaba sintiendo era increíble! Coldplay en su estado más puro. Como si estuvieran tocando en el salón de mi casa. Sin efectos ni arreglos complicados. Solo la sugerente voz de su cantante, el potente mensaje de aquella canción y un sencillo juego de luces que iban cambiando de color siguiendo el ritmo de la música. Ni grandes escenarios, ni miles de personas, ni megapantallas con efectos visuales.

Era la magia de la música en estado puro. Sencilla, cruda y auténtica.

Me giré atónita hacia Adrián. Miraba impertérrito hacia el escenario. Estaba igual de fascinado que yo. Acerqué mi mano a la suya y deslicé lentamente mis dedos entre los suyos. Él me miró al tiempo que el estribillo volvía a sonar y, con sus ojos brillando de pura emoción, acercó su boca a mi oído y susurró:

Yeah you could be someone special.

You've got bright in your brains and lightning in your veins.

You'll go higher than they've ever gone.

In you I see someone special.

You've got fire in your eyes and when you realize you'll go further than we've ever gone.

Just turn it on.

La canción se apagó lentamente y, justo antes de que todo el mundo comenzara a aplaudir, Adrián acercó aún más sus labios a mi oído.

—Eres especial. No dejes que todos esos cretinos que quieren verme con

una muñeca de plástico digan lo contrario. Simplemente sigue siendo tú misma, siempre.

Mis ojos comenzaron a humedecerse. Chris Martin dijo unas sentidas palabras en honor a Bill que, al parecer, era muy amigo suyo y se dispuso a cantar la siguiente canción.

Un piano entró en acción y ahí ya reventé. Unas lágrimas de pura felicidad comenzaron a resbalar por mis mejillas al reconocer las primeras notas de «*Hypnotised*».

Adrián tomó mi rostro entre sus manos. Él también lloraba. Pasó sus pulgares por mi rostro tan despacio y con tanta suavidad que me estremecí. Le imité y recorrí con mis manos esa piel humedecida que resultaba algo áspera por la barba incipiente. Sin dejar de observar su imagen algo borrosa por culpa de la neblina que nublaba mis ojos, no dudé más. Fui yo la que provocó ese beso de reconciliación que tanto se había retrasado.

Oh again, and again.

And I'm hyp, hypnotised.

Yeah I lift to a permanent high.

Oh I'm hyp, hypnotised.

It was dark.

Now it's sunrise.

Si la sorpresa de ver a Coldplay aparecer en aquel pequeño escenario me había dejado patidifusa, no puedo explicar lo que fue ver salir a Bono para versionar con Chris una canción de Frank Sinatra.

¡Fue el no va más!

Increíble.

Alucinante.

Irrepetible.

Y mil adjetivos más que podría decir y llenar esta página entera sin pestañear.

Mi madre iba a flipar en colores cuando se lo contara. La verdad es que salir con Adrián no era algo fácil, pero era indiscutible que con él sucedían cosas totalmente fuera de lo normal. Lo que acababa de vivir no podría haberlo imaginado ni en el mejor de mis sueños.

Volvimos al hotel ya de madrugada tras haber disfrutado de aquel increíble concierto y de una exótica cena con la que Bill agasajó a todos los asistentes a su fiesta de cumpleaños. No pude comer mucho porque la emoción de lo que había vivido todavía tenía mi estómago encogido, pero las pocas cosas que probé estaban deliciosas.

En el taxi, cogidos de la mano, ambos seguíamos inmersos en un estado hipnótico que nos había robado las palabras. No hacía falta decir nada. Lo único que importaba era sentir mientras nuestras miradas se perdían en la oscuridad de la noche de Dublín.

Una vez en el hotel, pedimos una copa y nos sentamos junto a la enorme chimenea en la que unos leños casi convertidos en brasas todavía soltaban algunas llamas.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó.

—¿En serio crees que es necesario que te responda con palabras?

—No, la verdad es que no —dijo riendo—. Creo que ambos hemos sentido exactamente lo mismo.

—La única diferencia es que tú ibas preparado para lo que iba a suceder.

Yo me he quedado de piedra.

—Sí, te llevaba ventaja. Cuando Bill me llamó para invitarme a su cumpleaños me dijo quiénes eran los que iban a tocar. Por eso no dudé en arrastrarte hasta Dublín costara lo que costase. ¡Ha sido bestial! Mucho más de lo que me imaginaba.

—Sí, lo ha sido —asentí con una sonrisa.

—Menos mal que has aceptado venir. Esto era una oportunidad única que no podías perderte.

—Y tú tampoco podías hacerlo. Has cumplido lo que me propusiste. Ver a Coldplay en otro país, sin el agobio de que la gente te reconozca. Y encima no en un concierto normal atestado de miles de personas, sino en un evento íntimo, auténtico y superespecial.

—¿Qué me dices de la aparición de Bono? —preguntó, tan emocionado como si fuera un niño que acaba de sentarse en las rodillas de Papá Noel.

—¡Alucinante! ¿Eso lo sabías?

—No, no tenía ni idea. Y creo que Bill tampoco. Ha sido la guinda del pastel. Sé que le conoce, pero me parece que no se esperaba que el líder de U2 fuera a presentarse en su cincuenta cumpleaños.

—¡Ay, Dios! —exclamé, dejándome caer en el sofá—. Ha sido... Puff... ¡Es que no sé ni cómo describirlo!

—Lo sé. Ha sido una experiencia tan intensa que no es fácil encontrar la forma de hacerlo. Y no es necesario. Los dos sabemos que esta noche se ha tratado más de sensaciones a flor de piel que de palabras.

—Pues tú me has dicho unas cuantas que me han dejado en el sitio —musité, mirando hacia la chimenea antes de dar un sorbo a la copa que tenía en la mano.

—Esas palabras eran necesarias. Las únicas que necesitaba decirte —dijo, mientras cogía mi barbilla para obligarme a mirarle—. Te están atacando constantemente y no quiero que esos imbéciles te convenzan de que no estás a la altura. Olivia, tienes un carácter y una sensibilidad extraordinarios. Eso fue lo que me enamoró de ti. No tienes que mostrárselo al resto de mundo si no quieres. No tienes que justificarte ante ellos ni cambiar. No es necesario que les descubras quién eres en realidad, pero a este mundo tan lleno de falsa perfección y felicidad en las redes sociales no le vendría mal un poco de verdad.

—No pienso exponerme, Adrián. Yo quiero seguir con mi vida y que me dejen en paz.

—Sabes que eso va a ser difícil.

—Sí, lo sé. Y no quiero pensar en ello en este momento. Quiero disfrutar de las horas que nos quedan en Dublín, en este maravilloso anonimato.

—¿A solas o acompañada? —Se acuclilló frente a mí y puso sus manos sobre mis rodillas.

—Acompañada.

No nos terminamos la copa.

Adrián me arrastró hacia las escaleras. Ajenos a la chica que estaba de guardia nocturna en la pequeña recepción de aquella majestuosa mansión que había sido convertida en un hotel *boutique*, subimos jugando a encontrarnos una vez más.

Una caricia suave pero muy intensa en el primer peldaño.

Una mirada cómplice en el siguiente.

Una carcajada un poco más arriba.

Y un beso infinito y apasionado atrapada contra la pared del vestíbulo del piso en el que se encontraban nuestras habitaciones. Rodeada del embriagador aroma del cuello de Adrián y el agradable olor a madera centenaria que caracterizaba aquel lugar, me dejé llevar sin más reservas. El futuro era incierto, pero me daba exactamente igual en aquel momento. Solo quería disfrutar de aquella noche a su lado.

Tardamos una eternidad en llegar hasta mi habitación porque, cuando conseguíamos dar un par de pasos por aquel largo pasillo, volvíamos a caer en la tentación de besarnos como dos adolescentes.

—Ya me temía yo esto —susurré entre sus brazos una vez que nos refugiábamos en la penumbra de la habitación que se suponía que iba a ser solo para mí—. Al final, vas a pagar dos habitaciones en vano.

—Yo no lo temía, lo esperaba —dijo con una sonrisa pícaro y muy *sexy*—. Pero no quería darte por hecho y prefería dejarte tu espacio. No te he traído a Dublín para acostarme contigo.

—¿Ah, no? —dije con un mohín. Tuve que ahogar una carcajada.

—No, en serio que no. Te he traído aquí para que disfrutaras de algo inolvidable lejos de los flases y los cotilleos. Con lo cabreada que estabas, temía que este viaje fuese a ser una despedida.

—No lo es —afirmé todavía con mi mejilla contra su pecho. Él acarició un mechón de mi pelo y cerré los ojos para disfrutar al máximo del calor de su cuerpo—. Lo que has hecho es añadir un capítulo alucinante y muy especial.

Más que una despedida ha sido un «Veamos cómo podemos seguir juntos sin que nos toquen mucho las narices».

—¿En serio? —me separó con suavidad para mirarme directamente a los ojos.

—Sí, en serio. La conexión que tenemos es única. Por mucho que me enfadara contigo, por mucho que me asuste ese mundo que te rodea y por más cabrón que sea tu querido manager, no puedo negarme a mí misma que las cosas que experimento cuando estoy contigo son lo mejor que me ha pasado nunca.

—¡Tú sí eres lo mejor que me ha pasado nunca! —exclamó con pasión—. Por eso sacas a la luz lo mejor que tengo y ocurren cosas increíbles.

—Bueno, no soy precisamente yo la que consigue ir a un concierto de ensueño. El hecho de que tengas amistades en el mundo de la farándula y el espectáculo también tiene su lado bueno. Por Dios, Adrián, ¡¡¡que he saludado a Bono y me llevo una dedicatoria para mi madre en una servilleta!!!

Se echó a reír a carcajadas con mi repentino ataque de histeria.

—De nada servirían todos esos contactos si no pudiera compartir contigo las ventajas que supone moverse en este mundillo. Lo que hemos vivido esta noche ha sido indescriptible, sobre todo porque estábamos vibrando juntos.

—Déjame decirte que creo que aún podemos vibrar más...

Mi insinuación le encendió de tal forma que ya no dijimos ni una palabra más. Me cogió en brazos y me llevó hasta la cama. Mientras me besaba sin tregua, me desnudó poco a poco hasta dejarme totalmente expuesta a él, temblando de deseo y de amor. Con mis pechos rozando la tela del polo que él llevaba, rodeé su cuello con mis brazos y le besé con mi lado más salvaje. Unos segundos después, le ayudé a desprenderse de esa prenda que no me permitía sentir su piel contra la mía. El roce de nuestros cuerpos nos robó el aliento a ambos y las cosas se precipitaron vertiginosamente.

Ya no podíamos ir con calma.

Nuestros cuerpos se habían reencontrado al fin y necesitaban fundirse en uno solo cuanto antes.

Y no lo hicieron una vez, sino varias. Aquella noche no descansamos mucho. Nos dedicamos por entero a saciar nuestra sed vital y, como hacerlo nos dejaba sin aliento, calmábamos la sed física visitando una y otra vez el surtido minibar.

Acabamos agotados y ebrios, pero no por el alcohol, sino por el derroche de amor, erotismo y complicidad que entrelazó los cordones de nuestros

zapatos de tal forma que difícilmente podría seguir caminando si no era a su lado.

—Dios. Mío. De. Mi. Vida.

Mi madre había exclamado esas cinco palabras tres veces seguidas. Estaba en *shock* después de haberle contado lo que había sucedido la noche anterior en aquel almacén de las afueras de Dublín. Tras volar de vuelta a Madrid en el *jet* privado, Adrián me había dejado en casa después de que nos besáramos como dos tortolitos empalagosos en su coche. Lo primero que había hecho era darle a mi madre la servilleta que Bono le había dedicado. Llevaba un buen rato con ella en la mano sin dejar de hacer aspavientos mientras miraba una y otra vez los trazos de tinta azul garabateados por la mano de su mayor ídolo. No podía estar sentada, así que se paseaba de un extremo a otro de nuestro pequeño piso con Gilda siguiéndola a todas partes.

—Oye, mamá. Creo que necesitas un poco de aire fresco para quitarte ese sofoco que has pillado con lo que he te he contado —comenté riendo.

—Sí, eso suena muy bien. Este pasillo tan corto no es suficiente para calmarme. Tengo que andar más, mucho más.

Fue a su habitación y, con sumo cuidado, metió la servilleta en una cajita de madera donde guardaba sus más preciados tesoros, entre los que estaba la pulsera de identificación que me pusieron en el hospital cuando nací. Con eso ya os podéis imaginar hasta qué punto estaba emocionada con el autógrafo de Bono.

Salimos bien abrigadas y anduvimos varias manzanas hasta un *pub* muy agradable que habían inaugurado hacía poco.

—Después de la sorpresa que te ha dado, supongo que ya no estás enfadada con él, ¿verdad? —insinuó mi madre.

—Sí, ha conseguido borrar por completo el mal sabor que me dejó esa fiesta. Y también he vuelto más dispuesta que nunca a pasar de los comentarios que hacen de mí en todas partes.

—¡Esa actitud me gusta! No puedes dejar que las opiniones ajenas y ese mundo que le rodea arruinen algo tan bonito y especial. Adrián es un tío estupendo y encima te ofrece la oportunidad de vivir experiencias tan

extraordinarias como la de este fin de semana.

—Mamá, no es necesario volar en un avión privado para que la vida sea extraordinaria.

—No, no lo es —asintió—. Lo del avión es solo una comodidad, pero tener la oportunidad de ir a un concierto como ese es increíble. Si salir con Adrián te ofrece la oportunidad de vivir cosas que están totalmente fuera de lo común, pues mejor para ti.

—Ya, pero, ¿no crees que esas experiencias me acercan a un mundo algo irreal?

—No es irreal. Es exclusivo y atípico, pero no por eso menos verdadero. Entiendo que te quieras alejar de la superficialidad de las estrellas de la tele. No obstante, algunas de las personas que él conoce son famosas pero también muy interesantes. Y te ofrece ir a lugares increíbles que no están al alcance de todo el mundo. Es esa parte la que quiero que aproveches.

—Tú siempre me has dicho que en esta vida hay que currárselo mucho para llegar a donde uno quiere. Me sorprende que me digas esto.

—No te confundas. No estoy diciendo que dejes de esforzarte en tu trabajo. Solo estoy animándote a que disfrutes la parte positiva de las circunstancias que rodean a Adrián. Pasa de las envidias y las críticas y céntrate en lo bueno.

—La verdad es que es un tío maravilloso —suspiré embobada.

—Sí, lo es. Y encima tiene dinero.

—¡Mamá! —la regañé—. Hoy te veo muy materialista.

—Mira, Olivia. Llevo toda la vida dejándome los cuernos para salir adelante y todavía me queda mucho por luchar. La hipoteca de ese piso diminuto me va a tener asfixiada hasta que me jubile, así que déjame que te diga que si tú puedes ahorrarte vivir siempre agobiada por culpa del dichoso dinero yo viviré más tranquila.

—¿Y dónde está ese mensaje que siempre me has dado de que lo más importante es que escuche a mi corazón?

—Sigue ahí. No te equivoques. No te estoy diciendo que solo te guíes por el brillo del oro. Lo más importante es estar en paz contigo misma, eso siempre. Pero si la vida te ofrece pasar por menos dificultades económicas de las que he pasado yo y no tienes que vivir preocupada constantemente por si llegarás a fin de mes, tendrás la libertad de volar más alto y más libre. Y yo quiero que veas el mundo a vista de pájaro. Cuanto más viajes, más experimentes y más sientas, más vivirás. Aprovecha al máximo todo lo que aparezca en tu camino y manda a freír espárragos todos tus miedos. No escuches las tonterías que

dicen de ti y vuela alto, muy por encima de su mediocridad.

Ojalá hubiera podido volar también por encima de los periodistas.

Estaban en todas partes; a la salida de mi trabajo, en el portal de mi casa o en la verja del chalé de Adrián. También me los encontraba en los bares a los que iba con mis amigos e incluso a la salida del supermercado de mi barrio.

Daba igual que intentara pasar desapercibida. Aunque no hacía ninguna declaración cada vez que me asediaban, no había forma de que se olvidaran de mí.

Y no eran solo los *paparazzi* y reporteros de la tele, también en Twitter seguían los comentarios hirientes. No les hacía ni caso y trataba de seguir a lo mío. Estaba convencida de que si no echaba leña al fuego este terminaría por apagarse.

Pero el muy puñetero ardía con fuerza aunque yo no lo avivara.

Una mañana de domingo se me ocurrió ir temprano al Retiro con la cara lavada y un moño improvisado. Mientras paseaba con Gilda enfundada en unas mallas de algodón y una vieja sudadera, no pensé que a esas horas y camuflada entre tanta gente que hacía deporte alguien fuera a reconocerme.

Me equivocaba por completo. Una chica me sacó una foto en la que salía bastante desfavorecida y la publicó poco después en su cuenta acompañada de un hiriente mensaje.

«No entiendo cómo @oliviaandgilda tiene un novio tan increíble. ¿La habéis visto? No se puede ser más vulgar y desgarbada. Esta pobre no se ha enterado de que un salón de belleza le ayudaría a estar a la altura».

Permanecí callada, pero aquel tuit fue la gota que colmó el vaso e hizo que le diera muchas vueltas a la cabeza esa noche. Cuando por fin me dormí tuve un sueño muy revelador. Al despertarme a la mañana siguiente, cuando ordenaba la ropa que tenía amontonada sobre la butaca de mi dormitorio, vi el echarpe que me había dejado Alicia al huir de la fiesta de Nochevieja.

¡Tenía que devolvérselo! ¡Qué cabeza la mía! En los últimos días había estado tan centrada en mi trabajo y en esquivar a los periodistas que se me había olvidado por completo ese detalle.

Eso me hizo acordarme del sueño que había tenido y decidí ponerme en contacto con ella cuanto antes. No solo tenía que devolverle el echarpe, también quería preguntarle si estaría dispuesta a ayudarme con una idea que se había despertado en mi cabeza.

—¡Me parece una idea buenísima! —dijo Alicia tras dar un bocado a su cruasán. Habíamos quedado en una céntrica cafetería que era famosa por sus deliciosas meriendas.

—No sabía qué te iba a parecer. Al fin y al cabo, lo que quiero hacer va justo en contra de tu profesión.

—No, no va en contra. Simplemente quieres mostrar que la belleza no depende solo de eso. Está muy bien que las mujeres nos cuidemos y queramos sacar lo mejor de nosotras mismas, pero si bajo la chapa y pintura no hay nada, tantos cuidados son absurdos. Tu idea es muy potente y estaré encantada de ayudarte a transmitirla.

—¿En serio quieres hacerlo?

—Sí. De hecho, ¡lo podemos hacer hoy mismo! Vivo muy cerca de aquí, así que en cuanto acabemos esta estupenda merienda nos vamos a mi piso. Allí tengo todo lo que necesitamos.

Su efusiva reacción me sorprendió gratamente y, aunque yo pensaba hacerlo un día de fin de semana para no ir con prisas y pillar a Alicia descansada, me uní a su entusiasmo y le dije que sí.

Una hora después, sentada sobre una silla en un rincón del salón de su pequeño apartamento, le dejé tomar las riendas de la situación y seguí todas sus indicaciones mientras ella trabajaba con calma pero sin pausa. Decidí dedicarme primero a mi pelo, haciéndole unas ondas con una tenacilla térmica.

—Para dar la impresión que queremos no solo tenemos que impactar con tu cara, el marco es también muy importante —me explicó mientras observaba mi reflejo en el espejo y comprobaba cómo poco a poco mi melena se transformaba en la de una leona peligrosa.

Una vez que terminó con mi pelo, se llevó el espejo.

—Ahora prefiero que no te mires. Verás el resultado cuando acabe.

No puse ninguna objeción. Ella era la que dirigía aquella sesión de maquillaje y pensaba dejar que tomara las decisiones. Nunca me había puesto en manos de una experta y me pareció fascinante la dedicación con la que estudiaba mis facciones para luego decidir qué era lo más adecuado para conseguir el efecto que buscábamos.

—Me va a llevar un poco de tiempo —me avisó—. Tenemos que conseguir algo muy impactante y arriesgado. Si te dejo con un aspecto demasiado natural, lo que quieres hacer no resultará tan dramático. Y tu mensaje tiene que quedar muy claro.

—No te preocupes. Si a ti no te importa que te robe tu tiempo, yo no tengo prisa.

—No robas mi tiempo en absoluto. Hoy no he tenido un día muy liado, así que estoy fresca como una lechuga —dijo riendo—. Mi intención es hacer un buen trabajo, y tendrás que ser paciente.

—Lo seré. Quiero hacer esto y que por fin hablen de mí por algo que merezca la pena.

—De eso puedes estar segura. Van a hablar de ti. Y mucho.

—Esta vez no me va a importar. Lo estoy haciendo de forma totalmente consciente. Por primera vez me voy a exponer voluntariamente a los comentarios. Y si me critican, mejor. Eso significará que he conseguido lo que busco.

—Pues entonces sigamos trabajando —dijo ella, y alzó un poco mi rostro hacia el foco que iluminaba mi cara—. Voy a ocuparme de tus ojos, así que ahora por favor no te muevas.

Alicia se puso manos a la obra y yo no rechisté durante el largo rato que estuvo concentrada en transformarme en alguien diferente con todas sus brochas, pinceles, lápices y barras de labios.

—Ya está —anunció satisfecha—. Creo que ya es suficiente. ¿Quieres verte?

Asentí algo nerviosa. No sabía si después de todos los productos que me había aplicado Alicia iba a verme como un payaso.

Me llevó hasta el cuarto de baño y me puso frente al espejo.

La chica que vi reflejada no era yo. Era alguien muy sofisticado y con unos ojos mucho más grandes y profundos que los míos. Los pómulos estaban muy marcados y la boca parecía una fresa brillante. Tenía el aspecto de una mujer explosiva, algo que yo no era en absoluto. Estaba muy guapa y provocativa, no voy a negarlo, pero no era yo.

Y eso era justamente lo que le había pedido que hiciera.

«¿Es así como se supone que debo ser para gustaros?».

Paula miraba atónita el vídeo que acababa de subir a Instagram y que también había compartido en Twitter. Después de que Alicia me ayudara a grabarlo y me despidiera de ella dándole un millón de gracias por todo el tiempo que me había dedicado esa noche, volví a casa dudando si debía compartirlo o no. Desde que salía con Adrián había intentado pasar desapercibida y no había publicado demasiadas cosas en mis cuentas. Y mucho menos algo tan

provocador como aquello.

Le di muchas vueltas durante un par de días y, finalmente, decidí ser valiente y lanzar mi mensaje al mundo. Había probado a ser discreta y no me había servido de nada. Me habían criticado y perseguido igualmente, así que, ya que iban a hablar de mí lo quisiera o no, por lo menos iba a quedarme a gusto. Estaba decidida a seguir con Adrián a toda costa y eso me ponía constantemente en el punto de mira. Aunque él me había dicho que íbamos a escaparnos fuera de España lo más a menudo posible para poder descubrir lugares juntos y pasar desapercibidos, no íbamos a poder vivir en un «Dublín» permanente. En cuanto saliéramos una noche a cenar o al cine en Madrid nos iban a volver a atosigar, así que había decidido adelantarme y darles de qué hablar.

Solo que, por lo menos esta vez, me iba a permitir el lujo de decidir el tema de conversación.

Casi todo el mundo quería ser perfecto en sus cuentas de las redes sociales. Mostraban solo su mejor lado; sus momentos más felices, sus actos más heroicos, sus mejores viajes y su supuesta vida perfecta retratada en *selfies* con posturas forzadas y sonrisas Profident. Parecía una competición para ver quién era mejor, más guapo, más feliz o más ocurrente.

Y yo no iba a seguir ese juego para caerles bien a todos los fans de Adrián. Quien quisiera seguirme debía tener muy claro que yo apostaba por la realidad, a veces feliz, pero muchas otras dura, difícil e imperfecta. No pensaba convertirme en lo que no era para que me dejaran en paz. Todo lo contrario, prefería provocarlos y que, al menos, me criticaran por decir exactamente lo que pensaba. Si les iba a caer mal, que fuese por quien era realmente y no por intentar ser el tipo de chica que, según ellos, era la adecuada para una estrella mediática como Adrián.

Ya había cometido una vez el gran error de intentar ser lo que se esperaba de mí. Hugo me había manejado como a un títere. Era un manipulador, sí, pero la culpa había sido sobre todo mía por dejar que lo hiciera. Cuando salía con él temía tanto no estar a la altura de sus expectativas que hacía todo lo que creía que le iba a enamorar aún más. Lo que conseguí fue todo lo contrario. Cuanto más me anulaba a mí misma para intentar ser quien él esperaba, Hugo se alejaba cada vez más. Parecía oler mi miedo a perderle y, cuanto mayor era este, más me rechazaba.

Así que creo que, en parte, aquel vídeo también lo hice para demostrarme a mí misma que ya nunca volvería a ser nadie que yo no quisiera.

No tenía que ser la más guapa, tampoco la más delgada, y mucho menos la más sonriente con la prensa para hacer feliz a Adrián. Solo tenía que ser yo. La persona que él había descubierto en mí era como era, con sus defectos y sus virtudes; y quería dejar muy claro que nada ni nadie me iba a hacer cambiar. No pensaba crear un monstruo de perfección para dejarles contentos.

Por eso había grabado aquel vídeo que duraba apenas treinta segundos. Al principio se me veía seria y con una actitud altiva, desafiando a la cámara a través de esas pestañas postizas que hacían que mis ojos parecieran los de una muñeca peligrosa. La sesión de maquillaje me había transformado en alguien diferente, incapaz de sonreír al hallarse totalmente desconectado de mi alma. Tras unos segundos mostrando esa imagen que no me correspondía, me quedaba quieta y, luego, llevaba las palmas de mis manos a mis ojos. Comenzaba a restregarlos, provocando que las sombras, el *eyeliner* y el rímel se mezclaran entre sí al tiempo que unas lágrimas de pura rabia hacían que todo aquel maquillaje se diluyera y convirtiera mi cara en una máscara grotesca.

Al pasar el dorso de una de mis manos por encima de mis labios, el brillante rojo que los había resaltado se esparcía hacia un lado, dándole a mi cara una expresión aún más esperpéntica y triste. Durante un par de segundos miraba a la cámara sin pestañear, con un profundo dolor dibujado en mis ojos. Acto seguido, me desprendía de las pestañas postizas y en mi mirada se apreciaba un atisbo de luz. A continuación, cogía una esponja que había sumergido en un barreño con agua tibia y jabón y comenzaba a lavar mi cara haciendo desaparecer, poco a poco, todo ese maquillaje que me había convertido en un personaje sin verdad. Cuando por fin mi rostro estuvo totalmente limpio y volvía a ser yo, esos ojos oscuros volvieron a desprender la luz de mi alma. Eran más pequeños que lo que aparentaban ser al principio del vídeo. El favorecedor efecto del *eyeliner* y el juego de sombras que había conjugado Alicia sobre mis párpados habían desaparecido. Mi expresión ya no era la de una bella y peligrosa pantera, pero ahora era yo.

Sincera y real.

Mis labios ya no eran rojos y tentadores. Volvía a ser una chica imperfecta y sencilla.

Con la cara lavada quizá ya no estuviera tan atractiva y espectacular como al principio del vídeo.

Pero ahora sonreía de oreja a oreja al mirarme en un bonito espejo ovalado que había en el salón de Alicia. Reconocerme tal y como era hizo que mi

rostro irradiara una belleza mucho más impactante. La paz de volver a ser yo misma no podía compararse con la falsa seguridad de ningún maquillaje.

—¡Esto es bestial, nena! —exclamó Paula, dando palmas al terminar de ver el vídeo—. ¡Ole, ole y ole!

—No sé si es bestial o una estupidez, pero me siento muy bien después de haberlo hecho.

—Con esto vas a callar muchas bocas. Les has dejado muy claro que podrías ser como ellos quieren, pero que no te interesa y te importa un pimiento lo que digan de ti, así que creo que a partir de ahora vas a poder respirar tranquila.

—Bueno, tranquila no creo, porque seguro que todo el mundo lo va a comentar. Pero la verdad es que me da lo mismo.

—Eso es lo importante, que te dé exactamente igual lo que digan. Con este vídeo ya has dicho lo que querías: que no tienes ninguna intención de convertirte en nadie que no eres para justificar ser la novia de Adrián. Así que con eso ya no pueden seguir pretendiendo que seas una Barbie. Y creo que esto es muy inspirador. Me da que te vas a convertir en un icono para todos aquellos que aprecian la valentía y la sinceridad. Hay tantas *influencers* e *it girls* que reflejan justo lo contrario, que este vídeo va a provocar muchas reacciones.

Paula no se equivocó en absoluto. Mi número de seguidores tanto en Twitter como en Instagram subió de forma vertiginosa en tan solo unas horas. Todo el mundo hablaba de ello. Mucha gente lo había retuiteado y recibí muchísimos comentarios felicitándome por haber dado ese paso. Algunos me criticaban, pero la mayoría encontraban mi vídeo de lo más inspirador. Muchos me decían que era refrescante ver algo tan real y sincero en las redes sociales.

En la tele lo enseñaron una y otra vez, y lo más curioso fue que muchos de los periodistas que antes me habían atacado ferozmente, llamándome incluso oportunista, ahora me alababan. Algunos todavía me ponían verde y decían que lo que había hecho era una crítica feroz e injusta de la feminidad. Según mis detractores, mi vídeo ridiculizaba sin contemplaciones a las mujeres que les gustaba arreglarse y mejorar su aspecto. Pero esa no era mi intención. No tengo nada en contra de que una mujer quiera ir guapa y arreglada; eso es una decisión de cada una. Pero en un mundo donde demasiado a menudo recibimos el mensaje de que el aspecto exterior es mucho más importante que lo que llevamos dentro, mi vídeo había querido reivindicar que la verdadera belleza

sale de dentro al exterior, y no al revés. Uno de los periodistas que me defendía a muerte en el programa de cotilleos más visto de las tardes parecía haberlo entendido a la perfección.

—Olivia Santos no está atacando con ese vídeo a las mujeres que se maquillan y se visten de forma femenina. A mí no me ha dado esa impresión para nada —le rebatía a una compañera de plató que acababa de decir que ese era mi mensaje—. Es evidente que ella solo ha querido expresar su postura frente a todos los ataques que ha recibido por no ser el estereotipo de mujer que suele salir con un actor tan guapo y famoso como Adrián Prado. Su mensaje está muy claro: «Soy más feliz como soy. No intentéis cambiarme». No se siente cómoda en el papel de chica seductora y superficial que se le ha querido imponer y ha querido constatarlo de una forma muy directa y sincera. Y al hacerlo ha dado voz a muchas mujeres que sienten una presión constante por estar siempre perfectas e impecables. ¡Me he vuelto un fan absoluto de esta chica!

Olivia Santos @oliviaandgilda

La comprensión nace de la humildad. No del orgullo del saber. Sabio mensaje de una de mis novelas favoritas. #siemprereal.

En las últimas semanas, Adrián y yo habíamos hecho dos escapadas para librarnos de las miradas indiscretas. La primera fue a París y la otra a Praga. En ambos lugares disfrutamos de lo lindo siendo dos simples desconocidos que se besaban en cada esquina sin temor a que la gente los reconociera.

Aquellos breves viajes eran una buena solución para poder disfrutar de nuestro tiempo libre con total libertad. En Madrid, o en cualquier otra ciudad de España, era cada vez más difícil pasar desapercibidos. Y ya no era solo por él. Desde que había publicado ese vídeo, que Adrián también se había ocupado de compartir y lo había vuelto aún más viral, el interés por mí había aumentado como la espuma. Me llamaban «la anti *it girl*» y levantaba tantas pasiones como odios. Ahora ya me seguían en la redes sociales centenares de miles de personas, sobre todo adolescentes, y me sentía muy motivada para publicar cosas que transmitieran mi verdad. Compartía pensamientos y reflexiones, frases de libros que me gustaban, fotografías de mis rincones favoritos y, si tenía un mal día, no lo ocultaba. Mis cuentas de Instagram y Twitter no pretendían mostrar una vida llena de nubes de algodón y belleza. Eran sinceras, un fiel reflejo de lo que me ocurría, y eso estaba creando adicción entre muchos de mis seguidores.

Cuando estábamos en Madrid teníamos que medir mucho a dónde íbamos. Evitábamos los lugares públicos y solíamos reunirnos con Paula y Juan en casa de Adrián. Mi mejor amiga había hecho muy buenas migas con él nada más conocerle y el buen rollo que mi chico tenía con Juan desde el viaje a Seychelles siguió creciendo.

Adrián era de pocos amigos, pero en un par de ocasiones se nos unió Ramón. Tal y como ya me había contado una vez, este vivía en Alemania, pero de vez en cuando venía a Madrid y siempre quedaba con nosotros. Era un tío encantador, ajeno por completo al ambiente de la farándula, así que era genial

que se uniera al cuarteto que habíamos formado. Y no era la única que se alegraba de que Ramón apareciera en escena; a Paula le brillaban los ojos cada vez que lo veía.

Después de unas semanas sin haber hecho ningún viaje, Adrián y yo volvimos a escaparnos. Esta vez fue dentro de España. Salimos en su todoterreno antes de que amaneciera en compañía de nuestros tres perros. El destino fue un rincón del Pirineo aragonés que Adrián conocía a la perfección, pues era uno de los lugares a los que él huía habitualmente cuando quería desaparecer. Llegados a un punto, tuvimos que dejar el coche al final de un estrecho camino y continuar a pie con nuestras mochilas a cuestas. Tras casi tres horas de caminata y algo de escalada por unas rocas que pusieron mi escasa forma física a prueba, desembocamos en el imponente claro nevado desde el que se divisaba el valle de Benasque. Adrián, una vez más, me había empujado a superar mis límites. Ahora que estaba allí arriba, me alegraba muchísimo de haberme esforzado tanto para llegar. A punto había estado de tirar la toalla, pero él no me había dejado y ahora tenía mi recompensa. Comimos unos bocadillos para reponer fuerzas sentados sobre una roca. El sol de ese despejado día de invierno nos hizo entrar en calor tras haber caminado entre sombrías zonas de bosques.

A continuación, montamos la fabulosa tienda de campaña que Adrián había traído, digna de un aventurero profesional, y dormimos una merecida siesta abrazados y rodeados por Gilda, Bono y Alan, quienes nos dieron mucho calor. Habíamos hecho un largo viaje tanto por carretera como a pie y necesitábamos reponer fuerzas.

Cuando despertamos un par de horas más tarde, Adrián me arrastró fuera de la tienda de campaña para dar una caminata hasta un lugar que quería enseñarme. Descendimos por un sendero entre unos preciosos pinares hasta llegar a una laguna de aguas color esmeralda que estaba delimitada por unas escarpadas paredes de roca. Al fondo se divisaba el pico de una montaña nevada que se recortaba imponente contra el intenso azul del cielo despejado de aquel sábado de febrero. Era un lugar precioso, y si no hubiera sido por el frío que hacía, me habría lanzado sin pensármelo a darme un chapuzón en la laguna.

Los perros no temían al frío como yo, así que no dudaron en tirarse al agua cuando Adrián les lanzó un palo. Saqué varias fotos de aquel magnífico y silencioso lugar.

Antes de que anoheciera, reemprendimos el camino de vuelta a nuestro improvisado hogar en la montaña y llegamos justo a tiempo para ver la puesta de sol desde allí arriba. Fue otro momento mágico. Con Adrián a mis espaldas rodeándome con sus brazos, disfruté al máximo la escena del sol escondiéndose tras las montañas hasta que solo quedó un intenso reflejo anaranjado que se fue apagando poco a poco hasta que la negrura de la noche y las estrellas fueron las protagonistas absolutas.

Preparamos la cena abriendo varias latas de conservas y la acompañamos con una botella de un vino increíble que Adrián había llevado en su mochila. Y mientras lo disfrutábamos en unos sencillos vasos de papel, continuamos con la conversación sobre lo agradable que resultaba estar desconectados de todo y poder disfrutar de nuestra soledad al lado del chisporrotear de la hoguera.

—Es curioso como de repente pasas de ser ridiculizada a admirada, ¿no crees?

Hice aquel comentario mientras contemplaba las miles de estrellas que se divisaban desde aquel claro en el que nos habíamos instalado.

—Eso ha ocurrido porque lo que hiciste fue muy valiente y de una honestidad apabullante —comentó Adrián. Echó más leña a la hoguera que habíamos encendido para entrar en calor—. Ya no eres la novia de Adrián Prado, sino Olivia Santos, una nueva *influencer* que va a contracorriente. Y brillas con luz propia.

—Es excitante, no lo voy a negar. Pero esta noche me alegro mucho de que no tengamos cobertura y lo que esté pasando en el resto del mundo no pueda alcanzarnos. Estas últimas semanas han sido una locura. Entre el trabajo, ese mundo virtual en el que me he metido y la insistencia de algunos periodistas por entrevistarme he acabado un poco saturada.

—Ya me había dado cuenta, por eso he querido traerte aquí. Este es el mejor lugar para desconectar de todo.

—Sí, sin duda lo es —suspiré, con la vista perdida en aquel cielo tan oscuro y salpicado de un manto de titilantes estrellas.

Adrián permaneció callado durante unos segundos.

—Estos últimos días he estado releendo el libro de Susanna Tamaro. No lo había vuelto a hacer desde que era un adolescente.

—¿Y cómo te sientes ahora? —le pregunté con cautela. Todo lo relacionado con su madre era un tema delicado y yo intentaba no hablarle a menudo de ello porque sabía que le resultaba doloroso. Pero si se había atrevido a buscarla

de nuevo entre las páginas de esa novela era porque, de alguna forma, comenzaba a superarlo.

—Extraño —se limitó a responder.

—¿Extraño en qué sentido?

—Muchas de las frases e ideas que hay en ese libro parecen dichas por ti. Es como si *Donde el corazón te lleve* hubiera formado un triángulo entre ella, tú y yo.

—¿Y eso es malo?

—No, no lo es. Es solo extraño. Es como si ella te hubiera enviado para que cuides de mí.

—La verdad es que es muy curioso que ese libro sea el favorito de tu madre y de la mía. Y que tanto a ti como a mí nos haya marcado mientras crecíamos. Supongo que es una bonita casualidad.

—Es un libro muy triste —observó antes de dar un sorbo a su vaso de papel.

—Sí, lo es en algunos momentos, pero tiene también soplos de esperanza y el final es muy inspirador. Creo que es como la vida misma y, aunque hay sufrimiento en esa historia, contiene muchos mensajes muy valiosos.

Adrián metió la mano en el bolsillo de su anorak y sacó una copia de la novela algo manoseada. Tenía marcadas algunas páginas y buscó algo en concreto.

—«La vida no es una carrera —comenzó a leer en voz alta—, sino un tiro al blanco, lo que importa no es el ahorro de tiempo, sino la capacidad de encontrar una diana».

—Recuerdo perfectamente esa frase del libro y el momento en el que me planteé a dónde quería apuntar en la vida.

—¿Tuviste una respuesta?

—Sí, la tuve. Pero no en ese momento, sino después de haber metido la pata hasta el fondo. Y lo más curioso es que cuando leí ese libro encontré una frase que describía muy bien mi diana.

Le pedí que me lo dejara y busqué la página donde estaba ese pensamiento.

—«Renunciar a uno mismo lleva al desprecio. Del desprecio a la rabia el paso es corto» —leí en voz alta—. Esa es mi diana: ser siempre fiel a mí misma pase lo que pase. En mi trabajo y en mi vida personal. No hay nada peor que odiarte por haberte convertido en alguien que no eres.

—Si hay algo que me gustó de ti desde el principio fue justamente eso. Nunca había conocido a nadie tan libre.

—No siempre lo he sido. Me dejé atrapar por alguien que me nubló la razón y un día me di cuenta de que, como le pasa a la protagonista de esta historia, yo no brillaba con luz propia. Lo que yo desprendía era tan solo un reflejo. Y mi objetivo entonces estuvo muy claro: que la realidad que iba a vivir desde ese momento tenía que nacer de mi interior, de mis necesidades y de mis sueños. Nunca los que me marcaran desde fuera. Fui un pájaro enjaulado una vez y, cuando escapé, me prometí a mí misma volar en libertad.

—Y vuelas muy alto. Me costó mucho cazarte —dijo riendo.

—No me cazaste, listillo. Conseguiste que quisiera caminar a tu lado.

—Y descalza... —me recordó, esbozando una de esas sonrisas traviesas que tanto me gustaban.

—Sí, conseguiste que me quitara los zapatos. Y nadie lo había hecho nunca.

—Soy un privilegiado.

—No lo sabes tú bien —dije, dándole con mi hombro en su costado.

—Sí, sí lo sé. Y por eso me da miedo lo que voy a contarte.

—¿Pasa algo malo? —Su voz había sonado tan seria que me sentí algo alarmada.

—No, no es malo, pero es un cambio que no sé qué tal te vas a tomar —comenzó a explicarme—. Estamos hablando de dianas, de tener un objetivo claro y de hacer todo lo posible por conseguirlo. Desde que Gonzalo enfermó mi diana se ha desviado.

Adrián dijo esto último con voz temblorosa y soltó un suspiro. Unas lágrimas se asomaron a sus ojos. No solía compadecerse por lo que le sucedía a su hermano, pero esa noche parecía tener los sentimientos a flor de piel. Lo rodeé con mis brazos y no dije nada. No había palabras que fueran a cambiar la realidad, así que me limité a que sintiera mi calor. Adrián tenía dos heridas muy profundas de las que brotaban litros de angustia. Sabía que no iba a ser nada fácil parar la hemorragia. Los torniquetes no sirven de nada cuando lo que te sangra a borbotones es el alma.

—Lo más importante ya no es lo que yo quiera, sino ayudarle a él —continuó hablando, recobrando la fuerza en su voz—. Me han hablado de un tratamiento experimental en San Diego para su enfermedad. No hay garantías de que vaya a funcionar, pero se encuentra en un punto en el que aquí ya no nos ofrecen ninguna solución. Y por un capricho del destino, ese productor tan importante con el que hablé en Nochevieja me ha hecho una oferta para trabajar en un película que se va a rodar en Hollywood. Me ofrecen un contrato que cubriría de sobra el coste de llevar allí a Gonzalo y también a mi

padre, y estaría cerca de él mientras dura el tratamiento.

—¿Cuándo os iríais? —pregunté, tratando de ocultar el disgusto que me había provocado la idea de que se marchara al otro lado del mundo.

—La semana que viene.

—¿Tan pronto?

—Sí. Ayer recibí un correo electrónico de la facultad de medicina de la Universidad de San Diego en el que me dicen que han estudiado el caso de Gonzalo y que lo aceptan para participar en su programa de investigación. Están experimentando con un nuevo medicamento que podría revertir los daños que le ha causado su enfermedad.

—¿Os han dicho cuáles son las probabilidades de éxito?

—No, no nos han asegurado nada. Pero ante la más mínima posibilidad de que pueda mejorar tenemos que intentarlo.

—Lo entiendo. Ahora tu diana es intentar por todos los medios que tu hermano se cure.

—Y también que tú seas feliz, Oli. Por eso, si separarnos va a ser demasiado duro para ti, podría valorar que mi padre y Gonzalo se vayan solos. Yo iría a menudo a verlos.

—Sí, pero perderías la oportunidad de trabajar en Hollywood y, además, te dejarías gran parte de tus ahorros en costear los gastos que suponga que ellos se trasladen allí. No puedo pedirte que te quedes por mí. No sería justo.

—¿Por qué no te vienes conmigo a Los Angeles? Podrías pedir una excedencia. Solo serán unos meses —propuso esperanzado.

—No puedo. Cada vez estoy más involucrada en los asuntos de la agencia. Diana cuenta conmigo. Estamos hasta arriba de trabajo y me mataría si ahora la dejo tirada. Me costó mucho conseguir ese puesto y solo llevo unos meses allí, no puedo irme.

—Podrías ir a verme cuando tengas unos días libres y yo trataré de venir todo lo que me sea posible. —Intentó sonar animado.

—Supongo que tendremos que hacerlo así. Ya encontraremos la forma de vernos —dije, ocultando el miedo que me daba aquella situación. Era totalmente inesperada y acababa de dejarme de piedra, pero era la salud de su hermano lo que estaba en juego y no tenía intención alguna de ponerme melodramática.

Adrián volvió a abrir el libro y buscó un párrafo en las últimas páginas.

—Hagamos como cuenta Olga en el libro. Te propongo un pacto. —Miró a las estrellas antes de empezar a leer—: Todas las noches a las once en punto

tú mirarás las estrellas, buscarás Sirio y pensarás en mí. Yo haré lo mismo cuando sea esa hora en California. Así nuestros pensamientos se encontrarán a pesar de la diferencia horaria. Allá arriba siempre estaremos unidos, sin necesitar ni el teléfono ni internet. Pase lo que pase, en las estrellas siempre nos encontraremos.

Después de decir aquello, Adrián cogió mi mano y la alzó hacia las estrellas. Entre Orión y Betelgeuse, señaló Sirio.

Las estrellas se ven mucho más brillantes y se distinguen mucho mejor en lo alto de una montaña en la que no hay nada de luz a tu alrededor. En Madrid no es tan fácil apreciarlas y encontrar Sirio no me resultaba nada sencillo. Nunca he sido aficionada a la astronomía, por lo que intentar encontrar esa estrella entre todas las demás para mí era una misión casi imposible. Cuando Adrián lo había propuesto había sonado muy romántico y alentador, pero la realidad era que llevaba casi tres semanas sin verle y cada vez se me hacía más cuesta arriba.

Hablábamos por videoconferencia tan a menudo como podíamos, pero debido a la diferencia horaria y nuestros respectivos compromisos profesionales, no siempre era posible. Al menos teníamos los mensajes de WhatsApp y nos seguíamos de cerca en las redes sociales.

Antes de que se fuera me pidió que me mudara a su casa hasta que él volviera.

«¿Y después qué?», le pregunté la última noche que pasamos juntos en Madrid.

«Después, espero que te quedes para siempre».

Ahora dormía sola en su enorme cama echándole de menos noche tras noche, recordando esa respuesta que aún me ponía la piel de gallina.

Quedarme en su confortable y bonito chalé había sido una decisión práctica y emocional al mismo tiempo. Al estar allí podía cuidar a nuestros tres perros y tener mi propio espacio. No es que no estuviera a gusto con mi madre, pero tener las cosas de Adrián a mi alrededor, oler sus jerséis cuando abría el armario y ducharme en ese baño donde nos habíamos descubierto por primera vez me ayudaba a sentirme mucho más conectada a él.

Pasaba el día trabajando sin parar y, en cuanto terminaba, regresaba pitando a casa para darles un buen paseo a los perros. Por las tardes los llevaba a un precioso parque donde se daban cita varios vecinos de la urbanización con sus respectivos canes y estos tres locos se lo pasaban pipa jugando con los demás. Una vez que Gilda, Bono y Alan se habían cansado lo suficiente, volvía a casa

y me servía una copa de vino (una costumbre que me había contagiado Adrián) e intentaba hablar con mi chico por videoconferencia. Si no era posible le mandaba algunos mensajes y luego me dedicaba a publicar algunas cosas en las redes.

Mis seguidores habían seguido multiplicándose. Ahora llegaba casi a los quinientos mil en Twitter y otros tantos en Instagram. ¡Era una locura! Yo me limitaba a poner cosas cotidianas: una foto recién levantada y con ojeras pero sonriendo porque ya tenía una taza de café en las manos, otra paseando con los perros, una puesta de sol, las gotas de lluvia en el cristal o la imagen del libro que estuviera leyendo en ese momento. Si estaba triste lo decía. Si estaba contenta también. Y si algo me enfadaba o indignaba lo exponía sin tapujos. Pusiera lo que pusiera, había un *hashtag* que nunca faltaba: #siempreal. Y a mis seguidores les gustaba tanto ese sencillo mensaje que muchos me imitaban y terminaban todas sus publicaciones con ese lema.

Había empezado a colaborar con un par de grupos a los que me interesaba ayudar. Una asociación de ayuda a mujeres maltratadas y una protectora de animales. Trataba de usar mis cuentas para darles más visibilidad y, a menudo, publicaba cosas para transmitir los mensajes que ellos me pedían. Eso me hacía sentir bien y muy útil. Además, le daba un mayor sentido a esa loca popularidad que me había llegado sin pensarlo.

Estaba hasta arriba de trabajo y, a veces, pensaba que esa nueva faceta de mi vida no era necesaria, que solo me robaba tiempo y me exponía aún más. Pero de repente recibía mensajes como el de una chica de catorce años diciéndome que desde que me seguía se sentía más acompañada y me daba las gracias por ayudarle a superar su carácter introvertido.

Entonces, sentía tal subidón al ver que lo que publicaba inspiraba a la gente a ser más feliz y quererse más a sí misma que decidía continuar con aquella situación tan inesperada.

Esa noche, después de haber cumplido con mis tareas diarias, encendí la chimenea de gas y me senté a echar un vistazo a los mensajes que tenía en las dos redes sociales que utilizaba. Entre varios de ellos me llamó la atención un mensaje privado que había recibido en Instagram. Una joven me decía que al ver mi vídeo se había dado cuenta de que estaba atrapada en una obsesión por su físico y había buscado ayuda profesional. Me daba las gracias por darle fuerzas e ilusión y por ayudarle a quererse más a sí misma. Le respondí enseguida transmitiéndole todo mi cariño, ánimo y agradecimiento.

Aunque a veces me agobiara, mensajes como el de esas chicas convertían

mi nueva aventura personal en algo que merecía mucho la pena.

Olivia Santos @oliviaandgilda

No te dejes la piel por demostrar nada a los demás. Esfuérzate por estar satisfecho contigo mismo. Eso es lo único que realmente importa. #siempreal.

Ese fue el mensaje que compartí aquella noche con mis seguidores. En Instagram lo publiqué como el texto que seguía a una de las fotos que saqué en el valle de Benasque. En esta se veían mis botas de montaña en primer plano, asomando la punta sobre un abismo de rocas nevadas y un río al fondo. Era una foto muy sugerente, que evocaba una sensación de libertad y recompensa al llegar al final de un duro ascenso. Me pareció perfecta para acompañar mi mensaje de aquella noche.

Dejé el teléfono móvil a un lado y me recosté en el sofá. Mientras la chimenea de gas calentaba aquel rincón del salón de la casa de Adrián, me dediqué única y exclusivamente a disfrutar de ese momento de paz. Solo pensar que era viernes y que, por una vez, tanto Paula como Juan ya tenían sus noches comprometidas, me hizo sonreír de puro placer. Siempre me arrastraban a sus locos planes y la verdad es que terminaba pasándolo genial, pero aquella noche me apetecía muchísimo más estar a solas con mi copa de vino, mis pantuflas y el último álbum de Coldplay sonando a mi alrededor en el magnífico sistema de sonido del salón de Adrián. Recordé todo lo sucedido en Dublín y se me pusieron los pelos de punta.

Joder, ¡cómo le echaba de menos!

Entendía sus motivos para irse a California, pero eso no lo hacía menos difícil.

Lo de Hollywood me daba mucho miedo. Y más si Alejandro estaba por allí moviendo los hilos. Era tan ambicioso que seguro que si podía haría de Adrián la megaestrella más grande del momento a nivel internacional. Y si eso ocurría, ya no tendríamos rincón en el mundo donde pasar desapercibidos. Gracias a esas escapadas donde éramos solo dos personas anónimas habíamos podido respirar y ser un poco más libres.

A él le asfixiaba su fama. A mí también. Y encima ahora yo me había convertido en todo un fenómeno social. Lo estaba llevando bastante bien, mucho mejor de lo esperado, la verdad; pero creo que si estaba más o menos tranquila con todo aquello era porque sabía que fuera de nuestras fronteras siempre tendríamos nuestro paraíso de privacidad.

Sumida en aquellos pensamientos que se mezclaban con la voz de Chris Martin, tardé en darme cuenta de que tenía una llamada de Facetime en mi

iPhone.

—Hola, bruja.

El rostro de Adrián me sonreía a través de la pantalla del iPad y sus ojos brillaban con esa picardía que me desarmaba por completo.

—Hola —respondí devolviéndole la sonrisa—. ¿Cómo va todo por allí?

—Bien, si me olvido de que Los Ángeles me resulta una ciudad un poco fea y edulcorada y que esta experiencia me obliga a estar separado de ti —respondió, torciendo un poco el gesto—. Lo bueno es que Gonzalo ya ha empezado el tratamiento en San Diego y mi padre me ha dicho que está cómodo en la casa que ha alquilado junto al hospital universitario. Puede ir a ver a mi hermano a diario y le gusta la ciudad. Yo iré a visitarlos en cuanto pueda. Estos dos últimos días han sido una locura. Empezaremos en breve el rodaje de la peli. Estoy hasta arriba de reuniones y preparativos. ¿Y tú?

—Liadísima con un par de campañas que tenemos entre manos, pero me viene bien no parar. Así no te echo tanto de menos.

—¿Crees que podrás encontrar un hueco para que nos veamos?

—No puedo pedir vacaciones ahora. Y si voy a Los Ángeles necesito varios días. Está demasiado lejos para ir un fin de semana —respondí contrariada.

—Podríamos encontrarnos a medio camino. ¿Te gustaría conocer Nueva York?

—¡Por supuesto! —dije entusiasmada.

—Pues intenta cogerte un par de días. Podríamos estar de jueves a domingo, por ejemplo. Creo que en un par de semanas tendremos un descanso antes de ir a rodar las escenas que suceden en Montana. Voy a intentar organizarlo.

—¡Suenas genial!

—¡Sí, va a ser estupendo! La Gran Manzana nos espera —dijo muy ilusionado. Acto seguido se oyeron unos toques en la puerta de la habitación de su hotel—. Oli, lo siento, pero tengo que dejarte ya. Me tengo que ir pitando al estudio a otra reunión. Te prometo que mañana hablaremos con más calma. No te olvides de buscarme en el cielo esta noche. Te quiero.

Me quedé bastante triste. No esperaba que él fuese a cortar la conversación tan rápido.

Me levanté del sofá y me acerqué al enorme ventanal del salón. Alcé la vista hacia el cielo para buscar Sirio, pero estaba tan nublado que aquella noche no se veían las estrellas.

Necesitaba entretenerme con algo. No me apetecía ver una película, así que decidí ir al salón del piano. Le eché aún más de menos al estar todo en

silencio. Quería escuchar el sonido de esa preciosa canción, pero como no era posible me centré en buscar algo que leer entre los numerosos libros que había en las estanterías. Fui observando los títulos uno a uno y me detuve al ver un ejemplar de *Ana Karenina*. Había oído hablar de aquella famosa novela de Tolstoi, pero nunca la había leído. La saqué. Al abrirla para hojearla un sobre cerrado cayó al suelo.

Lo cogí y me quedé de piedra al leer lo que había escrito a mano en su parte delantera:

«Para Adrián, de mamá».

Al día siguiente él se aseguró de que nadie le molestara y estuvimos hablando y bromeando casi dos horas. Eso me ayudó mucho a sacudirme la capa de tristeza que me había caído sobre los hombros la noche anterior. No le comenté nada sobre la carta. No era el momento adecuado y no quería recordarle el tema de su madre. Ese sobre estaba intacto, perfectamente cerrado, así que mucho me temía que él nunca la había llegado a leer.

Cuando fui a comer a casa de mis abuelos ese domingo, mi estado de ánimo había mejorado bastante. La perspectiva de encontrarnos en Nueva York también era una de las razones que me ilusionaban y me ayudaban a sobrellevar algo mejor los miles de kilómetros que nos separaban.

Pero esta alegría no me duró demasiado. Llevábamos varios días seguidos con el cielo encapotado y una incesante lluvia que parecía no querer parar nunca. Si era imposible ver Sirio por las noches, aún me resultaba más complicado contactar con Adrián. Estaba ya metido de lleno en el rodaje de ese *thriller* policiaco y era prácticamente imposible que nuestros horarios coincidieran. Llevábamos varios días seguidos sin hablar cara a cara. Lo único que nos mantenía conectados eran algunos mensajes de WhatsApp escritos a toda prisa por ambas partes. Yo estaba hasta arriba en la agencia, con miles de frentes abiertos, todos urgentes y para «antes de ayer». Él estaba trabajando en la película tantas horas diarias que apenas tenía tiempo para comer y dormir. Y, encima, nueve horas de diferencia separaban nuestros relojes.

Era un caos.

Aquella falta de comunicación iba a ser temporal, pero no podía evitar sentir que algo se estaba torciendo, que no estábamos poniendo lo suficiente de nuestra parte para cuidar el tesoro que teníamos juntos. Tenía la seria intención de hablar con él sobre cómo me sentía en cuanto nos viéramos en la

Gran Manzana.

Era viernes. Mi abuelo y yo acabábamos de salir del teatro. Por fin había dejado de llover y la Gran Vía estaba llena de vida. La gente iba y venía por las aceras formando un tumulto que teníamos que ir sorteando. Las luces de los comercios, de los teatros y de los cines daban aún más vida a la escena. Cuando llegamos a Callao dejé de hablar sobre la obra de teatro que casi nos desencaja la mandíbula de tanto reír. Bajo las imágenes de las pantallas publicitarias y el colorido luminoso de Schweppes, volví a plantearle a mi abuelo el dilema en el que me había metido mi jefa hacía un par de horas. Diana me había soltado una bomba del tamaño de Hiroshima y me había dejado hecha un lío.

—¿Qué crees que tengo que hacer?

—No es una decisión fácil, tienes que pensarlo muy bien. Si aceptas, vas a ser todavía más famosa —comentó mi abuelo—. Y no podrás hacer esa escapada al otro lado del charco que tanto te ilusiona. Vayamos a cenar algo. Con el estómago lleno pienso mejor —añadió, esbozando esa reconfortante sonrisa paternal que tanto me gustaba.

Esa misma tarde, justo antes de que me fuera de la oficina dispuesta a disfrutar al fin de un merecido fin de semana, mi jefa me había pedido que la acompañara a su despacho.

—¿Has pensado alguna vez en ponerte al otro lado de nuestra profesión? —me preguntó Diana con una mirada muy intrigante.

—¿A qué te refieres? ¿A ser el cliente? —pregunté confundida.

—No, a ser la imagen de campaña, no quien la dirige.

—Pues no, nunca. ¡En la vida me he planteado ser actriz o nada parecido!

—Pues quizá tengas que hacerlo.

—¿Cómo? ¿De qué me hablas?

—Olivia, acaba de llamarme la directora de *marketing* de Kört. Han tenido una idea para su próxima colección y quieren darnos la campaña porque creen que vamos a saber entender su enfoque.

—¡Ah, pues estaré encantada de ayudarte a darle forma! —dije

entusiasmada. Kört era una famosa cadena escandinava de tiendas de ropa femenina. Tenían diseños muy bonitos y una calidad más que aceptable. No hacía mucho que había llegado a nuestro país y, poco a poco, se estaba abriendo paso en uno de los mercados más difíciles para la moda. En España no era fácil hacerse un hueco existiendo un gigante como Zara.

—Parece que no has procesado lo que te he preguntado al principio de nuestra conversación —dijo Diana, empezando a reírse—. En esta ocasión no necesito que me ayudes con la campaña. Esta vez necesito que *tú seas la campaña*.

—No sé si te entiendo bien...

—Quieren que esta nueva colección sea muy real. Que inspire a chicas y mujeres que no buscan ser las más delgadas ni las más *sexys*. Quieren captar la atención del público que está pidiendo a gritos una moda que se adapte a ellas. A sus gustos y necesidades. Que quieren sentirse guapas pero siempre ellas mismas. Que no tengan que salir llorando del probador porque las tallas son ridículas ni los diseños estén pensados solo para exhibirse. Dicen que es una colección para la vida real y que tú serías la mejor para protagonizar la campaña. Esther, la directora de *marketing*, sigue de cerca tus redes sociales y está maravillada con el mensaje que transmites.

—¿Me estás diciendo que quieren que haga de modelo? —pregunté atónita.

—Sí, pero no solo eso. Quiere que seas mucho más que la modelo; lo que necesita es que seas el alma de la campaña. Que hables de ello en tus redes, vayas a sus tiendas a dar una charla y estés presente en algunas acciones que quieren hacer con los medios de comunicación. También quiere que le dejes usar tu lema: *#siemprereal*.

—Es una propuesta interesante, pero muy inesperada —conseguí decir después de haber enmudecido durante unos instantes en los que la perplejidad me había robado la capacidad de articular palabra—. Lo siento, Diana. Quizá mi respuesta no sea buena para la agencia, pero creo que no puedo hacerlo.

Mi jefa no dijo nada. Se dirigió a su mesa, escribió algo en un papel, lo dobló y me lo tendió.

—No quiero que tomes ninguna decisión sin que sepas lo que están dispuestos a ofrecerte. Sé que no quieres exponerte más de lo necesario y que esto supondría aumentar muchísimo tu visibilidad. Y lo entiendo perfectamente. Pero creo que es una oportunidad increíble para ti y para tu cuenta bancaria, así que piénsalo tranquilamente durante el fin de semana.

Una vez sentados en el restaurante argentino que habíamos elegido, saqué el papel que Diana me había dado y le enseñé la astronómica cifra a mi abuelo. Él abrió los ojos como platos.

—¡Jesús! Es una cantidad nada desdeñable.

—Sí, es muchísimo dinero. Aunque fuera una hormiguita, tardaría una eternidad en ahorrar una cantidad así.

—¿Crees que podrías gestionar bien la atención que esa campaña brindaría sobre tu persona?

—No lo sé, creo que no.

—Pero estás llevando muy bien la enorme popularidad que has suscitado en las redes sociales.

—No es lo mismo. Ahí comparto lo que yo quiero. Son solo tuits o fotos. No salgo en la televisión ni estoy expuesta en vallas publicitarias. Es muy diferente.

—Ya, eso es verdad —dijo mi abuelo, rascándose la barba pensativo—. No obstante, hace unos meses no habrías podido imaginarte a ti misma teniendo más de medio millón de seguidores. Te habría entrado un ataque de pánico con solo pensarlo. Y mírate, ahora convives perfectamente con ser la novia del actor más famoso y perseguido por los periodistas y tus cientos de miles de fans en ese mundo virtual. Igual que te has acostumbrado a eso, ¿por qué no ibas a gestionar bien las consecuencias de hacer esa campaña?

—Todo lo que me ha ocurrido desde que conocí a Adrián ha pasado sin que yo lo eligiera. He aprendido a convivir con ello, pero sigue sin gustarme. Si hago esta campaña, mi vida puede dar un giro demasiado bestial para el que no sé si estoy preparada. Y esta vez no podría huir de nadie, porque sería yo la que habría decidido hacerlo. No sé si merece la pena el precio que terminaría pagando por todo ese dinero.

—No elegiste enamorarte de Adrián ni verte salpicada por su fama. Eso es verdad. Pero publicar ese vídeo quitándote el maquillaje fue una decisión tuya.

—No creí que fuera a tener tanta repercusión.

—Fuiste muy inocente al pensar así. En un mundo lleno de mensajes de perfección estética era evidente que un golpe tan brutal en la dirección contraria iba a despertar un enorme interés.

—Lo hice de una forma tan impulsiva que no me paré a pensar en las consecuencias. Necesitaba expresarme. No me arrepiento de lo que hice. Creo que ese vídeo ayudó a mucha gente a despertar y darse cuenta de lo

envenenados que estamos por la obsesión de aparentar lo que no somos, pero si hubiera sabido la responsabilidad que iba a recaer sobre mis hombros al tener ahora tantísimos seguidores, creo que no lo habría publicado.

—Yo creo que lo estás haciendo genial. Eres el punto de referencia para mucha gente, sobre todo chicas muy jóvenes que necesitan que les recuerden cuál es la esencia de la vida. Una cuenta como la tuya resulta muy refrescante e inspiradora —dijo mi abuelo muy orgulloso—. Parece que ahora la gente vive demasiado pendiente de construir su película a base de usar un guion muy estudiado con fotogramas llenos de filtros para mostrar una constante felicidad. Ya no hay cabida para las dudas, la tristeza ni las imperfecciones.

—Abuelo, ¿desde cuándo estás tan versado en el mundo de las redes sociales?

—Pues desde que te hiciste famosa y me creé una cuenta en las dos que sueles utilizar. Soy viejo, pero me gusta seguir las tendencias del momento. Ya sabes que tengo algo de filósofo y pensador. Si no observo lo que pasa a mi alrededor no tengo material para darle vueltas a la cabeza. Y ahora las cosas no suceden solo en la calle, muchas de ellas están encerradas en los móviles. De hecho, en muchas ocasiones tengo la sensación de que ahora la vida se vive dentro de esos aparatos. Mira a tu alrededor.

Mi abuelo tenía razón. Nos rodeaban varias mesas y en la mayoría de ellas había alguien mirando el móvil sin hacer ni caso a los demás comensales.

—La verdad es que muchos de nosotros vivimos a caballo entre la vida real y la virtual —admití, volviendo a mirar a mi abuelo.

—Algunos creo que pasan más tiempo en la segunda —apuntó entristecido—. Y me alegro de que tú les conectes de nuevo a la realidad. Por eso tanta gente se ha enganchado a lo que publicas y esa empresa se ha fijado en ti. Tu mensaje es potente y sincero.

—Eso nos lleva de nuevo a la pregunta que te he hecho antes: ¿qué narices hago?

—Lo que te salga de la punta del pie —respondió con vehemencia.

—Abuelo, ¡esa respuesta no me ayuda! —protesté de forma cariñosa.

—Ya, pero es que yo no puedo elegir por ti.

—No lo tengo nada claro —resoplé—. Por un lado, el dinero me vendría que ni pintado y, además, podría ayudar a mamá. Me parece una aventura curiosa, incluso interesante. Pero, por otro, ¿convertirme en modelo y ser la imagen de una campaña? No lo veo para mí. Y parece que estaría yendo en contra de todo lo que proclamo.

—Respecto a eso, déjame puntualizar algo. No estarías yendo en contra de tus creencias. Tú nunca has dicho que la publicidad sea mala. De hecho, eso es lo que te da de comer. Lo que tú has criticado siempre es la enorme obsesión que hay por la belleza y la perfección física. Animas a la gente a quererse tal y como es. También a no hacer demasiado caso a ese bombardeo constante que nos dice que los defectos hay que ocultarlos. Esta campaña se centra justo en eso, ¿no?

—Por lo que me ha contado Diana, los de Kört buscan crear una campaña de publicidad diferente, con alguien real que la represente. Quieren lanzar el mensaje de que su ropa es para gente de verdad. No buscan una modelo guapísima y delgada que se limite a posar con la colección. No quieren vender un mundo de fantasía, quieren justo todo lo contrario.

—Entonces, ¿no crees que eres la persona más adecuada para eso? Estarías siendo fiel a tus principios y ganarías un dinero que de otra forma sería bastante difícil conseguir. Te vendría muy bien tener un poco de estabilidad económica.

—Eso es totalmente cierto. Suponiendo que acepte y me arriesgue a ser aún más famosa, lo que te he comentado al salir del teatro es otra razón muy importante para dudar. Si no voy a Nueva York a encontrarme con Adrián, él se va a llevar una gran decepción y yo me quedaré sin la oportunidad de verle.

—¿Pero esta empresa no puede esperar a que vuelvas de ese viaje para empezar a trabajar contigo?

—Por lo visto, no. Necesitan que les dé mi respuesta definitiva el lunes como muy tarde porque quieren empezar cuanto antes. Si acepto, ya tienen pensado hacerme ir a un evento con la prensa el próximo fin de semana. Y es justo cuando Adrián y yo teníamos planeado encontrarnos. ¡Si ya tengo los billetes y el hotel reservados!

—Habla con él y explícaselo. Esto es una oportunidad muy buena para ti que te abre una nueva opción para tu futuro profesional. Seguro que podéis veros un poco más adelante.

—Creo que si acepto este reto, mi agenda va a ser infernal. Voy a estar hasta arriba en la agencia y tendré que sacar tiempo para cumplir con todos los compromisos que tenga con los de Kört. Va a ser una locura. Pasarán muchas semanas hasta que pueda encontrar un hueco para ir a verle.

—Entonces, que venga él a Madrid.

—Adrián tiene dos meses por delante de rodaje. No creo que sea posible.

—Si vuestro amor es fuerte lo superaréis. Tenéis toda la vida por delante.

Una historia de amor de verdad no entiende de separaciones. De hecho, esto os puede unir aún más. El anhelo que vais a sentir el uno por el otro hará que, cuando por fin os podáis reencontrar, vuestros sentimientos sean aún más intensos.

—¿Pero no dicen que la distancia es el olvido?

—Eso ocurre si el amor es pasajero. Cuando es fuerte como un roble, se queda ahí, quieto, inamovible. Aunque le falte el agua durante un tiempo, resiste. Y cuando por fin llueve y puede sentir las gotas de vida penetrando en sus raíces, sigue creciendo con fuerza renovada.

¿Éramos Adrián y yo como ese roble? ¿O nos parecíamos más a una delicada orquídea que deja de florecer al más mínimo descuido?

La respuesta solo la tendría con el tiempo, así que mientras volvía a casa de Adrián después de dejar a mi abuelo en la suya, decidí aceptar la propuesta de Kört. Era una oportunidad única y, si sabía aprovecharla con inteligencia, reforzaría aún más el mensaje que día a día trataba de transmitir a todos mis seguidores. Y me estaría asegurando una tranquilidad económica que necesitaba como agua de mayo. Con mi sueldo no podía ahorrar mucho y siempre iba bastante pelada. Ahora tenía a mi alrededor muchas comodidades, pero todas ellas eran algo prestado. Adrián compartía conmigo su casa, sus coches y siempre me decía que usara sin reservas la tarjeta de crédito que me había dejado antes de irse. Pero yo no quería vivir a costa de nadie. Quería mi propia independencia y tenía sueños por cumplir que requerían una cuenta bancaria más saneada.

Mi madre llevaba toda la vida dejándose la piel para salir adelante y la pobre seguía pasando apuros para poder pagar todas las facturas. Como ella me había dicho, tenía que aprovechar las oportunidades que la vida me ofreciera para poder ver el mundo a vista de pájaro. La propuesta de Kört me ponía en bandeja empezar a volar por mí misma. No la había buscado, pero ahora que se había presentado, tenía que aprovecharla.

—¿En serio no vas a venir? —la mirada de Adrián en la pantalla de mi iPad no podía mostrar más decepción.

—No, no voy a poder. Lo que me ofreció Diana ayer es muy interesante y quieren que empiece a colaborar con ellos cuanto antes.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? Con lo que te agobia haberte convertido en el punto de mira de todo el mundo desde que sales conmigo, espero que esta propuesta de Kört no te haga entrar en pánico social absoluto.

—Sé a lo que me expongo —asentí muy serena—. La diferencia es que esta vez lo hago porque quiero. No me va a ver toda España en la tele y en las

revistas porque nos estén persiguiendo los *paparazzi* sin nuestro permiso. Me verán porque así lo he decidido yo y para transmitir un mensaje que me mola. Me gusta mucho su idea de enfocar la colección hacia chicas reales y su oferta económica es muy tentadora.

—La verdad es que es una idea muy buena y que sigue la línea que tú has marcado desde que publicaste el vídeo —dijo orgulloso—. Si realmente crees en ello, debes hacerlo. Pero, ¿no hay ninguna forma de que vengas a verme y empecéis a tope con la campaña justo después?

—Creo que no —dije algo triste—. Pero el lunes lo preguntaré. Si yo al final no puedo ir a verte a Nueva York, ¿crees que podrías venir tú en algún momento?

—No lo sé —dijo, apretando los labios—. Tenemos un plan de rodaje superapretado para las próximas semanas y, encima, estaremos moviéndonos por varias ciudades americanas. Pero voy a ver si hay algún hueco en el que tengamos un par de días libres. Si es así, te prometo que intentaré coger un avión a Madrid, aunque sea para pasar solo una noche contigo.

—Ayer el cielo estaba despejado y, cuando me tumbé en la hierba de tu jardín a contemplar las estrellas, por fin te encontré...

—¿Ah, sí? —dijo, frotándose la ceja con el pulgar de una forma irresistible—. Anoche yo también pude ver a Sirio. Tuve una noche tranquila y salí a tumbarme en una hamaca de la terraza. Me sentí feliz, y eso que había tenido un día algo torcido. El director es un poco tiquismiquis y me apretó mucho las tuercas en uno de los ensayos. Pero después de una ducha, me bebí una copa de vino mirando Sirio mientras pensaba en ti y me puse a sonreír.

—Entonces te debió de llegar mi mensaje —dije, guiñándole un ojo.

—Percibí algo... —comenzó a decir, entornando los ojos—, pero no lo terminé de entender. ¿Lo podrías repetir en voz alta?

—Te pedía que fuéramos un roble.

—¿Un roble? —preguntó confundido.

—Sí, un roble. Uno fuerte y con las raíces bien profundas. Así es como define mi abuelo el amor que resiste las épocas difíciles.

—Oli, ¡por supuesto que somos un roble! ¿Acaso lo dudas?

—Me da miedo que la distancia nos convierta en una flor vulnerable, de esas que se marchitan a la más mínima dificultad.

—Bruja, no somos una flor débil. Te lo aseguro —dijo, mirando muy decidido y seguro a la cámara de su móvil. Incluso en una pantalla su mirada podía ser electrificante.

—Eso espero... —suspiré.

—Vamos a conseguir vernos. Te lo juro. Y aunque estemos tan lejos físicamente, estamos muy cerca. No hay un segundo en el que no piense en ti.

—Mientras tanto siempre nos quedará encontrarnos cada noche a las once, ¿verdad?

—¡Claro! Sirio siempre nos unirá, igual que esa novela con la que crecimos sin saber nada el uno del otro. El destino quería que nos encontráramos y no va a dejar que nada desvíe nuestros caminos. Ambos sabemos escuchar a nuestro corazón, por eso no hay distancia que pueda separarnos.

El tono tan dulce con el que su profunda voz dijo aquello me hizo estremecer.

—¿Cómo va tu hermano? —conseguí preguntar, una vez que me hube repuesto de su vehemente discurso.

—Algo mejor —dijo con una leve sonrisa—. Desde hace unos días su humor está más estable. No pierde los nervios como antes ni tiene ataques agresivos. Los médicos dicen que es muy buena señal. Ha salido incluso a dar un paseo por la playa con mi padre. Hoy no hay reunión con los de la peli, así que me voy a escapar a verlos y saldremos a comer. Una vez que empiece el rodaje, a ellos tampoco voy a poder verlos durante una temporada.

—Eso es muy esperanzador, ¿no? Quiere decir que ese tratamiento le está ayudando.

—Aún es pronto para saberlo, pero sí, es esperanzador.

—Está claro que eso es lo que siempre hay que mantener. La esperanza es un arma muy poderosa.

—Sí, es lo único que puede salvarnos de los momentos malos —asintió.

—Hay otra cosa que nos ayuda a superar cualquier situación —susurré.

—¿Cuál?

—El amor.

—Sí, sobre todo si ese amor se cruza de repente en tu camino llamándote idiota sin ningún miramiento.

Su cálida risa desbordaba felicidad y me contagié al instante de su optimismo.

Éramos un roble. Nada podría destruirnos.

Las semanas siguientes fueron una auténtica locura. Me metí de lleno en la campaña de Kört y por partida doble. Por un lado, ayudaba a Diana con la estrategia a seguir para que la iniciativa de aquella marca de ropa fuera un

éxito, y por el otro, me preparaba para ser la protagonista de aquel tinglado. Ya había ido a un par de eventos en sus tiendas y había superado con éxito eso de hacer de embajadora de la «moda real». Les hablé de la complicidad que tenía con Alicia, así que fue ella quien se ocupó de maquillarme de forma muy natural. El resultado no tenía nada que ver con la vez que me había preparado para aquel vídeo. En esta ocasión no parecía una *sex symbol*. Era yo, solo que con una cara de haber dormido mil horas seguidas y haber pasado por una sesión de *spa*. Sacó lo mejor de mí sin robarme mi identidad. Y Laura, la estilista de Kört que me ayudaba a elegir las prendas de su colección cada vez que tenía que aparecer en escena, era un encanto y respetaba al cien por cien mis gustos, pero me aconsejaba muy bien qué era lo que más me favorecía.

Entre ella y Alicia me habían ayudado a descubrir mi mejor versión en cuanto a mi aspecto se refería.

No me habían cambiado. No me habían metido en la piel de una extraña. Era yo, igual de real y auténtica, pero sentía que mi mundo interior ahora estaba en perfecta sintonía con lo que veía en el espejo. Nunca me había sentido así y era una sensación que me estaba gustando más de lo que esperaba.

Me habían regalado tanta ropa que tenía un follón increíble de prendas amontonadas en el vestidor de la casa de Adrián. Me las iba poniendo según mi propio criterio. Había subido un par de fotos a mis redes sociales vestida con esa ropa y la verdad es que no había sido una obligación; me sentía cómoda y favorecida con ese estilo informal que, al mismo tiempo, tenía un toque original y sofisticado.

Era una colección pensada para sentirse bien con una misma, y no era difícil reflejar lo a gusto que me sentía con esas prendas.

Por supuesto, ya había tenido críticas diciendo que había caído en la tentación de sacar tajada a mi reciente fama y algunos incluso decían que me estaba vendiendo. También había mucha gente que me felicitaba por apoyar una iniciativa que reivindicaba la moda hecha para mujeres de verdad.

«Un gusto ver que no solo las modelos son las elegidas para mostrarnos ejemplos de moda», había dicho una de mis seguidoras en Twitter sobre una de las fotos que había subido. Otra le había respondido: «Yo prefiero ver a mujeres a las que me quiero parecer y no a una tía tan normal e insulsa como esa Olivia».

Me gustaba haber generado ese debate. Unos me odiaban. Otros me adoraban; y eso le daba aún más impulso a la campaña que estaba creando

junto a Diana y la directora de *marketing* de la marca.

Era una aventura apasionante. En esta ocasión estaba en ambos lados del proyecto. Ayudaba a crear el mensaje y luego era la encargada de transmitirlo directamente.

Cuando llegó el momento de hacer la sesión de fotos para los anuncios fue cuando me entró el pánico de verdad. Hacer de modelo frente a David, un fotógrafo muy famoso que solía retratar a mujeres despampanantes, me costó muchísimo. No sabía posar ni moverme. Me ponía tan tensa y tan nerviosa que la primera hora de la sesión fue un desastre.

—Esto no funciona —me dijo David muy serio.

—Ya lo sé —admití a punto de ponerme a llorar—. ¡Es que no soy una profesional y no sé cómo hacerlo!

—Ese es justo el problema —apuntó él—. No actúes como una modelo. Sé tú misma.

—No puedo. Bajo estos focos abrasadores y este escenario tan perfecto que habéis preparado es imposible ser yo misma.

David decidió que había que hacer las fotos en un sitio donde yo pudiera comportarme de forma natural. Se aplazó la sesión unos días y terminamos haciendo las fotos en distintos lugares de la capital que a mí me gustaban, y con la compañía de Gilda, que me ayudaba mucho a relajarme. Al final el reportaje quedó genial, porque eran escenas que reflejaban mi personalidad: jugaba con Gilda en una pradera, leía una novela sentada en un rincón de un coqueto bar o me reía viendo un cómico espectáculo callejero en la plaza Mayor.

En cuanto pude ser yo y me olvidé de mi papel de modelo, las fotos para la colección quedaron como queríamos. Transmitían naturalidad y buen rollo, que era justo lo que buscábamos.

La verdad es que estaba viviendo un momento personal increíble y muy estimulante. Estaba agotada, pero lo estaba disfrutando muchísimo. Era un capítulo absolutamente inesperado, que había llegado sin avisar, pero me estaba gustando más de lo que jamás habría imaginado. Me motivaba ser un ejemplo, inspirar a otras personas a pasar de lo establecido y crear su propio mundo, su propia ruta en la que poder ir a contracorriente.

Y ganar un dinerito a cambio no era ningún delito, por mucho que algunos me criticaran por ello.

Olivia Santos @oliviaandgilda

Si subes el cauce del río será más difícil, pero te harás más fuerte y te descubrirás sin excusas.

#siempreal.

—¡No podría vivir nunca en un lugar tan gélido! Esta es una ciudad mucho más interesante que Los Ángeles, pero el clima de California es mucho mejor — dijo Adrián desde la habitación de su hotel en Chicago.

Había estado rodando unas escenas en aquella ciudad y se encontró de repente con el fin de semana libre. Me daba muchísima rabia no haber podido ir a su encuentro tal y como él me había propuesto el día anterior. Había intentado por todos los medios encontrar un billete de avión para escaparme inmediatamente a la ciudad del viento, pero todos los vuelos estaban completos.

—Bueno, disfrútalo mientras puedas. En unos días acabarás el rodaje de esa peli y muy pronto volverás a Madrid para empezar con la segunda temporada de *La jaula*. ¡Qué ganas de verte cara a cara!

Adrián carraspeó y se rascó el cuello de forma nerviosa.

—Justo quería hablar de eso contigo... Puede que me quede en Los Ángeles un poco más de lo que había planeado en un principio.

—¿Es por lo de tu hermano?

—No exactamente. De hecho, él y mi padre puede que vuelvan a España antes de lo previsto —anunció contrariado—. Gonzalo se está impacientando al ver que la mejoría que tuvo en un principio se ha estancado. Ahora está más lúcido que en Madrid y me ha dicho que quiere decidir por sí mismo. La última vez que fui a verle me dijo que no quiere convertirse en un conejillo de indias.

—¿Entonces qué vas a hacer tú en Los Ángeles? —pregunté confundida.

—Alejandro está a punto de cerrar un contrato que me dará la oportunidad de tener un papel en una serie de televisión americana que promete ser todo un éxito. Si lo consigue, no puedo desaprovechar esta oportunidad.

—Pero eso no es lo que me dijiste cuando te fuiste —dije consternada—. Se suponía que ibas a rodar esta película y luego volverías a Madrid. ¿Y qué pasa con la serie que te ha hecho tan famoso en España y Latinoamérica?

—Hemos hablado con el productor y parece que está dispuesto a posponer

el rodaje unos meses. No voy a quedarme aquí indefinidamente, Oli —me explicó, intentando tranquilizarme al ver lo disgustada que estaba—. Solo quiero sacarle el máximo partido a esta aventura.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Te has parado a pensar en cómo me afectará a mí todo esto?

—Sí, lo he pensado —asintió muy serio—. Y por eso necesito proponerte algo muy en serio. No podemos seguir separados. Quiero que vengas conmigo a Los Ángeles. Sería una oportunidad estupenda compartir juntos esta experiencia. Podríamos alquilar una casa en Malibú, justo enfrente de la playa.

—¿Y qué pasa con mi trabajo? Sabes que me costó muchísimo entrar en Brenton & Rome. Y ahora estoy comenzando también una etapa muy interesante con todo lo que está ocurriendo con mis redes sociales.

—Estoy seguro de que tu jefa te guardaría el puesto. Y desde Los Ángeles podrías seguir con tu increíble carrera de anti *it girl*. Incluso podrías encontrar nuevas oportunidades en el mercado americano.

—Estás planeando mi vida y eso no me gusta —bufé, muy cabreada.

—No lo estoy haciendo. Solo estoy planteándote una solución para poder estar juntos de verdad. Estoy harto de las videoconferencias.

—Pues entonces vuelve a Madrid y pasa de este espejismo de Hollywood.

—No es un espejismo. Es una oportunidad increíble.

—Lo sé —suspiré derrotada—. Y te va a ir tan bien que no volverás a España. Te estás acostumbrando a la fama y ahora empiezas a estar muy a gusto en ese mundillo.

—Sigue sin gustarme la fama, pero estos proyectos me interesan mucho. Y sí volveré. Esto es temporal. Tengo que acabar la campaña que empezamos juntos para The Wave y rodar la siguiente temporada de *La jaula*. No me voy a quedar aquí para siempre.

—Eso es lo que dices ahora, pero si te va bien allí no podrás dar vuelta atrás. Quizás vuelvas a España a terminar lo que tienes pendiente, pero me da en la nariz que luego regresarás a Los Ángeles. Podría plantearme ir allí durante una temporada. No lo veo fácil, pero podría intentarlo. Lo malo es que mucho me temo que podría ser para siempre, y eso no podría hacerlo. Mi madre y mis abuelos me tiran demasiado.

—Te juro que no será para siempre —insistió.

—No jures algo que no sabes. Como tengas éxito en esta aventura americana te vas a quedar por allí mucho tiempo, y me temo que yo no podré

estar a tu lado.

—¿Por qué eres tan inflexible? —protestó—. No pienses tanto a largo plazo. Vive un poco el momento. Arriésgate. Vente conmigo y escribamos nuestra historia paso a paso.

—Sí, *carpe diem*. Eso suena muy bonito, Adrián. Pero la realidad es que hay muchos caminos en la vida y, depende del que uno elija, el futuro será de una u otra forma. Y no estoy segura de que esta ruta que tú estás tomando sin contar conmigo sea lo mejor para mí.

—No quiero que discutamos.

—Yo tampoco, pero me has soltado esto a bocajarro y no me lo esperaba.

—Quería decírtelo en persona, pero en vista de que no has podido venir ya no podía esperar más —se defendió—. Por favor, Olivia, piénsalo con calma una vez que se te haya pasado el mosqueo.

Mucho me temía que los focos de Hollywood eran demasiado tentadores. Ese chico que en un principio parecía abrumado por la vertiginosa popularidad que *La jaula* le había dado, ahora parecía sentirse muy cómodo en su papel de estrella. Al hablarme de la posibilidad de ser parte de esa nueva serie que alargaría su estancia en Los Ángeles, percibí un brillo nuevo en su mirada. No le asustaba en absoluto embarcarse en esa aventura que podía volverle famoso a nivel mundial. Es más, era evidente que aquella experiencia le atraía mucho más de lo que él había creído en un principio. Se había ido con la excusa de ayudar a su hermano, pero ahora la oportunidad de trabajar en el epicentro de la industria del cine y la televisión era demasiado tentadora para rechazarla.

Y en cierto modo lo entendía. Ese era el sueño de cualquier actor: proyectos a lo grande. Por no hablar del dinero y prestigio que eso suponía. No obstante, dar el paso de irme allí con él me asustaba mucho. Nunca había estado en Los Ángeles, pero sabía que aquella ciudad no era para mí. Me daba en la nariz que allí la frivolidad y el postureo eran algo intrínseco e inevitable. No creía que yo fuera a ser capaz de ser una pieza más de ese puzle tan superficial. No había lidiado muy bien con que nuestra relación me hubiera convertido en el objetivo de las miradas de nuestro país, pero había conseguido darle la vuelta a la tortilla y ahora había llevado la situación a mi terreno. Aun así, cuando los periodistas me agobiaban seguía pasándolo fatal. No quería imaginar siquiera lo que podía ser sobrellevar eso en un lugar como Los Ángeles. El efecto se podía multiplicar por mil, y eso ya iba a ser mucho más difícil gestionarlo.

Estaba enamorada de Adrián hasta las trancas y por eso iba a pensármelo, pero dejar mi vida en Madrid, mi madre, mis abuelos, mis amigos y mi trabajo era algo que no veía nada claro.

La verdad es que no me lo había puesto fácil. Si decidía irme con él tendría que dejar atrás muchas cosas que me importaban.

Estaba metida en una encrucijada y no tenía ni idea de qué decisión tomar.

Desgraciadamente, la decisión vino sola y sin avisar. Y arrasó con todo a su

paso.

Una noche llegué con Paula al chalé de Adrián y me encontré con varios reporteros esperándome. En cuanto acerqué el morro del coche a la verja se abalanzaron sobre mi ventanilla y me cegaron con los focos.

—¿Qué opinas de las imágenes que han salido hoy? —me preguntó una periodista en cuanto bajé el cristal para pedirles que se apartaran y así poder abrir la verja para meter el pequeño biplaza dentro del jardín.

¿A qué demonios se refería?

—No tengo nada que decir —respondí con toda la calma que pude. No tenía ni idea de qué me hablaba aquella chica—. Por favor, dejadme entrar en casa.

—Debe de ser muy duro ver cómo la distancia al final os ha jugado una mala pasada —comentó otro reportero, al que reconocí porque solía perseguir a los famosos micrófono en mano para uno de los programas de cotilleo más vistos en la tele—. ¿Te sientes muy decepcionada?

Paula no dudó un segundo y se bajó del coche para intentar alejarlos de la entrada. Consiguió que se apartaran lo suficiente haciéndoles creer que era ella quien iba a contestar a esas preguntas tan inesperadas. En cuanto la verja se deslizó, metí el coche hasta el garaje y dejé que mi amiga se ocupara de aquellos pesados. Había conseguido librarme de ellos durante una temporada, pero algo había sucedido y volvían a la carga.

Entré en casa y justo en ese momento recibí una notificación de WhatsApp. Era un mensaje de Adrián.

«No he conseguido hablar contigo. Me ha saltado tu buzón. Ahora entro a rodar, pero te llamo en cuanto pueda. Tengo que contarte algo».

Respondí en el acto:

«No tengo ni idea de lo que pasa, pero acabo de toparme con un enjambre de periodistas en la puerta de tu casa haciéndome preguntas sobre unas imágenes. ¿A qué se referían?».

No recibí ninguna respuesta, así que saludé a los perros y me tumbé en el sofá. Saqué el móvil y empecé a investigar.

No tardé en saber qué sucedía. Esas imágenes estaban por todas partes.

El roble había sido alcanzado por un rayo. Y me parecía bastante improbable que fuera a sobrevivir.

—Oli, esto tiene que ser un montaje. No puede ser cierto —dijo Paula sin dar crédito. Ambas mirábamos atónitas en la enorme pantalla de televisión las fotos de Adrián a las que aludían los reporteros.

—Los periodistas pueden mentir sobre rumores, ¡pero no pueden inventarse estas imágenes repugnantes! —dije, apagando la tele para después lanzar el mando al otro lado del salón.

—Cálmate, por favor —me pidió mi amiga.

—¿¡Que me calme!?! —grité histérica. Hasta el momento había permanecido aletargada, sin decir nada, dejando que la rabia y el dolor se pasearan a sus anchas por mis entrañas. El *shock* me había dejado sin palabras, pero ahora comenzaba a reaccionar y era incapaz de seguir serena —. ¡Adrián se ha tirado a una explosiva actriz de su película en una playa! ¿Cómo narices pretendes que esté tranquila?

—Es que eso tiene que estar sacado de contexto o algo. Él no te haría algo así.

—¿Por qué le defiendes? —bramé enfurecida—. ¿Acaso no los has visto? Paula, por Dios... ¡Están medio desnudos besándose sobre la arena! ¿Qué contexto puede haber ahí?

—Puede que estuvieran ensayando una escena.

—No seas inocente —dije, empezando a llorar—. No creo que se dediquen a ensayar ese tipo de escenas tan íntimas fuera del set de rodaje.

Con dedos temblorosos desbloqueé la pantalla de mi móvil y le enseñé las decenas de fotos que había en varias webs de la prensa del corazón con la tórrida escena.

—Joder, la verdad es que se están dando el lote a lo bestia —admitió Paula finalmente antes de abrazarme. Lloré en su hombro sintiendo que me iba a desmayar por el dolor. Luego sentí unos lametones en una de mis manos. Solté a mi amiga y abracé a Gilda.

—¿Sabes qué? —dije al fin, enjugándome las lágrimas—. Necesito tomar un poco el aire.

Salí al jardín seguida de Paula y los perros.

La noche era fría, pero me daba igual. Necesitaba ese aire gélido para tratar de anestesiarme. Me senté sobre una de las tumbonas de madera que había junto a la piscina y mi vista se perdió en la silueta de la sierra, que se divisaba a lo lejos gracias a la luna que iluminaba la noche con su halo blanquecino.

—Ahora entiendo ese mensaje. —Rompí mi silencio justo después de encender un cigarro que le robé a Paula. Hacía mucho que no caía en la tentación de fumar, pero estaba demasiado noqueada y lo necesitaba.

—¿A qué mensaje te refieres? —preguntó mi amiga sentándose a mi lado.

—Justo al entrar en casa he recibido un WhatsApp de Adrián. Llevaba un

rato sin cobertura en el teléfono, pero en cuanto ha pillado el wifi me ha entrado su mensaje. Me ha parecido algo seco y dice que tiene que contarme algo. Blanco y en botella: se ha liado con esa y me va a decir que hasta aquí hemos llegado.

—¿No crees que te estás adelantando a los acontecimientos un poquito?

—No. Estoy siendo realista. Uno más uno son dos, Paula. ¿O acaso esas fotos no te han parecido explícitas?

—Hombre, son bastante gráficas —dijo, mordiéndose el labio inferior—. Y es normal que estés dolida.

—¿Dolida? Paula, esto no es dolor. Es un desgarramiento interno que me está matando. —Había comenzado a hablar con entereza, pero ahora las lágrimas regresaban y la voz se me quebraba—. ¿Ves...? Al final... yo no... no le valgo —continué hablando como pude—. Soy una chica del montón, no una *sex symbol*. Y en cuanto una tía despampanante y famosa se le ha cruzado no ha podido resistirse.

Rompí a llorar con fuerza. Me sentía fatal. Humillada, traicionada y tonta por haber creído que ese sueño de cuento de hadas podía salirme bien. Eso había sido: un sueño que solo pasa en las películas de Hollywood. Y ahora que Adrián tenía el glamur americano en sus manos, la vida real que yo le había ofrecido no era suficiente.

Paula me abrazó sin decir nada más y dejó que empapara su hombro con las lágrimas que salían a borbotones de mis ojos.

El sonido de mi móvil me despertó de madrugada. Tras desahogarme con mi amiga había caído rendida en la cama con ella a mi lado. Se había negado a dejarme sola y las dos nos habíamos tumbado en la enorme cama del dormitorio principal.

Aturdida, busqué a tientas el teléfono en la mesilla. El que llamaba era Adrián. Corté la llamada, silencié el móvil para que no me molestara ni a mí ni a Paula e intenté volver a dormirme. No tenía ningunas ganas de escuchar su voz.

Pocos segundos después el móvil vibró. Volvía a ser él. Lo cogí y salí con sigilo del dormitorio. Una vez en el salón decidí contestar la llamada. Era evidente que iba a insistir hasta que le respondiera.

—Hola —dije con voz cortante.

—Siento haber tardado en llamarte —dijo con un evidente rastro de tristeza.

—Da igual —dije con desgana.

—No, no da igual. Tengo algo que explicarte.

—No creo que haya explicación que valga. Esas fotos son bastante claras.

—Ya he visto tu mensaje y no sé a qué te refieres. —Parecía confundido.

—¡Hay imágenes tuyas por todas partes con esa actriz americana! No te hagas el tonto —escupí con rabia—. Ya se lo que me vas a decir. Y no quiero escucharlo. Mañana mismo me iré de tu casa. Busca a alguien que cuide a Bono y Alan, porque yo ya no puedo vivir aquí. Me los llevaré a casa de mi madre, pero allí no hay mucho sitio para todos, así que tendrás que encontrar una solución rápidamente.

Dicho esto, colgué el móvil y lo apagué. No quería saber nada de él y sabía que volvería a llamarme.

Era extraño volver a estar en mi antigua habitación, pero allí me sentía segura y algo más tranquila. Era reconfortante tener a mi madre conmigo. No teníamos muchos metros cuadrados y los tres perros ocupaban todo el suelo de mi dormitorio, pero me sentía mucho mejor que en aquella enorme casa en la que me había sentido una completa extraña en cuanto había visto esas repugnantes fotos.

Las redes sociales y la tele echaban humo. Muchísima gente me mencionaba en tuits dándome su apoyo, pero también había quien se alegraba de que «me hubiera salido mal la jugada», como ellos decían, así que para no volverme loca y sufrir aún más, decidí mantenerme al margen de todos los comentarios.

Adrián me llamó varias veces, pero no me digné a contestar ni una sola vez. No tenía ni ganas ni fuerzas para escuchar sus disculpas por haberme traicionado. Era evidente que lo nuestro se había acabado y, la verdad, no me apetecía escuchar su voz.

«Es muy injusto que no me dejes hablar contigo. Me duele que hayas decidido cortar lo nuestro sin escucharme», me dijo en un mensaje al que no respondí. ¿Para qué? Aunque me pidiera perdón no iba a cambiar nada. Me había destrozado y ya nada podría arreglarlo.

Ultimé algunos detalles de la campaña para Kört y me tomé unos días libres empujada por Diana, que al ver mi estado de ánimo decidió que necesitaba unas vacaciones. Estaba tan deprimida y me sentía tan humillada que solo salía a la calle para sacar a los perros a pasear. El resto del tiempo lo pasaba en mi habitación escuchando música melancólica, regodeándome en mi tristeza.

Un par de días más tarde recibí una llamada de un número que no conocía. Era un tipo de una residencia canina que había recibido el encargo de Adrián

de cuidar a Bono y a Alan. Me dolió que no me avisara él mismo de la solución que había encontrado para cuidar de sus perros y me dio mucha pena despedirme de ellos cuando aquel tipo vino a recogerlos. Parecía buena persona y, cuando le pregunté si podría ir a verlos de vez en cuando, no puso ninguna pega. Me sentía una traidora al no cuidarlos yo misma, pero en casa no teníamos sitio para todos y necesitaba romper por completo los lazos que me unían a Adrián.

Cuanto antes borrara de mi vida todo lo que habíamos compartido, antes podría curarme.

Esa misma tarde mi madre llegó a casa después de una guardia. Cuando entró en mi habitación y me vio en pijama con la vista perdida en la pared puso los ojos en blanco.

—Olivia, no puedes seguir así —me regañó con cariño, sentándose en mi cama—. Tienes que salir de aquí. Te estás marchitando sin sentido.

—Sí tiene sentido. Me han robado lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Tienes mucho por lo que ilusionarte. Adrián no puede ser el centro de tu vida. Ningún hombre debe serlo. Te hundiste con Hugo. Y ahora te está pasando lo mismo. Sé que duele, mi vida, pero tienes que animarte.

—No tengo ganas de nada —dije con voz lacónica.

Mi madre vio a Gilda tumbada con expresión tristonza sobre la alfombra y miró a su alrededor.

—¿Dónde están Bono y Alan? —preguntó extrañada.

—Se los ha llevado un cuidador canino que ha contratado Adrián —dije, comenzando a llorar—. Ya nada nos une. ¡Los voy a echar tanto de menos!

—No le tenías que haber dicho que ya no podías cuidarlos. Ahora estás aún más triste que antes. Y Gilda los echa de menos también.

—Se lo dije en un arrebato de rabia —dije arrepentida—. Pero en el fondo es mejor así. Tengo que cortar todos los lazos con él.

—Sí, pero te has encariñado mucho con esos perros. No era necesario que se los llevaran.

—Iré a visitarles pronto. El chico que ha venido a buscarlos parecía buena gente. Me ha dicho que puedo ir a la finca donde tiene la residencia canina cuando quiera. Iré con Gilda y así jugará con ellos.

—Iremos juntas en cuanto podamos. Pero ahora mueve el culo y prepara una maleta —me ordenó.

—¿Para qué?

—Gilda, tú y yo nos vamos fuera de Madrid. Estás de vacaciones y yo tengo

varios días libres. No pienso permitir que te quedes encerrada en esta habitación ni un minuto más.

Frente al mar todo se ve distinto. Incluso si todavía es invierno y está algo embravecido. Hay algo terapéutico en observar cómo el agua rompe con fuerza contra las rocas, las tapa con un estruendo maravilloso, las llena de espuma salada y luego se retira.

Me fijé en una roca solitaria que estaba algo alejada de las demás. Cada vez que el agua la azotaba desaparecía por completo, pero luego resurgía brillante y húmeda. Era como una isla solitaria que luchaba una y otra vez por ganarle la batalla al mar.

Así me sentía yo exactamente. Me pasé casi una hora observando esa escena, inmersa en la música que sonaba en los auriculares. Canciones que me recordaban a él, a nosotros, pero que al mismo tiempo me dejaban muy claro que tenía que recuperar a esa Olivia alegre y luchadora que jamás habría imaginado que iba a conocer a Adrián.

¿Pero cómo hacerlo?

Me había enamorado de él de tal forma que ahora no sabía cómo dar media vuelta y volver al punto de partida. Esas fotos habían destrozado mi corazón. Había sido como una terrible explosión. Todo mi mundo había volado por los aires y ahora tenía que ir recogiendo las piezas para tratar de recomponerlo.

Al menos mi madre, con su empeño en no dejar que me siguiera escondiendo en mi habitación, había conseguido que ahora pudiera respirar esa brisa tan maravillosa del mar. Habíamos alquilado a toda prisa un coche amplio y cómodo y salido de Madrid en dirección al norte sin un rumbo fijo. Mientras ella conducía, yo investigué en Google y encontré una preciosa casa rural que admitía mascotas. Llamé de inmediato. Me dijeron que tenían una habitación disponible y que Gilda era más que bienvenida, así que hice una reserva. Programé el navegador para llegar hasta el pequeño pueblo costero donde se encontraba el hotel y mi madre comenzó a seguir sus instrucciones. Tres horas después llegamos a nuestro improvisado destino. Nos bajamos del coche y nos quedamos sin palabras al ver las increíbles vistas que se divisaban desde aquel acogedor caserón típico asturiano. Estaba situado en lo

alto de un acantilado. Unas escaleras estrechas e interminables llevaban a una pequeña playa salpicada de rocas en sus extremos. No había dudado ni un segundo en bajar allí con Gilda en cuanto dejamos nuestro escaso equipaje en la habitación. Mi madre, que había emprendido el viaje justo después de una larga guardia en el hospital, estaba agotada y había preferido dormir un rato antes de cenar.

Cansada de que aquella lista de canciones me estuviera poniendo aún más melancólica, me quité los auriculares y los guardé en el bolsillo del abrigo. Me puse en pie y me acerqué a la orilla. Gilda me siguió y se puso a corretear detrás de las olas. Sus alegres ladridos me sacaron una sonrisa.

Tenía que contagiarme de su actitud. Ella disfrutaba como una niña de aquel nuevo escenario donde podía correr libremente y sentir la arena bajo sus almohadillas. Nos habíamos escapado de Madrid para alejarnos de la tristeza. Tenía que centrarme en disfrutar de aquel lugar y apartar de mi mente a Adrián.

Mi madre me lo puso muy fácil. Decidió no parar ni un segundo. Visitamos todos los pueblos de los alrededores, hicimos una excursión a los lagos de Covadonga y comimos en los restaurantes más pintorescos de la zona. Al llegar exhaustas al pequeño hotel que se había convertido en nuestro refugio, tomábamos unos cócteles al atardecer en el porche acristalado desde el que se divisaba el mar. Con tanto ajetreo no tenía tiempo de acordarme de él y por la noche caía rendida en la cama sin tiempo para pensar en nada.

Pero justo el día antes de nuestro a regreso a Madrid, mi teléfono sonó cuando desayunábamos y mi corazón dio un vuelco en mi pecho al ver quién me llamaba.

—Cógelo —dijo mi madre, que no dudó de quién se trataba al ver mi cara de estupor. Tampoco le pasó desapercibido el temblor de mis manos.

Solté un fuerte suspiro y le hice caso.

—Hola —dije con un tono muy frío.

—Olivia... —Adrián dijo mi nombre de esa forma que siempre me estremecía—. ¿Podrías bajar, por favor?

—¿Bajar adónde? —pregunté confundida

—Al portal de tu casa.

¡Estaba en Madrid!

Inspiré con fuerza antes de hablar. Necesitaba reponerme de la sorpresa.

—No puedo. Estoy de viaje con mi madre.

—¿En serio no estás en Madrid?

—No, estoy en Asturias. Pero de todas formas, aunque hubiera estado en casa no habría bajado —le aseguré con dureza.

—¿No piensas darme la oportunidad de que te explique lo que hay detrás de esas fotos? —preguntó dolido.

—No, no hay nada que explicar. Esas imágenes no dejan lugar a dudas. Creo que lo mejor que puedes hacer es coger el primer avión de vuelta. Sigue con tu película y déjame en paz.

—He cruzado el Atlántico para venir a explicarte lo que pasó cara a cara. Creo que merezco al menos que me dejes verte y hablemos.

—Si eso lo hubieras hecho nada más publicarse las fotos quizá habrías tenido una oportunidad. Pero ha pasado más de una semana y ya es tarde. He decidido tomar mi propio camino.

—No he podido hacerlo hasta ahora —se excusó—. Estaba en pleno rodaje en el sur del país y no podía irme. Además, intenté mil veces hablar contigo. Pero tú me has condenado sin escucharme si quiera, y eso es muy injusto. Creía que me conocías y sabías que yo jamás te haría algo así.

—Yo también creía conocerte —dije con tristeza. La voz comenzaba a temblarme y tuve que esforzarme para que no lo notara—. Esas fotos me han demostrado que solo fui un pasatiempo para ti.

—Eso no es verdad. No lo fuiste y no lo eres. —El tono de su voz sonaba muy convincente, pero no era suficiente para que yo cambiara de opinión—. Oli, para mí todavía hay un nosotros.

—Adrián, lo siento, pero yo ahora no puedo hablar en plural —dije con la voz rota—. Sigue tu camino. Hazte famoso en Hollywood si te apetece, gana toda la pasta que quieras y ayuda a tu hermano. Pero, por favor, déjame tranquila.

—¿Cuándo vuelves de ese viaje?

—Aún no lo sé —mentí. Lo sabía perfectamente porque mi madre tenía que volver a su trabajo en el hospital en un par de días—. Estamos disfrutando mucho de estas merecidas vacaciones, así que por ahora nos quedaremos un poco más.

—Dime en qué parte de Asturias y salgo ahora mismo hacia allí. ¡Tenemos que hablar!

—No te molestes. Ya te lo he dicho: no quiero verte.

Dicho esto, colgué el teléfono.

La mirada de mi madre casi me aniquila.

—Te has pasado, hija mía.

—¡Más se pasó él poniéndome los cuernos de esa forma! —dije, notando cómo unas lágrimas amenazaban con salir de mis ojos. Me levanté en el acto y, sin decir nada, salí como un torbellino del comedor. Gilda, consciente de mi estado de ánimo, me siguió caminando pegada a mí como una lapa. Con la vista nublada por el llanto bajé a la playa a tratar de calmarme.

Una fina lluvia comenzó a caer, pero me dio igual. Necesitaba estar sola y ver el mar. Una vez junto a la orilla, la lluvia se convirtió en un aguacero, empapándome de la cabeza a los pies.

No me moví. Dejé que el agua limpiara toda la rabia y el dolor que aquella conversación acababa de sacar de nuevo a la luz.

También quería que se llevara esa duda que comenzaba a surgir en mi interior. No quería sucumbir a la tentación de coger el coche y conducir sin parar hasta esa casa donde había dejado mi corazón junto al piano de Adrián.

Allí me lo había robado. Y me habría encantado recuperarlo.

—¡Qué raro se me hace verte en las vallas publicitarias! —comentó Juan, dando unas palmaditas eufóricas.

—A mí también se me hace extraño ser la protagonista de una campaña tan importante. ¡Estoy en todas partes! —dije, haciendo un aspaviento.

—Quién me iba a decir que mi nueva compañera de curro se iba a convertir en toda una referencia para la sociedad. La vida es muy curiosa.

—Ya ves. Pasé de ser una desconocida a la novia imperfecta del chico del momento. Y ahora soy la pobre panoli a la que engañó en cuanto le cegaron unas tetas de Hollywood.

—No eres una panoli —me regañó—. De hecho, todos tus seguidores se han volcado contigo. Y te has ganado el corazón de todos los periodistas de la farándula. Te respetan y no se han cebado con este tema; y mira que es jugoso. Podían haber sido muy pesados con lo que ha sucedido, pero, salvo los primeros días en los que sí hablaron de ello, lo han dejado correr.

—No seas ingenuo. No lo han dejado de lado porque me adoren —le corregí—. Es que no les he dado pie a seguir hablando. No he dicho ni mu al respecto en mis redes sociales ni he aceptado ninguna de las numerosas ofertas que me han hecho para hablar de ello. Adrián tampoco se ha pronunciado, así que al final han pasado a temas más candentes. Si no hay sangre, no hay depredador.

—Bueno, sea por el motivo que sea, te han dejado en paz. Y sigues siendo un ejemplo para muchos. La popularidad de tus cuentas continúa siendo vertiginosa. ¡Les encantas porque eres la mejor! —dijo, dándome un abrazo—. Estás resplandeciente en esas fotos, chica. Adrián ya es pasado y tú tienes mil cosas buenas esperándote en el camino.

Agradecí mucho que Juan me apoyara de esa forma y tuviera una actitud tan positiva. Mi madre y Paula estaban un poco pesaditas; no paraban de decirme que había roto con Adrián sin conocer bien el contexto en el que se habían sacado esas fotos. Ellas estaban convencidas de que se habían manipulado de alguna forma y que había sido muy dura al no permitirle que me explicara qué

había sucedido.

Y mis abuelos opinaban lo mismo. Decían que tenía que haber sido valiente y haber hablado con él cara a cara cuando vino a Madrid.

Pero lo hecho, hecho estaba. Adrián había vuelto a Estados Unidos y yo seguía con mi vida. En la agencia estábamos hasta arriba y yo seguía haciendo muchas colaboraciones con los de Kört, así que no tenía tiempo para darle más vueltas a lo sucedido. Había arrinconado al fondo de mi mente el tema de Adrián y, cuando mi corazón se empeñaba en hablarme, lo amordazaba en menos que canta un gallo para que no me diera la lata.

Terminamos de comer en el restaurante mexicano que tanto nos gustaba y volvimos a la agencia porque teníamos mil cosas que hacer. Me venía bien estar tan ocupada. Llevaba varias semanas que no salía de la oficina hasta pasadas las diez de la noche, así que no tenía mucho tiempo para pensar. Casi no veía a mi madre ni a mi mejor amiga, y en el fondo lo agradecía porque a ellas les encantaba recordarme lo de Adrián. Estaban empeñadas en que me pusiera en contacto con él. Paula incluso había insinuado la última vez que la vi que debía coger un avión e ir a verle.

¡No iba a hacer eso ni en broma!

De los que no me había olvidado era de Bono y Alan. Había ido con Gilda a verlos en un par de ocasiones. La residencia canina de Javi, el chico que la dirigía, era una pasada. Estaba situada a las afueras de Madrid en una finca con unas instalaciones perfectas para que los perros disfrutaran y todo el equipo que trabajaba allí se desvivía para que sus huéspedes pudieran disfrutar al máximo. Gracias a que ahora mi cuenta bancaria tenía varios ceros de más, estaba planeando invitar a mi madre a un viaje de ensueño cuando se aproximara el verano y tenía muy claro que iba a dejar a Gilda con ellos para que la cuidaran mientras ambas estuviéramos fuera. En las dos ocasiones que había ido por allí me había ido con los tres a dar un paseo por un bosque cercano en el que había un río en el que ellos lo habían pasado en grande jugando y nadando. Estábamos ya a jueves y tenía la firme intención de volver por allí ese próximo sábado para ver a mis amigos peludos y dejar que Gilda disfrutara de su compañía una vez más. Prefería perderme en aquel bosque con ellos a pasarme el día vegetando en casa mientras mi madre me daba la lata para que saliera a dar una vuelta. Si le hacía caso y salía a tomar algo con Paula y con Juan, tenía que intentar pasar desapercibida porque ahora todo el mundo me reconocía y era un coñazo. Y aunque fuéramos a algún lugar discreto donde mi presencia no llamara la atención, mi amiga no se mordería

la lengua y sacaría el tema de Adrián en algún momento. Y Juan se enfadaría con ella por hacerlo, terminarían discutiendo y sería un desastre.

Así que mi mejor compañía para mi tiempo libre eran esos tres peludos que no hacían preguntas y me daban todo su cariño.

Llegó el sábado y por fin me pude perder en el bosque. Caminé con Bono, Alan y Gilda hasta el río y, mientras ellos jugaban, me senté sobre el tronco de un árbol caído. Ya estábamos a principios de marzo y el día era muy luminoso. Cerré los ojos y me limité a disfrutar del calor del sol sobre mi cara. Después de tantos meses de invierno, era una delicia sentir la primavera tan cerca.

Mi móvil sonó poco después. Era un número que no conocía y dudé si contestar la llamada. Seguramente sería alguna teleoperadora con intenciones de venderme algo.

Finalmente contesté por simple curiosidad. Si era lo que sospechaba les colgaría sin miramientos.

—¿Dígame?

—Olivia, ¿qué tal estás?

Esa voz...

¡No podía ser verdad! ¡No podía ser él!

Me quedé sin habla durante unos instantes y el estómago se me encogió sin que pudiera evitarlo.

—¿Hugo? —conseguí decir con incredulidad.

—Sí, soy yo. Sé que ha pasado mucho tiempo...

—Sí, mucho tiempo. Demasiado.

—Si no quieres hablar conmigo no pasa nada. Solo quería saber cómo estás.

El muy cabrón tenía una voz tan melódica y profunda, de esas de locutor de radio que te encandilan sin que puedas evitarlo, que me quedé fuera de combate por unos segundos. Unos segundos en los que viejas sensaciones que creía muertas salieron de sus tumbas y comenzaron a revolotear a mi alrededor. ¿Acaso no le había enterrado en el fondo del mar cuando había estado en las Seychelles?

¡Joder, aquello era lo que me faltaba!

—No es que no quiera hablar contigo —comencé a decir una vez que recobré el aliento—. Es que creía que entre tú y yo ya no quedaba nada que decirnos.

—Sé que no me porté bien contigo...

—Te portaste de culo —le recordé.

—Lo sé, lo sé —aceptó con esa puñetera voz que tanto me gustaba.

—¿Se puede saber qué quieres?

—No quiero nada. Solo saber qué tal estás. Esta mañana me he topado con uno de esos anuncios en los que apareces y no he podido evitar querer saber de ti. Por cierto, estás deslumbrante.

—Gracias, pero soy la de siempre. Es curioso que ahora que salgo en un anuncio me encuentres deslumbrante —dije con sarcasmo.

—He seguido tu trayectoria desde que te hiciste famosa por lo de ese actor —me confesó—. Y no eres la de siempre. Eras una niña insegura y dulce. Y ahora eres toda una mujer y con muchas agallas.

—No necesito que me dores la píldora. Además, esa niña sigue dentro, solo que ahora es más fuerte. Y tú la odiabas, así que no sé para qué te molestas en llamarme.

—Yo no he odiado nunca a esa niña, Olivia. De hecho, la echo mucho de menos. Yo estaba ya de vuelta de muchas cosas cuando te conocí. Eras tan idealista e inocente que eso me asustó, pero ahora me doy cuenta de que fui un gilipollas al dejarte.

—Sí, fuiste un completo gilipollas. Pero ya es tarde, así que no empieces con tus discursos manipuladores, Hugo. No estoy de humor. ¡Por Dios, hace más de dos años que no sé nada de ti! ¿A qué viene esto ahora?

—No importa, déjalo. Es solo que al ver tu foto me han venido muchos buenos recuerdos y he sentido la necesidad de hablar contigo.

—Y como sabías que no te iba a coger el teléfono me has llamado desde otro número, ¿no?

—No seas retorcida. Me he dejado mi móvil personal en casa y te estoy llamando desde el del trabajo.

—Aquí el único retorcido eres tú. Adiós.

Colgué el teléfono y di por terminada aquella conversación tan surrealista.

Había sido Hugo en toda su esencia. Intentando engatusarme con su maravillosa voz y su zalamería. Sabía de qué iba ese juego y no pensaba entrar al trapo.

Pero aunque era muy consciente de que era un lobo peligroso y que debía huir, no pude evitar sentir un chispazo de electricidad.

Y esa corriente podía electrocutarme. Era alto voltaje.

Lo sabía de sobra, y aun así volví hacia la residencia canina con una media sonrisa absurda en mis labios.

A veces los astros se conjugan para complicarlo todo.

Iba conduciendo de vuelta a casa todavía sorprendida y descolocada por la llamada de Hugo cuando el coche de mi madre empezó a hacer unos ruidos muy extraños. Poco después un montón de humo comenzó a salir del capó. El vehículo seguía avanzando, pero muy lento y a trompicones. Conseguí salir de la autovía y detener aquella vieja cafetera en una gasolinera que encontré un poco más adelante.

Salí del coche sin saber muy bien qué hacer. No serviría de nada que echase un vistazo bajo el capó. Mis conocimientos de mecánica son nulos, así que no iba a adivinar qué demonios le ocurría a aquel trasto.

Lo mejor que podía hacer era llamar al número de teléfono de asistencia que aparecía en los papeles del seguro que había en la guantera. Iba a marcar los nueve dígitos en el móvil cuando este sonó. Si no me equivocaba, era el número desconocido que me había llamado cuando estaba en el río. Rechacé la llamada, pero volvió a sonar dos segundos después.

¡Joder con Hugo! Un par de años desaparecido y ahora le daba por no dejarme en paz.

—¿Se puede saber qué narices quieres ahora?

—Vaya, vaya. Veo que ahora tienes mucho más carácter que antes — comentó entre divertido y admirado. Cuando estuvimos juntos rara vez le plantaba cara, así que no era extraño que estuviera tan sorprendido de verme de mala leche—. Me has colgado y por eso te estoy volviendo a llamar. No me gusta dejar las conversaciones a medias y mucho menos que me dejen con la palabra en la boca.

—Pues vas a tener que fastidiarte. El coche me acaba de dejar tirada y ahora mismo necesito llamar a la grúa. Así que, aunque no te guste, creo que voy a tener que colgarte otra vez.

—¿Dónde te ha dejado tirada?

—En una vía de servicio de la A1. Gracias a Dios, he podido parar en una gasolinera.

—¿Quieres que vaya a buscarte?

—Hugo, en serio... Hace mucho tiempo que no sé nada de ti. ¿Y ahora vas a venir a echarme una mano?

Aquella situación no podía ser más absurda.

—¿Tanto te molesta que te ofrezca mi ayuda?

—No es que me moleste, es que creo que no viene a cuento, la verdad.

—Sí viene a cuento. Estás tirada en una gasolinera y justo te he llamado.

Aprovecha que puedo ayudarte. Será un detalle por el daño que te hice.

—Lo que me hiciste no se arregla con venir a ayudarme ahora. Además, eso pasó hace mucho y ya está más que superado. —¿Lo estaba?—. No es necesario que juegues al buen samaritano a estas alturas.

—No estoy jugando a nada —me aseguró con esa voz tan condenadamente *sexy*—. No seas cabezota y dime dónde estás. Mándame tu ubicación por WhatsApp y, mientras llamas a la grúa, yo voy saliendo hacia allí.

La verdad es que necesitaba ayuda. La grúa se llevaría el coche, pero Gilda y yo no teníamos cómo ir hasta casa. Y los taxistas no solían ser muy dados a aceptar como cliente a una perra de un tamaño considerable, y mucho menos empapada y llena de barro. Gilda lo había dado todo en el río con Bono y Alan. También se había revolcado en varios charcos que encontró en el camino del bosque. Lo había pasado como una enana, pero tenía un aspecto bastante asqueroso. De hecho, si el coche no se hubiera averiado, mi plan haría sido bañarla en cuanto llegara a casa.

—¿Sabes qué? —comencé a decir—. Que sí que me debes una, por no decir miles. Así que voy a aceptar tu ayuda. Estoy con mi perra. Es una golden retriever bastante grande y está hecha un asco después de haberse embarrado entera, así que te recomiendo que traigas varias toallas y un coche con un buen maletero.

—Tomo nota —dijo riendo—. Te has vuelto muy directa y mandona, ¿no?

—Sí, y es lo que hay. Si te gusta, bien, y si no, siempre puedes retirar tu oferta de ayudarme y desaparecer.

—No es que no me guste esta nueva actitud tuya. Todo lo contrario; me tiene maravillado. —Conocía ese tono de voz y sabía que lo estaba diciendo con una media sonrisa de aprobación—. Bambi se ha convertido en un león.

—Sí, un león hambriento. Así que no tardes en aparecer o habré buscado otra alternativa. Quiero salir de esta gasolinera y comer algo.

—Te aseguro que no tardaré. Cada vez me apetece más verte.

Apareció veinte minutos después conduciendo el mismo coche en el que tantas veces nos habíamos besado. Cuando se bajó del asiento del conductor y le vi caminar hacia mí sentí una punzada de nervios en el estómago.

¡Mierda! Había sido mi primer gran amor y parecía que mi corazón, herido y vulnerable por la falta de Adrián, hubiera rebobinado de inmediato a lo que sentía un par de años atrás.

No tenía que haber aceptado su ayuda. Sabía que acababa de meterme en un buen lío.

Me regañé a mí misma por la flojera que sentí en las piernas y decidí comportarme de la forma más distante que me fuera posible. Él intentó abrazarme, pero le rechacé.

—Te agradezco que hayas venido, pero nada de sentimentalismos.

—¿Ni siquiera por los viejos tiempos?

—Si no quieres que discutamos, mejor no menciones nuestro pasado.

—De acuerdo, nada de abrazos —aceptó, levantando los brazos.

La grúa no tardó en aparecer y, en cuanto se hubo llevado el coche de mi madre, Hugo abrió el maletero de su Volkswagen. Limpié a Gilda con las toallas que él había llevado y conseguí dejarla con un aspecto más decente. Necesitaría un baño de todas formas, pero al menos ahora no parecía un desastre de agua y barro. Finalmente, saltó al maletero y nosotros subimos a los asientos delanteros.

—Veo que sigues siendo igual de austero que antes —comenté ante el hecho de que, aunque podía permitirse de sobra un coche nuevo y más lujoso, seguía conservando aquel Golf que ya tenía unos cuantos años.

—Sí, ya sabes que no me gusta aparentar. No me va nada mal, pero prefiero no malgastar mi dinero en cosas que no tienen importancia. El día que este trasto ya no ande, entonces me daré un capricho.

—¿Qué tal te va en tu trabajo? —pregunté, por encontrar algo de lo que hablar.

—Bien, ahora ya soy socio en la consultora —respondió orgulloso—. ¿Y

tú? Por lo que he podido saber ahora que eres famosa, no te va nada mal.

—Sí, no me puedo quejar. Después de mucho esfuerzo, por fin tengo el trabajo que siempre quise —dije orgullosa.

Él siempre me había acusado de no tener claros mis objetivos. Cuando empecé a salir con él era una universitaria soñadora e inocente que dudaba si había elegido la carrera adecuada. Estuve tentada varias veces de cambiarme a Bellas Artes, y él siempre había criticado ese lado artístico e idealista que afloraba de vez en cuando. Una parte de mí había querido ser escultora y Hugo me había repetido hasta la saciedad que fuera práctica y siguiera en una carrera con futuro. En su opinión, el arte era algo que se debía tomar como un pasatiempo porque de eso no se podía vivir. Había sido un experto en menospreciar la parte más bohemia de mi personalidad. Y por su culpa había dejado de lado ese sueño.

—¿Has seguido con lo de la escultura? —preguntó como si hubiera leído mis pensamientos.

—No, he estado más centrada en labrarme un futuro —dije a regañadientes—. Pero ahora que lo mencionas, creo que pronto lo voy a retomar. Hice un curso hace un par de años y empecé a hacer algunas piezas interesantes, pero últimamente no he tenido tiempo para nada que no fuera el trabajo.

—Sí, el trabajo al final es lo que más nos absorbe. Es difícil encontrar tiempo para nada más.

—¿Algún amor? —No pude evitar preguntarle por eso. Me mataba la curiosidad de saber si ya me había sustituido.

—No, hace unos meses que no estoy con nadie.

—La dejaste tú, ¿verdad?

—Sí, pero...

—No me des explicaciones. Creo que nunca conseguirás comprometerte de verdad con nadie.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tienes demasiado miedo a darte por completo a otra persona. No te gusta perder el control y para amar hay que dejarse llevar.

—Olivia, te equivocas. Ahora sí me dejo llevar. Si la dejé fue porque me traicionó con otro.

—Mira, en eso estamos en el mismo barco. A mí me acaban de hacer lo mismo, como ya sabrás por toda la prensa rosa.

—Sí, algo había oído —comentó, haciéndose el interesante. Seguro que por pura curiosidad morbosa habría seguido de cerca todo lo que me había

sucedido desde que me había hecho famosa. No todos los días una ex se convierte de improviso en la chica de la que más hablan en la tele.

—Bueno, dejemos de hablar tanto de nuestras vidas. Has dicho que estabas muerta de hambre. ¿Qué te parece si te invito a comer?

Hugo seguía siendo igual de atractivo e interesante. Pero había algo distinto en su mirada. Parecía más sereno, como si estuviera más a gusto dentro de su piel y menos desencantado con la vida. No podía describir qué era exactamente, pero algo había cambiado en esos ojos pardos. Me dio la impresión de que había encontrado un equilibrio interior que antes no tenía.

—¿Por eso me has llamado verdad? Porque a ti te la han jugado y has visto que a mí también —insinué antes de probar un trozo de la *pizza* gigante que habíamos pedido en un restaurante italiano que estaba muy cerca de mi casa.

—En parte sí —admitió—. Sabía que si alguien iba a entender cómo me siento esa eras tú. Pero sobre todo quería volver a verte porque lo que has hecho estos últimos meses en las redes sociales me ha parecido bestial. Vi el vídeo que tanto impactó a la gente y me apetecía decirte en persona lo admirable que me parece.

Sentí que me sonrojaba.

¿Por qué a esas alturas de la película todavía me importaba tener su admiración?

Supongo que, en cierta forma, nunca había llegado a desengancharme de Hugo. Había creído que sí, pero ahora que la droga estaba cerca notaba que la tentación de probarla no se me había pasado del todo.

—Solo quería demostrar que la realidad no es lo que muestran la mayoría de las famosas e *influencers*. No pensaba cambiar para adaptarme a lo que todos decían que tenía que ser.

—Antes sí lo habrías hecho. Siempre te amoldabas a mis deseos —me recordó, levantando una ceja y haciendo una pausa que enfatizó su mensaje—. Te perdiste a ti misma tratando de ser quien creías que yo quería que fueras. Esa falta de personalidad fue justamente lo que me alejó de ti.

—Aprendí la lección —dije, apretando los dientes.

—Ya veo que lo hiciste. No parece que ahora estés dispuesta a desdibujarte por nadie. Eres más que nunca tú misma. Y te felicito por ello.

—¿Te has dado cuenta de que ya lo estás haciendo?

—¿Haciendo el qué?

—Me estás dando tu aprobación. Eres como un juez dictando sentencia. Y

no te das cuenta de que en realidad no he cambiado tanto. La única diferencia es que ya no necesito esforzarme para que te percaes de que merezco la pena.

—Es que no tenías que hacerlo. Ya sabía que eras una chica muy especial. Con que hubieras sido tú misma habría bastado.

—Eso no es verdad. No me dejabas ser yo misma. Siempre intentabas dirigirme y llegó un momento en que caí en la trampa de seguir tus instrucciones. Era más fácil así.

—Pues no lo hiciste más fácil. Cuanto más complaciente eras conmigo más, complicado era todo.

—Tú lo hacías complicado.

—¿Yo?

—Sí, tú. Eras tan bipolar que me convertí en tu marioneta. Cambiabas tanto de humor que ya no sabía a qué atenerme. Por eso terminé haciendo el imbécil.

—No hiciste el imbécil —dijo, bajando la mirada—. Sé que me querías y que intentabas por todos los medios salvar lo nuestro. Pero yo me terminé ahogando. Eras tan vulnerable...

—Quizá lo era —admití—, pero tú propiciaste muchas de mis inseguridades.

—¿Y si ahora no lo hiciera?

—Hugo, ya no hay un ahora. No vayas por ahí.

—Era solo una idea.

—No juegues a liarne. No te lo voy a permitir. Ya no estoy enamorada de ti. Llegó otra persona que te robó el protagonismo.

—Esa persona se ha reído de ti delante de medio mundo. Al menos yo no te humillé de esa forma.

Decir que llegué a casa enfadada y con la cabeza a punto de explotar es quedarme corta.

Y no estaba enfadada con Hugo, sino conmigo misma por haber aceptado su ayuda. No tenía ningún sentido que con el daño que me había hecho hubiera terminado comiendo con él, más aún cuando no había dado señales de vida desde que me dejó. Pero claro, ahora yo me había convertido en una celebridad y salía en una campaña publicitaria. Era cierto que los de Kört habían respetado mi personalidad y en esas fotos seguía siendo yo, pero mostraban mi mejor versión. Salía muy favorecida y transmitía mucha seguridad. Y eso a Hugo le había picado en su orgullo. Había dejado escapar a una tía que había enamorado al tío más deseado de España. Y ahora esa chica

estaba sola de nuevo. ¿Cómo no intentar volver a liarle el corazón?

Pero no iba a permitírselo. No iba a dejar que la fascinación que siempre había sentido por aquel manipulador de sentimientos volviera a cegarme.

¡No, no y no!

Ahora debía centrarme en estar feliz conmigo misma y seguir con mis planes profesionales. Diana me valoraba mucho y tenía por delante un futuro muy prometedor en Brenton & Rome. Mis cuentas en las redes sociales seguían siendo todo un éxito. Ganaba miles de seguidores cada día y yo trataba de publicar contenido a menudo para seguir inspirando a todos ellos a vivir una vida más plena y feliz. Las ventas de Kört se habían disparado en las pocas semanas que llevaba la campaña en marcha, por lo que su directora de *marketing* ya estaba planeando contar conmigo para el lanzamiento de la colección de otoño. Eso iba a suponer otra buena suma de dinero para mí.

Así que sería fiel a mi lema de ir a siempre hacia donde me llevara el corazón, pero no le haría caso por ahora en lo que a temas románticos se refería. Eso estaba vetado por el momento. El corazón lo iba a reservar para disfrutar de mi familia, mis amigos y mi fiel compañera peluda, pero lo iba a dejar cerradito a cal y canto para los hombres.

Hugo me había destrozado en el pasado. Adrián lo había hecho en el presente. No pensaba darle la oportunidad ni a ellos ni a ningún otro de dañarme en el futuro.

El futuro era para soñar y disfrutar. Tenía que compartirlo solo con aquellos que sabía que no me iban a romper en mil pedazos.

Olivia Santos @oliviaandgilda

Arriésgate y anda descalzo. Siente cada paso que das y no mires atrás. Pero elige bien a tus compañeros de viaje. #siempreal.

—A ver si eres fiel a tu último tuit —comentó Paula mientras comía palomitas como una posesa. Hacía una noche de perros y habíamos decidido atrincherarnos en el sofá de mi casa a ver una película de misterio. Las comedias románticas estaban vetadas hasta nuevo aviso.

—Lo voy a ser, te lo juro —dije muy convencida.

—Lo de Hugo me da un miedo que flipas.

—No voy a volver a verle. No es que nuestra comida haya terminado de la forma más amigable. Le he dejado allí plantado.

—Ese es justo el problema —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Le conozco. Le gustan los retos. El hecho de que le hayas mandando a la mierda

le habrá dejado muy motivado. Ese cabrón te va a llamar de nuevo en menos que canta un gallo.

—Pues que lo haga si quiere. Yo hoy me he quedado muy a gusto. Me he quitado la espinita que aún me quedaba, así que ya no voy a caer en la tentación de volver a verle —declaré muy convencida.

—Más te vale que eso sea verdad, porque si no vamos a volver al melodrama esquizofrénico que ya viviste con él.

—Ya te he dicho que eso no va a ocurrir. Tengo muy claro hacia dónde tengo que dirigirme.

—¿Y Adrián?

—Adrián está desaparecido, seguramente disfrutando de mucho sexo con la exuberante actriz con la que me engañó —respondí, algo cabreada por que Paula siguiera sacando el tema.

—Si fuera así, todos los programas de cotilleo de ambos lados del Atlántico estarían hablando de eso. Ella es famosísima a nivel mundial y los *paparazzi* la siguen a todas partes —dijo mi amiga muy convencida—. Adrián no está desaparecido por eso. Lo que pasa es que tuvo que coger un avión de vuelta sin que te dignaras a escuchar su versión, así que estará lamiéndose las heridas en silencio.

—¡Por Dios, Paula! No es un pobre ciervo herido. Es un lobo que iba con piel de cordero. Así que deja de defenderle.

—Vale, vale. No te cabrees. Veamos la peli y dejemos a tus ex en paz.

Paula no se equivocó en absoluto. Hugo me llamó varias veces durante los días siguientes, pero yo no contesté. Me limité a seguir con mi vida y continuar caminando muy cerca de todos aquellos con los que sí merecía la pena compartir mi viaje.

En la oficina trabajaba muy a gusto de la mano de Diana y Juan. En mi tiempo libre, este último y Paula eran mis mejores compañeros de ocio. Como yo no estaba muy por la labor de salir de marcha, íbamos a pasear al Retiro, a exposiciones o al teatro. Los periodistas a veces me daban la lata, pero cada vez me iban persiguiendo menos ya que había otros famosos montando escándalos que les resultaban más jugosos que mi tranquila vida de soltera.

Mi madre y mis abuelos seguían siendo los pilares fundamentales de mi existencia. Su cariño y sus consejos me ayudaban a olvidarme del dolor, y los lametones de Gilda me recordaban a diario que el amor incondicional sí existe. Todavía echaba de menos a Adrián, pero gracias a toda la gente que tenía la suerte de tener en mi vida su ausencia era más llevadera.

A veces no podía evitar cotillear sus cuentas de Twitter e Instagram, pero últimamente no se pronunciaba mucho, así que no tenía muchas pistas de cómo le iba la vida. Tan solo había publicado alguna cosa sobre el final del rodaje de la película y algunos mensajes solidarios.

Me preguntaba cómo estaría su hermano. No sabía si seguía con el tratamiento en San Diego o al final había vuelto a España. Más de una vez estuve tentada de escribir a Adrián para preguntarle por Gonzalo, pero al final siempre me echaba atrás. Mi interés era sincero, pero no quería que pensara que lo utilizaba como una excusa para hablar con él.

El que sí parecía buscar excusas para contactar conmigo era Hugo.

«¿No crees que fuiste un poco maleducada largándote de esa forma del restaurante?».

¡Ya estábamos! Con ese mensaje de WhatsApp ya me había encendido. Ese era su estilo: provocarme para que no pudiera evitar responderle.

Como estaba tentada a hacerlo, dejé el teléfono en casa y me fui con Gilda

al parque. Traté de olvidar ese mensaje, pero sus palabras retumbaban en mi cabeza una y otra vez. ¿Maleducada? ¿Pero de qué iba?

«El maleducado fuiste tú al sacar el tema de las fotos de Adrián. No hacía falta que me recordaras cómo fui humillada públicamente, ¡capullo!».

Ya lo había conseguido. En cuanto volví a casa no pude evitar responderle. La cagué al hacerlo, y mucho, porque Hugo había conseguido lo que se proponía.

«Sí, sé que puedo ser muy capullo. Pero en esta ocasión no lo hice para herirte. Quizá te fallé, pero no tengo intención de volver a hacerlo».

—¿Qué coño quieres de mí?

Pasé de seguir tecleando mensajes y, encendida como una hoguera, le llamé.

—Tu amistad.

—¿¡Amistad!?! —repetí furiosa—. Hugo, no hay ni la más remota posibilidad de que tú y yo podamos ser amigos. ¿Es que te has vuelto loco?

—No, ahora no. Me volví loco al perderte. Pero, como fue culpa mía, nunca me atreví a decírtelo. Traté de sustituirte una y mil veces, pero ninguna eras tú.

—La vehemencia de sus palabras me dejó boquiabierto. Después de que me dejara, había soñado una y otra vez que volvía con el rabo entre las piernas pidiéndome otra oportunidad. Ahora lo estaba haciendo y una parte de mí se moría de gusto al escuchar esas palabras—. Sé que no tengo derecho a pedirte que vuelvas conmigo, pero, por favor, déjame ser tu amigo al menos.

—Es que eso es imposible —respondí tajante—. No puedo ser amiga de alguien que me dejó tirada como si fuera una bolsa de basura. Te recuerdo que estas fueron tus palabras: «Me estás agobiando, tengo que pensar. Si no te vuelvo a llamar da por terminado lo nuestro». Y nunca lo hiciste; me dejaste esperando como a una idiota. Me abandonaste como a un perro y yo, que fui gilipollas perdida, esperé durante mucho tiempo a que volvieras a buscarme sin moverme de la farola donde me dejaste atada.

—No sabes cuánto lo siento...

¿Estaba llorando? ¿En serio?

—Hugo, por favor, no me montes un drama. No necesito que me pidas perdón. Ya es tarde para eso —dije, para no darle opción a que siguiera intentando camelarme—. Si tan arrepentido estás, empieza a ser mejor persona. Haz algo bueno y desinteresado. Y no lo hagas por mí, sino por ti mismo.

—De hecho, has dado en el clavo. —Su voz ahora sonaba un poco más

animada—. Hay algo a lo que le he estado dando vueltas últimamente. Quiero empezar a caminar en la dirección correcta y dar mi corazón sin condiciones.

—Hugo, no me cuentes milongas. Tú siempre pones condiciones. Y no solo a los demás, sino también a ti mismo.

—No te estoy contando ninguna milonga, te lo juro —insistió.

—Aunque lo digas de verdad, no quiero que me des tu corazón. No serviría para nada, porque el mío está en huelga por culpa de otro.

—Es una pena que sea así —se lamentó—. Espero que no dure demasiado esa huelga y, más adelante, puedas abrirme la puerta. Pero ahora no me refería a ti, sino a dar mi corazón a alguien que lo necesite de verdad y me enseñe a amar sin condiciones. Y sé que tú me puedes ayudar a elegir muy bien.

—¿¡Pretendes que te ayude a elegir a tu siguiente novia!?

Estaba tan indignada que no le colgué el teléfono de milagro.

—No, no quiero que me ayudes a elegir una novia —dijo, comenzando a reírse—. Llevo un tiempo dándole vueltas a una idea que creo que te va a gustar. Y quizá así compense un poco lo que te hice. Desde que te sigo en las redes sociales, veo lo importante que es Gilda en tu vida. Se me puso la piel de gallina cuando leí un comentario que escribiste sobre cómo al rescatarla en realidad ella te salvó a ti. Veo constantemente lo mucho que os queréis, los momentos que compartís y la sonrisa que ella dibuja en tu cara con un simple lametón. Eso ha sembrado una inquietud que ha ido creciendo dentro de mí. Sé que tú colaboras con varias protectoras; ¿sería posible que ayudes a esta alma solitaria a adoptar a un compañero que no le juzgue?

¡Toma ya! Eso sí que no me lo esperaba.

¿Hugo comprometiéndose a cuidar de un animal de por vida? Esa idea fue toda una sorpresa. Le dije que esperaba que no fuera un capricho pasajero, que si lo hacía tenía que ser muy consciente de que no podía arrepentirse. Me dio un discurso muy convincente sobre que lo había meditado mucho y que sus intenciones de adoptar un perro eran muy serias, así que no pude negarme. Si ayudar al atractivo tontaina de mi ex iba a significar que un perro abandonado encontrara por fin un hogar, no iba a negarme.

No obstante, no se lo puse fácil. Me aseguré de que él no estuviera actuando por un impulso altruista que fuese a desvanecerse como el humo en poco tiempo. Le hablé de los pros y los contras de tener un animal de compañía. Le freí a preguntas sobre cómo pensaba hacerse cargo de su nuevo compañero de vida. Era un tipo muy ocupado. Tenía un trabajo de gran responsabilidad y me

daba miedo que no fuera a dedicarle el tiempo necesario a su nuevo amigo. Me explicó que una de las ventajas de haber ascendido en su empresa era que podía gestionar muchos asuntos sin tener que ir a la oficina, por lo que muchos días trabajaba desde casa. Por lo visto, ahora vivía a las afueras y salía a correr a diario por un pinar que tenía justo al lado, por lo que podía brindarle ejercicio y juego a su nuevo amigo. No viajaba a menudo, así que eso tampoco era un problema. Tras varias conversaciones en las que yo fui muy pesada y exhaustiva, Hugo me convenció de que realmente se tomaba muy en serio aquella decisión. Cuando estuve segura de que estaba preparado para dar ese paso, llamé a Claudia, una de las voluntarias que conocía en Huellas Solidarias, y quedé con ella en visitar el refugio con Hugo ese mismo sábado.

Me habría encontrado con él directamente en las instalaciones de la protectora, pero el coche de mi madre había quedado en estado vegetal y por ahora no habíamos comprado otro. Quería evitar una extremada cercanía con mi ex, pero en aquella ocasión acepté que me viniera a buscar para acompañarle a elegir ese peludo que a partir de ese momento sería su mejor compañero.

Antes de subir a su Golf, me dije a mí misma que lo hacía por una buena causa. Tampoco me iba a entrar un sarpullido por sentarme a su lado en el coche.

—Buenos días —me saludó, esbozando una sonrisa encantadora.

—Buenos días —respondí al tiempo que cerraba la puerta del copiloto. No le di dos besos; no quería sentir su piel sobre mis mejillas. Ese tipo de sensaciones podían despertar viejos fantasmas que no quería que volvieran a perseguirme. Esa noche había tenido un sueño romántico con él y no me había gustado ni un pelo que mi subconsciente me jugara esa mala pasada.

Hugo comenzó a conducir en silencio. Yo le iba dando indicaciones de adónde debía dirigirse, pero no intenté entablar una conversación.

—Parece que hoy te has despertado poco habladora, ¿no?

—Sí, eso parece —me limité a decir.

—¿Estás triste?

—No, solo mantengo las distancias. Es mejor así.

—Olivia, si no te apetecía venir podrías haberme dicho la dirección de ese lugar y ya habría ido yo por mi propia cuenta.

—Es mejor que te acompañe. Quiero supervisar tu elección. No quiero que te encapriches del primer perro que veas. Miedo me da que te quedes con el

más bonito y no con el que más te necesite.

—¿Tan superficial te parezco?

—No eres superficial, pero sí un poquito impulsivo. Solo me quiero asegurar de que esto no sea otra de tus ideas pasajeras.

—Ya te he dicho mil veces que estoy totalmente convencido de esta decisión.

—Más te vale, porque si no te mato.

—En vista de que estás tan a la defensiva creo que mejor subo el volumen de la radio —dijo, tomándoselo a guasa. Una canción de James Blunt muy movida rebajó bastante la tensión que mi humor de esa mañana había creado entre nosotros.

Varias canciones después, llegamos a la finca donde la protectora con la que solía colaborar tenía su refugio para esos pobres perros y gatos que habían sido abandonados a su suerte por gente sin corazón. Menos mal que en Huellas Solidarias los cuidaban muy bien y hacían todo lo que estaba en su mano por encontrarles un hogar donde empezar de nuevo.

Claudia salió a nuestro encuentro y nos condujo hasta una de las praderas donde dejaban que los perros jugaran y corretearan libremente varias veces al día. Ella había seleccionado a varios que podían encajar con la personalidad de Hugo. Habían hablado por teléfono y él le había explicado qué tipo de perro podía encajar con su forma de vida. Claudia, al ver que Hugo era deportista y podría brindar a su nuevo amigo suficientes dosis de ejercicio y juego al aire libre, había sacado de sus jaulas a cinco perros jóvenes y atléticos. Al vernos, todos se acercaron a saludar, pero pronto se alejaron a seguir jugando. Sin embargo, hubo uno en concreto que se quedó sentado junto a mi ex y le miró con ojos suplicantes.

Era él, no había duda. Tito, un braco de Weimar que tendría unos dos años, se enamoró de Hugo al instante. Y a mi ex le pasó lo mismo. Comenzó a acariciarle y el perro lo llenó de lametones moviendo la cola a la velocidad de la luz. Mientras Hugo jugaba con él, Claudia nos contó su historia. Era tan triste y desoladora que prefiero no recordarla. En su cuerpo de pelo corto, gris y brillante, quedaban las cicatrices de las burradas que le habían hecho, pero él parecía estar más que dispuesto a pasar página y comenzar de nuevo junto a ese chico alto y moreno que tanto le había gustado.

Al ver lo cariñoso que Hugo se estaba mostrando con él y la ilusión que desprendía su mirada ante la idea de adoptar a Tito, he de reconocer que me derretí un poquito. Nunca le había visto ser tan tierno y esa faceta suya que

había estado escondida me sorprendió gratamente.

Como la decisión estaba tomada, Claudia le pidió a Hugo que la acompañara a firmar todos los papeles de la adopción y yo me quedé jugando con Tito y los demás en la pradera.

Unos minutos después, un sonriente Hugo salía de la oficina de la protectora dispuesto a llevarse en ese mismo momento a su nuevo compañero.

Tito se subió al maletero de un salto sin dudarle un segundo. Una vez que el coche inició su recorrido de vuelta hacia mi casa, el braco se dedicó a mirar con curiosidad la carretera a través de la luna trasera.

—Gracias por acompañarme —dijo Hugo, visiblemente emocionado.

—No me las des. —Comencé a hablar sin dejar de mirar por la ventanilla —. ¿Sabes? Me dejaste destrozada hasta un punto que no puedes llegar a imaginar. Y no comencé a curarme hasta que me topé con Gilda. Ella me enseñó que el rencor no sirve para nada. Aceptó la oportunidad que yo le brindé de volver a ser feliz sin dudarle y ambas empezamos de cero. Estás haciendo algo desinteresado y bueno por otro ser que necesita curar las heridas que le dejaron en el corazón. Solo con ver lo feliz que has hecho a este perro siento que, de alguna forma, estás compensando el daño que me hiciste. Por eso te he apoyado. Te aseguro que a partir de ahora vas a conocer lo que es el amor de verdad.

Olivia Santos @oliviaandgilda

Hoy ha sido un buen día. :) Un amigo ha adoptado a Tito. Comienza un nuevo camino que borrará sus cicatrices poco a poco. #siemprereal.

Ese mensaje lo publiqué acompañado de un *selfie* que me saqué con Tito antes de despedirme de Hugo. En esa foto yo sonreía feliz con la trufa de aquel encantador perro sobre mi mejilla. La puse también en Instagram para ver si alguno de mis seguidores se animaba a hacer lo mismo y otro animal podía encontrar un hogar. Ya que me había hecho tan famosa, siempre que podía aprovechaba para dar visibilidad a temas que me preocupaban y entre ello destacaba la adopción de animales de compañía.

Esa noche me fui a la cama algo más tranquila. Sentía que una parte de mí por fin estaba en paz. Era como si el capítulo final de mi historia con Hugo hubiera sido editado y ya no fuera tan dramático ni doloroso.

Por primera vez en muchos días conseguí sacudirme la tristeza por la falta de Adrián en mi vida. Mientras acariciaba a Gilda, que estaba frita junto a mí en la cama con su hocico pegado a mi oreja, me dormí poco a poco con una

plácida sonrisa dibujada en mi cara.

—¡Ni se te ocurra ir a cenar con él! —gritó Paula al otro lado del teléfono.

—Tranquilízate. No es más que un detalle que Hugo quiere tener conmigo por haberle ayudado estos días a que Tito se aclimatara bien a su nueva vida —dije muy calmada.

—Un detalle que seguro esconde intenciones muy oscuras —resopló mi amiga.

—Ya te lo he dicho. Ahora solo somos pseudoamigos. Hemos dado algún que otro paseo con los perros y parece que hemos llegado a un equilibrio bastante agradable. Te aseguro que hay cero romanticismo entre nosotros.

—Pseudo amigos... —repitió Paula despacio y con sorna—. ¿Qué invento es ese?

—Pues una forma de describir la relación pacífica y civilizada que se puede llegar a tener con un ex.

—Olivia, Hugo no es un simple ex. ¡Es el tío que te destrozó viva!

—Bueno, creo que ahora hay alguien que le ha superado. Adrián me ha hecho mucho más daño y, encima, con una gran repercusión mediática. Al menos Hugo no me convirtió en el objeto de las burlas de media España.

—Siento recordarte que Adrián cruzó un océano para darte unas explicaciones que no quisiste escuchar. Estoy convencida de que aquellas fotos no eran lo que parecían.

Paula me estaba poniendo de muy mala leche.

—¿¿Se puede saber por qué demonios le defiendes a capa y espada!?! ¿Acaso no viste lo mismo que yo?

—Sí, lo vi. Pero viendo cómo los periodistas lo tergiversan todo para conseguir más audiencia, no termino de creerme que esas imágenes no fueran sacadas de contexto. Te recuerdo que esa actriz con la que salía dándose el lote es la que interpreta el papel de su novia en la peli que han rodado juntos. Esas fotos podían ser de algún *paparazzi* que se coló en el set de rodaje.

—Si hubiera sido así, Adrián se habría esforzado más por convencerme de que no tiene nada con ella. Y lo que ha hecho es alejarse y permanecer en

silencio. Para mí está claro que esa chica se ha cruzado entre nosotros.

—Me da mucha pena que hayas tirado la toalla tan fácilmente y, encima, vas a caer en las garras del lobo una vez más.

—Primero, lo mío con Adrián ya estaba muy difícil antes de esas malditas fotos. Te recuerdo que me dijo que quería quedarse en Estados Unidos. Eso le hará famoso a nivel mundial y no estaba preparada para eso. Ya no nos iba a quedar ni París, ni Dublín, ¡ni Laponia! No habría lugar en el mundo donde pasar desapercibidos. Yo necesitaba tiempo para pensar y él no quiso esperar. De hecho, como ya hemos visto, se impacientó tanto que decidió liarse con una mujer a la que le encanta ser una diva de Hollywood. Y lo segundo, no voy a caer en las garras de ningún lobo. Sabes muy bien que si Hugo esta noche intenta algo más le voy a parar en seco.

—¿Lo harás? —preguntó con escepticismo.

—Estoy segura de que no lo va a intentar, pero, si ocurriera, te puedo asegurar que no tengo la más mínima intención de seguirle el juego.

—Es que ya no sé si se trata de que le sigas el juego...

—¿A qué te refieres?

—Me parece que en realidad la que está llevando la batuta de este concierto eres tú. Y me da en la nariz que le estás llevando hasta donde tú quieres. Quizá no seas totalmente consciente de ello, pero es así.

—¿Y a dónde se supone que quiero llevar a Hugo?

—Directo de nuevo a tu corazón.

«Paula se equivoca. Esto es solo una cena entre amigos», me dije una y otra vez antes de entrar en el restaurante donde Hugo me había citado. Para que se pareciera lo menos posible a una cita, rechacé que me viniera a buscar y fui por mis propios medios.

El local era muy bonito, decorado con un estilo *vintage* que me encantó, pero demasiado íntimo y romántico para mi gusto. Era un lugar perfecto para acaramelarse y eso me dejó un poco fuera de combate.

Hugo me esperaba en una mesa situada en una esquina. Estaba muy favorecido con ese jersey fino y ceñido de cuello vuelto azul oscuro. La luz era tenue y una música muy suave sonaba en un altavoz cercano.

«¡Mierda! Esto no es lo que me esperaba», protesté para mis adentros.

—Hola —le saludé, tratando de mantener la calma.

—Hola —respondió, levantándose de la silla para darme dos besos. Los vaqueros le sentaban de muerte y su culo... Mejor dejémoslo—. Déjame

decirte que estás guapísima e irresistible.

Oh, oh... Ese piropo no me tranquilizó nada de nada.

—Llevo un conjunto de la marca de moda con la que estoy colaborando — dije, quitándole importancia—. Es una ropa que sienta muy bien.

—Sí, es verdad que te sienta muy bien —asintió con una sonrisa juguetona que no auguraba nada bueno—. Pero no me refería a cómo vas vestida, sino a la luz que hay en tu cara. Estás distinta. No sé cómo describirlo, pero irradas una seguridad muy seductora.

—Hugo...

—No te estoy tirando los tejos. Solo describo lo que veo. Me gusta esta nueva versión de Olivia. Estás en paz contigo misma. Se te ve serena, feliz y rebosante de energía. La fama te está sentando muy bien.

—Me encuentro bien conmigo misma, eso es verdad —admití, relajándome un poco—. Pero feliz es decir demasiado. Me han roto el corazón y me va a costar remendarlo.

—Lo lamento mucho, de verdad.

—Es gracioso que tú lo digas. Fuiste el primero en pisotearlo —le recordé, lanzándole una mirada punzante—. Pero conseguí que se recuperara, así que imagino que antes o después volverá a hacerlo. Es solo cuestión de tiempo.

—Estoy seguro de que lo superarás y antes de lo que piensas. Veo en ti una determinación que antes no tenías.

—Sí la tenía, pero no sé por qué decidió esconderse detrás del miedo.

—El miedo no sirve para nada. Es un ladrón de experiencias.

—Pero es inevitable sentirlo.

—Ya, a veces aparece. Pero si aprendes a controlarlo cada vez asoma menos detrás de la puerta.

—¿Has ido a terapia o algo así?

—No, ¿por qué lo dices? —preguntó, arrugando el entrecejo.

—Porque, si no recuerdo mal, estabas lleno de temores. Eras un experto en poner una coraza de hierro a tus sentimientos para no sufrir.

—Sí, eso es verdad. Y me he dado cuenta sin necesidad de ir a un loquero de que eso no me protegía en absoluto. —Su mirada era sincera. Esos ojos pardos me traspasaron con una intensidad que me estremeció—. Lo que hacía con esa actitud era hacerme aún más daño. Ahora intento vivir como el mensaje que transmitía ese libro del que siempre hablabas. No recuerdo el título...

—*Donde el corazón te lleve.*

Adrián apareció sin remedio en mi mente y sentí una gran nostalgia. Recordé esa noche en la montaña mientras, abrazados junto a la hoguera, hablábamos de nuestra novela favorita y mirábamos las estrellas.

Y Sirio...

Tuve que inspirar profundamente para no romper a llorar.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que hablar de ese libro me pone algo ñoña.

Mi cabeza empezó a liarse y a mezclar recuerdos. Unos eran de los buenos momentos con Hugo, cuando sacaba su lado más romántico e intenso y me hacía tocar el cielo. Otros eran con Adrián, cenando en aquel restaurante desde el que se veían los tejados de Madrid o paseando con los perros cogidos de la mano.

Y todos dolían demasiado.

—¿Qué te parece si pedimos un buen vino y hablamos de cosas más banales? —propuso con un guiño.

—Me parece muy buena idea —respondí, decidida a dejar que el alcohol nublara un poco mi memoria.

Durante la cena el tema de conversación tomó tintes menos emotivos y eso me ayudó a animarme un poco. Me habló de Tito y de lo buen compañero que era. Eso me puso de muy buen humor. También hablamos del curioso giro que había dado mi vida al volverme alguien perseguido por los *paparazzi* y seguido por tanta gente en las redes sociales. A Hugo le fascinaba lo bien que había sabido gestionar aquella inesperada fama que me había caído de golpe y porrazo. «Diste un golpe maestro», dijo refiriéndose al vídeo que me había convertido en esa anti *it girl* tan admirada. Finalmente hablamos un poco de política y, como no terminábamos de estar de acuerdo, cambiamos de tema una vez más y acabamos riéndonos con anécdotas de una serie muy cómica a la que ambos estábamos enganchados.

Varias copas de vino después, me sentí muy a gusto en su compañía. Hugo parecía haber sufrido una metamorfosis en ese tiempo que no había sabido nada de él. Parecía más positivo y menos amargado. Siempre había sido un tipo muy dado a juzgar a los demás y dar lecciones magistrales, pero ahora me daba la sensación de que se había vuelto más humilde y no creía tener la posesión absoluta de la razón.

Fue una noche agradable. Me propuso ir a tomar una copa, pero tuve la lucidez suficiente para retirarme a tiempo. Sabía de sobra que si esa noche me

emborrachaba corría el peligro de buscar consuelo en esos tentadores labios que tantas veces me habían dado la vida.

Una parte de mí quería que Hugo cayera a mis pies y se dirigiera directo a mi corazón. Paula me conocía muy bien; mi subconsciente quería que se arrepintiera de haberme dejado e incluso deseaba sentir su piel una vez más. Solo él podría desdibujar el recuerdo de Adrián.

Pero manchar mi alma con la misma tinta que ya me había teñido de gris en el pasado no era una buena idea.

No se trataba de engañar a mi corazón para olvidar a Adrián. Lo que tenía que hacer era liberarlo, y si dejaba que Hugo se metiera ahí dentro una vez más, iba a conseguir todo lo contrario; me vería atrapada por mi pasado.

Y yo quería escribir en una libreta de hojas nuevas, no sobre párrafos tachados con un corrector blanco. No quería emborronar aún más mi propia historia.

Pero la historia se complicó sin que pudiera evitarlo. Al día siguiente esas fotos estaban por todas partes. Algún *paparazzi* camuflado nos había pillado al despedirnos en la puerta del restaurante. Hugo había apoyado su frente sobre la mía y, después, me había susurrado al oído: «Déjame ser tu amigo, por favor. No me apartes del todo».

Ese momento era el que había captado algún fotógrafo furtivo y lo estaban sacando por completo de contexto. Las fotos sugerían otra cosa muy diferente y totalmente alejada de la realidad. Y, por supuesto, todos los programas del corazón y las redes sociales ya estaban en alerta roja. Estaba empezando a hartarme de todo aquello. Cuando creía que ya se habían olvidado de mí volvían a la carga. ¡Qué pesadez, por Dios!

Un WhatsApp sonó mientras removía mi café del desayuno con la cucharilla.

«Eres de lo que no hay. ¡Al final te liaste con él, so zopenca!».

—Buenos días a ti también. —Decidí llamar a Paula en vez de seguir hablando por WhatsApp. Mi amiga tenía que estar al borde del infarto pensando que yo la había cagado a lo grande y prefería tener con ella una conversación más fluida.

—Bueno, buenos, no son —respondió ella—. Si hiciste lo que sugieren esas fotos, hoy no se puede decir que hayas empezado bien el día.

—Tranquilízate. Es verdad que Hugo se despidió de mí de una forma

bastante cariñosa, pero no nos besamos ni nada. No pasó lo que tú piensas, así que no tienes que preocuparte.

—Es un alivio, pero lo malo es que no lo pienso solo yo. Toda España está convencida de que ayer te liaste con tu ex.

—¿Y qué más da? —resoplé—. Yo sé lo que está pasando realmente en mi vida. Me da igual lo que digan.

—Me parece muy bien que seas capaz de pasar de los rumores. Lo malo es que habrá alguien ahora mismo pensando que te ha perdido para siempre.

—¡Ya estamos otra vez! Estoy empezando a cansarme de tu obsesión con Adrián. Que piense lo que quiera. El día que salieron esas fotos tuyas con la actriz americana fue cuando me perdió. Y si piensa que lo que están diciendo ahora sobre mi relación con Hugo es verdad, mejor que mejor. Así prueba un poco de su propia medicina.

—¿No te das cuenta de que, igual que esas fotos tuyas con Hugo son una manipulación, las de Adrián con esa tía pudieron ser también una gran mentira?

—No, no lo creo. En las fotos que les hicieron a ellos se les veía claramente besándose medio desnudos. Eso no se puede manipular —respondí cabreada y dolida al recordar aquellas imágenes—. Y lo que sé a ciencia cierta es que ha decidido llevar un tipo de vida que no me atrae en absoluto. ¿Acaso no le viste el otro día en la tele en ese evento en Los Ángeles, rodeado de megaestrellas y con una cara de satisfacción absoluta? Adrián se ha fascinado con Hollywood y me parece que allí está saliendo a la luz su lado más frívolo.

—Quizá lo esté haciendo para empezar de cero y así olvidarse de que está perdiendo poco a poco a su hermano. Además, ¿qué actor rechazaría una oportunidad así? Creo que no te estás poniendo en su lugar.

—No digas eso. Me planteé muy seriamente irme allí con él. Pero el destino habló a tiempo y, finalmente, he visto claro que lo nuestro no puede ser. Queremos cosas distintas y es mejor así.

—Quizá su aventura americana dure menos de lo que piensas. Va a volver pronto. Tiene el compromiso con la marca de surf y seguir con *La jaula*.

—Lo de *The Wave* ya lo ha hecho. Vino la semana pasada en plan relámpago y cumplió con la presentación de la colección a la prensa. Gracias a Dios, se ocupó Juan de todo y yo no tuve que verle. Y respecto a rodar la segunda temporada de *La jaula*, siento decirte que creo que no va a hacerlo. Justo ayer me llamó el dueño de la residencia canina donde cuidaban a Bono y

Alan para avisarme de que Adrián aprovechó su rápida visita a Madrid para llevárselos con él a Los Ángeles —le expliqué algo triste. Quería mucho a esos perros y me iba a costar bastante acostumbrarme a no volver a salir a pasear con ellos.

—Hum... Eso quiere decir que sí piensa quedarse por allí mucho más de lo que yo pensaba.

—Sí, Paula, me temo que Adrián ha decidido empezar una nueva vida muy lejos de aquí. Por eso te pido que no vuelvas a hablarme de él.

Gilda ya no podría jugar más con Bono y Alan, pero tenía a Tito, con quien se llevaba a partir un piñón. Había quedado varias veces con Hugo y los dos perros lo pasaban genial. Mi ex parecía estar cuidando muy bien de su nuevo compañero y eso le hacía ganar unos cuantos puntos extra. Sin forzar la situación y de una forma muy natural, parecía que estábamos consiguiendo ser algo parecido a colegas sin derecho a roce.

—Hoy han sacado otras fotos nuestras del día que fuimos al Retiro con los perros —me avisó Hugo mientras caminábamos por un sendero que conducía hasta un arroyo en una zona silvestre que había cerca de su casa.

—Ya las he visto. Siguen muy pesados con los rumores de que estamos juntos. Siento mucho que esto te esté convirtiendo en el blanco de esos pesados.

—Sí, son muy pesados —asintió riendo—. El otro día tuve que quitarme de encima a varios reporteros que estaban esperándome en el portal de mi casa. El efecto «Olivia Santos» es muy contagioso.

—No soy yo. En realidad es el efecto «Adrián Prado» —le corregí con un mohín—. Su fama me salpicó a mí y ahora te está tocando a ti aguantar el chaparrón.

—Bueno, al menos tú has sabido conducir esta locura hacia algo positivo. No te has vendido ni has sacado tajada dándoles a esos reporteros lo que buscan, pero has conseguido que cientos de miles de personas te sigan y se interesen por lo que quieres transmitir. Eso no es malo.

—No, no lo es. Sin embargo, creo que, si pudiera elegir, preferiría no ser tan conocida. Volvería encantada a ser una insignificante gota de agua en el mundo.

—Nunca has sido una insignificante gota de agua —afirmó, agarrando mi brazo para detenerme. Me giró con suavidad y clavó sus grandes ojos pardos en los míos—. Antes no eras famosa, pero nunca has sido una más.

—Es curioso que lo digas precisamente tú —dije, bajando la mirada. Hugo me desarmaba cuando se ponía tan intenso—. No quiero reprocharte nada, en

serio, pero fuiste precisamente tú quien me hizo sentir insignificante.

—Lo hice, y lo siento. Pero creo que la chica que estoy descubriendo ahora no dejaría que nadie le hiciera dudar de sí misma.

—Los golpes te hacen más fuerte. Supongo que en cierta forma me vino bien sufrir tanto. Ya no pretendo ser lo que se espera de mí, sino lo que me exijo a mí misma. Al menos ahora tengo muy claro hacia dónde quiero dirigirme.

—Creo que no soy el único que te ha convertido en alguien tan fuerte.

—No, no lo eres. Pero contigo puedo hablar de ello.

—¿No tienes ningún contacto con Adrián? —preguntó con curiosidad al tiempo que comenzaba a caminar de nuevo mientras Gilda y Tito corrían de aquí para allá buscando conejos.

—No, ninguno. No he vuelto a saber nada de él desde que me llamó con la intención de verme y darme unas explicaciones que yo no quería escuchar.

—Parece que le está yendo muy bien por aquellos lares. Ayer vi una entrevista que le hicieron en la tele y me dio la impresión de que ese tipo va a llegar muy lejos en Hollywood.

—Pues me alegro por él —dije, tratando de sonar indiferente.

—¿Te arrepientes de no haberle seguido hasta allí? Ahora serías mucho más famosa y, probablemente, bastante rica.

—No, no me arrepiento en absoluto. Aquello no es para mí. De hecho, Adrián con su traición me hizo un favor. Creo que allí habría sido muy desgraciada.

—¿Cómo puedes saberlo si no lo probaste?

—Lo sé. Mi familia es muy importante para mí y no habría llevado nada bien estar tan lejos de ella. Además, estoy muy satisfecha con mi trabajo en Brenton & Rome. El sueldo no es muy alto, pero con las colaboraciones que voy haciendo gracias a lo bien que van mis redes sociales estoy consiguiendo ahorrar bastante dinero. He podido regalarle un coche nuevo a mi madre y quizá en unos meses invierta el resto en dar la entrada para una casa. ¿Qué más puedo pedir? Tengo mucho más de lo que habría podido imaginar hace unos meses, así que estoy muy contenta de seguir en Madrid.

—A mí también me encanta esta ciudad. No me iría a vivir a otro sitio, pero sí estoy pensando en hacer un viaje —comenzó a decir—. He estado tan centrado en ir ascendiendo en la empresa que hace siglos que no me voy de vacaciones.

—¿Adónde te gustaría ir?

—Creo que a Islandia.

—¡Islandia! —exclamé maravillada—. Siempre he querido ir allí.

—¿Te vendrías conmigo? —preguntó con un chispazo de ilusión.

—No.

—¿Por qué no? —preguntó contrariado—. No te estoy pidiendo que te mudes a otro país. Solo que te escapes un par de semanas conmigo a un lugar que promete ser fascinante.

—Eso no es aconsejable para nuestra amistad.

—¡Qué tontería! —se burló, riendo—. ¿Qué puede haber más maravilloso que compartir una experiencia turística con un amigo?

—Hugo, no te confundas. Hemos quedado unas cuantas veces con los perros y no lo pasamos mal juntos. Este colegeo que nos traemos me está ayudando a cerrar de una vez por todas la forma tan traumática en la que acabó nuestra relación. Pero de ahí a hacer un viaje los dos solos hay un abismo.

—No estoy buscando que pase nada entre nosotros —me aseguré—. No me gustaría ir solo y tú eres la persona con la que me apetece descubrir la apabullante naturaleza de esa isla.

—Lo siento, de verdad. Pero no creo que sea buena idea. Una cosa es salir a pasear juntos de vez en cuando y charlar un rato, pero otra muy distinta emprender una aventura de dos semanas en la que estaríamos las veinticuatro horas juntos.

—No, serían como mucho dieciséis —me corrigió bromeando—. ¿O acaso te estabas planteando que dormiríamos en la misma cama?

No pude evitar echarme a reír.

—Bueno, pues dieciséis. Siguen siendo muchas horas mano a mano con un ex. No creo que sea lo más recomendable para mi estabilidad emocional.

—Venga, ¡no seas cobarde! No puedes tener tanto miedo a pasar unas vacaciones conmigo. Sabes que voy a portarme bien. ¿Acaso no estoy siendo un encanto desde que te fui a buscar a esa gasolinera?

—Sí, y justamente eso es lo que más miedo me da. Te conozco, en algún momento te quitarás la piel de cordero y decidirás lanzarte.

—¿Tan poco te fías de mí?

—No te lo tomes tan mal. Pero tú y yo sabemos que la estabilidad no es tu fuerte. No quiero que tus vaivenes emocionales y comeduras de coco me terminen afectando.

—¿Entonces por qué demonios estás ahora aquí conmigo? —preguntó molesto.

—Porque cuando estás de buenas eres un cielo. Y ahora tienes un perro que

lo pasa pipa jugando con la mía. Damos un paseo, ellos juegan, tú yo charlamos y nos reímos un rato. Así voy perdonándote poco a poco. Es como una terapia que me libera del rencor y la tristeza que me dejaste.

—¿Y no crees que si vinieras conmigo a Islandia me perdonarías mucho más rápido? Sería una terapia de choque, mucho más efectiva y divertida, ¿no crees?

—No, porque aquí si en algún momento la cagas puedo salir por patas y olvidarme de ti. Allí me tendrías acorralada. Y jamás dejaré que vuelvas a hacerlo.

Hugo terminó aceptando con bastante deportividad mi negativa a acompañarle y empezó a organizar el viaje sin contar conmigo. Unos días más tarde me dijo que nunca había emprendido una aventura de ese tipo en solitario y que quizá podía ser un reto interesante. Pasar tiempo consigo mismo, sin ordenador, sin móvil y sin preocupaciones laborales podía ser una buena forma de superar sus propios demonios. Incluso me dio las gracias por ser tan sincera y directa con él. Admitió que cuando me propuso que le acompañara en esas vacaciones tenía la esperanza de que eso nos reencontrara como pareja. Pero por fin se había dado cuenta de que yo no estaba dispuesta a que eso ocurriera. Había decidido no insistir y respetar nuestra amistad.

Era increíble, pero realmente parecía que mi ex estaba cambiando.

Lo que no cambiaba era el hecho de que yo siguiera pensando en Adrián. Mi reencuentro con Hugo me había liberado de la pizca que quedaba del fantasma que había intentado enterrar el día que hice esnórquel en las Seychelles. Dejar allí esa pulsera había sido un gesto liberador. Pero fue al volver a vernos y enfrentarme a él cara a cara, palabra a palabra, mirada a mirada, cuando por fin pude superar por completo esa etapa de mi vida que tanto daño me había hecho. Lo único malo era que esa revelación me hizo darme cuenta de algo que no me gustaba admitir; había zanjado las cuentas que tenía pendientes con Hugo, sin embargo, mi corazón no era libre. Si no había caído en la trampa de dejarme seducir de nuevo por mi primer amor era porque seguía completamente enamorada de Adrián.

Y también sentía remordimientos. Aquella carta que guardaba en mi mesilla de noche me recordaba día tras día que dentro de ese sobre cerrado había algo que no me pertenecía. No tenía derecho a ocultárselo a Adrián. No sabía quién lo había escondido dentro de ese viejo libro del que cayó por casualidad, pero estaba claro que quien lo había hecho (seguía apostándome el cuello que había sido su padre) había querido evitar que Adrián leyese su contenido. Era evidente que se trataba de un mensaje de su madre y, probablemente, en su interior estuviera la clave para que él empezara a perdonarse de una vez por

todas por algo que no había sido su culpa.

Iba a tener que encontrar la forma de entregársela, y tendría que ser en persona, porque enviarla por correo a una dirección que desconocía no me parecía la mejor opción. Además, aunque averiguara a dónde debía enviarla, aquella carta era demasiado importante para arriesgarme a que se perdiera para siempre en el camino.

No quedaba otra; en algún momento tendría que armarme de valor y dársela en mano.

Adrián Prado @adrianpradoact

Una delicia volver a ver el cielo de Madrid. Visita breve, pero la aprovecharé al máximo.

Pospuse ese momento durante varios meses, en los que seguí con mi vida lo mejor que pude. Gracias a la cantidad de trabajo que tenía y a que me habían surgido nuevos e interesantes proyectos relacionados con mis redes sociales, había estado bastante entretenida.

Pero la calma no dura para siempre, y finalmente llegó el día en el que tenía que ser valiente.

Estábamos ya en junio y Adrián había llegado a Madrid esa mañana. Fue imposible no enterarme. Era la noticia del día y hablaban de ello en todas partes. El canal de televisión donde se emitía el programa de entrevistas más canalla de la tele no paraba de anunciar a bombo y platillo que Adrián iba a estar en directo esa noche.

Fui a trabajar intentando mantener la calma, pero estaba como un flan. No sabía si iba a tener las agallas de contactar con él para decirle que tenía que darle esa carta.

—Nena, ¿cómo lo llevas? —me preguntó Juan en cuanto nos escapamos a tomar un café.

—¿Lo dices por el hecho de que Adrián esté en Madrid? —pregunté, tratando de sonar indiferente.

—No, me refiero a que Angela Merkel siga llevando ese peinado tan favorecedor —respondió, poniendo los ojos en blanco—. Por supuesto que te pregunto por Adrián, doña «me hago la tonta».

No pude evitar partirme de risa con la chorrada que había dicho sobre la canciller alemana.

—Pues lo llevo, simplemente —respondí cuando pude parar de reírme.

—Y eso quiere decir exactamente...

—¡Que lo llevo de culo!

—¿Vas a verle?

—No quiero, pero voy a tener que hacerlo.

—No lo hagas si no te apetece. —Juan me dio un apretón en el hombro de forma cariñosa—. Si va a suponer un mal trago, no es necesario que le veas. Mañana habrá vuelto a su querido Hollywood. Aunque te llame, tú no hagas ni caso.

Juan le había cogido una manía terrible a Adrián desde que le cazaron poniéndome los cuernos con esa actriz. Al contrario que Paula, consideraba que no había excusa que valiera para esas fotos tan subidas de tono que tanto daño me habían hecho.

—Es que él no lo va a hacer, estoy segura. Pero yo sí voy a tener que llamarle.

—No, no tienes por qué hacerlo —me regañó, haciendo uno de esos exagerados aspavientos tan típicos en él cuando se encendía.

—Tengo que hacerlo. Si no, no podría dormir tranquila.

—Pues tómate un lorazepam esta noche y verás qué bien duermes. No te acordarás de ese imbécil ni en sueños.

—Tengo que darle algo muy importante. Una vez que lo haya hecho, seguramente me echaré una buena llorera, pero después me sentiré en paz conmigo misma. Y ese es el mejor somnífero que existe.

Allí estaba, sentada frente a la tele viendo en vivo y en directo al hombre del que me había enamorado sin remedio. Era muy irónico, ahora que Adrián era una estrella de Hollywood volvía a parecerme un ser lejano e inalcanzable. Estaban a punto de estrenar la peli por la que se había mudado al otro lado del charco y venía a promocionarla a ese programa. También habló de la serie que tanto éxito estaba teniendo en todo el mundo y que le había convertido en un fenómeno mundial. Cuando le preguntaron si la historia inacabada de *La jaula* iba a continuar, respondió que ese era su próximo proyecto, por lo que vendría unos meses a vivir otra vez a España.

Mi corazón dio un vuelco en mi pecho.

¿Iba a volver a Madrid?

Eso lo complicaba todo. Y mucho. Si había conseguido sobrellevar nuestra ruptura había sido en parte gracias al hecho de que él estuviera prácticamente en otro planeta. No obstante, si volvía a vivir en la misma ciudad que yo, a tan solo veinte minutos del piso que hacía poco me había comprado, eso me iba a hacer mucho más difícil engañar a mi corazón.

Ahora me daba aún más miedo verle. Había creído que aquella fugaz visita a Madrid me iba a dar la oportunidad de entregarle esa carta que me quitaba el sueño y luego él se marcharía a Los Ángeles para no volver en mucho tiempo. Pero por lo que estaba diciendo en esa entrevista, en tan solo unas semanas se instalaría de nuevo en la capital.

Apagué la tele. No quería seguir viendo la entrevista. Dolía demasiado pensar que cuando esa intensa mirada traspasaba la pantalla ya no me veía a mí.

Necesitaba calmarme para pensar con claridad y decidir si debía darle esa maldita carta de una vez por todas.

Todavía era de día, así que decidí salir a dar un paseo con Gilda y Tito, quien estaba pasando unos días conmigo porque Hugo se había ido de nuevo a Islandia. En su primer viaje había conocido a una chica alemana que estaba trabajando allí y cuando podía se escapaba a visitarla. Lo mejor de todo era que yo no había sentido celos de ningún tipo e incluso me alegraba de que se hubiera enamorado de nuevo.

Mientras los dos perros correteaban felices por el enorme parque canino que había a dos manzanas de mi nueva casa, yo no podía parar de darle vueltas a la cabeza. Una parte de mí me decía que fuera esa misma noche a casa de Adrián y le diera la carta. La más cobarde me decía que eso no era una buena idea y me aconsejaba que esperara a otro momento o se la dejara en el buzón sin más.

Al final hice caso a mi parte más valiente.

Volví a casa, me dirigí directa al dormitorio y saqué la carta del cajón de la mesilla.

Acto seguido busqué las llaves del coche que había podido permitirme poco después de comprar el de mi madre. La segunda campaña que había hecho para Kört me había dado el doble que la primera, así que no dudé en darme el lujo de olvidarme de una vez por todas del transporte público. Gracias a esa y otras colaboraciones que fueron surgiendo, también había podido reunir el dinero suficiente para por fin decidirme a dar la entrada de un coqueto piso en un pequeño pueblo situado al norte de la ciudad. Estaba bastante más alejado del centro que la casa que había compartido con mi madre, por lo que aquel pequeño SUV era una gran comodidad para mis desplazamientos por la autovía.

No tuve el coraje de ir sola. Necesitaba apoyo moral para enfrentarme a mi decisión, así que subí a Gilda y a Tito en el maletero. Me dirigí con un nudo en el estómago hacia la lujosa urbanización donde había vivido con Adrián durante una breve temporada. No sabía si él estaría allí, pero tenía que intentarlo.

Cuando enfilé la calle donde se encontraba su casa ya empezaba a anochecer. La luz del crepúsculo teñía el cielo de un maravilloso juego de colores anaranjados, violetas y magentas.

«Estoy en ese mismo momento —pensé—. Lo que voy a hacer es el preámbulo de una noche que tenía que llegar. Una vez le haya entregado este sobre que no me pertenece, podré mirar las estrellas sin remordimientos y, en honor a lo que hubo entre nosotros, le pediré a Sirio dos deseos: que esa carta le ayude a encontrar la paz y que me ayude a olvidarle para siempre».

Aparqué frente a la casa y saqué a los perros del maletero. Tenía la sensación de que si ellos estaban a mi lado me dolería menos verle cara a cara. Toqué el botón del portero automático. Nadie contestó. Lo volví a intentar, pero una vez más no hubo respuesta. Cuando ya estaba dando media

vuelta para volver a subir al coche, Gilda comenzó a ladrar de alegría. Me giré y vi a mi perra correr hacia Adrián. Él la acarició efusivamente y, después, se irguió para observarme sorprendido desde la puerta que daba acceso a su jardín.

Iba vestido de andar por casa, con unos vaqueros desgastados y una sencilla camiseta blanca. Tenía las manos en los bolsillos y me miraba sin pestañear.

Sentí que me mareaba al verle allí en persona. El corazón comenzó a latirme tan deprisa que pensé que se me iba a salir del pecho.

—Siento haber venido sin avisar... —comencé a decir con un hilo de voz que se quebró por los nervios.

—Lo cierto es que no esperaba verte —dijo con un tono tan neutro que no me dio ninguna pista sobre si mi presencia en la puerta de su casa le agradaba o le molestaba.

—No me voy a quedar mucho —conseguí decir, dando un paso hacia él. Llevé la mano a mi bolso y busqué el sobre—. Solo he venido a darte esto.

—¿Qué es?

—Algo que encontré por casualidad en tu casa. Estaba entre las hojas de un libro de la estantería que hay en el salón del piano.

—Eso tuvo que ser hace mucho tiempo. Hace meses que te fuiste... —El tono de su voz dejó entrever un halo de nostalgia.

—Sí, fue hace mucho... —dije, apartando la mirada. Acaricié la cabeza de Tito, que seguía a mi lado. Gilda en cambio estaba tan excitada y feliz que entraba y salía sin parar del jardín de la que había sido su casa. Seguramente buscaba a Bono y Alan y no entendía que sus amigos no salieran a su encuentro.

—¿Por qué vienes ahora a dármelo? —me reprochó.

—Porque creo que es algo importante —dije, dando por fin unos pasos hacia él para tenderle el sobre. Tras dudar unos segundos, lo cogió sin mirarlo y lo guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Si te pareció importante, ¿por qué no me lo enviaste? —preguntó, ladeando ligeramente la cabeza al tiempo que entornaba los ojos.

—No me podía arriesgar a que se perdiera en el camino.

—¿Sabes de qué se trata?

—No, no exactamente, pero me lo imagino.

—¿No has leído el contenido del sobre?

—No, no lo he hecho. No acostumbro a meter las narices en cartas que van dirigidas a otra persona.

—No sé quién podría haberme dejado un mensaje metido en un libro — declaró pensativo—. No tiene ningún sentido.

—Creo que el deseo de quien escribió esa carta era que la leyeras cuando tuvieras uso de razón. Tengo la sospecha de que alguien te la ocultó. Cuando veas quién te la ha escrito entenderás a lo que me refiero.

Dicho esto me di la vuelta y comencé a andar hacia mi coche.

—Olivia... —Su profunda voz sonó a mis espaldas y tuve que hacer un gran esfuerzo para no ponerme a llorar. ¿Por qué nuestra maravillosa historia había acabado tan pronto?

—Gilda —Llamé a mi perra sin darme la vuelta, intentando que mi voz no se quebrara—. ¡Gilda, ven aquí! Nos tenemos que ir.

Una mano me agarró por el hombro y sentí que me iba a derrumbar.

—No te vayas —susurró Adrián a mis espaldas—. ¿Por qué no entras y hablamos con más tranquilidad?

—No... puedo... —balbuceé.

—Olivia, por favor... —insistió. Su aliento rozaba mi nuca y toda la piel se me erizó por la emoción.

Gilda se subió al maletero y se tumbó junto a Tito. Cerré el portón trasero y eché a andar hacia la puerta del conductor sin girarme ni decir nada. Subí al coche, lo arranqué y comencé a conducir con los ojos bañados en lágrimas.

Cuando había avanzado unos metros, por fin me atreví a mirar por el retrovisor. El llanto no me dejaba ver con claridad, pero conseguí ver la figura de Adrián desdibujada, como si de un cuadro impresionista se tratara. Seguía junto a la verja de su casa, inmóvil, observando cómo me alejaba.

Mucho me temía que esa noche no iba a tener la fuerza necesaria para buscar Sirio. Iba a meterme en la cama a seguir llorando sin parar hasta que el mundo dejase de girar.

Pero el mundo siguió girando, así que a la mañana siguiente me tocó ir a trabajar. Fui a la agencia sin haber pegado ojo en toda la noche.

Volver a verle había abierto sin remedio la herida y ahora sangraba sin parar. Creía que el darle la carta mirándole directamente a los ojos iba a ayudarme a cerrar ese capítulo de mi vida, pero lo único que había conseguido había sido pasar a una página en blanco que no tenía ni la más puñetera idea de cómo iba a empezar a escribir sin él a mi lado.

—Estás hecha un desastre —me susurró Juan al pasar junto a mi mesa y ver las ojeras que tenía—. Al final le viste, ¿verdad?

—Sí... —asentí, sintiendo que me iba a poner a llorar una vez más.

—Vámonos de aquí —dijo, tirando de mí—. Hoy no hay nada urgente y Diana se ha ido a Londres hasta mañana, así que te invito a desayunar fuera de la oficina.

No me negué. Necesitaba tomar un poco el aire y sabía que Juan iba a ser un buen compañero para mis penas.

Cogimos uno de los ascensores ultrarrápidos y en pocos segundos salimos del rascacielos. No habían dado las diez todavía y ya hacía calor. El sol lucía sin reservas y nos cegaba, por lo que caminamos hasta la terraza de una cafetería y nos cobijamos bajo unas sombrillas de lona.

—¿Has dormido algo? —me preguntó.

—Prácticamente nada —suspiré—. Creo que tenías razón: habría sido mejor no verle. Tenía que haberle dado esa carta a través de alguien, pero es que me parecía tan cobarde hacer eso...

—¿Le has escrito una carta de despedida?

—No, no es eso. Ayer te dije que tenía que darle algo importante —le recordé—. Lo que no te expliqué es que se trataba de una carta que encontré por casualidad en su casa.

—¿Y de quién era?

—De su madre.

—¿Pero su madre no estaba muerta?

—Sí, murió al nacer él —le recordé. Juan ya conocía la triste historia del pasado de Adrián, pero parecía no aclararse—. Y sospecho que esa carta la escribió antes de dar a luz pensando en que, si no lo superaba, Adrián la leyera algún día. Creo que fue su padre quien la escondió.

—¿En serio crees que alguien podría ser tan retorcido para hacer eso? —preguntó espantado.

—Mira, no sé si olvidó dársela o se la ocultó intencionadamente. Solo sé que me la encontré entre las páginas de un libro y que, a juzgar por la cara que puso cuando se la di, Adrián no tenía ni idea de su existencia.

—¿Y qué dice esa carta?

—No la he leído. No soy tan cotilla.

—Pues eres muy legal. ¡Yo no habría podido resistirme!

—No sé qué es exactamente lo que está escrito en ese papel —dije pensativa—. Tengo la esperanza de que le ayude, pero, ¿y si al leer su contenido la herida empeora?

—Después de lo que pasó entre vosotros, creo que lo mejor que puedes

hacer es preocuparte de cerrar la tuya de una vez por todas. Tienes que seguir adelante sin él, nena.

—No sé cómo hacerlo. Realmente, nunca zanjamos lo nuestro. Todo se desmoronó de repente con esas dichosas fotos —dije, echándome a llorar—. Después de tantos meses sin verle, ahora tengo esos ojos de nuevo clavados muy dentro; siento que soy como un jarrón que se ha roto en mil pedazos y no sé por dónde empezar a recomponerlo.

—Pieza a pieza, Oli. Así tendrás que hacerlo —me animó Juan, apretando mis manos entre las suyas.

—Bueno, al menos él hoy vuelve a Los Ángeles, así que terminaré olvidando todo esto. Tengo que darme prisa en superar lo que nos pasó. Él regresará a Madrid en unas semanas para empezar el rodaje de la segunda temporada de *La jaula* y, para entonces, tendré que haberme hecho una coraza de acero. Si no, no podré soportar la idea de que esté de nuevo en la misma ciudad que yo.

—No sé si debería decirte esto...

Juan apretó los dientes.

—¿Decirme el qué?

—Creo que Adrián hoy no cogerá ningún avión.

—¿Y eso?

—Esta mañana he visto un tuit que ha publicado muy temprano y mucho me temo que va a posponer su regreso a Los Ángeles. Me parece que la vida le ha dado otra cuchillada bien profunda.

Adrián Prado @adrianpradoact

Te has ido para siempre. Eras mi mejor amigo, mi sangre y mi cómplice. Estoy perdido. ¿Habrá algún avión que me lleve hasta a ti?

—No sé si esto es una buena idea —repetí por enésima vez cuando Paula detuvo el coche.

Habíamos viajado durante tres horas para llegar a esa pequeña localidad de La Rioja y durante todo el trayecto había estado dudando de si debíamos seguir o darnos la vuelta.

Cuando Juan me enseñó aquel tuit no dudé ni un segundo lo que había pasado y la angustia se apoderó de mí. Me armé de valor y llamé a Adrián para darle el pésame por la muerte de su hermano. La conversación fue muy breve, pero él agradeció mucho mis palabras y me contó que, siguiendo los deseos de Gonzalo, el funeral iba a tener lugar al día siguiente en la iglesia de esa localidad cercana a Haro donde habían pasado parte de su infancia.

Mi querida amiga se había empeñado en ir, y Juan había querido acompañarnos. A pesar de que habían encajado de forma opuesta lo de las fotos de Adrián con esa actriz, ambos coincidieron en que debíamos tener el corazón suficiente para apoyar al que había sido mi novio y también su amigo.

Sentí de veras que Adrián hubiera perdido a su único hermano. Tenía que estar sufriendo muchísimo y, a pesar de lo que había sucedido entre nosotros, quería apoyarle. Sin embargo, no sabía si sobrábamos allí. Me daba la sensación de que iba a ser una ceremonia muy íntima y familiar, pero mis amigos estaban convencidos de que había que hacer acto de presencia.

Cuando me bajé del coche y miré a mi alrededor no me extrañó que Gonzalo hubiera escogido ese lugar para que sus seres queridos se despidieran de él para siempre. El pueblo era muy apacible y bonito. Las casas eran en su mayoría de piedra arenisca y parecían contar con muchos años de historia a sus espaldas. Habíamos aparcado junto al río, que delimitaba el lado oeste del pueblo, y el constante murmullo del paso del agua se mezclaba con el sonido de las hojas de los chopos, que se movían acariciadas por una suave brisa de

verano.

Preguntamos por la iglesia a una señora mayor que paseaba por allí. Siguiendo sus indicaciones, caminamos por las estrechas calles peatonales hasta llegar a una bonita plaza empedrada en cuyo centro había una fuente. Algunos jubilados andaban de cháchara sentados en el borde de la misma.

Todo era paz y tranquilidad en aquel lugar. La brillante luz de la tarde y el piar de los pájaros ayudaban a que el ambiente que se respiraba en el pueblo no fuera un escenario triste y sombrío. Aquel lugar parecía llamar a la vida a pleno pulmón y pensé que, al menos, eso ayudaría a Adrián y a su padre a vivir aquel doloroso episodio con menos dramatismo.

Entramos en la iglesia y sentí que el nudo de nervios que me había acompañado durante todo el trayecto desde Madrid se volvía una pelota gigante. La ceremonia ya había empezado, así que nos sentamos con sigilo en un banco de las últimas filas.

Atisé a Adrián en el primer banco entre la gente que había acudido a la ceremonia. De espaldas a nosotros y cabizbajo, debía de estar sintiendo un dolor insoportable. A su lado, pero a cierta distancia, se encontraba su padre. Ese espacio físico entre ellos me pareció extraño; mucho me temía que había tensión entre ellos. ¿Sería posible que ni siquiera la muerte de Gonzalo fuera a unirlos?

Una vez que el funeral terminó, mis amigos y yo nos acercamos hacia el altar para darle a Adrián el pésame cara a cara. Paula y Juan lo saludaron primero. Mientras esperaba mi turno me puse muy nerviosa. Era una situación muy extraña.

Cuando por fin me dispuse a hablar con él me encontré con unos ojos tan apagados y tristes que no los reconocí.

—Gracias por venir —susurró sin energía.

—No me las des —musité, tratando de evitar el temblor en mi voz—. Es lo menos que podía hacer en estas circunstancias. Siento muchísimo que estés pasando por esto. Aunque no sé si hubieras preferido que no viniera.

—Me alegra que lo hayas hecho. Tu presencia hace que todo esto sea un poco menos tétrico.

Le cogí la mano y se la apreté. Adrián me devolvió el gesto y se aferró a mí con decisión. Fue entonces cuando decidí romper la barrera de mis miedos y lo abracé. Él me estrechó contra su pecho y comenzó a llorar en mi hombro. El familiar olor de su piel me hizo sentir miles de cosas de golpe. Buenas y malas, pero todas tan intensas que me sentí muy abrumada.

—¿Te vas ya a Madrid? —consiguió preguntarme entre esas lágrimas.

—Sí. Pensábamos volver hoy mismo.

—¿Podrías quedarte aunque sea un rato? —me suplicó—. Cuando haya saludado a toda la gente que ha venido me gustaría tener un momento a solas contigo. Puede que sea la última vez que nos veamos en mucho tiempo y me gustaría decirte algunas cosas.

No pude negarme. Tenía miedo de esa conversación porque mucho me temía que iba a ser la despedida oficial que nunca habíamos tenido, pero era necesaria. Mientras Paula y Juan se iban a tomar algo a un bar de la plaza con Ramón, que había venido desde Frankfurt para ir al funeral, yo esperé a Adrián junto al mirador que daba al río. Unos minutos después él salió de la iglesia y caminó hacia donde yo estaba. Parecía más sereno y sus ojos se habían secado. Me pidió que le siguiera y bajamos unas escaleras de piedra que nos llevaron a una zona verde en la orilla del río.

Caminamos en silencio hasta un banco de piedra con el murmullo del agua acompañándonos.

—No tengo mucho tiempo. En un rato vamos a esparcir las cenizas a unos viñedos cercanos a nuestra casa —comenzó a decir Adrián con mucha entereza—, pero quería hablar contigo y dejarte algo muy claro sobre lo que pasó con esas fotos.

—Ahora estás pasando por algo muy duro. He venido a darte mi apoyo, no a pedirte explicaciones.

—Ya lo sé, pero yo necesito hablar de esto. Y no sé si tendré otra oportunidad de decírtelo en persona —insistió—. En su día no quisiste que te diera explicaciones. Entiendo que fue muy difícil para ti ver esas imágenes. No obstante, me dolió en el alma que confiaras tan poco en mí como para creer que realmente te había traicionado.

—Adrián, de verdad, no creo que sea el momento para...

—Déjame hablar, por favor —me interrumpió—. Hay algo en lo que tenías razón. Alejandro no es un buen tipo y no supe alejarlo a tiempo de mi vida. Te dije que le pararía los pies y creía haberlo hecho tras una charla que tuve con él. Se dejaba la piel para conseguirme nuevos retos y pensé que lo mejor era que continuase siendo mi mánager. Me he dado cuenta demasiado tarde de que lo que realmente hacía era pasar por encima de quien hiciera falta para que mi meteórica carrera no se parara. Se estaba enriqueciendo a mi costa, sin escrúpulos. El muy cabrón no estaba dispuesto a que nadie le jodiera la gallina de los huevos de oro. No solo se atrevió a decirte en esa fiesta que no

eras buena para mí, sino que cuando vio que me estaba planteando dejar atrás los proyectos que él me había encontrado en Los Ángeles para volver a Madrid contigo, urdió el plan que hizo que esas fotos nos alejaran.

—¿Cómo pudo convencerte de que te liaras con esa chica? —pregunté, intentando disimular el vuelco que me había dado el corazón al escuchar lo que acababa de decir sobre que había pensado dejarlo todo por mí. Si eso era verdad, Alejandro habría querido impedirlo a toda costa.

—Oli, no me convenció a mí, sino a ella —siguió explicándome—. Kiara se encaprichó conmigo desde el primer momento que nos presentaron. Me lanzaba la caña constantemente, pero yo no picaba. Alejandro se dio cuenta enseguida de que ella estaba empeñada en conquistarme, así que la manipuló haciéndole creer que yo me estaba haciendo el duro.

—Sigo sin entender cómo te dejaste engatusar de esa forma —dije apenada. Ya no había rencor, solo tristeza.

—No dejé que me engatusara. Esa noche habíamos estado tomando unas copas con todo el equipo y ella me propuso salir a caminar hasta la playa para despejarnos un poco. Andaba algo aturdido y no me paré a pensar en sus intenciones. Cuando estuvimos en la orilla, se me tiró encima con tanto ímpetu que ambos caímos sobre la arena y ella quedó a horcajadas sobre mí. Antes de que pudiera reaccionar, ella se quitó la parte de arriba de su ropa y abrió de un tirón mi camisa. Luego comenzó a besarme. Fueron unos segundos nada más. Me quedé tan flipado que tardé un poco en reaccionar hasta que me la quité de encima.

—Si fue tan rápido, ¿cómo es que os pillaron los fotógrafos justo en ese instante?

—Solo fue un fotógrafo. Y lo había contratado Alejandro.

—¿¡En serio!?! —pregunté, abriendo los ojos como platos.

—Sí. Él lo planeó todo para que me alejara de ti de una vez por todas y se me relacionara con Kiara. Es tan famosa que cualquier noticia suya tiene una repercusión bestial y él quería darme a conocer al mundo entero con esa treta.

—¿Y cómo te enteraste de todo esto?

—Me lo contó ella misma hace unos días. Coincidimos en una fiesta y le dio por sincerarse. Me dijo que se sentía muy estúpida por haber creído las palabras de mi exmánager. Él le había dicho que a mí ella me gustaba y que yo solo necesitaba un empujoncito, que no me atrevía a dar el paso de seducirla porque su fama me intimidaba.

—Siento mucho que una mentira de este calibre jodiera lo nuestro —dije

con rabia. ¡Maldito Alejandro de los...!

—Y yo —suspiró.

—No podía imaginar que lo que había sucedido fuese algo tan retorcido. Esas fotos no parecían en absoluto una trampa y te culpé en el acto por haber caído en las redes de una mujer mucho más guapa y sofisticada que yo.

—Creía que me conocías lo suficiente. Estaba convencido de que en cuanto te explicara que había sido una encerrona todo quedaría aclarado. Pero no quisiste escucharme; me sentenciaste sin darme la más mínima oportunidad. Sabía que el mundo entero iba a sacar conclusiones equivocadas, pero pensaba que tú sabrías ver más allá.

Adrián no pudo evitar un tono de reproche en esas palabras.

—Siento que fuera así, pero deberías entender que no fue nada fácil enfrentarme a esas imágenes tan explícitas —me defendí.

—Sé que parecían no dejar lugar a duda. Pero había una explicación y me dolió en el alma tu falta de fe en nosotros. Y lo que más me fastidia es que sufriste sin necesidad.

—Sí, sufrí mucho. Podrías haber insistido más en explicarme la verdad. Pero en cuanto te cerré la puerta en las narices te volviste a Los Ángeles y no moviste ni un dedo más para recuperarme.

—Pensé que era lo mejor. Tú no querías venir allí conmigo y una relación a distancia no iba a funcionar. Estaba tan dolido por tu desconfianza que me convencí de que nuestros caminos tenían que separarse. Tú necesitabas seguir con tu vida en Madrid y centrarte en tus nuevos proyectos. Y yo tenía que aprovechar las oportunidades que se me estaban presentando. Tenía que seguir luchando para conseguir que Gonzalo se recuperara. No quería tirar la toalla con su enfermedad y me negaba a ver la realidad. Pensaba que si en San Diego habían fracasado, podía donar el dinero que hiciese falta allí donde estuvieran investigando el Huntington y nos ofrecieran otra alternativa mejor. Estaba empeñado en salvarle costase lo que costase, tanto en lo que a dinero se refería como a mi vida sentimental. Y me equivoqué. Ahora él no está a mi lado y tú tampoco.

—A mí quizás puedas recuperarme...

—Olivia, no me confundas. Ahora que has vuelto con ese tal Hugo creo que ya no existe esa posibilidad.

—Yo no he vuelto con Hugo —le aseguré.

—Pues no han parado de publicar fotos vuestras que sugieren eso.

—Tú lo has dicho: lo sugieren, pero están sacadas de contexto.

¡Dichosas fotos! Las tuyas con Kiara habían jodido lo nuestro y ahora las que me habían sacado a mí con Hugo le habían convencido de que yo había vuelto con mi ex.

—Aunque así sea, no puedo recuperarte. Ni siquiera sé hacia dónde me dirijo yo. Todo lo que he hecho estos últimos años ha sido para ayudar a Gonzalo. Él ya no está y no tengo ni idea en qué dirección tengo que caminar. No puedes volver con alguien que tiene que replantearse toda su vida. Necesito estar solo para averiguar quién quiero ser de ahora en adelante.

Sus palabras me entristecieron tanto que tuve que reprimir unas lágrimas.

—¿Has leído lo que te di? —me atreví a preguntar después de un largo silencio.

—No, aún no. No tuve las agallas de abrir ese sobre la otra noche y a la mañana siguiente me desperté con esa llamada de mi padre en la que me avisó de que Gonzalo se había ido antes de lo que esperábamos.

—Creo que lo primero que debes hacer para poder averiguar quién vas a ser a partir de ahora es leer esa carta.

—Tengo que irme —anunció, levantándose del banco. Me miró con una expresión de absoluta derrota que me dejó helada. No parecía el mismo chico que yo había conocido unos meses atrás—. Gracias por venir. Me alegro de haberte podido explicar la jugarreta que me hizo Alejandro. Al menos así seguirás con tu vida sabiendo que no te puse los cuernos con Kiara. Siento mucho no haberme dado cuenta antes de lo mala persona que es ese tío.

Dicho esto dio media vuelta y echó a andar hacia las escaleras que subían a la iglesia.

No intenté detenerle. Iba a despedirse para siempre de su hermano, así que no era el momento de decir nada más.

Querido Adrián:

No sé cuándo leerás estas palabras. Imagino que cuando lo hagas ya serás un chico con la madurez suficiente para entender lo que tengo que decirte. Espero que tu infancia haya sido maravillosa y llena de aventuras, y que Gonzalo haya sido el mejor hermano mayor del mundo.

Mucha gente ha insistido en que no siga adelante con este embarazo, pero tú ya vives dentro de mí y no puedo fallarte. Debido a mi enfermedad, cada vez estoy más débil y sé que me estoy arriesgando a no superar el parto. Pero si eso ocurriera, no quiero que jamás te culpes por ello. No hay nada que me haga más feliz que saber que Gonzalo va a tener un compañero para toda la vida. Yo no voy a estar aquí todo lo que quisiera. Lo cierto es que aunque hubiera decidido no seguir con este embarazo, mi vida no habría sido muy larga. Por si no te lo han explicado, sufro de una enfermedad incurable. Me han ofrecido hacer un tratamiento que me alargaría la vida unos meses más, pero eso te habría matado. ¿De qué me serviría ganar un poco de tiempo si con ello te robo la vida?

He decidido traerte a este mundo porque si tú vives, yo viviré también. Voy a dejar solos a tu hermano y a tu padre lo quiera o no, así que creo que el mejor regalo que les puedo ofrecer es tu compañía. Mi vida se detendrá, pero vosotros viviréis por mí. Tenéis que hacerlo y disfrutar al máximo en mi honor.

No quiero que me eches de menos ni te culpes. Nunca, mi niño, nunca jamás te atormentes por haberme perdido, porque yo no puedo ser más feliz sabiendo que te he dado la vida. Estoy viviendo con mucha más serenidad y alegría el fin de mis días al sentir tus patadas y volteretas en mi vientre. Sonrío cada vez que te mueves dentro de mí y me ayudas a no tener miedo.

Tu padre se niega a admitir que aunque tú no hubieras llegado a nuestras vidas yo no habría podido seguir en este mundo durante mucho más tiempo. Está convencido de que con una operación muy arriesgada y un tratamiento durísimo de quimioterapia que te pondrán en peligro existe la posibilidad de

que me cure por completo. Se aferra a la idea de que ocurra un milagro imposible que me salve y no se da cuenta de que ese milagro sois vosotros: Gonzalo y tú haréis que yo siga viva mientras os cuido desde el cielo.

Adrián, pequeño mío, sé feliz. Vive plenamente, sé generoso, esfuérzate por ser un hombre que lucha por sus metas, cuida a tu padre y a tu hermano, enamórate, viaja, sueña y, sobre todo, habla conmigo siempre que lo necesites. Yo te escucharé siempre aunque no puedas verme.

Y si alguna vez te pierdes, haz como dice ese libro que tanto amo. Siéntate tranquilo, sin prisa ni exigencias, debajo de algún árbol bien frondoso y no empieces a andar hasta que tu corazón te hable fuerte y claro.

Si lo escuchas, te aseguro que nunca te equivocarás en las decisiones que tomes.

Quizá nunca vea tus ojos ni sienta tu aliento sobre mi piel, pero ten por seguro que ya te quiero con toda mi alma y nada podrá hacer que esta se aleje de la tuya.

Vive, mi cielo, y recorre tu camino con decisión, nunca de puntillas. ¡Deja tu huella en cada paso que des!

Con todo mi amor,

Mamá

¡Ya estaba hasta el mismísimo moño de tanta tontería!

¿Es que no podían respetarnos ni siquiera en unos momentos tan difíciles?

Al día siguiente del funeral de Gonzalo ya estaban en todas partes unas fotos en las que salíamos Adrián y yo sentados en ese banco de piedra junto al río. Algún *paparazzi* entrometido nos habría seguido a mis amigos y a mí hasta aquel pueblo de La Rioja. Habría esperado a verme con Adrián y, ¡zas!, objetivo en mano y escondido tras algún arbusto, nos había sacado las fotos que le había dado la real gana.

Unos rumoreaban que nos habíamos reconciliado, otros que ese encuentro había sido un intento por mi parte de utilizar la muerte de su hermano para reconquistarle y había algunos que incluso decían que estábamos haciendo un montaje para luego vender una exclusiva.

¡Qué asco, por Dios!

Entre el acoso de los periodistas que volvían a perseguirme a todas partes y el desgaste emocional de los últimos meses, ya no daba para más. Hablé con mi jefa y le pregunté si podía adelantar las vacaciones de verano que había programado para agosto.

¡Tenía que irme ya o me iba a volver loca de remate! Y bien lejos, porque de nada me serviría irme a alguna playa de la península o las Baleares ya que allí no me dejarían en paz. Me iba a al quinto pino; a un sitio muy privado donde ningún *paparazzi* pudiera molestarme. Y no iba a ir sola. Mi madre se iba a venir conmigo porque, ya que me iba a dejar una fortuna en huir de todo, quería que ella lo disfrutara conmigo.

Sabía perfectamente cuál iba a ser nuestro destino y, en cuanto Diana me confirmó que podía adelantar mis vacaciones, me puse manos a la obra. Contacté con el hotel, me aseguré de que hubiera disponibilidad en un bungalow para dos personas y, después, saqué los billetes de avión.

Mi madre no podía dar crédito a la belleza de aquella playa. Contemplaba el ir y venir de las olas color turquesa sentada bajo una palmera sin decir ni una

palabra.

No pensaba interrumpir su silencio por el momento, así que me tumbé en una hamaca de tela que había detrás de ella. Comencé a balancearme en aquella especie de vaina que se sujetaba entre dos troncos de palmeras y traté de reponerme un poco después de tantas horas de vuelo. Esta vez no había ido a las Seychelles en primera clase, así que había llegado bastante cansada. Había elegido el mismo hotel de ensueño en el que habíamos estado alojados todo el equipo de rodaje del anuncio unos meses atrás. El Tortoise Resort me iba a traer recuerdos ineludibles del comienzo de mi historia con Adrián, pero estaba dispuesta a enfrentarme a ellos. De hecho, lo había elegido a propósito. Quería que mi madre disfrutara de aquel lugar tan maravilloso y, al mismo tiempo, necesitaba volver al punto exacto donde mi vida había empezado a cambiar.

No se trataba de huir a algún sitio que no fuera a recordarme a él, sino todo lo contrario. Quería enfrentarme sin miedos a lo que había vivido allí. Solo así podría empezar de cero. Tenía que replantearme mi futuro y no había un lugar mejor para hacerlo.

Era muy irónico que allí hubiera querido olvidarme de Hugo y ahora necesitara cerrar también en ese mismo lugar lo que tenía pendiente en mi corazón respecto a Adrián.

Él había regresado a Los Ángeles y no habíamos vuelto a tener contacto. No tenía ni idea de cuáles eran sus planes después de que su hermano le dejara. Cabía la posibilidad de que volviera a España a rodar la segunda temporada de *La jaula*, pero pensé que quizá hubiera decidido abandonar ese proyecto y fuera a quedarse definitivamente en Estados Unidos para empezar allí un nuevo camino. Sus cuentas en las redes sociales no daban ninguna pista al respecto. Había estado muy callado y apenas había publicado nada en las últimas semanas.

Lo que me había contado junto al río me había dejado muy impactada. No podía evitar recordar una y otra vez sus palabras sobre que antes de que salieran esas fotos trampa con Kiara su intención había sido volver a Madrid conmigo. El cabrón de su exmánager nos la había jugado. Y aunque Alejandro ya no se ocupara de gestionar su carrera y no fuera una amenaza para nosotros, el daño que nos había hecho parecía irreparable. Adrián ya no creía en mí y yo no podía imaginarme volviendo a una relación en la que el frívolo ambiente en el que él se movía podía volver a destruirnos. Alejandro solo había sido la punta del iceberg de un mundo lleno de mentiras y falsas apariencias. Mucho

me temía que ahora que Adrián se había hecho famoso a nivel mundial nuestra historia era un imposible. Esa serie americana en la que él trabajaba ahora estaba batiendo récords de audiencia en todas partes y su popularidad era ya estratosférica. No solo nos separaban miles de kilómetros, sino que nuestras vidas eran más distintas que nunca.

—¿Es bonito, verdad? —le pregunté a mi madre, en un intento de dejar a un lado esos pensamientos sobre Adrián.

—¡Esto es impresionante! —exclamó extasiada—. No sabes lo agradecida que estoy de que me hayas invitado a un sitio como este. ¡En la vida imaginé disfrutar de algo así!

—Esta es la luna de miel que nunca tuviste. Y te la mereces.

—No tuve luna de miel porque nunca quise comprometerme con nadie, cariño. No quiero que pienses que me lo debías —declaró mi madre, girándose para mirarme.

—Sí te lo debo —le aseguré con vehemencia—. Tú me lo has dado todo. Podías haberte librado de mí y haber hecho mil cosas que te han quedado pendientes. Al fin y al cabo, no me esperabas. Soy el resultado de una noche loca con un tipo del que no recuerdas ni su nombre. Y aun así decidiste que viniera al mundo y pusiera tu vida patas arriba.

—Sí, la pusiste patas arriba, pero mereció la pena. Y fui yo la que decidió tenerte, así que no me debes nada.

—Te lo debo todo, mamá —dije emocionada—. Tú me has ayudado a ser quien soy. Has sido mi mejor ejemplo, mi mejor amiga y la mejor madre del mundo. Por eso me encanta poder regalarte estas vacaciones.

—Eres un cielo, mi vida —dijo, emocionada, y se metió conmigo en la hamaca. Cogidas de la mano, nos mecimos juntas bajo aquellas palmeras, a través de cuyas hojas entreveíamos el cielo azul y despejado.

—Siempre has dicho que no te importa no saber quién es tu padre —comenzó a decir tras haber permanecido un rato en silencio—, pero a mí me pesa que sea así.

—Mamá, en serio, me da igual. Es cierto que en ocasiones me ha entristecido pensar que no soy fruto de una noche de amor. Pero no es algo que me preocupe constantemente.

—Sí eres fruto del amor, mi niña. Te quise desde el momento que me enteré de que venías al mundo y te formaste dentro de mí con toneladas de cariño, el mío y el de tus abuelos. Todos te esperábamos con mucha ilusión. Siento mucho que a veces hayas pensado eso.

—Hace mucho que ya no me siento así, de verdad. Me he dado cuenta de que os tengo a los abuelos y a ti, y representáis mis orígenes con matrícula de honor. Me veo reflejada en vosotros, tanto en mi aspecto físico como en mi carácter. Entre los tres me habéis dado un ejemplo de vida y una identidad que no cambiaría por nada del mundo. Gracias a vosotros no necesito saber quién era ese hombre.

A mi madre se le empañaron los ojos y me refugié entre sus brazos.

—Olivia, eres la mejor hija del mundo —me susurró—. ¡Estoy tan orgullosa de ti!

—Enorgullécete de ti misma —respondí, poniéndome a llorar yo también. Entre el cansancio del viaje y la emoción de que mi madre estuviera por primera vez en un lugar tan maravilloso, mis sentimientos estaban a flor de piel—. Tú eres la que me diste las raíces para crecer.

Olivia Santos @oliviaandgilda

Hoy me he perdido en Moyenne Island. Sin cobertura ni rumores absurdos durante varias horas. A solas con mi madre y las tortugas. Intentando volver a encontrar el camino en el silencio... #siempreal.

Mi madre y yo estábamos disfrutando como unas niñas de nuestras vacaciones. A excepción de la excursión que habíamos hecho fuera del hotel en la que repetí la experiencia que había vivido con Adrián de visitar Victoria y la maravillosa isla de Moyenne, nos habíamos limitado a relajarnos en las instalaciones del resort. Hacíamos esnórquel a diario, tomábamos el sol y devorábamos novelas en las butacas del porche de nuestro bungalow. Mi madre estaba disfrutando como nunca y eso era mi mejor antídoto para no caer en la melancolía de los recuerdos que me traía cada rincón de aquel lugar. La mayor parte del tiempo estaba feliz y animada, pero había momentos en los que bajaba la guardia y los magnéticos ojos de Adrián parecían estar frente a mí.

No estaba muy atenta a las redes sociales. Intentaba conectarme lo menos posible, pero aquella tarde no pude evitar darle un vistazo a mi *timeline* de Twitter.

Adrián Prado @adrianpradoact

No merece la pena vivir bajo la sombra de una estrella que ya no brilla.

¿Qué habría pasado? ¿Estaba pensando en serio dejar su carrera como actor? Aquellas palabras de Adrián destilaban tanta tristeza y desaliento que el nudo que había conseguido ir desatando poco a poco gracias a aquellas vacaciones se formó de inmediato en mi estómago. Podía intentar engañarme, pero lo cierto es que aún me preocupaba por él y le echaba terriblemente de menos.

Apagué el móvil y lo guardé en un cajón de uno de los muebles del bungalow. Tenía que mantenerme desconectada por completo de lo que estaba ocurriendo fuera de allí o iba a arruinar los pocos días que nos quedaban por disfrutar. Cuando volviera a Madrid sería muy difícil vivir al margen de la vorágine que se había creado a mi alrededor. Pero mientras estuviera a miles de kilómetros de allí tenía que olvidarme de esa parte de mi vida. Ahora solo importaba descansar y disfrutar de la alegría que desprendía mi madre a todas horas. No podía preocuparme por lo que le estuviera ocurriendo a Adrián porque si no iba a empezar a caminar marcha atrás y yo necesitaba avanzar deprisa hacia un

lugar donde pudiera ser simplemente Olivia. Mi vida no podía limitarse a ser la ex del actor más deseado del mundo.

Esa noche mi madre estaba cansada y no quiso ir a cenar al restaurante del edificio principal. Llamamos al servicio de habitaciones y nos trajeron unos deliciosos sándwiches que tomamos tranquilamente en el porche de nuestro bungalow. Ella quiso acostarse temprano, pero yo necesitaba moverme, así que decidí ir a dar un paseo por la playa.

Al escuchar el rítmico sonido de las olas rompiendo en la orilla, no pude dejar de pensar en todo lo que había sucedido en mi vida en los últimos meses. Lo cierto es que había sido una auténtica montaña rusa de sensaciones y vivencias. No me arrepentía de nada de lo que había vivido, pero la falta de Adrián dolía mucho más de lo que me gustaba admitir.

Creía que allí en Mahé iba a conseguir librarme de su fantasma. El de Hugo se había evaporado al enfrentarme cara a cara con él, y había creído que mi última conversación con Adrián al borde de ese río iba a ayudarme a dejarlo atrás por fin.

Pero no había sido así. Adrián no era Hugo. El segundo me había convertido en un títere y me había dado cuenta de que nunca fui yo misma con él, así que una vez que comprendí aquello no fue tan difícil que pasara a la carpeta de asuntos resueltos. Pero con el primero había sido más yo misma que nunca. Había sacado lo mejor de mí, había despertado una parte de mi personalidad que ahora no quería dormirse y se empeñaba en necesitarle para seguir respirando. Podía intentar sofocarla, hacerla morir y seguir adelante, pero entonces me quedaría incompleta y rota.

¿Cómo podía conseguir que esa nueva faceta que Adrián me había revelado sobre mí siguiera viva sin necesitarle a él?

Llegué hasta la orilla con los pies descalzos y dejé que las olas rompieran sobre ellos. Me froté los brazos y miré al cielo. Las estrellas se veían desde allí igual de brillantes y nítidas que la noche que pasamos en el valle de Benasque. Miré mi reloj y me di cuenta de que eran casi las once de la noche y, sin poder evitarlo, rompí a llorar.

Algo más tranquila, decidí caminar hasta el edificio principal para tomarme un cóctel. Si la tristeza no pensaba irse sola, iba a echarla de mala manera con un mojito. No suelo recurrir al alcohol para ahogar mis penas, pero esa noche necesitaba que mi mente se relajara y decidiera darme una tregua para poder

irme a dormir.

En el bar había varias parejas sentadas a lo largo del mirador de madera que dominaba la pequeña bahía donde se ubicaba el hotel. Quería estar sola por completo, así que le pedí al camarero que me sirviera la copa en un pequeño salón interior cercano a la biblioteca. Allí no había nadie salvo un colorido papagayo un poco pedorro que hablaba de vez en cuando en inglés. Era pesado, pero al menos me hizo reír. Comencé a saborear el mojito bien cargado de ron mientras hojeaba un libro de historia del arte que encontré sobre la mesa baja frente al sofá donde me había sentado.

Estaba inmersa en sus páginas cuando el comienzo de una suave melodía hizo que me diera un vuelco el corazón.

Tenía que ser una jugarreta de mi mente. Aquel lugar me estaba haciendo revivir muchas cosas. Aquello que creía escuchar se trataba de un recuerdo muy vivo: «*The Light at the End*»; la canción que Adrián había compuesto y me había sorprendido unos meses atrás en aquel mismo lugar.

El sonido paró.

Lo había imaginado.

Solté un suspiro y di otro sorbo al mojito.

De repente, el piano empezó a sonar de nuevo y esta vez con una intensidad que me hizo dar un respingo. La copa se me cayó de las manos y el cristal se rompió contra el suelo.

¡No lo estaba imaginando!

Me incorporé del sofá y, temblando como una hoja, mis pasos me llevaron hacia el salón de donde provenía aquella melodía que sonaba *in crescendo* y me era tan familiar.

Como si de un *déjà vu* se tratara, vi una figura en la penumbra sentada al piano de espaldas a mí. La canción se encontraba en su momento álgido y me quedé quieta. Cerré los ojos y dejé que aquellas notas tan intensas se metieran bajo mi piel.

El corazón me latía a mil por hora. Cada vez más deprisa, hasta darme la sensación de que se me iba a salir del pecho.

Cuando los dedos de Adrián comenzaron a dar vida a la parte del estribillo que tanto me gustaba, en la que la música era mucho más viva e intensa, sentí que flotaba.

Nada importaba ya.

No había miedo, tampoco tristeza ni rencor. Solo quería sentir aquella melodía rodeándolo todo.

Seguramente estaba soñando, así que quise disfrutar al máximo aquella sensación, porque en cuanto me despertara las delicadas y al mismo tiempo rotundas notas de aquella canción dejarían de acariciar mi alma.

Se aproximaba el final y no quería que acabara. Di unos pasos lentos hacia el piano. Me paré a medio camino, dudando, pero finalmente llegué hasta el majestuoso instrumento.

En la penumbra, pude distinguir la mano derecha de Adrián ya inmóvil sobre las teclas y extendí una de las mías para tocarla.

Él se quedó quieto, pero pude notar el temblor de su cuerpo al sentirme.

—Por favor... vuelve a tocarla —le supliqué en voz baja.

No dijo nada.

Sus dedos comenzaron a pasearse por las teclas de nuevo. Yo rodeé el piano y me situé al final de la cola mientras observaba cómo él daba vida de nuevo a aquella pieza tan desgarradora como bella. La luz que se colaba por la ventana iluminaba suavemente esas angulosas facciones que tantas veces había recorrido con mis labios. Sus ojos medio cerrados estaban concentrados en el piano, pero cuando el estribillo empezó a sonar una vez más, los abrió por completo y me miró fijamente.

¡Fue brutal!

El poder de la música, mezclado con esos ojos verdes que me lo dijeron todo sin hablar, hizo que mi pecho se estremeciera.

Adrián tocaba aquel piano como si fuera a acabarse el mundo, como si fuera la última oportunidad que tenía de hacerlo. La intensidad de su mirada me dejó muy claro que no estaba allí para despedirse de mí.

Y no quería que lo hiciera.

Disfruté de la música sin dejar de mirarle directamente a los ojos. Nos dijimos millones de cosas en silencio. Las notas de aquella canción fueron nuestro diálogo.

Me habló de su dolor, su paz, su perdón, su anhelo y sus ilusiones.

Y yo le transmití mi necesidad de volver a empezar juntos dejando atrás todos los errores que ambos habíamos cometido. Le pedí disculpas en silencio con lágrimas en los ojos mientras él terminaba de tocar.

Cuando el tintineo final anunció que la canción ya se terminaba, me acerqué hasta él. Iba a sentarme a su lado, pero no me dio tiempo. Se incorporó a toda velocidad, me cogió por las caderas y me sentó sobre el piano. A continuación, sus pulgares se pasearon por mi barbilla. Me miró sin pestañear.

—No voy a dejar que te olvides de mí. Me robaste el corazón en esta isla.

Y no pienses ni por un momento que he venido a recuperarlo —dijo despacio y decidido. Sus labios rozaban los míos al hablar y creía que me iba a desmayar—. Quiero que lo sigas teniendo tú porque...

No terminó esa frase. Sus labios se adueñaron de los míos y no me resistí. Su lengua buscó la mía y sentí un cosquilleo que pronto se convirtió en una explosión increíble de sensaciones. Dejé que me besara durante un largo rato y sentí que volvía a la vida.

—¿Porque...? —pregunté cuando por fin nos separamos.

—Porque sé que contigo está a salvo y necesito que lo cuides para siempre.

La casa en la que Adrián pasó buena parte de su infancia ha quedado preciosa después de la reforma y ya llevamos un par de semanas viviendo aquí. Ahora que él ha empezado a estudiar la carrera de enología, la bodega que compró hace unos meses va a tener un director muy bien preparado para elaborar uno de los mejores vinos de La Rioja.

Disfruto de un café mientras contemplo la vista de los viñedos que rodean la casa que ahora es nuestro hogar. A esta hora de la mañana la luz es muy suave. El verde de las hojas contrasta con el rojo de los racimos de uvas y ambos toman unos matices muy sutiles.

Respiro hondo y doy gracias de que todo el dolor haya quedado atrás.

Tras haber cumplido con su compromiso de rodar la segunda y última temporada de *La jaula*, Adrián lleva ya bastante tiempo sin trabajar como actor. Últimamente se ha involucrado en un par de obras de teatro independiente que le han ayudado a quitarse el gusanillo de transformarse, pero como han tenido muy poca repercusión mediática, el acoso de la prensa también ha quedado atrás. Ahora hay otras estrellas que brillan en ese mundo y acaparan los titulares. Como su dinero ya no es necesario para los cuidados de Gonzalo, Adrián ha decidido utilizarlo para construirse una nueva vida. Quiere alejarse de los focos, dirigir esa bodega y hacer todo lo que esté en su mano para encontrar una cura de la enfermedad que le arrebató a su hermano.

De vez en cuando hace alguna aparición pública, pero es siempre con la intención de dar visibilidad a los que sufren las terribles consecuencias del Huntington.

La carta de su madre le liberó, pero no se acercó a su padre de inmediato. Ambos siguieron sus caminos por separado después de que Gonzalo los dejara; pero hace unas semanas Adrián recibió una llamada de su padre para que se vieran.

Adrián le reprochó que nunca le hubiera dado esa carta, pero resultó que él no era quien la había escondido. Ni siquiera conocía su existencia. Parece ser que fue la propia madre de Adrián quien la dejó dentro de ese libro pensando

en que, como era una de las novelas de Tolstoi que tanto ella como su marido habían releído mil veces, él la iba a encontrar antes o después y se la daría a su hijo llegado el momento oportuno. Pero ese hombre no volvió a tocar nada que le pudiera recordar a ella, así que ese ejemplar de *Ana Karenina* se quedó allí olvidado hasta que yo lo saqué de la estantería.

Cuando leyó la carta que su mujer había dejado para Adrián, rompió a llorar como un niño y le pidió perdón sin cesar a su hijo por todo el sufrimiento que le había causado. Ahora que Gonzalo ya no está, quiere enmendar su error y darle su apoyo incondicional a Adrián.

No está siendo un proceso fácil. Su hijo no puede borrar de la noche a la mañana todo el dolor que ese hombre le provocó culpándole constantemente de la muerte de su madre, pero está dispuesto a tratar de perdonarle e intentar crear un nuevo vínculo con él. Y eso ya es un buen comienzo.

Yo sigo trabajando para Brenton & Rome, solo que ahora lo hago como *freelance* y me contratan para proyectos concretos en los que puedo trabajar a distancia. Si es necesario viajo unos días a Madrid, pero ahora mi hogar está en este pueblo donde él fue concebido y al que ha querido volver tras no parar de dar vueltas por el mundo. Voy ayudarle con toda la parte del *marketing* de la bodega y ese proyecto me tiene muy ilusionada.

Como tengo mucho más tiempo libre que antes, he retomado mi afición por la escultura. La acogedora casa de campo donde ahora vivimos es bastante grande, por lo que he transformado una de las habitaciones en mi estudio de artista y paso horas allí metida trabajando en las modernas piezas que tanto me gusta crear mezclando piedra arenisca y hierro. Muchas noches, cuando el hipnótico sonido del piano de Adrián sube por el hueco de la escalera procedente del salón, yo aprovecho para dejar que su música me inspire mientras doy vida a alguna de esas creaciones tridimensionales.

Mi madre y mis abuelos vienen a vernos muy a menudo, así que no me da tiempo a echarlos de menos. Juan también se nos planta en casa cada dos por tres. Paula finalmente dejó esa mierda de trabajo que tan poco le gustaba en el rancio bufete de Madrid y probó suerte en Alemania gracias a un contacto que le dio Ramón. Ahora está feliz allí, no solo porque está encantada en su nuevo empleo sino porque, tal y como yo me imaginaba que iba a suceder, Ramón y ella llevan unos meses saliendo juntos. Vamos a verlos siempre que podemos y ellos nos visitan también cuando pueden. Y entre medias Paula y yo hablamos casi a diario por videoconferencia, así que no me da tiempo a echar de menos a mi mejor amiga.

Gilda, Bono y Alan están felices con los paseos diarios que damos junto al río, y Tito se incorporó a la manada hace unas semanas. Hugo, cómo no, ha cambiado de novia varias veces y, como la última es una chica que odia a los perros, el tonto de él ha decidido que Tito ya no puede vivir en su casa.

¡Y yo que creía que había cambiado!

Sigue siendo el mismo que me abandonó a mí, incapaz de comprometerse con nadie, ni siquiera con un perro que le ha dado todo el amor del mundo. Cuando me llamó para preguntarme si quería acogerlo en mi casa, le dije que sí sin dudarlo, pero le avisé de que una vez que me lo entregara no volviera a contactar conmigo en la vida. No quiero tener a mi alrededor a nadie que no sea capaz de comprender el significado de la palabra lealtad.

Continúo muy activa en las redes sociales. Y de vez en cuando trabajo con empresas como Kört para ganar un dinerito. Ahora estoy colaborando con una marca de ropa española muy preocupada por el medio ambiente y que hace unas prendas muy chulas con telas confeccionadas a base de reciclaje. No lo hago por afán de protagonismo ni mucho menos, sino porque creo en el poder de mis mensajes y, mientras así sea, quiero continuar compartiendo mi verdad con todo el que quiera escucharme.

Epílogo

Olivia Santos @oliviaandgilda

He engordado una talla. Tendré que moderarme un poco para no tener que renovar todo el armario, ¡jajaja! Pero ya lo haré mañana. Ahora me esperan una fabada, una copa de vino y unos ojos verdes que adoro y me ven preciosa pese lo que pese. #siempreal.

145 Siguiendo **1.234.987** Seguidores

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a toda la gente que me quiere y siempre me ha apoyado incondicionalmente desde que comencé esta aventura de contar historias.

La primera, a Paloma, mi hermana. Eres mi mejor consejera y amas mis personajes tanto o más que yo.

A mis padres, porque siempre me habéis dejado volar en libertad.

A Fernando, por caminar a mi lado.

A Álex, por ser la luz de mi vida.

A Bob y a Keko, por enseñarme cada día que lo que importa es vivir el presente.

A Alberto y a su piano, por inspirarme tanto y hacer volar mi imaginación, muy, muy alto.

A Javi, por inspirarme tanto con esa foto de la montaña y las estrellas y por compartir conmigo la locura perruna;).

A Hilde, de la agencia literaria Antonia Kerrigan, por creer en mi talento y guiarme con tanto cariño.

A Carmen y Berenice, de La Esfera de los Libros, por el entusiasmo que habéis mostrado por esta historia.

Y sobre todo a mis lectores, que tanto me habéis dado desde que publiqué mi primera novela. ¡Sois maravillosos!

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN JULIO DE 2018

Table of Contents

[I_TUIT_YOU_MOBI](#)